

CONVERSACIONES CON MI GATA



Sara pensaba que los gatos no hablaban.
También pensaba que no volvería a ser feliz.
En ambas cosas se equivocaba.

EDUARDO
JÁUREGUI



CONVERSACIONES CON MI GATA

EDUARDO JÁUREGUI



1.^a edición: junio 2013

© Eduardo Jáuregui Narváez, 2013

© Ediciones B, S. A., 2013

para el sello Vergara

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 13.796-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-460-7

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Contenido

Portadilla

Créditos

Contenido

Dedicatoria

Primera parte. La gata

1. Zarpazos contra el cristal

2. La crisis de los cuarenta

3. La adopción

4. La caza del ratón

5. Lo que está pasando

6. Objetos perdidos

7. El otro Joaquín

8. La manada

9. El momento de la verdad

Segunda parte. El entrenamiento

10. La habitación cerrada

11. Vistas a la felicidad

12. Psicosis

13. Gatha Yoga

14. Cien días de lluvia

15. Gastronomía gatuna

16. El disfrute

17. Al otro lado del espejo

Tercera parte. La nueva vida de Sara León

18. Libre

19. El último viaje de Rocinante II

20. Felina

21. Letras

22. La gata y el perro

Agradecimientos

*Dedicado a la memoria de Rino Bertoloni,
taoísta siciliano*

*«Imitemos a los animales:
comer, dormir, jugar y amar»*



Primera parte

La gata



1

Zarpazos contra el cristal

La primera vez que la vi apareció de forma instantánea, como aparecen los genios de las lámparas mágicas —aunque sin humo, ni sonido de arpa, ni necesidad de frotar nada más que mis propias preocupaciones.

Esa mañana yo iba acelerada, como casi todas, y tenía la tripa encogida por la reunión con la gente de Royal Petroleum. No pude probar ni media tostada. Acababa de ponerle los toques finales a la presentación en la cocina, sobre una mesa en la que el portátil se mezclaba con la mantequilla irlandesa, el mapa *A-Z* de Londres, los guantes de felpa que Joaquín se había olvidado con sus prisas matutinas, el plato con las tostadas y una taza de café del matrimonio de William y Kate que salía del armario solo cuando no quedaba otra limpia. Al terminar, me acerqué al fregadero con el ordenador en una mano y los restos del desayuno en la otra.

De repente, se me nubló la vista, y me di cuenta de que me estaba dando otro de mis mareos. Solté de golpe el plato con la taza de café, el cuchillo enmantequillado y las tostadas sin comer, y todo cayó con un estruendo sobre los platos que Joaquín había dejado en la pila. Me apoyé con la mano libre sobre la superficie de acero inoxidable mientras abrazaba el portátil contra el pecho, tratando de aguantar la ola de náusea y una especie de sutil aleteo en toda la piel, una sensación que se había vuelto muy familiar en estas últimas semanas. Respiré profundamente y tragué saliva una y otra vez.

—Tranquila, Sara —me dije—. Ahora pasa, ahora pasa, como ha pasado todas las otras veces.

Mientras me repetía esta frase, miraba con intensidad por la ventana, como intentando aferrarme al mundo con los ojos. Vi el habitual cielo gris de Londres, aviones de camino a Heathrow, nuestro triste y descuidado jardín encasillado entre tantos otros, las casas de ladrillo oscuro al fondo. No era una vista preciosa, pero al menos daba una sensación de espacio, y su familiaridad me sirvió de ancla. El mareo fue amainando.

—¿Qué me está sucediendo? —me pregunté, por primera vez desde que comenzaron estas náuseas matutinas.

Hace unos años, mi primera sospecha hubiera sido un embarazo, y el espanto me habría llevado corriendo a la farmacia para hacerme un test. Ahora esa posibilidad me hubiera ilusionado, pero hacía demasiado tiempo que Joaquín y yo no conseguíamos conciliar la calma y la intimidad necesarias para esos juegos tan divertidos, apasionados, pringosos que antes parecía tan fácil improvisar en cualquier esquina entre risas, y que los libros de texto asocian, aunque parezca mentira, con el trascendente milagro de la procreación. Lo cual resultaba preocupante por todos los motivos, entre ellos la pregunta que volvía a repetirse ahora, mientras seguía observando los aviones que surcaban el cielo uniformemente encapotado: ¿qué me está sucediendo?

Fue entonces cuando se materializó el genio de la lámpara. Bajé la mirada un momento, lo que tardé en comprobar que no se había roto ni el plato ni la taza de los príncipes, y la volví a levantar. No pudo haber pasado ni medio segundo. Pero ahí estaba el animal, ocupando toda la ventana, con unos ojos verdes que se clavaban en los míos con mirada depredadora. Chillé del susto y di un paso atrás, escudándome de la «fiera» con el portátil de titanio.

Entonces la vi mejor. Detrás del cristal se encontraba un inofensivo gato de pelo corto y dorado, con la cola erecta y un cierto aire sofisticado. Un gato que, a pesar de mi grito, no se había inmutado lo más mínimo, y seguía observando el peculiar comportamiento de esta humana con curiosidad.

Comencé a reír, pero la carcajada se me atragantó al escuchar al gato *hablar*:

—¿Me abres?

Era una voz dulce y aterciopelada, casi un ronroneo. Una voz claramente femenina, que me hizo pensar enseguida: «gata». Una voz profunda y a la vez delicada, antigua más que anciana, como el sonido de un violoncelo de Stradivarius, pero con un toque más... salvaje.

Dejé el portátil sobre la encimera. Miré a un lado y al otro de la cocina, como para asegurarme de que estaba sola, que ningún ventrílocuo se ocultaba en el lavavajillas, que no había cámaras escondidas en los armarios. No vi nada fuera de lugar. El reloj indicaba desde la pared la hora del meridiano de Greenwich; la hora, por cierto, de salir pitando por la puerta si no quería llegar tarde a la reunión. Los guantes de felpa de Joaquín recreaban sobre la mesa la forma de sus manos ausentes, aparentemente a punto de recoger unos sobres de facturas de electricidad y el folleto de una agencia *minicab* local. La nevera seguía vibrando con su leve zumbido. Todo parecía normal.

Excepto el gato (¿gata?) en la ventana. Ahora parecía impacientarse y caminaba por la repisa en una dirección y en la otra. Finalmente se detuvo, se sentó, y volvió a hablar, con un tono más insistente:

—Querida, déjame entrar.

Al menos eso creí escuchar, aunque fuera absurdo, en mi cocina de siempre con mis

cosas de siempre. Eso sí, ahora que yo la estaba escrutando a ella (decidí que era una hembra), podía asegurar como mínimo que la gata NO había movido la boca. Qué tontería. ¿Cómo iba a mover la boca? ¿Acaso hablan los gatos? Lo que había oído no podía provenir de este animal. Aunque tampoco parecía provenir de la radio, ni ningún otro lado. Parecía provenir directamente de ella.

—Sí, soy yo, en la ventana —escuché ahora, atónita, en la voz aterciopelada de la gata, que sonaba tan claramente como el tictac del reloj en la pared—. ¿Me dejas entrar o no?

Esta vez la felina golpeó la ventana dos veces con la zarpa, como para dar más urgencia a su petición. Los golpecitos me sobresaltaron, como si creyera que con el siguiente zarpazo el animalito fuera a derribar la ventana. Y es que lo peor de escuchar a una gata hablar así, con tanta naturalidad y soltura, con voz seductora e insistente, en castellano perfecto aunque estuviéramos en Inglaterra, es que cualquier otra locura comienza a parecer posible.

—Claro, es un sueño —me tranquilicé, recogiendo el portátil, aunque el tacto frío, metálico, sólido de su superficie parecía desmentirlo. ¿Estaba sufriendo entonces una alucinación? La verdad es que últimamente había trabajado demasiado y dormido poco, incluso para mis estándares. No se podía vivir siempre a base de cafés para despejarse y píldoras para dormirse. Lo sabía, claro que lo sabía. Mis jaquecas intermitentes habían ido a más, y ahora estos extraños mareos. Supongo que la cosa me hubiera preocupado más si hubiera tenido más tiempo para preocuparme. Lo cual me recordaba que en poco más de media hora tenía reunión con la gente de Royal Petroleum. Empezaba sentir un nuevo atisbo de mareo. Cerré el ordenador a toda prisa, lo metí en mi maletín de nailon negro y me acerqué hasta la puerta de la cocina. Antes de salir, oí cómo la gata volvía a golpear la ventana, dos veces, pero ni me giré para mirarla.

La reunión comenzaba a las nueve. En punto, porque en Inglaterra las reuniones empiezan *o'clock*. Al salir al frío de la calle, eran ya las 8.27. Al entrar por la boca de la estación de West Hampstead, las 8.36. Iba mal, y ya me estaba imaginando la bromita sarcástica de Grey delante del cliente a costa de la españolita y su concepto mediterráneo del tiempo. Por el camino no vi ni los árboles pelados de febrero, ni los demás londinenses apresurados, ni los carteles publicitarios de las escaleras mecánicas. Mientras mi cuerpo corría, mi cabeza ensayaba la presentación que había preparado, en el último minuto, en el tren desde Glasgow ayer por la tarde, y luego en casa hasta medianoche, con Grey llamando por el móvil cada diez minutos:

—*Come on, Penelope* —me decía—. Venga, Penélope, que esto es para mañana, y si no lo tienes tendré que echarte a los tiburones.

A Grey le parecía gracioso llamarme Penélope, porque Penélope Cruz debía de ser la única española que le sonaba. Tras once años trabajando juntos, la broma le seguía

divirtiéndolo. Pero últimamente le divertía aún más, desde que a Penélope la ficharan para la última entrega de *Piratas del Caribe*, que para Grey representaba la culminación de la cultura occidental, junto con el *football* y la cerveza.

La primera vez que entré en las oficinas de Buccaneer Design, había leído algunos reportajes sobre esta pequeña pero particular consultora web emplazada en unos antiguos establos de Notting Hill, y no me sorprendieron las palmeras hinchables, las espadas de gomaespuma y los cofres de tesoro llenos de chocolatinas o bolsas de patatas fritas. Pero no me podía esperar el recibimiento que había preparado «Captain Greybeard» en su despacho, para mí y para todo el que entraba. En el centro de la pared, en un espectacular marco de madera antigua, colgaba un retrato, supuestamente del siglo XVII, de un hombre corpulento, de aspecto fiero, con un elegante traje granate, una peluca barroca, y una espada en la mano. Debajo del cuadro, sentado en una especie de trono de oficina dorado, se sentaba en idéntica pose un hombre corpulento, de aspecto fiero, con un traje granate (aunque de corte moderno) y una estrambótica pelambrera canosa, con barba a juego, tecleando en un Mac grafiteado con dos huesos en cruz bajo el logotipo de la manzana.

Sin saludos ni preliminar alguno, Graham Jennings arrancó a contarme que el hombre del cuadro había sido su *great-great-great-great-great-great-grandfather* (algo así como su tatarata-tatarabuelo), el célebre pirata Henry Jennings. El cuadro lo habían heredado los hijos primogénitos de sucesivas generaciones en línea directa, aunque del tesoro acumulado por el notorio rufián ya no quedaba nada excepto lo que se tragaron los océanos. Ahora el tatarata-tataranieta se disponía a conquistar el mundo de internet.

No me creí nada de lo que me contaba este fanfarrón, que para mis adentros se había inspirado en el Capitán Haddock, pero reconozco que me impresionó el show. Greybeard me intentó vender Buccaneer Design como la empresa de diseño web más *cool* de la ciudad, y él mismo como un genio a la altura de Steve Jobs. Por los trabajos que había visto, sabía antes de entrar por la puerta que lo primero no era cierto. Tenían buenos diseñadores y algún programador listo, pero de usabilidad sabían poco. Ahí es donde yo podía contribuir, y quizás incluso ayudarles a transformar esta empresucha de poca monta en una de las que acabarían haciendo fortuna en la quimera del oro del siglo XXI. Así se lo dije, con toda mi cara, en un inglés que debió sorprenderle por el correcto acento *british*, y unos mapas que había dibujado de sus sitios web estrella en estilo «mapa del tesoro» amarillento, que le hicieron echarse unas sonoras risotadas y llamar a la oficina a varios de sus grumetes. Me lo había preparado a conciencia.

—*Welcome aboard, darling* —me dijo al cabo de media hora—. Bienvenida a bordo.

Durante la entrevista pude comprobar que Grey tampoco era ningún Steve Jobs. Pero me quedó claro que sí era un vendedor nato, y que solo le faltaba tener algo decente que vender más allá del humo de sus cañones. Así fue. Tras un primer éxito con *webweddings.com*, una web de planificación de bodas que en poco tiempo consiguió miles de usuarios y se llegó a valorar en más de cincuenta millones de libras esterlinas,

comenzamos a trabajar con algunas de las puntocom británicas más celebradas del momento, como *lastminute.com* o *clickmango.com*. Trabajé horarios larguísimo, pero también lo disfruté un montón, y teníamos un ambiente divertidísimo que me recordaba más a los campamentos de verano de mi juventud que a un proyecto empresarial. Y para mí, lo mejor es que tuvimos la oportunidad de contribuir a experimentos digitales que hacían intuir una sociedad más participativa, una democracia más transparente, una humanidad más sabia, solidaria y unida. Tuve, durante ese tiempo, la ilusión de que estas nuevas tecnologías nos llevarían a un mundo mejor.

Pero a mediados del año 2000, el espectacular castillo de naipes que se había construido en torno a las puntocom comenzó a tambalearse, y tras los atentados de Nueva York del 11 de septiembre, que vimos toda la plantilla en el televisor gigante de la sala de reuniones, entendimos que las tecnologías más avanzadas podían usarse para sembrar el terror, que el ser humano aún tenía mucho que aprender, y que, además, nuestra propia torre se hundía. La economía mundial se frenó, los inversores perdieron confianza en la solvencia de las tiendas online, las empresas fueron cerrando a toda velocidad, y mis *stock options* se convirtieron en papel para reciclar.

Grey tuvo que vender el barco de Buccaneer Design a una consultora más grande y más centrada en clientes corporativos tradicionales, Netscience Inc., y nos mudamos a sus oficinas enormes en la City, sin palmeras, ni cofre del tesoro, ni desde luego cuadro del supuesto antepasado de Grey. El ambiente se volvió tan frío como la decoración minimalista de las nuevas instalaciones. Entendí hasta qué punto las cosas habían cambiado el día en que llevé unos *croissants* para compartir con mis nuevos compañeros. Me los rechazaron (eso sí, con mucha educación) uno tras otro. Todos parecían haber desayunado ya demasiado. Era como si temieran entrar en cualquier relación que fuera más allá de lo estrictamente laboral. Me tuve que llevar la mayoría de los *croissants* de vuelta a casa.

Ahora el viejo pirata vestía como un consultor cualquiera, con traje gris y corbata sobria, y hasta se había tenido que cortar la melena y ajustar la barba. Parecía un banquero. De hecho, comenzamos a trabajar mucho para la banca. Me hice una experta en sistemas de seguridad antifraude, calculadoras de hipoteca y mercados de valores. Puedo decir que contribuí con mi granito de arena a la creación y destrucción de la siguiente gran burbuja, la inmobiliaria, y a la crisis económica definitiva, que comenzó en 2008 y no se sabe cuándo acabará. También participé, a mi pesar, en proyectos para uno de los mayores negocios de la red —los casinos virtuales—, para la industria del tabaco y para una de las mayores empresas de armamentos del mundo. Grey no parecía tener muchos escrúpulos en este sentido. Supongo que formaba parte de su espíritu piratesco.

—¿Nos pagan el sueldo a final de mes? Pues a fregar la cubierta, Penélope, que la cosa no está para muchas bromas.

Pero yo no podía evitarlo. A mí me corroía por dentro trabajar para ciertos clientes. Y Royal Petroleum era uno de ellos. Mis padres, hijos de exiliados españoles de la guerra

civil, crecieron en el Londres de los Beatles y volvieron al Madrid de la transición hechos unos auténticos hippies de pelo largo, furgoneta Volkswagen pintarrajeada y una conciencia ecológica muy adelantada a la época. Félix Rodríguez de la Fuente fue mi ídolo a los diez años y me uní a su «Club de los Lince» en cuanto descubrí su existencia. De hecho, a mis mejores amigas, Vero, Patri y Susana, las conocí explorando la sierra de Guadarrama como parte de esta asociación ambientalista. Más adelante, cuando decidí licenciarme en periodismo, mi objetivo fue especializarme en el medio ambiente, y desde el primer año participé activamente en la asociación estudiantil Complutense Verde. Al final las circunstancias me llevaron por otro lado, pero seguía muy atenta a estos temas, y si usaba el metro de Londres, con lo que me agobiaba meterme diariamente en lo que bien se denomina *the Tube*, era por evitar añadir una fuente más de contaminación a la ciudad y al planeta.

Con lo cual, me reventaba bastante el tener que colaborar ahora en el nuevo sitio web de Royal Petroleum, para coincidir con el relanzamiento de la marca, que pasaba a llamarse, simplemente, «RP». Evidentemente, tras el conocido accidente en una plataforma petrolífera del golfo de México que causó el vertido de medio millón de metros cúbicos de crudo en pleno Caribe, provocando un desastre ecológico sin precedentes, necesitaban un lavado de imagen. No solo desapareció la palabra «petroleum» de su nombre, sino que el nuevo logotipo —un sol verde— y el eslogan adoptado —«New Energy»— parecían los de una ONG ecologista. Para justificar todo esto, la petrolera había adquirido varias pequeñas empresas de energía renovable, que representarían una fracción minúscula de su negocio, pero tendrían un gran protagonismo en la *home* de la web.

Me daba tanta rabia participar en este proyecto que llevaba una semana posponiendo la preparación del encuentro de hoy, en el que detallaríamos la estrategia de Netscience para el lanzamiento de la marca RP. Mi retraso le traía de los nervios a Grey, el cual llevaba varios días atosigándome con llamadas y mensajes para ver cómo iba la cosa. Es cierto que lo de improvisar una presentación de este tipo era bastante habitual. Pero si conseguíamos la cuenta de Royal Petroleum, sacaría a Netscience de los números rojos en un momento económico bastante complicado. Por eso sabía que en cuanto saliera del metro a la superficie me encontraría al menos dos SMS y cinco llamadas perdidas de Grey. El London Underground, como todo en Londres, es tan antiguo que no hay manera de instalar cobertura de móvil ahí dentro, sin gastarse un dinero que ahora nadie tiene.

Al pensar en esto, de pronto me sobresalté, porque vi que el tren llevaba un tiempo (¿cuánto?) en la estación de Bond Street, donde tenía que bajarme para cambiar a la Central Line. Las puertas debían de estar a punto de cerrarse, y una verdadera pared de cuerpos humanos apelotonados me separaban de la efímera apertura.

—*Excuse me!* —grité como una demente, haciéndome hueco como pude, tropezando sobre algún paraguas y provocando la indignación de la gente obligada a

dejarme pasar.

—*Stand clear of the doors, please!* —avisó por el megáfono el conductor, para evitar que alguna inconsciente como yo se arriesgara a ser estrujada entre las puertas con un atravesamiento temerario.

En el último momento conseguí liberarme del gentío y me planté en el andén de un salto, tirando del cinturón del abrigo justo antes de que lo atraparan las puertas. Suspiré con alivio. Pero entonces me di cuenta de que no llevaba nada en las manos, aparte del cinturón. Que mi maletín, con mi ordenador portátil y la única copia de mi presentación, seguían dentro del vagón, tras las puertas, al otro lado de la barrera humana. No pude hacer nada más que observar, incrédula, cómo desaparecía por el agujero oscuro esa lata acristalada de sardinas humanas, con sus abrigos, paraguas, periódicos, y un objeto extraviado que necesitaba urgentemente. Eran las nueve de la mañana. *O'clock*.

Un cambio de línea, seis estaciones, y una carrera por las escaleras mecánicas después, avisé a Grey de lo sucedido por SMS, mientras se me iban amontonando sus propios mensajes cada vez más alarmados. Justo antes de entrar por la puerta del edificio de Wood Street, donde se alojaban las oficinas de Netscience, recibí su respuesta: «*OK. Sharks for you.*» O sea, que me esperaban los tiburones.

Al entrar en la sala, vi que en nuestro equipo, además de los directores de diseño, programación y sistemas, y de Grey como *project manager*, se había apuntado a la reunión la CEO de Netscience, Anne Wolfson, que me recordaba a la Thatcher pero en versión más sobria. De hecho estudió en el mismo College de Oxford que la Dama de Hierro, y lo hacía notar llevando siempre sobre la chaqueta un pin de su graduación de Somerville College. La primera vez que la vi fue en la reunión general que lideró tras nuestra incorporación en Netscience, con otras quinientas personas. En esa ocasión solo nos habló del esfuerzo, del compromiso y del sacrificio que el mercado exigía de nosotros. Ese «sacrificio» incluía, como fuimos entendiendo día a día, y rumor a rumor, una puesta en escena de ese sofisticado, secreto y sangriento ritual corporativo de los *redundancies* («redundancias», o sea, *despidos*), de los cuales ella misma asumiría el papel de suma sacerdotisa. A las pocas semanas, tras algún misterioso aquelarre directivo, nos volvió a convocar para anunciarnos recortes que afectaron a uno de cada cuatro empleados.

—Ah, ¡aquí estás! —dijo Grey con una sonrisa de dientes apretados rodeada de su barba limpia y acicalada—. Para algunas personas es importante la puntualidad. Para nosotros sin embargo es más importante la bienvenida. ¡Buenos días, Sarah!

El «buenos días» lo dijo en español, lo cual hizo reír a todo el grupo menos a Wolfson, que no reía nunca, que se supiera. Yo hice lo posible por sonreír, preguntándome qué aspecto debía de tener tras mi carrera por el sistema metropolitano. Grey me presentó a los directores de márketing y comunicación de Royal Petroleum, y a

otras tres personas de la empresa que se habían apuntado a opinar. Cinco hombres. Daba la impresión de que ya habían atendido varias reuniones parecidas con otras consultoras, y se notaba que la afrontaban con más paciencia que ilusión. El director de comunicación, un tipo altísimo de nariz huesuda y gafas de pasta verde limón, apenas había despegado sus largos dedos del *smartphone* para estrecharme la mano. El director de márketing, un gentleman ya mayor con poco pelo y bastante tripa, bostezaba.

—¿Seguimos? —dijo Anne, dirigiéndose a mí, ajustándose la chaqueta con un tironcito que hizo bailar su pin dorado.

Yo estaba a punto de explicar lo sucedido en el metro, con muchos *sorrys* y demostraciones de vergüenza, cuando Grey intervino, lanzándome por la borda, con el siguiente discurso digno de Henry Jennings:

—La propuesta de Netscience para la nueva RP se basa en la sencillez. El nombre de la marca se simplifica. El diseño gráfico, tal como nos ha explicado Catherine, se basa en la limpieza del blanco, y en pocos tonos verdes y amarillos. Pero la clave de la sencillez está en la estructura de la web, y en esto Sarah es toda una experta. Por eso ha decidido prescindir de presentaciones electrónicas y volver a lo más sencillo: ¡la pizarra!

De nuevo Grey se echó a reír y los demás le siguieron, menos Anne, que no parecía muy convencida de esta supuesta iniciativa mía, y se limitó a clavar sus codos sobre la mesa y a jugar con el escudo dorado de Somerville. El grupo de Royal Petroleum, por el contrario, se despertó. ¿Quién se atrevía hoy en día a hacer una presentación sin la muleta del Power Point? El director de márketing se ajustó las gafas verde limón y se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

Sí, Captain Grey era un gran vendedor. Pero solo si tenía algo más que humo para vender. Y en esta ocasión, no fue así.

—Ummm... *Thank you, Graham* —comencé, en un estado de alarma total—. *For this website we tried to balance simplicity with functionality...*

Me vi hablar y gesticular como en un sueño, desconectada de mi cuerpo, mientras trataba desesperadamente de recoger de mi memoria retazos de lo que había ido preparando en las últimas horas: menús desplegables, jerarquías conceptuales, botones y enlaces, mapas, *microsites*. Pero por más que me esforzara, era como si los detalles se perdiesen y se confundiesen en un mareante oleaje aceitoso que parecía agitar toda la sala. Mi corazón comenzó a latir en el pecho a un ritmo frenético, y cuando se me cayó el rotulador al suelo, me aterrorizó la idea de que sería incapaz de recogerlo sin desmayarme.

—*Ex... excuse me* —dije, tratando de sonreír hacia las caras borrosas que apenas distinguía a través del movimiento nauseabundo.

La sangre circulaba con tanto estruendo por mis venas que no escuché ni mis propias palabras. El mareo era ya de oleaje grueso, y me sentí sin fuerzas para luchar contra sus envites, como un cormorán cubierto de pecio pegajoso. Entonces apareció una ola gigante, negra, viscosa, que lo ensombreció todo, y no pude hacer otra cosa más que

hundirme.



2

La crisis de los cuarenta

—*Hey baby*. —Joaquín me estaba besando la mano.

—Hola —dije con un hilo de voz—. ¿Qué haces aquí?

Le había retirado la mano involuntariamente. Quizá no estaba segura de quién me estaba besando. O me cortaba que me besaran en esa sala hospitalaria con su luz blanca y toda la gente alrededor. O, sencillamente, hacía demasiado tiempo que Joaquín no me besaba de esa manera, delicadamente sobre el dorso de la mano. Me metí ambas manos debajo de las axilas. Enseguida me arrepentí, y le quise devolver la mano para que me la besara otra vez. Pero había pasado el momento.

—Me llamó Graham y me dijo que te estaban enviando aquí en ambulancia, que si podía venir yo.

—Claro, gracias —le dije, aún un poco desorientada—. Qué absurdo, ¿no? Llevamos cuatro días sin vernos, y nos encontramos aquí.

Técnicamente era cierto, ya que llevaba desde el domingo en Glasgow, aunque la noche anterior había sentido su cuerpo caliente entrar en la cama en algún momento, y por la mañana había visto los restos de su desayuno y sus guantes vacíos en la mesa de la cocina. De todas formas, entre mi viaje a Escocia y los horarios a los que él llegaba a casa últimamente, la impresión era de no habernos visto en semanas.

—Pues menos mal que te has desmayado, ¿no? —respondió Joaquín—. A ver si la semana que viene me da un yuyu a mí, y así volvemos a vernos.

No me hizo demasiada gracia. Joaquín siempre estaba bromeando, para bien y para mal. No había forma de tomarse las cosas en serio con él. Por ejemplo mi desmayo. O por ejemplo, nuestra relación. ¿Qué relación teníamos realmente? Nos queríamos, sí, pero ya no nos veíamos. Incluso cuando coincidíamos en casa, parecía que no tuviéramos ganas de vernos. Él se enfrascaba en su Xbox, jugando con amigos y

desconocidos a tiroteos virtuales en la pantalla gigante del salón. Yo me sentaba frente a la tele o llamaba por *skype* a mi padre o a mis amigas. Los fines de semana que no trabajaba ninguno de los dos, siempre había algún viaje a España, o huéspedes en casa, o gestiones y compromisos que al final significaban que no pasábamos tiempo juntos con un mínimo de calma.

Al principio fue más cosa mía. Yo le traje a Inglaterra, donde viví de pequeña y donde crecieron mis padres, porque me apetecía conocer mejor este país que también era un poco mío, y de paso trabajar para las empresas más punteras del momento. Yo era la consultora con horarios «flexibles», o sea, que se estiraban en todas las direcciones, invadiendo noches y fines de semana si hacía falta. Yo era la viajera de *business* con su portátil bajo el brazo, la tarjeta gold de British Airways y la maleta de tamaño reglamentario para volar solo con equipaje de mano.

Joaquín era el que siempre tenía tiempo para todo. Cuando llegamos a Londres, su familia andaba sobrada de dinero y nos compró la casa. Como mi salario nos daba de sobra para gastos, Joaquín no tenía mucha prisa para ponerse a trabajar, dedicándose con calma a aprender inglés. Más adelante, en su primer trabajo como ingeniero en una empresa aeronáutica, le tocó un horario cómodo de nueve a cinco, con lo cual seguía teniendo mucho tiempo libre. Se encargaba de la casa y del jardín, iba al gimnasio varias veces por semana, y se apuntó a cursos de todo tipo: cocina japonesa, masajes, astronomía, construcción de maquetas. Lo que más envidia me daba era que tenía tiempo para leer, no las novelas que yo echaba de menos, sino esos libros y revistas que le encantaban, que destripaban las versiones oficiales de la historia, desmitificaban la religión, la democracia y la economía neoliberal, y le permitían falsificar todo lo falsificable.

Pero al cabo de los años el trabajo comenzó a atraparle cada vez más, y desde que le ascendieron a director de proyectos, empezó a faltar en casa más que yo. Incluso cayó en la tradición de salir a tomarse unas pintas de cerveza con su equipo después del trabajo, algo que siempre había criticado cuando lo hacía yo. Así fue, un par de años atrás, que se me acabó el chollo de encontrarme la cena hecha, la casa ordenada, los grifos arreglados, y el novio esperándome en casa con la camilla de masajes desplegada. Y mientras que antes era yo la que retrasaba el momento de lanzarnos a tener hijos, cada vez más lejos de la edad óptima, ahora era él quien cambiaba de tema.

Estuvimos en el hospital del NHS un par de horas entre las esperas y las pruebas. Mientras tanto, Joaquín insistió una y otra vez en que llamara a Grey, lo cual no me apetecía lo más mínimo. No quería acordarme ni de la reunión, ni de Netscience, ni de mi maletín de nailon negro, ni del nuevo logotipo de Royal Petroleum. Pero Joaquín seguía insistiendo: que Graham se lo había hecho prometer, que en cuanto estuviera bien le llamara, que estaba preocupadísimo. Le dije que sí, que ahora llamaba, pero hice de todo para retrasar el momento.

Cuando al final le llamé, me alegré de haberlo hecho. El pirata en el fondo tenía buen

corazón, estaba deshecho y me pidió mil perdones. Se sentía culpable de todo, y me aseguró que solo había querido ayudarme con su discursito sobre la presentación «original» sin ordenador. Le creí. Me aseguró también que hasta la Wolfson se había ablandado y me había acariciado la cara como a un perrito enfermo mientras él llamaba a la ambulancia. Eso no me lo creí y le mandé al cuerno.

—La gente de Royal Petroleum tuvo que alucinar —dije, imaginándome con vergüenza toda la escena.

—¡Ja, ja! —Rio Grey—. Digamos que fue una reunión impactante. No se les va a olvidar ni hoy ni mañana. Esa es la clave del *márketing*, ¿no? Apuesto a que nos lo van a dar gracias a ti.

—Pero ¿qué dices?

—Sí, sí, es que ya somos casi familia después de compartir el susto. El director de comunicación nos contó del ataque cardíaco que le dio viendo un partido del Manchester United. ¡Nos enseñó el bulto de su marcapasos a través de su camisa! En fin, menuda mañana.

—Pero ¿y la reunión?

—Tranquila. Después de un largo *coffee break* lo solucioné contando tu rollo habitual sobre usabilidad, que me lo conozco de memoria, y diciéndoles que les enviaríamos tus propuestas por email. O sea que si no encuentras el portátil, tendrás que volver a inventártelo.

—Vale, no te preocupes, mañana a primera hora me paso por la oficina de objetos perdidos del metro. No creo que aparezca, pero bueno, habrá que intentarlo. En cualquier caso, mañana te envío algo.

Le agradecí a Grey y le aseguré que no me hacía falta nada, que no se viniera a casa y que estuviera tranquilo. Él me pidió que por favor me tomara el resto de la semana libre, visto que en los últimos años había acumulado un montón de vacaciones sin usar. Nunca me habían propuesto un plan más apetecible.

Durante la exploración física, la médico me hizo algunas preguntas sobre los síntomas que había tenido, y le hablé de mis náuseas y mis dolores de cabeza. Entonces le pidió a Joaquín que aguardara afuera, y me preguntó algo que no me esperaba:

—Y a nivel emocional, ¿cómo se siente? ¿Es usted feliz?

No sé qué cara debí poner, pero la pregunta me provocó, de golpe, una nueva ola de náusea.

—Vamos a hacer una cosa —dijo la doctora frunciendo el ceño—. Relléneme este cuestionario, por favor.

No me gustaron ni las preguntas de la hojita que me dio, ni mis respuestas. Cuando se la devolví y tuvo oportunidad de revisarla, me explicó que probablemente no tenía ningún problema físico. Se trataba, casi con toda seguridad, de una simple depresión.

—Es muy común. Más de lo que se imagina. La gripe del siglo XXI, la llaman. Le voy a recetar un antidepresivo que le ayudará a sentirse mejor. Y le recomiendo que haga más ejercicio. ¡Y que no trabaje tanto! Si lo necesita, le puedo recetar también unas sesiones de terapia.

Salí al pasillo y cuando le conté a Joaquín lo que me había dicho, me eché a llorar, en medio de toda esa gente mayor inglesa con toses y muletas, que me miraban consternados, imaginándose, supongo, que me acababan de diagnosticar algún cáncer. Joaquín me abrazó.

—Eh, tranquila, *my love*. Hay cosas peores. La doctora tiene razón. Es algo normal, una de cada cinco personas sufre de depresión. Es todo una cuestión de neurotransmisores en el cerebro. Hay quien tiene el colesterol bajo. En tu caso es la serotonina. Menos mal que la psicología finalmente se está volviendo científica y ha entendido que es todo química. Ya era hora de que inventaran medicinas serias, y se dejaran de tanta papanatería freudiana sobre el complejo de Edipo, y sesiones de terapia infinitas...

Lo último que me apetecía era otro sermón de Joaquín sobre la ciencia y la pseudociencia. Siempre había sido un poco sabelotodo, una fuente inagotable de datos y estadísticas sobre cualquier tema, especialmente si contradecían las verdades aceptadas. Se conocía todas las inconsistencias de la Biblia, los experimentos que habían falsificado la homeopatía, los puntos flacos de los teóricos de izquierdas y de derechas, y la historia secreta de la CIA. Seguía, cinco años antes de la caída de Lehman Brothers, a los economistas que hablaban de la burbuja inmobiliaria. Y no perdía oportunidad para desterrar tópicos, hundir mitos y mostrar las falsedades que según él eran la raíz de todos los males del mundo, incluso si a veces resultaba tan brusco que provocaba enfados, insultos y hasta la pérdida de algún amigo. Era lo que llamaba su «compromiso con la verdad».

Desde luego, no era lo que yo quería ahora mismo. Yo solo quería el abrazo. Y saber que me quería.

Joaquín me llevó en su Audi a una farmacia de West End Lane, y luego lo aparcó a una manzana de casa. Desde ahí volvimos cogidos de la mano. Me di cuenta de que también había pasado mucho tiempo desde que hacíamos algo tan sencillo como eso. De hecho, me dio la inquietante sensación de que nos estábamos imitando a nosotros mismos, y que ni siquiera se nos daba del todo bien. Como en esa anécdota que me había contado Joaquín de su infinito repertorio, en la que Charles Chaplin se presentó a un concurso de imitadores de Charlot, y quedó segundo. ¿Habíamos llegado a eso? ¿Habíamos perdido la gracia?

La noche en que conocí a Joaquín Cuervo, en una fiesta de Nochevieja en el Madrid de finales del siglo XX, discutimos sin parar durante horas, un primer duelo entre mi idealismo utópico y su realismo científico. Yo acababa de terminar la carrera de periodismo, y me había contratado una revista de informática justo en la época en la que

arrancaba el email y la World Wide Web. Fue entonces que comencé a hacer mis pinitos con el HTML para editar la propia página de la revista, aprendiendo de paso el arte de la usabilidad. Durante toda la noche defendí el potencial de internet, esta nueva red tecnológica, para permitir el intercambio de conocimientos, romper las estructuras sociales establecidas, acercar las culturas, reducir el uso del papel, mejorar los procesos democráticos. Mientras que este chico, guapo, inteligente sin duda, pero un poco arrogante, argumentaba que internet se convertiría en el arma definitiva de control social, en el vehículo perfecto para la estafa y el engaño, en una tecnología que difundiría a una velocidad aún mayor todos los errores, la crueldad y los prejuicios de la especie humana. No nos pusimos de acuerdo en casi nada, pero surgió en esas horas una tensión creativa, una oposición equilibrada, una rivalidad teñida de admiración, que nos fascinó a los dos. Y antes de llegar el alba, esa chispa encendió un fuego que acabó en besos y cuerpos entrelazados.

Durante algunos años, nuestra tensión creativa siguió viva. Yo aprendí a dudar más de mis certezas, a cuestionar las ideas recibidas, a ser más crítica y más práctica. Mejoré bastante en mi conocimiento de la astronomía, la física teórica, la antropología y casi todas las ramas de las ciencias naturales y sociales. Y aunque nunca pudo acabar del todo con mis creencias en algo mágico —llamémosle Dios, o destino, o Tao— que regía nuestras vidas en este universo, sí me convenció de que en las ideas New Age de mi madre se colaba tanta superstición como en el catolicismo que ya superé en la adolescencia.

Por su lado, Joaquín suavizó sus modales, empezó a tolerar mejor la diversidad de opiniones, y llegó a reconocer algún atisbo de esperanza para la humanidad. Le ayudé a mejorar las relaciones con su familia, bastante conservadora en sus creencias políticas y religiosas, con la que casi solo sabía discutir. Sobre todo se abrió al amor, después de una vida de cinismo hacia cualquier tipo de romanticismo más allá de la química cerebral. Y se abrió también a la posibilidad de tener hijos en un mundo que antes había considerado demasiado terrible para «semejante disparate». En fin, ese fuego que habíamos creado nos había ayudado a crecer, cambiar y ser mejores de lo que habíamos sido antes de conocernos.

Pero el fuego se había apagado en los últimos tiempos. ¿La rutina? ¿La falta de tiempo? ¿El conocerse ya demasiado bien? Sea cual fuere el motivo, parecía que ya no estábamos cómodos el uno con el otro. No nos reíamos como antes. Ni siquiera discutíamos como antes. Quizás habíamos crecido por separado en estos años, hasta tal punto que ya no sabíamos quiénes éramos, y por eso nos refugiábamos en ser, por un ratito, esa pareja que habíamos sido cuando llegamos hacía diez años a Londres, que caminaba por la calle cogida de la mano, que se ilusionaba decorando su nueva casa, que alquilaba un barquito en el lago de Regents Park un sábado por la tarde y debatía sobre el futuro de la humanidad, que descifraba entre risas el menú del restaurante tailandés más exótico de la ciudad, que hacía el amor con dos cuerpos que eran uno, para acabar

discutiendo sobre si llamarían a sus hijos Melissa o Paloma, Stuart o Manuel. Queríamos ser esa pareja que soñaba con un Londres que nunca llegó a ser el que queríamos que fuera. Pero no lo éramos, y nos merecíamos como mucho un premio de consolación. Caminando por la calle, nuestras manos se nos llenaron de un sudor incómodo, a pesar del frío, y para cuando llegamos a Inglewood Road, fue un alivio soltarlas.

—Lo siento, *baby*. Me gustaría quedarme, pero ya llevo demasiado tiempo aquí. ¿Quieres que te pida un *sushi takeaway* en el japonés de West End Lane?

Antes el sushi me lo habrías preparado tú, pensé.

—No, déjalo, ya me haré algo yo.

—Venga, vas a estar bien. Solo necesitas descansar un poco, y tomarte tu medicina. Esta noche hablamos, ¿vale? Intentaré llegar para cenar, aunque bueno, ya sabes...

—Sí, no te preocupes, estaré bien. Gracias por venir, Joaquín. —Le di un beso que para mí creo fue de verdad, al menos de agradecimiento.

Y por un momento, quise decirle que no se fuera. Que retrasara su reunión. Que me diera la mano otra vez y camináramos otro poco. Que a lo mejor ahora ya no se me llenaba de sudor. Pero él ya me había dejado en la puerta y se marchaba por una acera llena de grietas.

Vivíamos en los dos pisos de arriba de una de esas casitas estrechas inglesas con sus angostas escaleras enmoquetadas para pasar de la zona salón-cocina a la zona dormitorios. Al entrar, encontré la casa fría y húmeda. Era mediodía, la calefacción aún no había arrancado, y estaba sola en casa. El silencio era impresionante. El barrio entero parecía abandonado. Me quité los zapatos y dejé el abrigo colgado sobre otro abrigo, en un montón que a lo largo de los años había crecido de la pared del pasillo como un musgo gigante de colores apagados, y que impedía subir o bajar las escaleras sin girar un poco el cuerpo. Realmente, ahora que lo notaba, era incómodo, antiestético, absurdo. Intenté aplastar los abrigos contra la pared, inútilmente. ¿Cómo es que nunca me había fijado?

Entonces un sonido rompió el silencio. Provenía de la cocina, y era como si alguien o algo golpeará levemente contra el cristal. Asomé la cabeza por la puerta y sí, efectivamente, ahí estaba de nuevo: el gato, o la gata, o lo que quiera que fuese, sentada en la repisa, como si se hubiera quedado ahí todo el tiempo, pacientemente esperando mi regreso.

—¿Me abres? —dijo la gata, con su voz decididamente femenina.

Cerré la puerta de la cocina con un escalofrío. Se me había olvidado el asunto surreal de la gata parlanchina. De hecho, lo había cancelado de mi mente. Como mucho hubiera reconocido haberlo soñado la noche anterior. Pero no, seguía ahí la maldita. Tan tozuda en su realidad como los abrigos del pasillo.

Me dio otro mareo, y eso me asustó más. No quería volver al hospital, a ver si me

encerraban para siempre. Fui al salón y encendí la radio, la BBC. Era un programa científico, de los que escuchaba Joaquín. Entrevistaban a un profesor de la Universidad de Leeds sobre los volcanes submarinos que se estaban hundiendo en el fondo de una sima a seis kilómetros de profundidad, al ritmo de cinco centímetros por año. Era reconfortante escuchar voces humanas, normales, no felinas, hablar de fenómenos geológicos, y observar las motas de polvo que deambulaban por el aire del salón, iluminadas por un chorro de luz que se había colado entre unas nubes.

Realmente debía de estar mal de la cabeza. El espectáculo que había montado hoy no era normal. ¿Qué le iba a contar a mi padre? Nada, mejor no contarle nada. Y desde luego, no me tranquilizaba en absoluto saber que se trataba «solo» de depresión, de un desequilibrio neuroquímico. ¿Y si me daba otro desmayo mañana? Por no hablar de lo de las voces en mi cabeza... ¡Un gato que me habla, por Dios! Ni que fuera Mary Poppins.

Repasé el cuestionario de la doctora. ¿Jaquecas? Sí. ¿Insomnio? Sí. ¿Actividad sexual? Nula. ¿Apetito? Poco. ¿Estrés? Constante. ¿Agotamiento? Total. Pero yo no podía estar deprimida. Yo no era así. Yo era una persona feliz, ¿no? Siempre lo había sido. La alegre del grupo. La risueña, la soñadora, la eterna optimista. ¿O es que había cambiado? Es cierto que la muerte de mi madre había ensombrecido un poco mi corazón en los últimos años. Me faltaban su cariño, sus consejos, su visión poética y mágica de la vida. Y además me sentía culpable de vivir tan lejos de mi padre. El pobre no era el mismo desde entonces, y para ayudarlo con la librería tenía solo al imbécil de mi hermano Álvaro, que era peor que no tener a nadie. Solo a mi hermano se le podía ocurrir la brillante idea de reformar y ampliar la librería en plena crisis, con los pocos ahorros que tenía mi padre. Ahora las cosas iban peor que nunca; también por eso seguíamos Joaquín y yo en Londres. Mi plan siempre había sido volver a Madrid después de algunos años en Inglaterra. Por eso me había comprado el piso en Argüelles, cerca de la librería. Ahora, mucho me temía que no volvería nunca.

Pero sinceramente, tampoco me podía quejar. Tenía un trabajo envidiable, vivía en una ciudad maravillosa, en uno de los mejores barrios de Londres, con un novio guapo, inteligente, de fiar, aunque ya no me preparara sushi, ni sacara la camilla de masajes, ni hiciera el amor conmigo últimamente. ¿Era tan importante lo de los masajes? ¿Lo del sexo? La verdad que estaba echando de menos ambas cosas. Mucho, ahora que lo pensaba. A ver si Joaquín vuelve pronto esta noche y zanjamos el asunto con un baño caliente y un poco de mimoterapia. Igual eso es todo lo que me hace falta, más que una píldora para reequilibrar la serotonina. ¿O había algo más?

A lo mejor estaba entrando en eso que llaman la crisis de los cuarenta. Me quedaba poco más de seis meses para cumplir la cuarentena. ¿Me importaba? No me lo había planteado mucho, hasta ahora. Vale, sí, en los últimos años me había empezado a teñir las canas, y me mosqueaban cada vez más esos anuncios de cremas con modelos de piel perfecta. Lo curioso es que mis amigas, esas que antes me regalaban pareos de playa, gorros originales y kits de incienso, ahora me acababan regalando esas mismas cremas. Y

yo me las ponía religiosamente, claro. Otra cosa era lo de incorporar en mi rutina los ejercicios que me había enseñado mi amiga Vero para el trasero y los abdominales. ¿De dónde iba a sacar el tiempo?

Aún me sentía guapa, y tenía un cuerpo que no estaba nada mal para mi edad. Claro que había que añadir siempre esa coletilla: para mi edad. Pero en fin, casi no me preocuparía si no fuera por las ojeras que se me ponían después de una semana como esta. Y la amenaza de la celulitis. Y, claro, lo del reloj biológico. Por cierto, ¿hasta cuándo era posible tener hijos? No me acordaba bien, pero sí recordaba que mi meta habían sido los treinta y cinco. Luego se retrasó un poquito, luego Joaquín empezó con su trabajo... Tenía que hablar con él seriamente. Después de la mimoterapia.

A Joaquín sí le afectó el tema de los cuarenta. Los cumplió el año anterior y, aunque contaba muchos chistes sobre el tema, no quiso celebrarlo. Tuvo un cólico renal un par de meses antes de cumplirlos, y pensaba que se moría en el taxi, de camino al hospital. Al final no fue para tanto, pero se lo tomó como una dolorosa señal de que el cuerpo entraba en decadencia. Y eso le espantaba, porque se sabía todas las estadísticas médicas a dedillo, y porque no se permitía ilusiones sobre el envejecimiento, ni la muerte, ni por supuesto la vida después de la muerte. En realidad nunca le habían gustado mucho los cumpleaños. Parece mentira, pero me contó que al cumplir los veinte tuvo una crisis existencial en la que le dio por beber vodka a palo seco y escuchar a The Cure obsesivamente, porque se veía ya con un pie en la tumba.

A mí, por el contrario, siempre me habían gustado los cumpleaños, aunque es cierto que últimamente los había celebrado poco. ¿Era por la edad? ¿Por el susto de ver tantas velas sobre la tarta? No, no era eso. Es que no era tan fácil estando fuera de España y teniendo lejos a mi padre y a las amigas de toda la vida, que ahora con sus propias responsabilidades familiares casi no tenían tiempo ni para una llamada de teléfono tranquila, imaginémonos para un viaje a Londres. Yo misma, aun sin niños, no paraba con tanto trajín, tanto viaje, tantas prisas... «¿Celebra usted cumpleaños? No, doctora.»

Hacía frío. El sol había vuelto a esconderse. Aquí, a lo que más puede aspirarse es a lo que los meteorólogos británicos llaman *sunny spells*, «momentos de sol». Me daba pereza poner la calefacción. Decidí subir al dormitorio y refugiarme bajo el edredón. Al levantarme del sofá me salió de los pulmones un sonido como de oveja moribunda, o por lo menos cuarentona. Me pesaba todo el cuerpo al arrastrarme por las angostas escaleras, contra el papel de pared gastado. Al llegar arriba, me dio la impresión de que ya estaba anocheciendo. ¿Cómo era posible? ¿Qué hora era? Según el reloj digital, apoyado en mi mesilla de noche sobre una pila de novelas sin leer, eran las 15.53. Qué país.

Entonces, al acercarme a la cama, me invadió esa sensación alarmante de que alguien te está observando. Me giré hacia la ventana y casi me da algo. La gata estaba ahora aquí, tras el cristal de una de las amplias ventanas del dormitorio. ¿Cómo había llegado? ¿Era posible alcanzar la repisa sin volar por los aires? En la luz del gris atardecer londinense, parecía un gato negro. «De noche, todos los gatos son pardos», habría dicho

mi madre, tirando de su refranero. ¿Se trataba de la misma gata de antes? ¡Pam, pam! Sus zarpazos ligeros volvieron a sonar. Esta vez no dijo nada, y casi me enfadé de que no hablara.

—*Go to hell!* —le dije en inglés—. Vete al infierno.

Ya está. Ya había comenzado a hablar con la gata. Había entrado en su juego. O en mi propia locura.

Me sumergí bajo el duvet con toda mi ropa puesta, refugiándome en su cálida oscuridad, imaginándome en las profundidades de alguna sima submarina volcánica. Durante un rato me pareció escuchar, de cuando en cuando, algún sonido sordo y lejano, proveniente de la superficie. Y luego nada. Durante mucho rato, nada. Oscuridad, silencio, nada. En esta nada, empecé a darle vueltas a todo.

¿Qué he hecho en estos casi cuarenta años de vida? ¿Tengo algo que celebrar? ¿O me estoy equivocando en todo? ¿Por qué me despierto por las mañanas nauseada? ¿Es que me da asco mi propia vida? ¿Qué diría de mí esa joven y utópica periodista que fui una vez? ¿Dónde quedó esa pareja de enamorados que llegó a Inglaterra con el cambio del milenio? ¿Qué quiero hacer con el tiempo que me queda? ¿Sigo por este camino? ¿O debería haberme desviado hace ya mucho tiempo? ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿Estoy bien? ¿O estoy perdida?

Sí, estaba perdida. Ahora me daba cuenta. Llevaba años diseñando mapas para encontrar tesoros, pero nunca el mío, y mi mapa se había llenado de signos de interrogación. Estaba perdida en este océano insondable de preguntas, y necesitaba perderme en ellas. Hacía demasiado tiempo que no me exponía a sus embistes, acorazada con prisas, citas y fechas tope. Ahora arremetían contra mí todas juntas, y no podía caber duda de que aquí se originaba el oleaje que provocaba mis mareos.

Me arranqué la cubierta de encima. Estaba sudada, con el pelo pegado a la cara, y me apretaba el sujetador. Girándome de medio lado me lo desenganché, y luego volví a caer boca arriba. Me encontré con el techo de mi dormitorio, con su mancha de humedad y esa lámpara de papel china que pusimos «provisionalmente» ocho años atrás mientras buscábamos una que nos gustara. Me di cuenta de que no soportaba esa lámpara. Mañana mismo la cambiaba.

Entonces me acordé de la gata. ¿Que quiere entrar? Que entre. Vamos a hablar, de tú a tú. ¿De qué tengo miedo? Me levanté para acercarme a la ventana. Pero la gata ya no estaba ahí, y tampoco en la otra ventana del dormitorio. Bajé al salón, pero por las ventanas solo se veían las farolas y las casas de enfrente. Abrí la puerta de la cocina. Nada. Quizá me lo había imaginado, después de todo. Me dirigí hacia la ventana sobre el fregadero y giré el pestillo semicircular que servía para fijar la parte inferior. Tiré con fuerza de los asideros para levantar la ventana de madera hacia arriba. Entró enseguida un aire fresco teñido de los aromas exóticos que se cocinaban en el vecindario: cúrcuma, comino, clavo, jengibre. En la zona de los jardines estaban iluminadas solo algunas ventanas en la fila de casas de enfrente, las nubes que reflejaban el brillo anaranjado de

la ciudad, y algún televisor parpadeante. Por lo demás, oscuridad total.

Se me ocurrió silbar. Me salió un silbido ululante que solía hacer de niña, una llamada secreta de pandilla, del Club del Lince, esas cosas que nunca se le olvidan a una. Luego pensé en poner un bol de leche en la repisa, como hacen en las películas. Abrí el frigo y cogí el envase de leche de Sainsburys. Pero cuando me di la vuelta, me encontré a la gata sobre la mesa de la cocina, junto a los guantes de Joaquín.

—Me has leído el pensamiento —dijo, lamiéndose los labios—. Estaba hambrienta.



3

La adopción

Recuerdo que cuando coloqué el tazón de leche sobre la mesa, me temblaba la mano. Lo recuerdo todo muy bien porque no dejaba de pasarme por la cabeza la pregunta: ¿Esto está sucediendo, o no? Pero todo era muy real: el tacto de la porcelana, el peso del líquido moviéndose en el tazón, el sonido al golpear la superficie de madera, el hálito de la gata sobre mi piel. Si esto no era real, no había nada real en el mundo.

—Gracias, Sara —dijo la gata educadamente, antes de inclinarse sobre el cuenco.

Me apoyé sobre la pared y la observé mientras iba recogiendo la leche con la lengua, en pequeños sorbos, pacientemente, sin prisas.

—¿Cómo sabes mi nombre? —me escuché preguntarle, como si eso fuera lo más sorprendente del asunto.

La gata volvió a incorporarse y se limpió los labios con la lengua.

—Somos vecinas, Sara. No soy especialmente cotilla, te lo aseguro. Pero en este barrio me conozco a todo el mundo.

—¿Y hablas también con todo el mundo? —le pregunté.

No me imaginaba a la elegante felina entablando conversación con el propietario del número veinticuatro, el ex guitarrista de un grupo punk de los años ochenta que seguía luciendo sus tatuajes y bebiendo cerveza como un quinceañero.

—No —dijo la gata, volviendo a su leche—. Con todo el mundo no.

Al terminar su cena, se acercó cuidadosamente al borde de la mesa, saltó con ligereza hasta el suelo de madera, y se dirigió hacia el salón con el paso seguro de una reina que vuelve a tomar posesión de sus dominios. Antes de desaparecer por la puerta, se detuvo un momento, y giró la cabeza para dirigirme la palabra de nuevo.

—Por cierto, me llamo Sibila.

Ya decía yo que tenías voz de gata, pensé.

Cuando entré en el salón, descubrí que Sibila se había adueñado del sofá principal, rojo burdeos, ocupando el cojín central en postura de esfinge. El color del sofá resaltaba los reflejos cobrizos de su pelaje, acentuando su aire majestuoso. Me quedé de pie, observando y observada por sus ojos verdes. Pasamos así un tiempo en silencio, no sé cuánto, pero me pareció demasiado, y me empecé a poner un poco nerviosa.

—¿No me vas a decir nada? —le pregunté finalmente.

—¿Yo? —me respondió, con voz sorprendida—. No, yo no, Sara. Yo he venido a escucharte.

Al decir eso, me fijé en sus orejas, que eran enormes para un gato, y le daban un aspecto casi de murciélago. Luego descubriría que Sibila era de raza abisinia, una de las razas más antiguas que se conocen, de hecho la misma que los egipcios immortalizaron en esculturas como las que había visto en el British Museum cuando aún tenía tiempo para esas cosas.

Ahora esta gata misteriosa, heredera de esos cultos milenarios, y que hablaba sin mover la boca, esperaba que hablara yo. No había contado con eso. No me había preparado ningún discurso. Ni sabía qué decir.

—Se me hace un poco raro hablar contigo —dije, por decir algo.

Sibila ladeó la cabeza, como extrañada.

—No es tan raro, Sara. Los humanos habéis hablado con los gatos y los perros desde que os domesticaron hace ya miles de años. Incluso hay muchos de tu especie que prefieren conversar con sus animales domésticos antes que con sus propios semejantes. Francamente, no me extraña.

—Ya, pero... no esperan que sus animales les... entiendan.

Sibila se elevó sobre sus patas delanteras.

—¡Cómo se nota que nunca te ha adoptado un animal! —maulló, y luego, volviendo a su pose de esfinge, soltó un suspiro—. Pero bueno, en fin, para eso estoy aquí.

—¿Para qué? —pregunté.

—Pues eso, para adoptarte.

Mi mente racional se volvía a rebelar. ¿Qué diría Joaquín con su visión científica del mundo? Todo esto era absurdo. Me lo tenía que estar inventando. Me levanté y miré por la ventana para ver cosas normales: coches aparcados, farolas rectas, árboles pelados por el frío invernal. Volví la mirada de nuevo hacia el sofá, y comprobé que la gata parecía tan real, tan corpórea, como los troncos de los árboles. Pero una gata no puede hablar. Por lo tanto, solo había una solución: estaba escuchando voces. Es algo que le pasa a mucha gente, ¿no? Podía ser un desvarío mental pasajero. Problemas neuroquímicos, como decía la doctora, la gripe del siglo XXI. Aunque no le había contado lo de la gata...

—Sí, sí —me interrumpió Sibila—. Por mucho que te cueste aceptarlo, es así. Te he adoptado, y no hay nada que puedas hacer al respecto. Además, nadie mejor que tú sabe que lo necesitas. ¿Crees que estoy aquí por pura diversión? ¡Más me divertiría cazando ratones!

Aquí la gata, inventada o no, me pillaba. Yo misma le había invitado a entrar, abriéndole la ventana. Aunque no entendiera muy bien por qué lo había hecho.

—Pero... ¿qué sabes de mí? No puedes haber visto lo que me ha sucedido hoy... ¿o sí?

—Sé lo importante. Que tienes la cabeza como una bola de lana enmarañada, y el corazón encogido, olvidado, triste. Eso lo ve cualquiera.

Me llevé la mano al pecho. Es cierto que lo sentía más frágil, vulnerable y enfermo, como si se hubiera abierto una ventana que dejaba entrar el aire frío del invierno. Me daba miedo pensar que «cualquiera» pudiera verlo. No me gustaba que Sibila me lo echara en cara así, aunque fuera una gata imaginaria.

—Y no puede ser, Sara. No te mereces eso. La vida es maravillosa, mágica, deliciosa...

Aquí me enfadé. Me empezaba a parecer una gata ñoña de películas de Disney.

—¡Mi vida no, Sibila! ¿Tú qué sabrás? Tengo casi cuarenta años y mi vida no tiene nada de maravillosa. No sé adónde voy, qué hago en este país, para qué trabajo cada vez más en cosas que me gustan cada vez menos... No sé qué pasa con mi novio, por qué me parece todo tan gris, por qué aún no hemos tenido hijos, o si los tuviera cómo iba a compaginarlos con mi carrera... A lo mejor la vida de los gatos será maravillosa, ¡pero te puedo asegurar que la humana es bien complicada!

Mientras yo gesticulaba y apuntaba con el dedo, Sibila me escuchaba con una intensidad no menos feroz. Sus enormes orejas parecían literalmente absorber el sonido de mis palabras, dejando el ambiente en silencio en cuanto se pronunciaban. La gata parecía haber venido para esto. Nunca había visto a una criatura tan alerta. De hecho, su atención voraz me inquietó como me habían inquietado los gatos de piedra del British Museum. Volví a desviar la mirada hacia la ventana.

—Sí —escuché a Sibila asentir—. La vida de los humanos es complicada. O, más bien, yo diría que se la complican.

Estuvimos un rato sin decir nada. Por la calle pasaban un par de jóvenes borrachos de vuelta del pub, gritándose insultos. Uno le dio un empujón al otro. El segundo le gritó algo y luego dio una patada a una papelera, que salió volando por los aires y cayó sobre un coche, derramando su contenido sobre la calle.

Los humanos. ¿Qué pensarán los gatos de nosotros? El caso es que a mí también me daban ganas de pegar una patada a alguna papelera. Mis piernas se tensaron con la idea.

De pronto sentí algo entre los tobillos. Algo cálido, blando, sinuoso. Casi salté del susto.

—Eh, tranquila —ronroneó Sibila, que se estaba enroscando con el cuerpo por mi pierna derecha y con la cola por la izquierda. Ese movimiento serpenteante, el calor de su cuerpo y el ronroneo grave de la gata derretieron, en pocos segundos, todas mis tensiones. Mimoterapia, pensé. Cómo la echaba de menos. Cerré los ojos y me dejé mimar.

Era irresistible. Tuve que agacharme para acariciarla. Tenía un pelo suave y sedoso, y era un placer deslizar la mano sobre sus curvas una y otra vez, un placer esencial, sensual, animal. Sibila tenía razón. Yo nunca había tenido un gato. Ni un perro, ni un gato, ni un triste hámster. «Los animales en el campo», había dicho siempre mi madre. Creo que a ella, más que nada, le bastaba con dos criaturas humanas que cuidar. Pero entendí en ese momento cómo, mediante caricias como estas, se habían sellado pactos de amistad entre humanos y gatos en Asia, en África, en Europa y en las Américas, desde tiempos inmemoriales, amistades tan poderosas como cualquiera entre semejantes.

No era solo que yo la acariciara. Al pasar yo la mano, Sibila empujaba contra ella, empleándose a fondo con su cabeza, su cuello y toda la espina dorsal hasta la cola, que se tensaba como un arco. En realidad no se podía saber quién acariciaba a quién. Lo único que estaba claro es que Sibila me estaba conquistando, o, como había dicho ella, «adoptando».

Cuando ya me tenía medio hipnotizada con este ritual, se alejó algunos pasos, con la cola erguida. Aún sentía una especie de hormigueo en mis dedos y la palma de la mano, que seguía buscando la suavidad de ese pelo dorado. Sibila se sentó sobre sus patas traseras y me dijo:

—Mira, ya sé que aún nos conocemos poco, y que no te fías mucho de mí. Creerás que no sé mucho del mundo de los humanos, aunque puedo decirte que he conocido a unos cuantos, y mi familia extendida a casi todos. En cualquier caso, te voy a dar un consejo. Lo puedes tomar o lo puedes dejar.

Yo no dije nada.

—Cuando no sabes por dónde tirar, sigue tu nariz.

—Mi... ¿nariz? —dije.

Me había esperado algo más profundo de esta gata imaginaria.

—Sí. Te pueden traicionar las personas, las palabras, tus propios pensamientos. Pero tu nariz no, si prestas atención. Hazlo.

En ese momento se escuchó girar la llave en la puerta de entrada, y la voz de Joaquín al abrirse:

—Hola...

Sibila se dirigía ya con pasitos rápidos hacia la cocina. La seguí y llegué a tiempo para verla saltar sobre el fregadero y colarse por la ventana abierta. Los pasos de Joaquín hacían crujir los escalones de la escalera. Ya veía su sombra en el pasillo.

Sibila olisqueó sonoramente el aire, mostrando su barbilla blanca, como para recordarme su consejo. Y luego desapareció en la noche.

—¿Sara? —Joaquín estaba en el descansillo, junto a la montaña de abrigos que colgaban de la pared—. ¿Qué tal?

—Mejor —le dije.

Me acerqué y nos abrazamos. Como abrazo no fue gran cosa. La cercanía física solo parecía resaltar la distancia real que había crecido entre nosotros en los últimos meses. Pero al acercarme, el consejo de Sibila resonó en mi mente: Sigue tu nariz. Inspiré, con los ojos cerrados, a un milímetro de su piel, justo en el espacio entre su cuello y la camisa. Se me llenaron las fosas nasales del aroma fibroso del algodón, de los humos y las grasas de la ciudad, y del aroma que para mí era, inconfundiblemente, Joaquín, un aroma que, sin embargo, y ahora que me fijaba, tampoco era el que había sido. Cuestión de dieta, quizá. Menos pulpo con pimentón y más curry tailandés. Menos aceite de oliva y más mantequilla. Menos vino y más *bitter*. De hecho, el olor a cerveza era potente. Había estado bebiendo esta misma noche.

Alguna vez el propio Joaquín, en uno de sus discursos científicos, me había explicado que el cuerpo regenera todas sus células cada... ¿diez años? Ya llevábamos más de diez en Inglaterra. Físicamente, este no era el mismo Joaquín que aquel con el que vine. Se le parecía mucho. Era igual de guapo, eso desde luego. Las fotos no mostraban grandes diferencias. Canas, sí, alguna arruga, pero poco más. Sin embargo, el olor delataba las diferencias. Este Joaquín se estresaba más, sudaba más, se ponía nervioso en mi presencia, se callaba pensamientos que yo no le sonsacaba y que fermentaban en algún lado, ahí dentro. Joaquín parecía haberse vuelto, con el tiempo, menos dulce y más amargo, más agrio. Y había matices que se me escapaban, pero que estaban ahí, mezclados con su olor de siempre pero que ya no era el de siempre, por mucho que se empeñara en mostrarme su cara bonita, un facsímil casi perfecto del Joaquín que recordaba.

No, no olía como antes. Olía distinto. Olía *peor*. Me avergoncé un poco al pensar eso. Era la primera vez que me pasaba por la cabeza un pensamiento así. Pero ese fue el resultado de seguir el consejo de Sibila. Y eso no era todo. Había algo más. Un olor concreto que me resultaba antipático, no porque fuera desagradable en sí, sino porque me recordaba a algo, pero no sabía el qué. Era el rastro sutil de un aroma especiado, complejo, que me resultaba extrañamente familiar, como si lo conociera de un sueño o un viaje de la infancia. Y por algún motivo me molestaba encontrármelo aquí, sobre el cuello de Joaquín. Me gustaría haber indagado más, haber hundido mi nariz bajo la camisa para rastrear este perfume insolente e impertinente. Pero el incómodo abrazo se estaba agotando.

—Has estado en el pub —le dije, apartándome de él.

—Sí, bueno, solo una media pinta rápida —dijo, colgando su abrigo negro sobre otros cuatro o cinco abrigos—. Ya sabes cómo es.

Joaquín se refería al hecho de que en Inglaterra, el salir con los compañeros después del trabajo es un rito imprescindible para conocerles, ya que antes de haber ingerido una cierta cantidad mínima de cerveza, muchos de ellos parecen incapaces de comunicar emoción alguna.

—Sí, sé cómo es, Joaquín. Pero justamente hoy podías haber venido a casa

directamente, ¿no?

En realidad, me alegraba de que no hubiera llegado antes, durante mi conversación con Sibila. Tampoco me importaba tanto que se hubiera ido al pub, incluso me daba pereza verle, ahora que le tenía en casa. Pero mi nariz me decía que tirara por ahí.

—He venido cuando he podido —me dijo secamente.

—¿Con quién estabas?

—¿Eh? —como si no hubiera oído bien la pregunta—. Pues ya sabes, con la gente de la oficina: Mike, Paul, Vanessa... los de siempre.

Me lo decía todo sin mirarme a los ojos, subiendo por las escaleras hacia el dormitorio. Este Joaquín, hecho con células reconstituidas, aunque idéntico al anterior, me miraba poco a los ojos. Siempre había sido un poco tímido en las distancias cortas, en el cara a cara. Pero últimamente, aunque no lo hubiera pensado de forma explícita, su mirada huidiza me había inquietado. Ahora me irritaba.

Me metí en la cocina, dándome cuenta de que tenía un hambre feroz, además de la frustración por olores insolentes y miradas huidizas. No había probado un bocado desde el desayuno. Abrí una bolsa de pan de molde y me empecé a devorar una rebanada cruda mientras que con la otra mano cogía la hervidora eléctrica, la rellenaba con un chorro potente de agua, y la encendía con sus 2000 W de potencia.

Tocaba una pasta con tomate frito de lata. No quedaba en casa más que arroz, pasta y conservas. La gata había acabado hasta con la leche. Y este pan, si es que el molde puede llamarse pan, estaba ya bastante seco. Abrí la nevera, saqué un pequeño y duro trozo de Idiazabal que aún quedaba de mi último viaje a España, y me lo empecé a roer como una ratona. Por encima de mi cabeza sonaban los pasos de Joaquín sobre la vieja madera crujiente. Al cabo de un rato oí que se metía en la ducha. Últimamente se había acostumbrado a ducharse por las noches, «para ahorrar tiempo por las mañanas», así decía. Claro que la ducha eliminaba también ciertos olores. Esto empezaba a oler mal de verdad. Empezaba a oler a podrido.

«Las personas pueden traicionarte —había dicho Sibila—. Pero la nariz no.»

¿Cuánto sabía esta gata? Decía conocer a todo el mundo en este barrio. ¿Sabía cosas de Joaquín que desconocía hasta yo? ¿Le habría observado cuando yo no estaba en casa, cuando creía que nadie le veía? ¿Acompañado por alguien, quizá?

Mi amiga Vero, que en esto tenía experiencia, me lo había preguntado en varias ocasiones.

—Que no —le aseguré yo la última vez—. Que no es eso. No todos los hombres son como Alberto.

Vero estaba casada con un profesor de sociología reconocido por sus estudios sobre la estratificación social y por sus aventuras con sus estudiantes universitarias. Ya le había echado de casa tres veces por este motivo, la última durante más de un año, pero él siempre volvía con infinitos perdones, plegarias y promesas, y ella acababa cediendo, un poco por el bien de sus dos hijos, un poco porque le hacía falta la ayuda logística que él

proporcionaba con ellos, y un poco porque seguía queriéndolo a pesar de todo. Vero, eso sí, había aprendido a ser muy desconfiada, incorporando en su rutina pesquisas dignas de un espía del KGB.

—A ver, soy tu amiga, Sara. Te conozco desde que correteábamos por Cazorla persiguiendo lagartijas y montando tiendas de campaña. Y por eso te lo tengo que recordar de vez en cuando: eres un poco ingenua. ¡Y eso está bien! Es parte de quien eres. Ves lo mejor de la gente, confías en todo el mundo y por eso luego lo vives todo con tanta ilusión. Pero también tiene sus inconvenientes. Cuando te conté que los Reyes eran los padres te enfadaste conmigo, y a lo mejor con razón, pero es que ERAN LOS PADRES.

—Anda, tía, siempre me sacas eso. ¡Que tenía ocho años!

—Pues eso, fuiste la última en enterarte. Y así has sido siempre. Desde pequeñita te lo tragaste todo: la catequesis, el Ratoncito Pérez y luego la milonga de que viviríamos felices y comeríamos perdices con nuestro príncipe azul, tres hijos y el premio Nobel de biología.

—Bueno, en mi caso de literatura.

—Sí, claro. Y ya ves luego cómo van las cosas. Al final la vida no es todo rosas y chocolate, porque las rosas se marchitan, y el chocolate engorda, y al final todas a comer galletas de arroz hinchado y a hacer pilates mientras el marido se te va con la jovencilla de turno y el jefe le da el puesto al imbécil de al lado porque estabas de baja maternal, espera, perdona... ¡¡Carlos, deja en paz a tu hermana!!

Se oyó el sonido del teléfono abandonado apresuradamente sobre una mesa, y luego algunas instrucciones severas, antes de que Vero continuara su discurso.

—Perdona... estos críos. Pues eso, y por cierto que no te quejes tanto de no tener hijos que eso es otra milonga. Son maravillosos, sí, claro, pero los primeros quince minutos. Lo demás es una hazaña heroica que a nadie le importa un pito. Y si además luego resulta que el padre está por ahí haciendo de George Clooney con las chicas, que es más crío que los críos, imagínate. Mejor ahorrarse el disgusto.

Dejó que Vero acabara con su habitual diatriba catártica antes de responder.

—Mira, Vero, tu marido es lo que es, ya bastante le has reformado...

—Sí, ¡reformado! Luego le controlo los SMS y te cuento.

—Pero Joaquín no es así. Ya sabes que si le elegí por algo, es porque tiene principios. Puedes decir lo que quieras de él: que es poco comunicador, arrogante, un poco brusco a veces. Vale. Pero es un hombre honesto. Eso lo sabe todo el mundo. Exige a todo el mundo un comportamiento coherente, y es porque él no tolera la mentira y la falsedad. Ya sabes que nunca nos casamos porque a él, eso de jurarse el amor eterno le parece futurología, porque nadie puede saber lo que va a sentir dentro de veinte o treinta años. Pero por la misma regla de tres, no me engañaría con otra. Me lo contaría y punto. Es verdad que últimamente está menos cariñoso...

—¿Menos cariñoso? ¡Si me has dicho que no hacéis el amor en meses!

—Bueno, eso es culpa mía también. Y él está pasando por una fase de mucho trabajo, de mucho estrés. Yo sé lo que es eso, y tengo que apoyarle también. Joaquín me ha aguantado lo indecible en estos años cuando yo lo estaba pasando mal en el curro. Y le quiero ayudar, pero luego como es tan hermético, y no me cuenta nada...

—Si no te cuenta las cosas, ¿cómo va a ser de fiar?

—Vero, se lo he preguntado. Más de una vez. Y me ha dicho que no hay otra.

—Y tú le crees.

—Sí, le creo.

—Como a los Reyes Magos.

—¡Vero!

—Solo estoy intentando hacerte ver las cosas de otra manera, Sara. Por tu bien. Luego haz lo que quieras, pero yo te advierto.

—Es un tipo honesto. En todos estos años no he tenido ningún motivo para desconfiar de él. Y van quince años, más que muchos matrimonios...

—Es un tipo guapo, Sara —sentenció Vero—. Guapo, listo, moreno y misterioso. Tiene mucho peligro, te lo digo yo, especialmente en ese país de feos que parece que no han visto nunca el sol. Y más a esta edad, que esas canitas incipientes le dan un punto de madurez delicioso. De hecho, si no fueras mi amiga del alma, ¡yo mismo me lo pensaba!

Terminamos muertas de risa, y ahí acabó la cosa. Entonces me sentía aún segura de mí misma. Y de Joaquín. Pero esta noche la nariz me estaba haciendo dudar de todo. Joaquín no mentía, pero ¿y si este Joaquín no era el mismo Joaquín de antes?

Cuando bajó, ya en pijama y bata, yo estaba terminándome los macarrones. Ni siquiera me había molestado en poner la mesa, empujando a un lado los libros, papeles y llaves para servirme un plato en la esquina. Esta noche no daba para más. Joaquín se sirvió otro mientras yo pensaba en cómo arrancar la conversación. «Sigue tu nariz.»

—Tenemos que hablar.

En el silencio de la cocina sonaba el tintineo de su tenedor contra el plato.

—¿De qué?

—De nosotros, de qué va a ser.

Joaquín suspiró, y dejó su plato sobre la mesa.

—Pero ¿justamente esta noche? ¿Estás segura? No sé si es una buena idea, Sara. Estás cansada. Has tenido esta mañana un momento...

—No estoy cansada —mentí, porque mi nariz se lanzaba sobre el rastro, a pesar de todo el agotamiento—. Y llevamos ya demasiado tiempo haciendo como que no pasa nada, cuando sí pasa. Si estoy deprimida, será por algo, ¿no? ¿O es que crees que no tiene nada que ver?

Entonces Joaquín me miró por primera vez desde que entró en casa. Quizá por primera vez en varias semanas. Con sus ojos negros, unos ojos temblorosos que parecían

enfrentarse a un abismo. Me asusté antes de que abriera la boca, y sus palabras me asustaron aún más.

—Vale. Tienes razón Sara. Esto no puede seguir así.

En ese momento volví a sentir el mareo. Me agarré a la mesa. No me esperaba esta reacción del hombre vestido de bata que olía casi a Joaquín. Hasta ahora, en nuestras discusiones de pareja, él siempre minimizaba, justificaba, bromeaba, eludía. Es cierto que mentir, no mentía, pero sonsacarle las verdades, eso era otro cantar. Siempre era yo la que tenía que insistir, sacar a relucir las pruebas, luchar por el derecho a hablar de nuestras cosas abiertamente. Y ahora que él me daba la razón, me lo ponía tan fácil, me sentí arrastrada al borde del mismo precipicio que sus ojos parecían contemplar con horror.

—Ya sabes mi compromiso con la verdad, Sara. No te puedo mentir. Y la verdad es que lo nuestro ya no es como antes. Hace algún tiempo que lo llevo pensando. No te he dicho nada porque quería ver si las cosas cambiaban. Pero después de lo de hoy me parece que no estamos haciéndonos bien el uno al otro. Yo no estoy contento, y evidentemente tú tampoco. Hemos crecido cada uno por su lado y, lo que quiero decir es...

Estaba atónita. Joaquín había pasado de su mutismo habitual a farfullar un discurso funerario y repleto de clichés, que parecía medio ensayado. Le interrumpí, poniéndome de pie y elevando el tono de voz.

—Joaquín... ¿me estás dejando? ¿Es eso lo que estás intentando hacer?

—Tranquila, Sara. Vamos a hablarlo, como tú habías dicho. Tenemos que hablar, ¿no? Estamos todos de acuerdo, ¿no? Las cosas no están bien. Igual habría que dejarlo un tiempo, darnos un respiro a ver qué pasa.

—¿Un respiro? Pero ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? Espera, espera. Antes de nada quiero que me mires a los ojos y me digas una cosa. ¿Hay otra?

—¿Otra qué?

—No seas gilipollas. ¿Estás con otra o no?

—No, Sara, no es nada de eso. Te lo juro.

Me lo dijo de forma tajante. Sus ojos me miraban de lleno. Si fuera el Joaquín de antes, tendría que rendirme y aceptar que decía la verdad. Pero la nariz se me hinchaba con ese tufo extraño que seguía a este Joaquín a pesar de la ducha y de la bata de aristócrata inglés, un perfume exótico, dulce y especiado, más irritante que nunca. Le miré con horror, porque por primera vez sospeché seriamente que me mentía.

Ahora Joaquín se embalaba con su discurso preparado. Que si era normal, que si las personas crecen y cambian, que si nos vendría bien una separación —¡una separación! —, nada definitivo, desde luego, unos meses, a ver qué pasaba. Y se iba animando en su discurso, cogiendo confianza, con aires de político en plena campaña.

—¡Un momento, Joaquín! Somos dos. No puedes decidir unilateralmente que me dejas, así, por las buenas, porque te da la gana.

—¡No te estoy dejando! —insistía—. Solo digo que deberíamos darnos un tiempo.

—Me estás dejando, Joaquín. O más bien echando, porque claro, esta casa es tuya y ese rollo de la separación significa que soy yo la que tiene que hacer las maletas. Me da igual, llámalo como quieras. Esto lo llevas meditando un tiempo, ya nos conocemos. Pero no estoy de acuerdo. Tenemos problemas, vale, pues vamos a hablarlos...

Se me agolpaban en el corazón todos los asuntos pendientes de nuestra relación, grandes y pequeños, desde los hijos que no habíamos engendrado hasta la manía que estaba cogiendo a sus videojuegos, desde nuestros problemas sexuales hasta el desorden que teníamos montado sobre esta mesa de cocina, y en tantas otras esquinas de la casa. Yo quería sacar todo esto, hacer limpieza general, empezar una nueva etapa, y para eso había que pasar más tiempo juntos, no menos. Reducir el trabajo, buscar un equilibrio, irnos de vacaciones los dos, aunque fuera un fin de semana, sin otro plan que dejarnos guiar por los deseos del momento, y hablar de lo que cuenta, de nuestros sentimientos y nuestros sueños, de lo que nos gusta y lo que no, de lo que nos falta y nos sobra, de lo que nos ha pasado en estos años y lo que queremos para el resto de nuestras vidas. Pero este hombre que ahora me miraba a los ojos, después de tanto evitarme, parecía decidido a cortar por lo sano, aquí y ahora, de una vez por todas, y sin tan siquiera el valor de reconocerlo.

—Yo necesito pensar un poco, Sara. Necesito darle vueltas. Necesito espacio, tranquilidad. Es inútil hablar por hablar. Vamos a darnos un tiempo, y luego ya quedaremos para hablar.

—¿Ya quedaremos? —repetía yo, incrédula—. Por favor, Joaquín. Piensa en lo que estás diciendo. Que llevamos quince años juntos, que he hecho mi vida contigo, que te he ayudado a llegar a donde estás, como tú a mí. No puedes venir aquí ya con la decisión tomada. Dame al menos una oportunidad. Me debes al menos eso.

—Ya, bueno —dijo Joaquín, con un tono más agrio, levantándose para tirar el resto de su cena a la basura—. Aquí todos nos debemos muchas cosas, ¿eh? Que yo me vine a este país por ti, aparte de otras cosas.

—Pero ¿qué dices? Si nos vinimos juntos...

—Juntos, pero por ti.

Joaquín dejó su plato y sus cubiertos en el fregadero con un estruendo y se dirigió hacia el salón. Le seguí, dolida por ese tono acusatorio. Se sentó en el suelo delante de su Xbox. Aparecieron monstruos en la pantalla agitando armas mortíferas en actitud guerrera, mientras Joaquín seguía hablando, ya sin mirarme.

—Tú tenías el trabajo en la empresa de moda, hablabas ya el idioma... Yo me lo tuve que currar a pulso, y hacer contigo de cocinero, de terapeuta, de masajista y de todo. Yo tenía que esperarte en casa y tragarme tus salidas de pub con tus amigos del trabajo. Y ahora, ¿qué? Ahora que yo tengo un puesto de responsabilidad, y ya no te limpio y te cocino, y voy al pub después de la oficina, y no tengo tanto tiempo para ti, ahora te quejas, ¿no? ¡Y te da el jamacuco y yo tengo que estar al pie del cañón! Pues vale, voy.

Pero ya estoy harto. ¿Que quieres hijos? Búscate a otro, porque yo no tengo tiempo para eso.

Y sin más, se puso a masacrar bichos en la pantalla. El salón comenzó a retumbar con disparos, gritos y explosiones. Este era el nuevo Joaquín, reconstruido en diez años a partir de células nuevas.

—Hoy duermes aquí —le dije, empezando a llorar como una idiota—. No te quiero ver arriba.



4

La caza del ratón

Sentada sobre el tejado, diviso toda la metrópolis humana, un viejo y gigantesco hormiguero de ladrillo, metal, asfalto, ruido y humo que durante las últimas dos mil primaveras ha crecido sin descanso hasta apoderarse de todo el horizonte. Los humanos duermen, y solo sus luces iluminan unas calles vacías que los gatos veríamos con toda claridad incluso en la noche más oscura.

De pronto siento algo en el aire. Se me eriza el pelo y se me agudizan los sentidos. Permanezco inmóvil, alerta ante el más mínimo cambio en la composición de este aire húmedo. Como las corrientes del mar, los infinitos aromas de la ciudad se juntan y se separan, se agrandan y se estrechan, se mezclan y se pierden en minúsculos torbellinos aéreos. Pero sí, vuelvo a captarlo. El olor de un ratón. No, una rata. Incluso dos.

No hay tiempo que perder. Me pongo en movimiento, bajando hasta el borde del tejado, a diez metros del suelo, y giro a la izquierda. Efectivamente el olor se intensifica, y según avanzo, a lo largo de esta larga fila de guaridas humanas unidas entre sí, se concentra aun más. Me atrevo a acelerar el paso, controlando la caída de mis patas para cancelar cualquier sonido que pudiera poner en sobreaviso a las presas. Comienzo a correr, acelerando silenciosamente con un ritmo perfectamente coordinado, equilibrando el movimiento con el balanceo de mi cola. Vuelan a mi izquierda chimeneas y antenas, a mi derecha las farolas de la calle y las ramas de algún árbol pelado.

Mi olfato me dice que las ratas están en la última casa, la de Sara y Joaquín, que se aproxima a un ritmo trepidante. La emoción de la caza me embriaga. Aunque aún no puedo ver a mis presas, me parece escuchar ya sus movimientos y chillidos, de sentir su calor corporal, además de respirar el olor de su sangre. Soy ya puro instinto. Me dejo llevar por el arcaico y salvaje ritual, que me impulsa a tomar un riesgo casi suicida: me aproximo al borde del tejado y salto con todas mis fuerzas, volando como una ardilla con el cuerpo extendido en un ligero ángulo, casi paralelo al borde del tejado, pero que me

lleva más allá de él, hacia el vacío.

Con esta acrobacia mortal, que nadie observará más que yo, y quizá las dos ratas a las que estoy a punto de sorprender, trato de alcanzar la estrecha repisa de una ventana. Durante un vertiginoso segundo siento en mi costado izquierdo los contornos de los ladrillos de la pared volando a toda velocidad hacia atrás y hacia arriba. Sin miedo, concentrada al máximo, recoloco las patas y me preparo para recoger el impacto de la caída como un muelle. Y sí, aterrizo en la diana, hundiéndome hábilmente mis garras en la madera vieja y luchando contra la inercia del salto durante el momento crítico. La cola cae y rebota en un arco. Estoy a salvo, junto a la ventana.

Ahí están. Las veo moverse frenéticamente en la cama del dormitorio, debajo de un edredón, dos ratas gigantes, de tamaño humano, y su olor intenso a esta distancia me enloquece. Están distraídas, gozando de un momento de pasión —que será el último. Extiendo mis garras hasta el límite, y no puedo evitar sisear de placer con las fauces abiertas. Veo sus colas sobresaliendo del edredón, dando latigazos entre la cama y una cómoda blanca sobre la cual se extienden unas prendas humanas. Con un golpe cae de la cómoda una chaqueta de cuero violeta, con una extraña escritura. Entonces me pregunto, ¿puede una rata vestir una chaqueta humana?

Ante esta duda todo comienza a torcerse. Me doy cuenta de que la ventana está cerrada, y... ¿cómo voy a abrirla yo, si soy una gata? Por mucho que empuje contra ella, que arañe su dura y fría superficie con mis uñas, nunca podré superar esta barrera. Las ratas lo saben, y aunque me oyen maullar de rabia, ellas chillan triunfalmente ante su depredadora frustrada. En mi desesperación maúllo de nuevo, grito a la noche mi deseo de volverme humana en esta ciudad de *homo sapiens* que saben hacer y abrir ventanas. Las ratas se detienen al oírme, sacan de nuevo sus sucios hocicos de la cama, y por un momento parecen asustarse.

Porque sí, me estoy volviendo humana. El pelo dorado del cuerpo se retrae y deja al descubierto una piel rosada y fina, mientras que me brotan largos cabellos de la cabeza. Las uñas se acortan y se vuelven delicadas láminas. Crezco en tamaño, perdiendo el olfato, volviéndome medio ciega, medio sorda, como una humana. Y sigo creciendo, demasiado, demasiado rápido, y mi tamaño me empuja irremediabilmente hacia el vacío, y me entra el vértigo de encontrarme desnuda en la repisa de una casa a diez metros de altura, una repisa que al crecer yo empequeñece ella, hasta no aguantar mi desproporcionado bulto. En mi momento último de angustia, antes de caer, puedo ver a las ratas perder interés y volver a lo suyo con renovada furia. Ellas sobreviven esta noche, y yo no. Intento agarrarme inútilmente con mis frágiles y ridículas uñas humanas. Me resbalo y caigo, caigo hacia atrás, caigo sin remedio, por idiota, agitando brazos y piernas en el aire húmedo de Londres, por querer saber demasiado, gritando con el grito de una humana que quiere ser feliz y no sabe cómo, caigo hacia la muerte que nos llega a todas, gatas, ratas y humanas.

Me desperté de la pesadilla jadeando, desorientada, tratando de frenar la caída en un vórtice vertiginoso y oscuro de gatos rabiosos y ratas pataleantes. Salté de la cama, encendí la luz y tuve que cerciorarme de que nada se movía bajo el duvet. No, no eran ratas ni ratones las formas blancas tiradas por las sábanas y por el suelo. Eran los restos de los Kleenex usados de la lloricata rabiosa con la que me había metido en la cama tras hablar con Joaquín, escuchando aún los disparos de su violento videojuego. Aun así, sentí un escalofrío al levantar de un tirón todo el duvet, con el susto anticipado de encontrarme algo vivo y repugnante ahí debajo. Tampoco pude resistir el impulso de acercarme a la ventana para comprobar que no había cadáveres en la calle, ya fueran humanos o felinos. Pero no, no había nada.

Me puse mi bata y mis zapatillas y me metí en el baño para hacer un pis. En el espejo pude comprobar que tenía un aspecto horroroso. ¿En esta mujer me estaba convirtiendo? Mis ojos marrones parecían hundidos en los párpados hinchados. Mi pelo castaño claro caía revuelto sobre los hombros. Tenía la tez pálida, incluso para haber vivido una década en este país sin apenas sol. Me noté hasta más encorvada. No aguanté ni media mirada antes de salir de ahí. Era el momento de tomarse una infusión caliente.

Para los ingleses, y aún más para las inglesas, las bebidas calientes son el remedio ideal para cualquier ocasión, en soledad o en compañía, en verano o en invierno. El *hot drink* sirve para despertarse, para calentarse, para conocerse, para planear una fiesta, una estrategia comercial o una revolución. Toda excusa es buena para un té, un chai, un rooibos o una mezcla herbal, a ser posible preparada con hojas sueltas en una tetera de cerámica. Hasta los peores enemigos se invitaban a un té antes de un duelo con pistolas. Es la panacea del alma británica.

Tras diez años en Londres, ya me había convertido en una ferviente devota del té y sus mil variantes, y desde hacía tiempo mantenía un calentador eléctrico y una selección de sobrecitos de emergencia en el propio dormitorio, para no tener que bajar siquiera a la cocina en momentos como este. Menos mal, porque justamente esta noche no me apetecía lo más mínimo tener que escuchar a Joaquín roncando en el salón, o peor aún, arriesgarme a encontrármelo despierto.

Sorbiendo mi *Organic Bedtime Tea*, sentada en una esquina de la cama, me pregunté si Sibila estaría realmente de caza esta noche. Necesitaba hablar con alguien, aunque fuera ella, ese producto tan peculiar de mi imaginación que ya comenzaba a crearme como a los Reyes Magos. Dicho esto, su consejo no había tenido unos frutos muy positivos. Ahora que lo pensaba, en el momento más tranquilo de la noche londinense, con la lucidez que me estaba proporcionando esta infusión de valeriana, tila y azahar, los resultados habían sido más bien nefastos. ¿Sigue tu nariz? Menuda tontería. ¿Quién me mandaba a mí a meter mi nariz donde no me importaba, para imaginarme cualquier barbaridad y luego decir las cosas de la peor manera?

Quizás este era el sentido de la pesadilla que acababa de tener. Miré hacia la ventana. Quizá debería dejar de tratar a Joaquín como a una rata, de intentar cazarle en alguna

mentira que no era más real que esta alucinación nocturna, o acabaría cayéndome de las alturas. No hacía falta incomodar a una psicóloga para decirme que tenía la fantasía desbocada. Primero me inventaba una gata que habla, y ahora un novio que me pone los cuernos. Y con mis paranoias absurdas le había puesto al pobre Joaquín contra la espada y la pared. ¿Que se había ido un rato al pub? Pues a lo mejor le hacía falta, después del susto que le había dado hoy. Cada uno tiene su forma de procesar las cosas.

Joaquín siempre había sido un tipo delicado para hablar sobre los problemas de pareja. Yo sabía que necesitaba sus tiempos, que había que ir con sutileza y dejar que se abriera poco a poco. En vez de eso, yo había entrado como un elefante en una cacharrería, a horas intempestivas, después de un día de lo más raro, en medio de un pico de trabajo muy duro, y tras unos meses en los que lo nuestro se había enfriado demasiado. ¿Qué estaba pensando? ¿Qué se supone que íbamos a resolver así, los dos ya sin energías para nada, al límite de nuestras fuerzas? Ahora comenzaba a entender, en el silencio de la noche, con las manos alrededor de la taza caliente, sorbo a sorbo, hasta qué punto me había equivocado.

No podía comportarme de esta manera. Basta de cazar ratones y hablar con gatas. Basta de creer en locuras, esnifar el aire en busca de pistas ilusorias y decidir, así por las buenas, que Joaquín me mentía, cuando nunca me había dado razones para dudar de su integridad. Lo que tenía que hacer era reconquistar a mi novio. Pedirle perdón por ser una estúpida y empezar otra vez.

Tenía razón Joaquín en decir que le había pedido mucho últimamente, cuando él no estaba en condiciones de dar nada. Recordando estos meses pasados, me daba cuenta de que había estado un poco insoportable con él, las pocas veces que nos veíamos. No había celebrado mucho sus éxitos profesionales, y más bien me había ido resintiendo por todas esas cosas que ahora él no me daba, y que yo no tenía derecho a exigir. No le había apoyado, como él me había apoyado a mí cuando se mudó a Inglaterra conmigo, cuando yo estaba desbordada con los cambios y los desafíos de una nueva vida en este país. Quizás él llevaba semanas y meses esperando que yo lo hiciera, amargándose por dentro, perdiendo la esperanza en mí, distanciándose, desamorándose. Y yo sin olerme nada. Eso sí sería una falta de olfato.

Pero tampoco era fácil entenderle. Y me agotaba el tener que estar siempre dándole vueltas en mi cabeza a las vueltas que debía dar la suya. ¿Por qué los hombres se callan sus pensamientos sobre las cosas que realmente importan? ¿Por qué tienen que sufrir en silencio y en solitario? Era algo que nunca había entendido. Parece que tenemos que estar las mujeres haciendo de adivinas, interpretando señales y gestos, silencios y murmullos, salidas al pub y masacres obsesivas de alienígenas pixelados.

Nunca dejaba de sorprenderme que cuando se juntaba Joaquín con sus amigos, y luego le preguntaba sobre ellos, no era capaz de explicarme cómo les iban sus vidas, y menos aún las de sus parejas, hijos o familias. Se juntaban para ver el fútbol, o en este país el rugby, o para beber y gastar bromas, o para ver alguna trilogía de películas frikis,

o como mucho para discutir de política, ciencia, deporte, asuntos externos a sus propias vidas. Alguna vez habían llegado a dedicar un fin de semana entero a jugar videojuegos en grupo, matando bichos durante horas en vez de hablar de las cosas que realmente les preocupaban. Me pregunto si los horripilantes monstruos que trataban de aniquilar con veintisiete tipos de pistolas, ametralladoras, y cañones láser en sus laberintos tridimensionales no serían, precisamente, los bichos que habitaban en sus mentes torturadas, los mismos que sus novias y mujeres trataban de extirpar mediante el remedio más sencillo y pacífico de la palabra hablada.

Mañana le pediría perdón. Y le invitaría a una escapada este fin de semana a donde él quisiera, para olvidarnos de todo y disfrutar un poco, él y yo. Así podíamos hablar sin prisas, sin paranoias y sin forzar. Estaba segura ahora, con la verbena, la tila y el azahar circulando por mis venas, relajándome los nervios, que Joaquín solo necesitaba un poco de comprensión. Estaba confuso y había reaccionado mal tras un día difícil. No quería decir realmente lo de separarnos. Todo podía arreglarse, y lo íbamos a arreglar. Con esta resolución, me apuré el resto de la infusión de un trago, dispuesta a volver a la cama y a un sueño menos turbulento. Dejé la taza sobre la cómoda y recogí entre mis manos la foto encristalada que reposaba sobre ella, una imagen de los dos abrazados en el balcón de Julieta en Verona, sonrientes ante el turista español que nos sacó la foto, y que nos decía: «¡Quereros más! ¡Quereros más!»

Pero al volver a colocar el marco sobre la cómoda, se materializaron otra vez en mi mente, como fantasmas, las prendas que en mi pesadilla habían aparecido tiradas sobre ella, y cayó a mis pies la imagen de esa chaqueta de cuero violeta, gastada, con un símbolo hindú, o tibetano, inscrito en negro sobre la espalda. Sentí un escalofrío. Yo esa chaqueta la había visto alguna vez. La había tenido en mis manos, y no en un sueño. Incluso la había oído, registrando en mi memoria un rastro sutil, casi olvidado, pero inconfundible, un olor especiado muy particular. Se me encogió el corazón con la certeza de que se trataba del mismo olor que Joaquín llevaba encima cuando llegó a casa esta noche.

Me agaché como para tocar esa prenda fantasma y lo recordé todo perfectamente. Sucedió hace un año, o año y medio quizá, porque debió ser en verano o principios de otoño. Encontré esa chaqueta colgada a la entrada, en los colgadores del pasillo. Como habíamos organizado alguna fiesta, y había pasado mucha gente por casa, supuse que alguien se la había olvidado ahí. Lo comenté con Joaquín y hablamos de poner un email a los invitados. No recordaba si lo hicimos o no, pero desde luego nunca nadie vino a recogerla, que yo supiera. Lo cual, ahora que lo pensaba, era bien raro. No había caído en ello antes porque la cosa se me acabó olvidando con el trajín cotidiano y las chaquetas que se iban amontonando unas sobre otras. ¿Estaría aún ahí, debajo de nuestra montaña de abrigos, cazadoras y chubasqueros?

Las paranoias me asaltaron de nuevo. A lo mejor me estaba volviendo loca, de acuerdo, pero tenía que llegar al fondo del misterio, aunque fuera para descartar que

hubiera nada de misterioso ahí abajo. Sibila me había dicho que siguiera mi nariz, y mi nariz podía comprobar si esa chaqueta de piel —una chaqueta que no era obra de mi imaginación, sino la prueba física y tangible de algo que no cuadraba— tenía el mismo olor que Joaquín había tratado de eliminar con sus duchas nocturnas en esta época en la que no hacíamos el amor ni me miraba a los ojos, más que de una forma huidiza y sospechosa.

Volví a sentirme como una gata en plena caza: concentrada, alerta, excitada y aterrorizada. Cogí el móvil para usarlo como linterna, y me dirigí a la puerta del dormitorio. La abrí con cuidado de no hacer ruido. Se escuchaban desde la primera planta los ronquidos de Joaquín, un ruido animalesco que me había torturado durante incontables noches, pero que ahora se convertía en una señal bienvenida para una depredadora que no quería ser sorprendida durante su acecho. Bajé por las escaleras sigilosamente, hasta la puerta del salón. Tomé con la mano el pomo de la puerta y tiré de ella para cerrarla con un giro delicado de la muñeca. Los ronquidos seguían sonando, un poco más sordos, pero sin cambio alguno en el tono que indicaba un sueño profundo.

Ahora ya podía encender la luz. Pulsé el interruptor y me acerqué al perchero de la pared, o más bien al enorme musgo textil que sobresalía de él, la colección entera de prendas que habíamos acumulado para resguardarnos de la lluvia y el frío en lo que el ingenio de mi madre había bautizado *Grey Britain*, la Gris Bretaña. Empecé a descolgar primero los abrigos que más estábamos usando últimamente. Mi anorak azul polvo, mi abrigo largo de felpa para el trabajo, una especie de duvet negro con mangas que me ponía en los días más heladores, y los múltiples forros y cubiertas técnicas que le gustaban a Joaquín con su mentalidad práctica y científica. Los fui acomodando sobre la parte horizontal de la barandilla de la escalera, junto con algunas bufandas. Las demás las fui colocando directamente en el suelo del pasillo, en un montón: cazadoras y chaquetas más primaverales, algunas prendas descoloridas y maltratadas que nunca nos poníamos, y un par de gabardinas. Al final quedó solo el esqueleto desnudo del perchero de metal negro que sobresalía de la pared, del que ya colgaba solo un impermeable azul barato.

No me lo podía creer. Volví a remover las chaquetas en el suelo, los abrigos en la barandilla, por si algo había quedado oculto entre los pliegues de la ropa, por si alguna prenda se me había escapado con las prisas y la emoción del rastreo. Pero seguían siendo las mismas de siempre. La chaqueta de cuero morada había desaparecido.



5

Lo que está pasando

Desperté al día siguiente con un dolor de cabeza que pulsaba con los recuerdos confusos del día anterior: el portátil en el metro, el desmayo en la oficina, la sala de urgencias, Sibila en la ventana, el discurso ensayado de Joaquín, su olor extraño, la pesadilla en los tejados de Londres, la chaqueta fantasma. Hundida bajo la almohada, pasaba en pocos segundos de la rabia ultrajada de una novia traicionada, al arrepentimiento por haber acusado a un Joaquín inocente y abandonado, al terror de perderlo todo por un motivo o por otro. ¿Qué se supone que tenía que hacer ahora? ¿Intentar arreglar las cosas? ¿Resignarme a nuestra separación? ¿Acusar a Joaquín de traicionarme? ¿Preparar las maletas? ¿O fijar antes de nada una cita con el psicólogo?

Pero ni siquiera me decidía a salir de la cama. La idea de enfrentarme a otro día como el de ayer minaba todas mis fuerzas. Además, tenía la excusa perfecta: Grey me había dicho que me tomara unos días para descansar, y estaba descansando. El problema era que no estaba acostumbrada a quedarme en la cama. Además del miedo, la ira, y la confusión, me atormentaba la culpa por no estar haciendo algo productivo, aunque no supiera el qué. De cuando en cuando miraba el despertador y sentía en mis tripas un desagradable hormigueo, cada vez más intenso. Las 10.25. Las 10.43. Las 11.06. Hacía años que no me quedaba en la cama hasta tan tarde. Me imaginé a la gente de la oficina hablando de mí con expresión preocupada.

Entonces recordé que ayer había prometido a Grey que iría esta mañana, lo antes posible, a visitar la oficina de objetos perdidos de London Transport, para comprobar si el ordenador había aparecido. Las probabilidades me parecían mínimas, pero había que intentarlo. Y eso fue lo que al final me sacó de la cama. Eso y la necesidad física de un café. Bajé al piso de abajo con una mano sujetándome la cabeza y la otra sobre la barandilla de la escalera. En el bolsillo de la bata llevaba la cajita de píldoras que me

había recetado la médico.

Al llegar a la cocina vi a Sibila en una esquina de la ventana, esperándome. No estaba yo como para gatas parlanchinas, al menos no antes del café. Traté de ignorarla mientras desarmaba la cafetera y la llenaba con agua y café molido. Seguí intentándolo mientras encendía el gas, colocaba la cafetera y buscaba en vano, por toda la cocina, una taza limpia. Pero aunque la gata no dijo nada, ni golpeó en la ventana, ni tan siquiera se movió, no había manera de evitar su presencia, y al ponerme a fregar una taza delante de ella, me pareció ridículo seguir así.

—Venga, entra —dije con voz de ultratumba, y abriendo la ventana.

—Más bien, había pensado en invitarte aquí fuera —respondió ella, girando el morro hacia el jardín.

—No, no, eso no. Mírame. Estoy en camión.

—¿Y qué?

—Pues que hace frío, y además, yo qué sé, los vecinos...

Pensé en Mr. Shaw, un arquitecto retirado que vivía en la casa de al lado, y que ahora se dedicaba en cuerpo y alma al cuidado de su jardín. Lo último que quería era que me viera en este estado, con estas pintas, y hablando con un animal doméstico.

—Que tiquismiquis sois los humanos —suspiró la gata, y acto seguido saltó de la ventana y desapareció de mi vista.

Pero escuché su voz desde el exterior, animándome a salir de nuevo:

—Venga, Sara, te hará bien un poco de aire fresco. Te espero.

Aunque lo de sentirme presionada por una gata me molestaba un poco, tenía que darle la razón. A pesar del frío que entraba por la ventana, no me apetecía cerrarla. Al contrario: me acerqué a ella sobre el fregadero para inspirar más fuerte mientras se terminaba de hacer el café. Cuando estuvo listo, llené la taza, hice saltar del blíster una pildorita blanca sobre mi mano, y me la bajé con un sorbo de café caliente. A ver si servía de algo. Luego agarré medio paquete de galletas, y me puse mi abrigo largo de plumas y unas botas antes de salir por la puerta trasera. En el silencio de este viernes laborable, el sonido metálico de mis botas bajando por las escaleras del jardín resonaba por toda la trastienda del barrio.

—¿Y para mí? —preguntó Sibila desde abajo.

—Lo siento, te acabaste ayer lo que quedaba de la leche. Solo tengo estas galletas.

—Mmm —respondió, escrutándolas con una expresión escéptica.

—Luego voy a por más leche, tengo que hacer la compra.

Me senté en el penúltimo escalón, sosteniendo la taza humeante entre las dos manos. Hacía tiempo que no me sentaba aquí, mi sitio favorito de toda la casa. Respirando el aire fresco, la mente se me iba aclarando un poco, e incluso el dolor de cabeza parecía menos intenso.

La vista desde este lugar había cambiado por completo. Lo que una vez fue un jardín cuidado, que no tenía nada que envidiar al de Mr. Shaw, se había convertido en una selva. De las violetas y las hortensias no quedaba ni rastro. La hierba y los hierbajos se lo habían comido casi todo, y la zona de las rosas se había convertido en una trampa de ramas espinadas. No tenía nada que ver con ese lugar ordenado y alegre en el que habíamos organizado picnics, barbacoas y largas tardes veraniegas con amigos en los primeros años. Sibila se acercó y colocó su pequeña cabeza sobre mi regazo.

—Bueno, ¿qué tal la caza?

La pregunta me sorprendió. Se agolparon en mi mente las imágenes de mis paseos oníricos por los tejados de la ciudad, y por un momento me confundí con la idea de que hubieran sucedido de verdad. O que yo hubiera entrado en el sueño de Sibila. O Sibila en el mío.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté, un poco alterada.

Pero Sibila me observaba, desde mi regazo, con una mirada inocente.

—¿Seguiste mi consejo? ¿Seguiste tu nariz?

—Ah. Supongo —dijo, respirando el aroma del café—. No lo sé. Lo intenté, pero si te digo la verdad, no me llevó a nada bueno.

—Ya —dijo Sibila, bajando los últimos dos peldaños y alejándose un poco por las baldosas de piedra, hacia el comienzo del jardín.

Se detuvo justo antes del inicio de las hierbas altas, contemplando el panorama salvaje mientras yo seguía sorbiendo mi café, un poco demasiado amargo, y sorbiendo los recuerdos también amargos de mi conversación con Joaquín. La gata se sentó, y luego volvió a hablar con su voz aterciopelada.

—A veces el olfato te lleva hasta algo que preferirías no encontrarte.

Traté de imaginarme el tipo de sorpresas desagradables con las que se podía llegar a topar una gata en la basura, en los pasadizos oscuros de la ciudad, o entre las matas y hierbajos de un jardín abandonado. Lo primero que me vino a la cabeza fue la visión de un pájaro muerto, gusanos entre plumas secas y torcidas. Miré hacia atrás y hacia arriba, a nuestra casita de ladrillos rojizos. ¿Estaba muerta nuestra relación? ¿Oía a cadáver? ¿Desde cuándo? Me esforcé por recordar la última vez que podía asegurar, con toda certeza, que estuviera viva, viva de verdad.

Me vino a la mente el viaje a Italia, hacía año y medio, cuando nos hicimos la foto que ahora reposaba sobre la cómoda. Joaquín y yo siempre habíamos tenido un problema en las vacaciones, y es que a mí me encantaba la naturaleza, mientras que a él le abrumaba. Para mí, irme de viaje había sido siempre hacer *trekking* por el monte con mis amigas, o llegar hasta los parajes de mar y de montaña más recónditos con la autocaravana de mis padres. Pero Joaquín se sentía incómodo fuera de la ciudad. En la playa le molestaba el calor, la crema solar y la arena, pero tampoco se sentía cómodo en el agua, y detestaba pasar largas horas encogido bajo la sombrilla. En la montaña era lo mismo. Le entraba la alergia al polen, le fastidiaban los insectos, le daba pereza caminar

más de media hora. Lo único que tenía de montañero eran sus prendas técnicas, sobre cuyos materiales y cualidades transpirables, repelentes y absorbentes era un experto.

Al final, me di por vencida. Me adapté a sus gustos por los museos, la arquitectura, y las esquinas pintorescas en las que sentarse en una terraza para estudiar la fauna urbana. En quince años nos dio tiempo para conocer las principales ciudades de Europa y unas cuantas de las Américas: París, Lisboa, Berlín, Viena, San Petersburgo, Estocolmo, Praga, Buenos Aires, Nueva York, Río de Janeiro, Istambul... Pero quizá donde disfrutábamos más los dos era en Italia. Y ese último viaje fue de los mejores, a pesar de que las cosas ya habían empezado a cambiar entre nosotros por aquel entonces. A Joaquín le acababan de nombrar *project manager* y estaba pasando por una época de mucho estrés. En Roma lo olvidamos todo, con *gelati* en la mano, filosofando sobre la crisis actual entre las ruinas del antiguo imperio, discutiendo sobre el poder de la religión ante la grandiosidad de San Pietro, y disfrutando boquiabiertos de la belleza sin fin de una ciudad que parece toda ella un museo. En Venecia jugamos a huir de las masas, encontrando nuestros recovecos y *ristoranti* casi privados entre puentes, canales y túneles que parecían haberse diseñado a propósito para nuestro escondite particular. En Florencia vimos el atardecer desde el Ponte Vecchio y luego nos emborrachamos en una terraza junto a la antigua muralla, brindando por Galileo, Da Vinci y Miguel Ángel con vino Chianti servido en copas enormes de finísimo cristal. Y en Verona vimos un montaje de *Aída* en la Arena, con elefantes y todo, aunque desde nuestros asientos apenas se escuchaba a los cantantes y los elefantes parecían hormigas. Lo mejor fue cuando llegó una tormenta de verano a mitad de la ópera y tuvimos que salir todos corriendo para refugiarnos cada uno en su hotel, lo cual en nuestro caso resultó ser bastante más divertido, una vez que nos quitamos la ropa empapada y nos pusimos a cantar arias improvisadas. Al día siguiente nos hicimos la foto romántica-hortera en el balcón de Julieta. Esa foto sobre la cómoda era ahora lo único que nos quedaba de esos días felices. Pero hasta ayer noche llevaba meses sin fijarme en ella. Se había convertido en un mueble más al que ya no prestaba atención, y que si lo hacía me llenaba de una sensación incómoda de nostalgia.

—No sé qué pensar, Sibila —dije finalmente, rompiendo el silencio—. O sea, que sí, que me he encontrado con algo que... huele mal. En mi relación con Joaquín.

Sibila giró la cabeza para mirarme, abriendo hacia mí sus enormes orejas, y esperó a que siguiera. Bebí otro sorbo de café.

—En realidad ya sabía que la cosa no iba bien, hace tiempo que lo sabía. Había intentado hablar con él otras veces. Pero Joaquín es tan hermético... Yo creía que era solo el estrés, y la falta de tiempo, y sus propias dificultades para comunicar, y no lo sé, el tiempo pasa, no me he dado cuenta, y así a lo tonto ya son casi dos años que las cosas no funcionan y seguimos igual. Pero ahora, de repente, le digo que tenemos que hablar y él me dice que...

Sibila ladeó un poco la cabeza al ver mis lágrimas. Me recuperé enseguida y me

sequé los ojos con la manga de la bata.

—Que me quiere dejar. No sé, yo qué sé, dice que es solo temporal. Pero a mí me huele mal la cosa. Y creo que hay algo más. Algo que huele aún peor. Huele a gato encerrado; a gato encerrado, sí, perdona por la expresión, pero así decimos en mi país.

Sibila se irguió en pose altiva.

—Sí —dijo ella—, tenéis los humanos unas expresiones muy peculiares. Ya será que huele a humano encerrado...

—O humana —sugerí yo, tensando las manos alrededor de la taza y sintiendo ganas de lanzarla, junto con el resto del café, de un lado al otro del jardín. Sibila lo debió notar, porque se apartó un poco de la trayectoria imaginaria, antes de volver a sentarse.

Al final dejé el café, ya medio frío, sobre un escalón, me puse de pie y caminé algunos pasos para adentrarme en la hierba con las botas. Algunas hojas mojadas rozaron la parte expuesta de mis pantorrillas.

—No entiendo nada Sibila. No sé qué tengo que hacer. No sé si me lo estoy imaginando todo, como me estoy imaginando que una gata me habla. Pero si no me está traicionando, tampoco me lo explico. Me parece absurdo que Joaquín quiera dejarlo así por así. No me lo creo. Y si lo quiere de verdad, se equivoca. A lo mejor él también está confuso, y en ese caso, y si sigue adelante con esta idea, cometerá el error de su vida, un error del que luego se va a arrepentir. Y será tarde, porque si lo dejamos, pues lo dejamos, y yo ya no miraré atrás. Yo soy así, Sibila. Cuando tomo una decisión, la cumplo.

Continué de ese modo durante un buen rato, en medio del jardín salvaje, vestida con mi camisón, un abrigo y mis botas de goma, hablando sola, con una gata imaginaria, o con una gata real pero que no podía llegar a entender todo lo que yo explicaba, porque no lo entendía ni siquiera yo misma.

—Cuánto pensáis los humanos —dijo al final Sibila, dándose la vuelta y caminando hacia la escalera.

Me giré para mirarla.

—Bueno, se supone que es lo que mejor hacemos, ¿no? Pensar.

—Lo suponéis vosotros. —Se paró con una pata sobre el primer escalón—. El resto de los animales no lo tenemos tan claro.

—¿Y por qué, si se puede saber?

El tono de superioridad de Sibila empezaba a molestarme un poco. Me recordaba a Joaquín en sus peores momentos.

—Tenéis un cerebro maravilloso, desde luego, capaz de cálculos y planes muy sofisticados. Pero también es verdad que la mayoría no sabéis usarlo. Os ponéis a dar vueltas y vueltas y vueltas a las cosas ya pasadas, a las cosas futuras, a lo que podía ser o no ser, sin orden ni concierto.

A lo largo de este discurso, Sibila subía y bajaba por las escaleras de forma vacilante y contradictoria, girando sobre sí misma y luego saltando repentinamente aquí y allí,

como si quisiera imitar con sus movimientos el modo de pensar de los humanos. Ahora, de repente, parecía pegarse un susto que puso todos sus pelos de punta.

—Os asustáis por cosas inventadas. Os ilusionáis con fantasías. Vivís en un mundo de cuentos y mentiras con los que os vais engañando los unos a los otros. Y de tanto pensar y pensar llega un momento en que ya no podéis escapar de los pensamientos, que os enjaulan por completo.

Sacó la cabeza por entre las rejas metálicas de un lado de la escalera.

—Creéis que las verdades, las soluciones y el sentido de la vida los vais a encontrar ahí, en esa jaula de conceptos.

Retiró la cabeza de las rejas y bajó de las escaleras hasta las baldosas de piedra.

—Pero lo que buscáis realmente no se encuentra ahí. Porque al final, hay solo una cosa que necesitas saber, Sara: Cuando comes, come. Cuando caminas, camina.

Lo dijo caminando de forma especialmente deliberada, remarcando cada palabra con el movimiento de una pata, como un caballo jerezano mostrando su arte.

—Porque de lo contrario, acabas tropezando con tus pensamientos una y otra vez, y la vida te pasa sin darte cuenta, o peor aún, vives una vida que no es la tuya.

Comenzó a olisquear el suelo, como si se hubiera puesto sobre la pista de una presa.

—No confíes tanto en tus pensamientos. Confía más, como te decía, en tu nariz. En tu observación, tu escucha, tu intuición. Ya sé que para los humanos esto es difícil de entender, porque vuestra mente descontrolada lo confunde todo.

Me seguía molestando este sermón felino, aunque no lo hubiera entendido del todo. Pero al menos en lo de la confusión mental, tenía que darle la razón.

—Lo sé —dijo—, tengo la mente hecha un lío. Tanto, que me quieren mandar al psicólogo.

—¿Y crees que el psicólogo tendrá la mente más sana? —Sibila alzó la cabeza—. He conocido a alguno de esos psicólogos, y yo que tú no me fiaría demasiado.

—Pero, Sibila, ¿qué quieres que haga? ¡Tengo que intentar entender lo que está pasando en mi vida!

—A eso quería llegar yo también —dijo la gata, con un tono de voz un tanto malicioso.

—¿Qué pasa? ¿Tú me lo vas a decir?

—A lo mejor.

No sabía qué insinuaba Sibila con esto, pero no me gustó nada.

—¿Tú sabes lo que está pasando en mi vida?

Sibila bajó por las escaleras y comenzó a caminar hacia mí en línea recta, con una expresión depredadora.

—Sí, efectivamente. Lo sé mejor que tú.

Sentí que se me aceleraba el corazón, al recordar mi idea de que Sibila pudiera haber espiado a Joaquín con...

—¿Qué sabes?

—Lo que está pasando en tu vida. Algo de lo que tú no tienes la más remota idea, Sara.

La gata avanzaba hacia mí, adentrándose en la hierba alta del jardín con el movimiento sinuoso de una puma. Me puse lívida y di un paso atrás. Sospeché que aquí mismo, en este momento, Sibila iba a revelarme todo. Iba a contarme, con pelos y señales, esa parte de mi vida que Joaquín había mantenido oculta, y que ella, una simple felina callejera, había podido observar por las ventanas de mi propia casa.

—¿Qué está pasando en mi vida? ¿Qué? —le pregunté llena de horribles presentimientos, nauseada con la curiosidad morbosa que empuja a la gente a acercarse a los accidentes de tráfico.

Sus ojos se clavaron en los míos, y se colocó en postura de ataque, agazapada sobre la tierra, las patas delanteras en tensión, la cola acariciando la hierba con un movimiento serpenteante.

—¿Quieres saberlo de verdad? —maulló con un aire travieso.

Ahora sí que me estaba volviendo loca.

—¡Dímelo, estúpida gata! —le aullé, enfrentándome a ella como para atraparla.

Lo que sucedió a partir de ese momento lo recuerdo a cámara lenta. Las fauces de Sibila se abrieron, sus pupilas verdes se dilataron como llamas, y escuché estas tres palabras resonar como un rugido en el centro de mi cabeza:

—ESTO está sucediendo.

Entonces sus poderosos músculos se tensaron y de pronto saltó sobre mí como un disparo. Sentí sus bigotes rozar mi mejilla derecha, sus garras delanteras arañar mi cuello y hombro, y un instante después las traseras hundirse en el grueso tejido del abrigo, presionando sobre las costillas debajo del pecho. Tomé una bocanada relámpago de aire como para gritar, pero antes de estallar el grito Sibila ya había introducido su cabeza dentro del abrigo y comencé a sentir sus uñas clavándose aquí y allá en mi espalda, en mis caderas, y su cuerpo arrastrándose a toda velocidad por debajo del abrigo. Solté finalmente un chillido atávico mientras saltaba sobre un pie y el otro, girando como un trompo mientras la gata recorría todo mi cuerpo bajo el abrigo, bajo el camisón, como una endemoniada. Perdí una bota que salió disparada, caí sobre un arbusto, sentí cortes y rozaduras, rodé sobre mí misma por la hierba, y finalmente me detuve al golpear contra una pared de madera. Acabé jadeando y riendo, desorientada hasta descubrir que me encontraba junto a la caseta en la que guardábamos las herramientas, mirando hacia el cielo gris entre brotes verdes, sintiendo el cosquilleo y los rasguños que había dejado Sibila en todo mi cuerpo, y el frío de mis piernas desnudas sobre la hierba. Seguí inmóvil durante un buen rato, recuperando la respiración, aturdida pero extrañamente refrescada y viva. Esto no me lo daba el café.

—*Excuse me* —dijo una voz desde una de las vallas—. *Do you need some help?*

Horror. Era mi vecino, Mr. Shaw. Me incorporé rápidamente, como pude, cubriéndome bien con el abrigo.

—*No, no, I'm ok, thank you* —le aseguré, recuperando la bota.

Sobresalía por encima de la valla la cabeza grande y pelada del arquitecto jubilado. Su cara se había vuelto aún más roja de lo habitual al verme en este estado. Se deshizo en perdones mientras yo le explicaba que me había atacado un gato, que ya había pasado todo y que estaba bien. Me hizo notar, eso sí, que estaba sangrando un poco de un rasguño.

Dándome la vuelta, vi a Sibila colocada de nuevo sobre el primer escalón de la escalera metálica, junto a la taza de café, lamiéndose una pata con cara de virginal inocencia. Esperé a que Mr. Shaw hubiera vuelto a su casa, y luego le pregunté en voz baja:

—¿Qué demonios ha sido eso?

—Eso —dijo Sibila, devolviendo su pata al suelo y hablando con la autoridad de una catedrática— ya no importa. Eso ya pasó. Pero ESTO...

Hizo un nuevo amago de saltar sobre mí, que me mandó tres o cuatro pasos hacia atrás en medio segundo. Y volvió a sentarse como si nada.

—O más bien ESTO, es lo que está sucediendo en tu vida. Y no todos esos pensamientos que revolotean en tu cabeza. O para ser más precisa, *además* de todos esos pensamientos que revolotean en tu cabeza. Observa, Sara. Olisquea. Siente. Escucha. La vida vuelve a comenzar cada momento, tan nueva como al principio de los tiempos.

—¿Eh? —El enigmático discurso de la gata me había confundido aún más.

—Ah... —dijo Sibila, volviendo a acecharme— ¿que no te has enterado aún? ¿Quieres más?

—¡No, no! ¡Basta! —dije, subiendo a toda prisa por las escaleras sin darle en ningún momento la espalda, y manteniendo el abrigo bien cerrado.

Antes de entrar por la puerta vi que me había olvidado la taza de café sobre la escalera. Decidí dejarla ahí por el momento.



6

Objetos perdidos

La oficina de objetos perdidos de London Transport se encuentra en un edificio victoriano junto a la estación de metro de Baker Street, una de las estaciones originales del primer sistema de trenes subterráneos del mundo, inaugurado en 1863. Desde hace siglo y medio, la Lost Property Office lleva recogiendo, clasificando, y a veces devolviendo a sus dueños, lo que estos se olvidan en el metro, en los autobuses, en las estaciones e incluso en los famosos taxis negros de Londres.

Nunca había estado aquí. Aunque no era la primera vez que me había dejado algo en el metro —siempre he sido bastante despistada, y no me suelen durar mucho ni las bufandas ni las gafas de sol—, sí era la primera vez que perdía algo de tanto valor. Me consolé, al entrar por la puerta, con la idea de que gente como Oscar Wilde o Emmeline Pankhurst pudieron haber pasado por aquí alguna vez para recoger sus guantes extraviados.

Entré en una sala recientemente renovada, nada victoriana, con unas cuantas sillas de plástico y un mostrador largo, tras el cual se sentaba un pequeño grupo de empleados de London Transport ataviados con idénticas camisas azules. Una docena de personas rellenaban formularios, hacían cola o esperaban en las sillas a ser atendidas. Casi todas parecían turistas. Una de las empleadas, de aspecto afrocaribeño, me dio un detallado formulario para rellenar. Tardé un poco en recordar todas las particularidades del extravío: Jubilee Line, Bond Street Station, 9.00 a.m., 5 febrero, maletín negro, de nailon, la marca no la recordaba, de unos 20 x 15 x 5 pulgadas, con un ordenador MacBook Pro plateado dentro, cargador blanco, una carpeta con el logotipo de Netscience lleno de hojas impresas con información sobre la nueva imagen de Royal Petroleum, bolígrafos, medio paquete de Kleenex, una caja de paracetamol, un pintalabios, unos miniauriculares, algunas monedas...

Unos quince minutos después de entregar la hoja entró en la sala uno de los empleados de camisa azul, que trató de pronunciar mi nombre en español lo mejor que pudo a partir de mi formulario:

—*Sarah... Lei-oun?*

—León. *Yes, that's me.*

—*Hello Sarah, let's go see if we can't find your laptop* —dijo Simon, porque así rezaba la chapa de su uniforme, con un marcado acento del East End.

O sea, «vamos a ver si no podemos encontrar tu portátil».

Simon, un hombre alto y delgado de unos sesenta años, llevaba toda su vida trabajando en esta oficina, y los vaqueros gastados que usaba bajo la camisa del uniforme parecían haberle acompañado buena parte de ese tiempo. Mirando a veces por sus gafitas redondas, y a veces por encima de ellas, me dio un verdadero paseo turístico por este gigantesco almacén, entre las interminables filas de estanterías repletas de objetos huérfanos.

—Impresionante, ¿verdad? —me dijo al notar mi curiosidad—. ¿Cuántos objetos perdidos cree que recibimos al día?

—Ni idea, ¿cincuenta?, ¿cien? —respondí, mientras Simon negaba con la cabeza y reía alegremente.

—Unos mil al día, unos trescientos cincuenta mil al año. —Simon esperó a ver mi cara de pasmo—. Esto es como un museo de los despistes de la ciudad. Mire, ¿ve esta sección? Más paraguas que en cualquier tienda de complementos. Es increíble, la mayoría de la gente no vuelve a por ellos, y eso que algunos son de diseño, carísimos. Cada mes regalamos cientos de ellos a las *Charity Shops*. Bueno, los caros a veces se subastan. Todo lo valioso se subasta, y el dinero se lo damos a distintas ONG.

—Como los portátiles —dije yo, con una cara un poco avergonzada.

—Tranquila, no es usted la única en olvidarse algo así. Recibimos ordenadores todas las semanas. Es lo malo de estas tecnologías tan compactas. Te las llevas contigo, pero también te las puedes dejar en cualquier lado.

—¿Y cree que...?

—¿Que hay posibilidades de recuperarlo? Bueno, se sorprendería. Aquí vemos de todo. Es verdad que mucha gente reclama objetos, especialmente de valor, que no recibimos nunca. Pero en mi experiencia hay mucha gente honesta por el mundo, incluso en una ciudad como Londres.

—¿Usted cree? —Me venía a la mente la honestidad de Joaquín, y la chaqueta extraviada, y ahora que lo pensaba, doblemente extraviada. Justo estábamos pasando por una larga fila de chaquetas colgadas, y no pude evitar echar una ojeada rápida.

—Sí, sí —continuó Simon—. Mire, aquí hay gente que aparece para devolver carteras llenas de dinero. Todas las semanas nos entregan monedas sueltas de una libra. ¿Se lo imagina? Y hace unos años llegó una señora mayor con una bolsa deportiva que contenía diez mil libras esterlinas. ¡No me lo invento! Pero eso no es lo más raro. Fíjese

en esta sección. ¿Lo ve? Muletas, incluso sillas de ruedas. Gente que entra en el metro lisiada y sale curada. Sí, sí, en el sistema de transportes de Londres ¡hacemos milagros!

Simon rompió a carcajadas con su propia broma, que debía repetir diariamente, y siguió enseñándome las distintas secciones: bolsos y mochilas, carritos de bebé, juguetes, balones de fútbol, botellas de alcohol, cajas *duty free* de tabaco, cada objeto debidamente clasificado y etiquetado. Parecía una versión más espartana de Harrods, aunque también más fascinante, porque cada uno de estos objetos tenía su historia, su ex dueño o dueña, su momento de extravío más o menos doloroso. En algún momento Simon me enseñó algunos de los objetos más curiosos, que guardaban como tesoros los custodios de este insólito almacén: un zorro disecado, máscaras de vudú, un Mickey Mouse de más de un metro de altura, dientes postizos, juguetes eróticos —«a ver quién se atreve a reclamar estos», bromeaba Simon— y hasta una urna crematoria con sus cenizas.

Realmente era un lugar asombroso. ¿Qué es lo que había dicho Sibila? Que los humanos estamos tan confundidos de tanto pensar que no vemos lo que realmente nos está sucediendo. Siempre pensando en el pasado, en el futuro, en posibilidades, en ilusiones, en sueños y pesadillas, en preocupaciones anteriores y evaluaciones posteriores. Y así nos pasaba la vida, sin darnos cuenta, permanentemente despistados. Sin darnos cuenta de lo que está pasando, aquí y ahora. Este gigantesco almacén se renovaba de arriba abajo cada tres meses con nuevas pruebas de ello. Me froté uno de los arañazos que me había quedado en el cuello y pensé que era eso lo que Sibila quería que yo entendiera. Intentaba despertarme de mi permanente despiste. Pero es que Sibila no se daba cuenta de que tenía muchos motivos para estar...

—*Excuse me. Sarah?* —Simon me miraba por encima de sus gafas.

Me había vuelto a suceder. Perdida en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que ya estábamos ante la sección de material electrónico: teléfonos móviles de todas las generaciones, una infinidad de consolas de videojuegos, algunos instrumentos técnicos irreconocibles, y luego un par de muebles con ordenadores portátiles, con y sin funda o maletín.

Entre ellos el mío. Ahí estaba. No me lo podía creer. Era parecido a otros tantos maletines negros, pero reconocí en un instante su particular configuración de bolsillos y cremalleras, de pequeñas taras, deformaciones y sutiles manchas. Era sin duda el mío.

—Qué bonito reencuentro —bromeó Simon al ver mi expresión de alegre sorpresa—. Se me saltan las lágrimas.

Simon comprobó en la etiqueta que efectivamente coincidían los datos del objeto con la ficha que yo había rellenado. Abrió la cremallera y me enseñó mi Mac y mis papeles.

—Sí, sí, ¡es él!

—*Congratulations.*

Simon cerró la cremallera y me entregó el maletín. Y luego añadió:

—*You see, people aren't all that bad after all.* —La gente no es tan mala, al fin y al cabo.

Salí de la oficina de objetos perdidos no diré contenta, pero sí aliviada. Al menos una cosa me salía bien, y me pareció una buena señal, quizá la señal de que conseguiría recuperar algunas de las otras cosas que parecía estar perdiendo en las últimas veinticuatro horas: mi reputación profesional, mi salud mental y sobre todo mi novio. Mientras me comía un sándwich en un bar junto a la estación de Baker Street, y tras enviar a Grey por email la presentación de Royal Petroleum, pensé que el primer paso sería hacerle caso a Sibila. O sea, preocuparme menos y centrarme más en el presente. Tenía que tomarme las cosas una a la vez, y no dejarme llevar por el caos de emociones y pensamientos.

Sentada a mi mesita, miraba por el cristal el paso acelerado de la ciudad. Todo se movía. Y con qué prisas. Taxis negros, autobuses de dos pisos, coches, motos, bicicletas, y bajo el cielo encapotado nunca menos de dos aviones. La ventana del bar parecía una pecera humana de variados especímenes urbanos que caminaban a paso ligero en una u otra dirección: una ejecutiva tecleando furiosamente en su smartphone, un grupo de universitarios desaliñados cargando con sus mochilas, un par de hombres indios descargando cajas de verduras, turistas de camino al museo de cera de Madame Tussauds, y un sinfín de gente entrando y saliendo del metro. Tuve la impresión de ser la única persona que realmente se fijaba en lo que estaba sucediendo en esta calle, en este momento, en el aquí y el ahora. Sibila tenía razón. Aunque quizá podía haberse ahorrado su demostración «práctica».

Entonces me fijé en la única otra figura humana que también permanecía inmóvil, en medio de todo este movimiento. Era un hombre alto y delgado, vestido a la antigua, con una capa corta, una gorra de doble visera y una pipa en la mano. Como yo, parecía observarlo todo, con un gran interés en cada detalle.

Era Sherlock Holmes. Nunca me había fijado antes en esta estatua de bronce, ni había caído en que la estación de Baker Street debía de encontrarse cerca del lugar donde el célebre personaje de Conan Doyle tenía su consulta. Me había leído algunos cuentos de Holmes de pequeña, a los diez o doce años, pero no recordaba ese detalle.

Ahora, sin embargo, inmóviles los dos en medio de este tumulto ciudadano, parecía que Sherlock tenía algo que decirme, quizás alguna pista que compartir entre tanto despiste. Recordé vagamente que existía una especie de museo dedicado a Sherlock Holmes en la ciudad, y al pagar el sándwich le pregunté al tipo de la caja si se encontraba por aquí cerca.

—*Of course!* —me dijo con entusiasmo, dándose la vuelta para apuntar hacia la calle—. Pero si se trata de la dirección más famosa del mundo: ¡el 221b de Baker Street! Ahí mismo, dando la vuelta. Es la verdadera casa de Sherlock Holmes ¿No ha estado nunca? Se lo recomiendo, está muy bien.

Efectivamente, el Sherlock Holmes Museum se encontraba a la vuelta de la esquina. De hecho, el 221b estaba situado directamente enfrente de la oficina de objetos perdidos de la que acababa de salir, demostrando que mis poderes de observación eran más bien

pobres, y que tenía mucho que aprender de Holmes. También me pareció curiosa la coincidencia de situar una oficina de objetos perdidos delante de la oficina del más famoso detective del mundo, y me hizo sospechar del consabido sentido del humor británico.

En la pared de ladrillo del edificio, sobre una puerta verde flanqueada por dos lámparas antiguas y un gran ventanal de maderas entrecruzadas, había una placa de esas redondas, de color celeste, que se encuentran por todo Londres para explicar que tal o cual personaje histórico vivió aquí. En este caso rezaba así: 221B, SHERLOCK HOLMES, CONSULTING DETECTIVE, 1881-1901. Lo cual me produjo una sensación extraña, considerando que no se trata de un personaje histórico, sino de una invención literaria. «La verdadera casa de Sherlock Holmes», ¿no era eso lo que había dicho el tipo que me vendió el sándwich?

Esta sensación de extrañeza fue creciendo al visitar las distintas salas del pequeño museo, que se presentaba como una recreación exacta de la «verdadera» casa de Holmes. No había muchos otros visitantes, y un voluminoso señor con bombín que se presentó como «Mr. Watson» me hizo notar la concienzuda atención a los detalles más nimios, incluidos los diecisiete escalones que unen la planta baja con el primer piso. En el estudio del investigador, sobre una silla junto a la chimenea, reposaba su violín, como si lo acabara de colocar ahí el propio Holmes para irse corriendo en busca de su archienemigo, que como me recordó «Watson», se llamaba el Doctor Moriarty. De la pared colgaba una colección de pipas, y en una vitrina sus frascos de opio y cocaína, entre otros compuestos químicos. Toda la sala estaba llena de souvenirs de sus casos más famosos, desde un revólver escondido en un libro ahuecado hasta un trozo de pared con una mancha de sangre en la que se apreciaba una huella dactilar.

Pero, evidentemente, todo era falso: el violín, las pipas, y desde luego los puñales etiquetados que supuestamente se clavaron en tal o cual víctima. Eran pistas falsas para encontrarse en la memoria con un detective falso. Una ficción hecha realidad, o una realidad hecha de materiales ficticios. Lo único verdadero de todo este simulacro era la propia dirección de 221b Baker Street, un lugar en el que nunca vivió ningún detective, pero que miles de personas de todo el mundo visitaban cada año para poder decir que habían visitado su «verdadera» casa y que habían visto su violín y sus pipas.

De nuevo me acordé de Sibila y su discurso sobre la costumbre de los seres humanos de vivir en un mundo ficticio, de inventarse cuentos sobre sus propias vidas y vivir en ellos, sin atender a lo más elemental, querido Watson, que es lo que sucede en este preciso momento. Sí, quizá tenía la cosa algo de absurdo. Sin embargo, yo también había venido hasta aquí, y no por nada, sino siguiendo precisamente mi nariz, tras detenerme y escapar durante un momento del vaivén de personas, taxis y pensamientos. Algo venía buscando, y era algo que podía encontrarse no solo en la vida real sino también en la ficción. Quizás aquí estaba el argumento con el que rebatir a Sibila. Los humanos nos rodeábamos de ficciones, imaginaciones, mentiras. Pero la ficción a veces también

aportaba lo suyo.

¿Qué hubiera sido yo sin la ficción literaria? Mi niñez entera la pasé rodeada, literalmente, de novelas. Mis padres habían aprendido en Inglaterra el negocio de los libros usados, y con su destartada furgoneta Volkswagen, bautizada *Rocinante*, se recorrían la costa española en verano vendiendo y comprando *paperbacks* en varios idiomas a los turistas que comenzaban a abarrotar las playas en los años setenta. El éxito que tuvieron con este curioso negocio ambulante se debía no solo a la simpatía de mi padre y al sentido práctico de mi madre, sino sobre todo a la pasión que ambos tenían por la literatura, una pasión que me transmitieron desde pequeña, con lecturas interminables de mi padre, en voz alta, de novelas que yo no podía entender del todo, pero que interpretaba con tanta emoción que acababan fascinándome.

Comenzó con *Alicia en el País de las Maravillas*, *La isla del tesoro*, *La historia interminable* y *20.000 leguas de viaje submarino*, pero ya con diez años me tenía encandilada precozmente con *El Quijote*, *Anna Karenina* y *Jane Eyre*. Cuando fundaron Babel, la primera librería internacional de Madrid, en el año 1981, pasaba casi todas mis tardes ahí, haciendo los deberes entre la mejor literatura en español, inglés, francés, italiano, portugués y alemán. Me convertí en una lectora ávida, llegando a leer hasta cien novelas en un año. Y por lo tanto sabía que en los libros se escondían grandes y pequeñas lecciones que nos ayudaban a encontrarnos y a dar sentido a la vida. Había verdades que se colaban entre las mentiras.

De hecho, al recorrer la casa del supuesto Holmes, y recordar algunos detalles sobre sus aventuras más célebres —*El estudio en escarlata*, *El signo de los cuatro* o *El sabueso de los Baskerville*—, me di cuenta de que el sagaz detective insistía siempre en lo mismo que Sibila: la observación. Una cita del cuento *Un escándalo en Bohemia*, enmarcado en la pared, lo decía todo: «Ves, pero no observas. La diferencia está clara.»

Me senté en la silla del escritorio que nunca perteneció a Sherlock Holmes, pero que sin duda lo parecía. Sobre la mesa habían colocado una vitrina para proteger supuestas reliquias, como la que nunca fue la lupa favorita de ningún detective, con un precioso, eso sí, mango de marfil. ¿De dónde habrían sacado todo este material? ¿De ferias de anticuariado? ¿O de los vecinos al otro lado de la calle en Lost Property? ¿Qué diría el propio Sherlock Holmes de todo esto? Pues probablemente lo mismo: «Ves, pero no observas.» Y así llegué al tema que, consciente o inconscientemente, me había impulsado en este fatídico día a acercarme al mundo de la investigación de misterios, y al santo patrón de todos los detectives. ¿Qué opinaría Sherlock Holmes del misterio de la chaqueta de cuero? Primero aparece en mi casa, señor Holmes, sin explicación alguna. Y al poco tiempo desaparece sin dejar rastro. ¿Qué puede deducirse de todo esto? ¿Qué Joaquín me engaña? ¿O que estoy paranoica y realmente necesito visitar al psicólogo?

Batí mis dedos sobre el cristal de la vitrina. Desde luego, lo de la chaqueta no era una prueba muy convincente. De hecho, más que una prueba era una pista, y una pista que ahora había desaparecido para siempre. No parecía un inicio muy prometedor para un

caso. O quizá sí, porque a Holmes, como me recordó el guía-Watson, solo le interesaban los casos más complicados. Necesitaba misterios de primera categoría para poner a prueba sus capacidades deductivas, o se aburría enormemente y tenía que recurrir a las drogas para añadir una chispa de emoción a su vida. Una chaqueta fantasma podría haber alentado la curiosidad del detective, al menos lo suficiente como para fumarse una pipa mientras consideraba el tema.

Bajo la vitrina había un falso diario de Holmes, un cuaderno manuscrito, posiblemente por el propio Conan Doyle. Al leer lo que estaba escrito en él, me llamó la atención la siguiente frase: «Es un error de bulto teorizar antes de tener toda la evidencia.» Toda la evidencia. De pronto, lo vi claro. Me levanté de la silla. Cogí el maletín con mi portátil. Sibila había dicho lo mismo. Yo dando vueltas y vueltas al asunto en mi cabeza. Que si esto, que si lo otro, que si lo del más allá. Pero no tenía pruebas de nada, solo una sospecha y una chaqueta que aparecía y desaparecía. Salí del museo de la falsa casa del falso Holmes. Era inútil centrarse en la pista perdida. Me dirigí a toda prisa hacia el metro. Esto es lo que hubiera hecho un buen detective, como cualquier gato callejero: investigar, seguir el rastro, buscar nuevas huellas, pistas frescas, cabos sueltos que siempre quedaban por doquier en cualquier fechoría, especialmente si el rufián era un amateur, como en este caso. Durante todos estos años, no había tenido razones para dudar de Joaquín, y nunca se me habría ocurrido husmear entre sus pertenencias en mi propia casa. Pero ahora las cosas habían cambiado. Porque ya no tenía claro si este Joaquín, que no olía como el de antes, era tan falso como el museo de Sherlock Holmes. Y había que averiguarlo, para bien o para mal, y de una vez por todas, antes de que volviera a casa y me echara de ella sin darme una buena explicación. Porque como rezaba otra cita enmarcada en el museo, «cualquier verdad es mejor que una duda indefinida».



7

El otro Joaquín

Llegué a casa corriendo, nerviosa, como una detective de métodos poco convencionales que tiene escasos minutos antes de que le sorprenda el villano curioseando entre sus cajones. Cuando la llave de la puerta de entrada se me resistió más de lo normal, tuve la absurda noción de que Joaquín ya había cambiado la cerradura, que se había adelantado a mis pensamientos, y que me enviaría mis cosas a la dirección que yo le indicara. Pero no. Con un movimiento brusco de la llave y un golpe del hombro contra la puerta, conseguí entrar. Subí precipitadamente por las escaleras, soltando el abrigo y el maletín en el primer descansillo antes de trepar de nuevo hasta el piso de arriba, donde se encontraba, además del dormitorio, un estudio que servía de cuarto de huéspedes. No sabía lo que buscaba exactamente, pero si iba a encontrar algo, seguro que estaba aquí, entre los papeles, las facturas, las cartas, los cajones o en el propio ordenador. Al menos es donde hubiera empezado Holmes.

Tengo que reconocer que mi primer impulso fue entrar directamente en su cuenta de email. No me sé su palabra clave, pensé, pero seguro que la puedo adivinar. Sentándome en la silla de oficina, encendí el PC y comencé a girar lentamente de un lado al otro en la silla mientras el ordenador arrancaba. Pero en este rato de espera, me asaltaron los escrúpulos. ¿Cómo iba a entrar en su correo? Significaba violar su espacio más íntimo. Además, ¿no sería ilegal? Igual podía acabar en la cárcel por algo así, en este país tan obsesionado por la privacidad. No le creía a Joaquín capaz de denunciarme. Pero Joaquín tampoco me hubiera creído capaz de entrar en su email. El ordenador zumbaba levemente, a la espera de nuevas órdenes. El fondo del escritorio era otra foto de nuestro viaje a Italia, una vista desde nuestro hotelito en Venecia. Quizá fuera el último lugar en el que hicimos el amor de verdad. No, no podía traicionar así a Joaquín, por muchas sospechas que tuviera.

Me levanté de la silla y me acerqué a la estantería en la que ambos guardábamos nuestros papeles, los míos un poco menos ordenados, los suyos clasificados en carpetas y archivadores bien etiquetados. Saqué la caja con sus papeles financieros más recientes, más que nada porque estaba abierta y me resultaba menos violento curiosear en ella. Por el mismo motivo saqué de ella la hoja que sobresalía más, un extracto bancario del Natwest, del mes de septiembre. A primera vista no había nada sospechoso: su nómina de British Aerotech Ltd., la factura de su móvil, las del gas y la electricidad, compras en Sainsbury's, Waterstones, la tienda Camper de Oxford Street, algún restaurante, y gastos de un viaje de trabajo que había tenido para visitar una feria europea de tecnología aeroespacial en París. Estaba ya devolviendo el papel al archivador de cartón verde, cuando de pronto caí en algo. ¿Por qué había pagado Joaquín su tren y su hotel en París si se supone que se trataba de un viaje de trabajo? Volví a sacar el papel.

Eurostar Tickets £ 156.00

Hotel Les Falaises £ 360.00

Crêperie Lann Bihoue £ 43.20

...

Era un poco raro, desde luego. Podía ser que él pagara los gastos y luego le reembolsaran el dinero. Podía ser, pero me puse a inspeccionar los extractos bancarios de los últimos meses y no encontraba que su empresa le hubiera ingresado una cantidad extra por estos gastos. Quizás aún se los debían. Por otro lado, había algo en esto que me mosqueaba un poco. Esa fascinación que Joaquín tenía con Francia y que yo no compartía. Ese aspecto intelectual de los franceses que él admiraba y que a mí me resultaba pretencioso y cargante, quizá porque me recordaba a él en sus peores momentos. Esa presión que solía ejercer para que nos fuéramos de vacaciones a Francia a ver *châteaux* y sentarnos en los cafés.

No sé qué hubiera hecho Sherlock Holmes en el siglo XIX, pero yo abrí el buscador web y tecleé el nombre del hotel que aparecía en la factura: «Hotel Les Falaises.» Apareció en un instante una página de resultados con varios enlaces al sitio del propio hotel y de varias agencias online que permitían reservarlo. Pero el hotel no estaba en París. Estaba en Normandía, en un pueblo llamado Étretat. Las fotos de esta localidad marítima mostraban, a ambos lados del pueblo, vertiginosos acantilados blancos y columnas afiladas que surgían del mar como los huesos de un gigante, y que a veces se juntaban a las paredes formando descomunales arcos y puentes. Insistí durante un rato en las páginas del buscador por si localizaba otro «Hotel Les Falaises» en París, pero no lo encontré, aunque sí había uno en el pueblo costero de Deauville, y también en otras zonas de Francia cercanas a acantilados o cañones, ya que la palabra *falaise* significa, como descubrí con un traductor online, «precipicio» o «acantilado». Cuando tecleé el nombre «Crêperie Lann Bihoue» en el buscador, y encontré que existía un restaurante

con ese nombre en Étretat, ya no podían quedar más dudas.

Joaquín no había estado en París. Había estado en Étretat, en Normandía. Me devoré las descripciones del lugar en Wikipedia, en las webs de viajes, en la página oficial de Normandie Tourisme. Me quedó claro que se trataba de una localidad poco acondicionada para las ferias aeroespaciales. Era todo lo contrario: un rincón apartado del mundo, al que se retiraba de cuando en cuando Claude Monet, entre otros artistas, para nunca cansarse de pintar sus espectaculares paisajes. Un espacio mágico cuyas puestas de sol siguen convocando cada año a nuevas generaciones de amantes para unirse en el más antiguo, privado y extático de los rituales humanos.

«Me ha mentido —pensé—. Me ha mentido.» La frase se repetía una y otra vez en mi cabeza, volviéndose el rugido de un mar que embiste una y otra vez contra unos acantilados gigantes pero huecos, unas mentiras duras pero quebradizas, tras las cuales se esconden unos enamorados que buscan la escapada romántica de sus vidas. Me levanté de la silla, con el archivador en la mano, en medio de una habitación pequeña, en el segundo piso de una casa que según el mapa electrónico se encontraba a 345 kilómetros de Étretat, una distancia que se me estaba llenando de odio y dolor, de rabia y vergüenza, de fuego que arrasaba los campos y agua enfurecida que se lanzaba contra la costa escarpada, los pueblos pintorescos, los hoteles con encanto, las tiendas de *souvenirs*, las *crêperies* y *patisseries*, los amantes secretos que ríen y se sienten pícaros.

Debí tirar el archivador contra el techo o la pared, porque la habitación se llenó de papeles blancos que caían, flotaban, se revolvían en torno a mí, como los pedazos de un frágil acantilado de mentiras que se derrumbaba a la primera ola, extractos de banco, facturas francesas, chequeras gastadas, números por descifrar, recibos inquietantes pero bien clasificados, mentiras y mentiras y más mentiras. Debí gritar, porque me dolía la garganta mientras caía por el precipicio vertiginoso de mi vida que se resquebrajaba y se despedazaba, golpeada por los fragmentos de roca suelta, impotente ante la fuerza de la gravedad que me arrastraba hacia la verdad. Me ha mentido, pensé. Me ha mentido.

No sé cuánto tiempo permanecí tirada en el suelo, mirando con los ojos en blanco al pasado, rememorando conversaciones telefónicas con Joaquín desde «París», sintiendo cada palabra como una afilada astilla de piedra blanca que se me clavaba en el corazón.

—La feria bien, ya sabes, todo el día de pie, para qué contarte... ¿El hotel? No está mal. Es uno de estos minimalistas, cómodo pero frío, con esos lavabos cuadrados que detesto... ¿Quieres que te traiga algo? ¿Unos *pain au chocolat*? Yo creo que de aquí a mañana se conservarán bien... Bueno estoy agotado, hablamos mañana, ¿vale?... Sí, sí, yo también te quiero.

Cuando finalmente me levanté, malherida y asustada, como la superviviente de un maremoto, estaba decidida a conocer toda la verdad, costara lo que costase. Me senté frente al ordenador, abrí el webmail que usaba Joaquín y probé la clave que solía utilizar casi siempre, los primeros ocho dígitos del número Pi: 31415926. Al pulsar la tecla de «enter», ya estaba dentro. Joaquín sabía que yo nunca entraría en su cuenta, y supongo

que por eso ni se le ocurrió inventarse otra contraseña. Pero las cosas habían cambiado. Él ya no era ese Joaquín, y yo ya no era aquella Sara.

Así es como supe de su otra vida. Así es como terminó de derrumbarse mi mundo. Ante mí se abrió un archivo inmenso de mensajes recibidos, enviados, clasificados, con y sin archivos adjuntos. Muchos de trabajo y de gestiones administrativas, bastantes de sus amigos y colaboradores, unos cuantos míos, y la inevitable cuota de spam publicitario. Pero me llamó la atención un remitente que se repetía, que no me sonaba de nada y que tenía un nombre que me cayó antipático a primera vista: galacticgirl21.

Bastó un mensaje escueto para confirmar mis sospechas. Abrazando mis propios brazos, clavando mis uñas en mis propias carnes, leí:

Re: Told her!

Great news!!!! I can't believe it!!!!!!

Love you to bits & miss you more than ever.

1001 galactic kisses

GG

O sea que la «chica galáctica» se alegraba mucho de las noticias, le quería mucho y le echaba de menos más que nunca. Y le enviaba 1001 «besos galácticos» y demasiados puntos exclamativos.

Nunca me hubiera esperado que mi primera reacción ante la prueba definitiva de la traición fuera la vergüenza ajena. Pero así fue. ¿*Galactic girl*? ¿*Galactic kisses*? Pero ¿qué edad tenía esta pobre? ¿Tan poco gusto tenía Joaquín? ¿Qué decía eso de mí? Se me agolpaban las preguntas, y se me aceleraba el corazón, al seguir leyendo. Este correo era la respuesta a otro anterior enviado por Joaquín a las 00.12, ayer noche, presumiblemente después de su sesión de videojuegos, con el título *Told her!* (¡Se lo he dicho!). Traducido, decía así:

Queridísima GG:

Te prometí que acabaría mi relación con Sara, y esta noche lo he cumplido. Aún tenemos que hablar de los detalles, pero el paso definitivo ya lo he dado. ¡Prepara el champán!

Te quiero más que nunca y tengo unas ganas locas de empezar nuestra nueva vida juntos.

GALACTIC-BOY

Lo tuve que leer varias veces para procesar lo que veía: el sentido de las palabras, el entusiasmo de joven enamorado que transmitía, el remitente (*¡Galactic-boy!*), la destinataria... Incluso me aseguré de estar viendo la cuenta de correo de Joaquín, como

si no hubiera forzado la cerradura con su propia clave de acceso. Repasé una y otra vez las frases, las palabras, las letras, los píxeles negros sobre el fondo blanco, sin parpadear, hasta que me escocieron los ojos.

Incapaz de asumir lo que estaba sucediendo, me lancé sobre otro mensaje de galacticgirl21, y luego sobre otro, y otro más, y todos los que encontré. Sin embargo, los anteriores no aportaban mucha más información, eran intercambios anodinos, del tipo «¿Nos vemos luego en el pub?», «¿A qué hora?», «A las siete», «Ok». En uno ella le enviaba el enlace al tráiler de una película de ciencia-ficción que se estrenaría en verano. El único detalle jugoso era que debían trabajar también en la misma oficina, por la referencia a su jefe: «He visto a Rowan pasar por tu mesa. ¿Qué te ha dicho?» «Nada, me ha soltado un pequeño marrón.» No encontraba en el buzón ningún mensaje de ella con más de un par de semanas de antigüedad.

La frustración me desesperaba. Necesitaba saberlo todo. ¿Quién era? ¿La conocía? ¿Cuánto tiempo llevaban juntos? Sobre todo eso... ¿Desde hace cuánto tiempo me engañaba? Entonces se me ocurrió teclear el nombre de galacticgirl21 en el buscador del webmail. Bingo:

1.883 messages found

Y enseguida tuve la respuesta a esa última pregunta, porque los primeros mensajes eran de hacía casi dos años. ¡1.800 mensajes! Eran muchos, incluso para veintitrés meses de relación. Solo podía entenderse como la comunicación secreta de una pareja que tenía que encontrarse a escondidas, aquí te pillo aquí te mato, y a la que no le bastaban esos momentos fugaces para decirse todo lo que tenían que decirse. Joaquín había guardado todos los mensajes, y los iba escondiendo, como gran estrategia de precaución, en una carpeta llamada «admin».

En ese momento, apareció la silueta oscura de Sibila en la ventana, rodeada de la luz tenue del gris atardecer. No la hice ni caso. Con el vértigo y el horror de quien se tira a las rocas desde un acantilado, me lancé a leer los mensajes, empezando por los más antiguos. Enseguida comencé a sentirme atravesada por las piedras afiladas que sobresalen de la costa.

Los primeros eran los más explícitos. Flirteos rápidos, insinuaciones, provocaciones:

- ¿Beso en la sala de fotocopias a las 17.42?
- Uno no me vale, quiero veinte copias por favor.
- Voy calentando la máquina entonces.
- La mía ya está caliente
- Mmm... ¡así me gusta!

Yo sí que me estaba calentando al leer la crónica de las primeras traiciones. Era todo

tan típico, tan cliché, tan previsible. El cuarentón con la chica joven de la oficina. Los juguetitos de palabras. Los encuentros fugaces y secretos.

- Eh, latin lover, ¿cuándo repetimos lo de ayer?
- ¿No vas a dejar que me recupere un poco?
- Pensaba que los latin lovers estabais siempre listos para satisfacer...
- Qué peligro tienes.
- No estás respondiendo a mi pregunta...
- Mañana lo hablamos.
- ¿Mañana? No, no, hoy no te vas a casa con tu novia muerma.

Era la primera vez que me citaban en sus mensajes, y más que nunca quise saber quién era esta galacticgirl21 para ponerle cara y al menos así poder imaginar que le arrancaba los ojos.

Me costaba creer que cuando hicimos nuestro viaje por Italia, ese que yo idealizaba con tanta nostalgia, ya llevaban varios meses juntos. De hecho, uno de los detalles que más me dolió fue encontrarme con una foto, adjunta en un email, casi idéntica a la que encristalamos para colocar sobre la cómoda: en Verona, en el balcón de Julieta, pero solo de Joaquín. Sonriente. Enamorado. De ella. Como si me hubiera borrado ya de su vida, y yo le sirviera ya solo para sacarle la foto que enviar a su amante.

Tuve el impulso de correr al dormitorio para destrozar la nuestra. Pero me lo tragué para seguir leyendo, o más bien ojeando a toda prisa, porque los mensajes eran demasiados y sabía que no tendría tiempo para leérmelos todos antes de que entrara Joaquín por la puerta. Mientras tanto Sibila comenzó a golpear sobre la ventana para llamar mi atención, maullando suavemente. Hice lo posible por ignorarla.

Al cabo de algunos meses el tono de los mensajes fue cambiando. Se volvieron más pausados y reflexivos, y empezó a detectarse un interés que iba más allá de una aventura pasajera:

- ¿Y no quieres tener familia? ¿Cómo es que no has tenido hijos con Sara?
- Sí me gustaría. Esa es la única inmortalidad a la que aspiro. Con Sara lo hablamos, y estábamos decididos a tenerlos, pero ella lo estuvo retrasando durante mucho tiempo por el trabajo y ahora... ¡pues es a mí al que no me apetece! Está claro que lo mío con Sara no va bien, como estás comprobando, je, je.

Se le olvidó mencionar que fui yo la que le convencí que valía la pena tener hijos en este mundo que él consideraba «vacío», «despiadado» y «decadente».

- Te echo de menos Spanish-man. Demasiado. Empiezo a preocuparme. ¿Me estaré enamorando? A lo mejor tú lo sabes, que eres ya todo un cuarentón con

experiencia del mundo.

—Pues debería poder decírtelo, pero estoy más confundido que tú. Me haces sentirme como un chaval de quince años. ¿Qué usaste para atraparme así? ¿Alta tecnología alienígena del amor?

GALACTIC-BOY

Esta fue la primera vez que Joaquín firmaba así, y sentí una decepción profunda en él, aun sabiendo ya el final de la historia, por llevar tan lejos esta relación con una que debía ser una cría, y por no decirme nada, ni siquiera entonces, cuando ya se estaba enamorando claramente. Ni entonces ni un mes después, ni dos, ni seis, ni dieciocho. Incluso ahora estaba intentando cortar conmigo sin decirme nada, él y su supuesto «compromiso con la verdad». La gata ahora golpeaba el cristal con más insistencia. Sus maullidos me estaban irritando.

En los últimos meses la doble vida de Joaquín comenzaba a mosquear también a la galáctica:

—¿Cuándo vas a decírselo? Me dijiste que después de verano, y estamos en noviembre. Me estoy cansando de esto Joaquín. ¿A qué juegas?

—Lo voy a hacer, cariño, lo prometo, en cuanto pueda. Pero ahora no es buen momento, de verdad. Estoy desbordado en el trabajo, y ella también con el suyo, además de las obras que estamos haciendo en casa. Hago milagros para que nos podamos ver tú y yo. Además, va a ser el quinto aniversario de la muerte de su madre, y está un poco sensible. No es tan fácil, entiéndelo.

Qué cara la de usar a mi madre como excusa. ¡Maldito! ¿Hasta dónde iba a llegar? ¿Hasta qué cloaca iba a descender esta rata? Porque ahora sabía que lo era realmente.

La respuesta la tuve en una serie de largos emails que se intercambiaron los amantes, durante una crisis que provocamos, sin saberlo, yo, mi padre y una tormenta de nieve que coincidió con las Navidades pasadas. El primer mail estaba fechado a las 11.35 del 26 de diciembre. Mi padre y yo estábamos intentando volver del caos de Heathrow, porque nuestro vuelo a España se había cancelado junto a todos los demás, y estaba claro que ese día ya no íbamos a volar a ningún lado. Mi padre había venido a Londres porque Joaquín no podía cogerse el día 24, y así podíamos celebrar juntos la Nochebuena los tres. Álvaro se había encargado de la librería en Madrid durante las compras navideñas, y ahora volvíamos a España para pasar unos días en la casa de Mirasierra hasta fin de año mientras que Joaquín se quedaba trabajando. Lo que no sabíamos era que su amante galáctica estaba también llegando a Londres con sus maletas, para pasar unos días con él, tranquilamente en nuestra propia casa.

Pero la chica tuvo que quedarse en la estación de Paddington, al advertirle Joaquín que se había cancelado nuestro vuelo y que estaba intentando convencernos de que nos

quedáramos en un hotel cerca del aeropuerto. Ahora entiendo por qué Joaquín insistió tanto en este plan absurdo, teniendo mi propia casa a una hora de Heathrow. Que si era lo que recomendaba la línea aérea, que si nos lo regalaban, que si iba a ser más cómodo... Recuerdo que me había enfadado con él y todo, pensando que le daba pereza volver a ver a mi padre, y le dije de malas maneras que se callara la boca, que nos volvíamos a casa y que no había más que hablar.

El intercambio de emails comenzó cuando llegamos a casa y ya no podían hablar por teléfono. Ella estaba histérica, como es lógico después de pasar una mañana aguantando el frío de Paddington, y tragándose la incertidumbre, la frustración y la resignación de volver a su piso vacío de Londres. Pero además, esta crisis le había llevado al límite de su paciencia con su amante indeciso:

No puedo más con esto, Joaquín. Te lo juro, como no se lo digas ya, lo nuestro se acabó. No sé ya qué pensar de ti. No sé si te acuestas con ella o no, o si la quieres a ella o a mí. Lo único que sé es que llevamos dos años juntos y me sigues tratando como a tu querida, y estoy harta, HARTA. Me vienen ganas de plantarme ahí en tu casa y que lo resolvamos todos juntos ya, de una vez por todas.

Daba hasta pena la chica. La estaba tratando tan mal a ella como a mí. Y en este momento fue cuando la rata tocó fondo, con el siguiente mensaje:

Amor mío:

Créeme que siento mucho todo esto. Tienes que estar pasando por un infierno, lo sé. Pero sobre todo, y por favor, no dudes de mí, que es lo que más me puede doler. Ya conoces mi compromiso con la verdad. Nunca te traicionaré. Te prometí que te sería fiel y lo he cumplido. Vivo con ella, pero mi cuerpo y alma están contigo.

Mi amor, mi pequeña Galactic Girl, conquistaste mi alma y desbarataste mi vida. Todo es un caos por ti, y sé que no he sabido resolverlo aún, pero pronto lo haré, confía en mí. Ahora sé que solo puedo vivir contigo, y cuento los días hasta poder hacer este sueño realidad.

JOAQUÍN

Claro que no hacía el amor conmigo. Le tenía prometido su fidelidad, y lo había cumplido a rajatabla. Por su «compromiso con la verdad». Esa frase conocida, esa ironía cruel, esa hipocresía despiadada, fue la que acabó de despedazar mi corazón, llenando mi cuerpo de ira sangrienta. Mis manos buscaban algo que atacar, que arañar, que derribar, una urgencia física tan apremiante como un vómito.

Si en ese momento no me hubiera distraído Sibila con otra serie de golpes sobre el cristal, creo que realmente hubiera destrozado el propio ordenador. Frustrada en mi propósito, me contenté tirando con todas mis fuerzas del cable de alimentación,

silenciando de golpe todo el equipo informático. Acto seguido, abrí la ventana, acercando mi cabeza casi hasta tocar el hocico de la gata, y rugí con todas mis fuerzas:

—¡¡Déjame en paz!! —Sibila saltó de la repisa maullando y desapareció como un rayo hacia el jardín—. ¿¿No ves que quiero estar sola??

Sola me quedé, y sola lloré. De rabia. De espanto. De dolor, incredulidad, humillación. De la desesperación que me provocaba el no tener delante, en ese mismo momento, a Joaquín y a esa... niña... quienquiera que fuese, para estrangularles ahí mismo.

Tan estúpida me sentía. ¡Tan estúpida! Por creer en Joaquín, en los hombres, en el mundo y sus promesas, en sus príncipes azules y sus Reyes Magos. Vero tenía razón en todo. ¿Cómo iba a contárselo? ¿Y a mi padre? «Cría cuervos y te sacarán los ojos», había dicho mi madre la primera vez que le hablé de Joaquín Cuervo. A ella nunca le cayó bien. Todos lo habían visto menos yo. Estaba sola, tan sola, y lloré sola y desconsolada, lágrimas que anunciaban una soledad terrible, un largo y definitivo invierno de la vida cuyos vientos gélidos ya soplaban, cortando el aliento y lacerando la piel, trayendo sin aviso, sin remedio y antes de tiempo una tormenta de nieve que cancelaba todos los planes y lo sumergía todo en el silencio.



8

La manada

Desperté sobre la cama de invitados, helada de frío por una corriente de aire que llegaba de la ventana abierta, acurrucada alrededor de una bola de pelo caliente. La gata ronroneaba suavemente, sin cesar:

—No te preocupes, querida. Todo esto pasará. Pasará. Pasará. No te preocupes...

La abracé más fuerte, y ella hundió su cabeza entre mis pechos.

—Sibila —le dije.

—Dime, preciosa.

—¿Qué voy a hacer ahora?

—Yo que tú cerraría la ventana, porque estás tiritando.

Me levanté con un gran esfuerzo y la cerré. Había caído la noche, pero los números iluminados de un despertador digital me informaron de que aún no eran las siete. Volví a sentarme sobre la cama y me rodeé con el duvet de plumas. Sibila se sentó sobre mi regazo.

—Quiero matarle —le dije a Sibila.

—No lo creo —dijo la gata, ladeando la cabeza.

—Te lo juro. Si se me pone delante ahora mismo le mato.

—Hace un rato creí que me ibas a matar a mí.

Recordé el grito que le había pegado en la ventana.

—Perdona. No iba contigo.

—No, claro, a mí no me querías matar, ya lo sé. Pero a Joaquín tampoco. Lo que quieres es asesinar el pasado: lo que ha hecho Joaquín, lo que tú misma has hecho o dejado de hacer. Pero eso ya no tiene remedio. Era lo que quería decirte antes, cuando te ibas alterando más y más.

Volví la vista sobre el ordenador, ahora un trasto muerto y silencioso, y me llegaban

imágenes de Étretat, de Verona, de Joaquín buscando hotel para mi padre y para mí en Navidades. Me dejé caer atrás sobre la pared, usando de cojín el edredón de plumas.

—Lleva mintiéndome dos años, Sibila. Dos años. Traicionándome con una chica más joven. ¿Por qué no me lo ha contado? ¿Por qué?

—No lo sé cariño. Los humanos tenéis una capacidad asombrosa para la mentira. Pero mira, por lo menos ahora ya lo sabes.

—Sí —dije, funesta—. La curiosidad mató al gato.

—¿Eh? —maulló Sibila, abriendo los ojos y achatando las orejas—. Escucha, Sara. No te veo lista para encontrarte con Joaquín. Tampoco creo que vayas a... matarle, pero a lo mejor te comportas de un modo que luego vas a lamentar. Necesitas cuidarte un poco, o mejor aún, que te cuiden. Vámonos de aquí. Búscate otro refugio. Rodéate de gente que te quiera y te apoye. Los gatos somos más independientes cuando tenemos problemas, pero los humanos sois más como los perros. Necesitáis la manada.

Era cierto. Sentí de golpe la ausencia de mi padre, de mis amigas, de mi casa y mi país. Separada tan de repente de Joaquín, por ese hachazo de la verdad que acababa de caer entre nosotros, necesitaba abrazos, seguridad, amor. Los necesitaba ya. Y en el mismo momento, me di cuenta de que estas paredes, esta cama, esta casa que había sido la mía, empezaban a parecerme extrañas. Como si me hubieran colocado en una réplica perfecta de mi habitación de huéspedes, con todos los muebles en su sitio, tan convincente como el museo de Sherlock Holmes en el 221b de Baker Street, pero también tan falsa. Con un escalofrío, me di cuenta de que no podía pasar ni un minuto más aquí.

Pero ¿adónde podía ir? Ya era tarde para cogerme esta misma noche un vuelo a Madrid. ¿Con quién tenía la suficiente confianza como para presentarme en su casa esta noche con la maleta y mi crisis a cuestas? Desde luego, con nadie del trabajo. La mayoría de nuestros amigos en Londres eran amigos comunes, y casi todos de Joaquín, que había conocido a un montón de gente en los primeros años a través de sus cursos y actividades. Quizá Pip y Brian. Pip era modista y tenía una tienda de ropa para mujeres de talla grande —como ella— en Notting Hill, no muy lejos de aquí. Joaquín había conocido a Brian en su clase de cocina japonesa, pero al final fui yo la que me hice más amiga de esa mujer desbordante en todos los sentidos. Compartíamos un mismo gusto por la literatura, la ecología, y las charlas largas sobre la vida junto a una tetera y un pastel de zanahoria. Y entre Pip y Joaquín siempre habían saltado chispas, porque ella en cualquier momento se te ponía a hablar de chakras y homeopatía, y Joaquín, con su alergia a todo místico, no la aguantaba. Sí, sabía que Pip estaría de mi parte.

Cogí el móvil y la llamé de inmediato.

—*Hey Sarah. Good to hear from you. How have you been, darling?*

—Escucha, Pip —le dije en inglés—, ¿puedes hablar?

—Estoy aquí con Bernie, que juega tranquilo con sus muñecos. Dime.

—No... no sé cómo decirte esto.

—¿Qué te ha pasado, *dear*?

—Es Joaquín. Acabo de descubrir que —mi voz se resquebrajaba, se me llenaban los ojos de lágrimas otra vez— está con otra... mujer.

—*Oh my God. Oh my God.* Pobrecita. ¿Cuándo te has enterado? ¿Cómo te has...?

—Ahora mismo. Eres la primera persona que lo sabe. No sé qué hacer, Pip. No quiero quedarme en casa. En un rato vuelve Joaquín y no quiero estar aquí. No puedo. Perdóname que te...

—No, no, no, no, *dear*. Tú tranquila, te quedas con nosotros, faltaría más. *Bastard!* Cojo el coche y voy para allá. No te preocupes de nada. Hazte una maleta para una semana. Estoy ahí en veinte... en diez minutos. ¿Vale?

Me eché a llorar.

—*Thank you. Thank you Pip.* No sabes lo que esto significa para mí.

—Olvídalo. Venga, haz la maleta que voy.

Colgué el teléfono, me sequé las lágrimas con la manga de la blusa, y me puse en marcha. Saqué la maleta de viaje de la estantería del pasillo, la abrí en medio del dormitorio y empecé a meter lo primero que iba encontrando, sin orden ni criterio: dos pares de pantalones, una pila de camisetas, un par de blusas, un puñado de ropa interior y otro de calcetines, un jersey azul marino de cuello vuelto, mi neceser de viaje, el cargador del móvil. Cerré la maleta y me disponía a bajar con todo por las escaleras cuando vi de reojo el desorden de papeles en la habitación de invitados. No lo puedo dejar así, pensé. No sé si quiero o no que Joaquín sepa lo que sé, pero de momento mejor no dejar rastro. Recogí lo mejor que pude todas las facturas y papeles y los devolví al archivador verde. Enchufé el ordenador, lo encendí para asegurarme de que no quedaba abierto su webmail, y lo volví a apagar. Al bajar al primer piso vi el maletín de mi portátil y lo recogí también, junto con el abrigo, una bufanda y un gorro de lana. Salí y me encontré a Pip, vestida con un enorme abrigo blanco, ya saliendo de su coche y corriendo con pequeños pasitos hacia mí.

—*Oh darling, I'm so sorry!*

Me rodeó con un abrazo enorme de osa polar y volví a echarme a llorar como una desconsolada, delante de todos mis vecinos.

—Venga, ven conmigo y lo solucionamos todo en casa. Deja que te ayude.

Al llegar al coche, Bernie me ofreció su camión de bomberos de madera desde su silleta.

—*Thanks Bernie* —le dije, dándole un beso.

—*Is the cat coming too?* —preguntó Bernie—. ¿El gato viene también?

Sibila esperaba en la acera, junto a la puerta abierta del coche.

—¿Te importa? —le pregunté a Pip.

—¿Importarme? —dijo Pip, pasando el cinturón de seguridad sobre su voluminoso cuerpo—. ¡Me encantan los gatos!

Mientras Brian puso a dormir a Bernie y Sibila comenzaba a explorar con cautela el nuevo entorno, Pip me preparó un vaso con unas gotitas de Flores de Bach que según ella me tranquilizarían. Luego me calentó en el microondas la sopa de calabaza y los restos de un pollo asado que habían cenado a la hora inglesa. Con el paquete de Kleenex a mano le fui contando lo que había sucedido, sorprendiéndome a cada paso de mi propia historia. Pip me daba la razón en todo, golpeando la mesa sonoramente y deshaciéndose en insultos y maldiciones contra toda la estirpe de Joaquín, mientras que el pobre Brian, que se unió al cabo de un rato, escuchaba nerviosamente desde las esquinas, descuadrado por el comportamiento del que, al fin y al cabo, era su amigo, y que no se atrevía a defender, pero tampoco a criticar.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Venderéis la casa? ¿Te volverás a España? —preguntó Pip, sirviéndome un generoso trozo de tarta de manzana en un plato.

Me di cuenta de que aún no había considerado estas cuestiones, que se arremolinaron en torno a mi corazón ya malherido como nuevas y fantasmagóricas sombras.

—No lo sé, Pip. Tal y como está la economía española veo complicado lo de volver. Y lo malo es que la casa es suya. Su familia la compró cuando nos mudamos como inversión. Yo me estoy comprando un piso en Madrid, pero ahora vale menos que la hipoteca y vender va a ser difícil. El mercado está parado. Dios mío, Pip, me quedo en la ruina. ¡No sé qué voy a poder alquilar con el dinero que me queda! No creo que pueda seguir viviendo en West Hampstead...

Pip me apretó la mano.

—Bueno, eso ya lo iremos viendo. Come un poco de tarta.

—No puedo, Pip, se me cerró el estómago.

—¿Un poco de té?

—Mejor una infusión relajante. Y ¿me dejas usar el teléfono para hablar con España?

—Claro, *Sarah*, llama a todo el mundo que quieras, sin problemas. ¿Te quieres acomodar en el salón? Venga, te pongo unos cojines en el sofá, que así estarás más cómoda. Y te dejamos un poco de privacidad. Si necesitas cualquier cosa me dices, ¿ok?

Me dio otro abrazo y otro beso y me dejó en el salón sola con mi infusión. Empecé a teclear el número de casa, pero colgué antes de acabarlo. No sabía si tenía las fuerzas para enfrentarme al disgusto de mi padre. Y sobre todo para la posibilidad de que cogiera el teléfono mi hermano y tuviera que hablar con él en este estado.

Decidí probar primero con mis amigas. Conseguí dar con Patri, con Susana y finalmente, al tercer intento, con Vero. Con cada una de ellas lloré y sufrí contando los hechos. Pero a fuerza de repetir la historia me fui acostumbrando a pronunciar frases como «lleva dos años con otra», «me he ido de casa» y «no lo quiero ver nunca más». Y también al sonido de los añicos de mi corazón, que sonaban como cristal roto en el eco de mis palabras.

Vero me prometió que en cuanto pudiera, niños o no niños, iba a juntar al trío de amigas para rescatarme:

—Ya se puede preparar Joaquín para el desembarco de las Linces. Mejor que no se le vea el pelo a diez kilómetros a la redonda, o mejor, millas.

Incluso me hizo reír un poco entre mis lágrimas, cuando empezó a enumerar lo que íbamos a tramar contra Joaquín en cuanto nos juntáramos todas en Londres:

—Como primera medida vamos a donar su Audi, su telescopio y su kit para hacer sushi a una de esas tiendas de segunda mano de Londres que trabajan con las ONG. Con sus aburridos libros de historia y revistas de ciencia nos vamos a hacer un buen fuego para hervir el té. Usaremos las herramientas del jardín para acabar con el Xbox, la tele esa enorme y sus maquetas de avioncitos. Bueno, déjame un rato y luego te paso la lista completa.

Cómo se lo agradecí. Necesitaba saber que contaba con alguien, y sobre todo que aún podía reír. Aunque al colgar el teléfono volví a hundirme.

Para cuando llamé a casa de mi padre eran las diez y media, hora inglesa, las once y media en España. Seguía temiendo encontrarme con la voz de mi hermano, pero quería quitarme la llamada de encima antes de irme a la cama, aunque estuviera ya exhausta.

Nunca habíamos tenido una relación muy buena, Álvaro y yo. Desde pequeña me molestaba que a él se le consintieran cosas que a mí nunca me hubieran dejado pasar, un poco por ser el pequeño, un poco por ser niño, y un poco por lo pillo que era. Y así salió, claro, hecho un vago irresponsable que se acomodó rápidamente a la vida de niño pijo de Mirasierra, el barrio en el que mis padres compraron su casa cuando empezó a irles bien el negocio de los libros. A menudo tenía que cuidar yo de él, y según fuimos creciendo, la relación se fue volviendo cada vez más conflictiva, especialmente cuando ya con trece años comenzó a traerse a casa a sus amigos porretas del barrio, que no parecían haber leído una novela en su vida, y se interesaban solo por el fútbol, las «pibas», las motos y Bob Marley. Únicamente conseguíamos llevarnos bien cuando mis padres nos llevaban de viaje, primero en la furgoneta-librería hippie, y más adelante en *Rocinante II*, la autocaravana que la reemplazó en los años ochenta.

Lo peor es que Álvaro nunca creció. Dejó la carrera de empresariales al tercer año porque decidió que quería ser director de cine. Entonces mis padres le pagaron una escuela de cine carísima en Nueva York, para que luego al terminarla nos anunciara que se quería hacer *disc jockey* en Ibiza. Evidentemente, esta carrera tampoco despegó, y Álvaro durante unos años se dedicó poco más que a salir de fiesta y esperar que alguna de sus novias cocainómanas le aguantara más que la anterior. Eso sí, mis padres no se enteraban ni de la mitad, y le seguían teniendo en un pedestal.

Yo al final llegué a una especie de acuerdo tácito con Álvaro que me permitía tratarle con civismo cuando me tocaba verle, que al fin y al cabo no era muy a menudo. Las

verdaderas hostilidades llegaron cuando a mi madre le diagnosticaron su cáncer de pulmón, la consecuencia de muchos años de consumir tabaco. Mi padre dejó de fumar inmediatamente, para intentar apoyarla en sus propios esfuerzos por dejarlo. Sin embargo, a ella le costaba más, y así fue que su vicio se alió con el hijo que ella había viciado.

Un día fui a visitar a mi madre en el hospital y me la encontré sufriendo un ataque de tos espantoso, interminable, en el que sus pulmones luchaban por expulsar el veneno y conseguían echar solo unas pocas costras de mucosidad sangrienta. No me lo podía creer, pero la habitación estaba llena de humo, y en el suelo se consumía un cigarrillo recién empezado. Cuando me confesó que había sido Álvaro quien se los había comprado, fui a por él. Le agarré de la camisa en medio del pasillo del hospital y le dije, a gritos, todo lo que me había quedado por decirle a lo largo de los años. Cosas tan horribles como lo que había expulsado mi madre de sus pulmones. Tuvieron que venir varios enfermeros para separarnos.

En el funeral le ignoré, y durante un par de años apenas nos tratamos. Ahora que había vuelto a vivir en casa no podía evitarle tanto, pero nuestras conversaciones eran siempre tensas. Y esta noche en casa de Pip me sentía tan frágil que lo último que me apetecía era hablar con él.

El teléfono sonó dos veces y, efectivamente, lo descolgó mi hermano.

—¿Dígame?

—Hola, Álvaro.

—Hola, hermana, justamente contigo quería hablar.

—Escucha, Álvaro, no tengo tiempo para tus sarcasmos, lo he dejado con Joaquín y estoy hecha polvo. Pásame con papá.

—Joder, hermanita. Vaya flash. ¿Qué pasa, te ha puesto los cuernos?

—Qué cabrón que eres. Pues sí, déjame en paz ya y pásame a papá.

—¡Sabía que no era trigo limpio! Tanta ciencia y tanta hostia. Siempre te lo dije y nunca me escuchaste. Pero mira, Sara, ahora mismo creo que bastante tiene papá como para le agobies con culebrones. Aquí tenemos una situación grave, y nos vas a tener que ayudar...

—¿Qué situación grave? ¿Qué pasa? —dije, asustada de tener que asustarme aún más.

—Estamos en la ruina, hermanita.

—¿Cómo que en la ruina?

—Ya sabes que la librería iba mal, pero es que... en fin, que no te lo hemos contado todo.

—Pero ¿qué dices, Álvaro? No me vengas con tus bromas de mal gusto.

—Sí, bromas, ya me gustaría. Tuvimos que hipotecar la casa hace tres años para afrontar las deudas y la reforma que hicimos.

—¿¿Hipotecar la casa??

—Bueno, una parte. No te dijimos nada para no preocuparte.

—Álvaro, por favor. Pero cómo...

—Decían que la crisis iba a durar un año, dos como mucho... Nos habíamos comido todos los ahorros, y nos pareció una buena solución para aguantar el tirón, para competir con las librerías grandes.

Me quedé muda.

—¿Hermanita?

—O sea que el coche ese deportivo que te compraste, no era con los ahorros de papá. Aún peor, era con su propia casa. ¡Con *nuestra* casa! Y tus viajes a Cuba y a Brasil...

—¿Qué pasa, que solo tú tienes derecho a vivir la buena vida o qué? ¿Yo qué sabía que esto de la crisis iba a durar tanto?

—Te odio, Álvaro. ¡Te odio!

Pero no me escuchó. Mi hermano hablaba con mi padre. Entonces sonó la voz, débil, avergonzada, acabada, de mi padre.

—Hija mía, Sarita, cariño...

—¡Papá!

Mi padre rompió en sollozos, por su librería y por sus libros, por su soledad y la muerte del amor de su vida, por su país arruinado, por su hijo inepto y egoísta, por haberme ocultado su ruinoso plan, por tener que pedir dinero a su hija. Y así fue que acabé consolándole a él, prometiéndole que encontraríamos la solución, que no se preocupara, que Sarita se ocuparía de todo. Y no, no pude contarle lo que me había sucedido. Aún no. Ahora no.

Me despedí de Pip, que salió de su dormitorio para darme otro abrazo. Se me abrió de nuevo el grifo del llanto. No sé de dónde me salían tantas lágrimas.

—*Oh dear, oh dear. That's right. Let it all out.*

¿Para qué contarle que las cosas habían empeorado aún más? Ya le había dado bastante la lata por una noche. Y ya no podía más.



9

El momento de la verdad

A pesar del agotamiento, apenas pegué ojo durante aquella noche de las pesadillas vivientes. Ardía con la rabia, el odio y la humillación, y luego como en una fiebre tiritaba con la heladora perspectiva de la soledad, la incertidumbre económica, la vejez amargada. Sibila hizo vela conmigo al pie de la cama, como una enfermera paciente y atenta que de cuando en cuando se me acercaba para acariciarme. Pero ella también se colaba en mis imaginaciones turbias. Soñé con peleas de gatos rabiosos, que se siseaban encorvados y se arañaban salvajemente, dispuestos a sacarse las tripas con las uñas.

A lo largo de la noche, eso sí, se fue cristalizando mi deseo, mi necesidad, de encontrarme con Joaquín cuanto antes, hacerle confesar lo que había hecho, verle arrastrarse por los suelos como un vil gusano y pedirme mil perdones por haberme traicionado. Porque el muy canalla quería escabullirse de la situación sin reconocer su delito. Quería que nos hubiéramos separado porque las cosas no iban bien, y luego, pues mira por dónde, que he conocido a otra, que algún día quedamos y te la presento, y así todos tan amigos. Pero se le iban a torcer los planes. No iba a salir ileso de esta. Ni ante mí ni ante sus amigotes.

Cuando, a las siete de la mañana de ese sábado negro, me senté sobre la cama, con la cabeza hirviendo, y vi el paquete de antidepresivos sobre la mesilla de noche, lo cogí y lo tiré al otro lado de la habitación, pensando: *No quiero sentirme mejor. Quiero estar furiosa.*

Le cité al Cuervo con un SMS enviado a las 7.30:

12.30, Kensington Gardens,
donde el estanque redondo,
para hablar de nuestra
separación

Se me ocurrió que tenía que ser un lugar público para poder sentirme segura, pero lo suficientemente abierto como para poder gritarle, o darle alguna torta bien dada, sin causar demasiado escándalo.

A las 8.05 me llegó su respuesta:

Ok. ¿Estás bien?

Encima quieres hacerte el caballeroso, pensé. ¿O es que estás preocupado de que pueda haberme enterado de algo? Decidí no contestarle, para que se quedara con la duda.

Sabía que Bernie tenía clase de violín a las diez en Greenwich, al otro lado de la ciudad. Esperé a que Pip y su familia salieran de casa antes de emerger de mi habitación para asearme y desayunar lo poco que entraba en mi tripa encogida. El resto de la mañana lo pasé caminando de forma histérica hacia un lado y otro del salón de la casa, revisando mi estrategia, ensayando mis palabras y mis gestos, considerando todas las posibles alternativas, para pillarle en cada una de sus mentiras y extraerle la confesión más dolorosa, para maximizar mi pequeño triunfo y recrear en el parque la peor versión de la escena que el muy cobarde había temido durante estos largos meses de infidelidad, llevándole a hacer todo lo posible por retrasarla o incluso evitarla del todo. Era una cita con la verdad y con la justicia, desde luego, pero en el fondo y sobre todo, para mí, era una venganza. Y había que planificarla bien. Porque a estas alturas ya solo me quedaba la venganza, y tenía que salir bien a la primera, con una estocada limpia y brutal.

—Sibila, voy a quedar luego con Joaquín. ¿Me acompañas?

La gata me había observado en silencio toda la mañana, desde una esquina de la habitación. Ahora se me acercó con cautela, las orejas hacia los lados, la cola pegada al suelo.

—¿Estás segura? ¿No crees que es mejor esperar un poco? —me preguntó como una psicóloga que trata de tranquilizar al paciente—. Te veo un poco alterada.

—¿¿Vienes o no??

Sibila pegó un salto hacia atrás y se quedó agachada.

—Sí, Sara, claro. Yo te acompaño.

Fuimos a pie, la gata y yo. Tardamos media hora en llegar al parque, y durante todo el camino seguí ensayando la escena y regodeándome con la cara de pasmo que pondría Joaquín al sospechar que yo ya lo sabía todo, y luego, al confirmarlo, con sus lágrimas y su contrición, su terror de que todo el mundo lo sepa, sus disculpas. Fui caminando con un paso cada vez más seguro, hasta que llegamos a Kensington Gardens.

Entonces comenzó a llover. No había contado con ello, ni había traído paraguas. Mojándome y blasfemando, tuve que retroceder a una estación de metro en la que un

vendedor callejero me dio un pequeño y frágil paraguas de mano por tres libras, que luego se agitaba y parecía a punto de desintegrarse con cada ráfaga de viento. Los zapatos que había traído en mis prisas al huir de casa no eran perfectamente impermeables, y al cruzar el césped lleno de charcos se me empaparon los pies.

—Mejor con lluvia —me dije para animarme—, más dramático, más patético.

Pero con el frío, las ráfagas de agua, los pies mojados y el paraguas zarandeándose peligrosamente, se empezó a desvanecer toda mi confianza. Cuando vi a Joaquín ya esperándome cerca del estanque, tranquilo, sonriente, acorazado en su equipo profesional de montañista *goretex* y bajo un paraguas grande y resistente de los caros, tuve un impulso casi irresistible de salir corriendo.

—Yo me quedo aquí, si te parece —dijo Sibila, trepando hasta la rama de un olmo, desde el cual tendría una buena vista sobre el prado en el que habíamos quedado.

Asentí con la cabeza.

—Solo una cosa, si me permites —añadió tímidamente desde arriba.

—¿Qué?

—No te olvides de respirar.

Inspiré una vez, hasta llenarme de aire y del aroma de hierba mojada. Suspiré. Y entonces meforcé a seguir adelante con paso firme, tratando de neutralizar el tembleque que comenzaba a invadirme.

Nos encontramos en medio del prado, donde la lluvia caía suavemente sobre el césped. Me detuve a más de dos metros de distancia.

—Hola, Sara —comenzó él, con una expresión irónica.

—Hola —dije secamente yo, manteniendo a raya la media docena de insultos que como avispas furibundas se agolpaban en mi boca.

—¿Buscamos otro sitio? —dijo, en referencia supongo a la lluvia y a mi penoso estado.

—No —respondí tajante.

—Vale, como quieras.

Quería borrar de su cara esa sonrisa cuanto antes. Pero una ráfaga de viento hizo que mi paraguas se diese la vuelta por completo. Lo cogí con ambas manos y maniobré furiosamente contra el viento para recolocar sus torturadas varillas.

—Venga, compartimos este —ofreció él acercándose un par de pasos.

—Ni hablar. ¡No te acerques!

—Eh, oye —dijo ahora con un tono un poco molesto—, intentemos comportarnos con civilidad.

—¿Civilidad? —pregunté, ahora irónica yo.

Me volvió de golpe la confianza. Llegó el momento de desplegar mi guión.

—Venga, hablemos de civilidad. ¿Hay algo que no me hayas contado, Joaquín? ¿Algo que me has escondido?

Por un momento me pareció ver a través de la lluvia un destello escrutador en sus

ojos, antes de volver a una expresión de inocencia.

—¿De qué estás hablando?

—¿Me has mentido, Joaquín?

Parecía genuinamente ofendido. Era un farsante consumado.

—¡No! No te he mentido. ¿En qué?

—Te estoy dando una última oportunidad para que me digas la verdad, Joaquín.

—Ya sabes que siempre te he dicho la verdad. ¿Qué tonterías estás diciendo?

Protestaba con tanta sinceridad que yo misma, por un momento, me cuestioné lo que sabía. Pero recordé las facturas de Étretat, los mensajes empalagosos, la «galáctica»...

—Lo sabes muy bien, Joaquín.

—No, no tengo ni idea.

—¿Por qué me dejas realmente? —insistí, descubriendo un poco más mis intenciones.

—Ya lo sabes, Sara. Tú... tú misma lo has dicho. Las cosas no están bien entre nosotros. Son cosas que pasan.

Ya había comenzado a titubear, y daba pasitos en una dirección y en otra. Había llegado el momento.

—Sé que hay otra.

Lo solté con la brutalidad de una cabeza segada que rueda sobre la mesa de un banquete. Joaquín dio un paso atrás e intentó defenderse con una voz hueca.

—No hay...

—¡¡LO SÉ!!

Al gritar, el movimiento de mi paraguas le salpicó de agua y se le cerraron los ojos por reflejo. Me miró con la intensidad de una rata atrapada que calcula si atacar o huir. Y yo añadí, pronunciando las palabras de forma cristalina:

—Pero quiero que tú me lo cuentes a la cara.

—¿Qué crees que sabes? ¿Qué quieres que te cuente, Sara?

Ahora sí estaba enfadado. Por lo menos ya había abandonado la sonrisita impertinente.

—La verdad, por una vez. Solo eso —Ya me estaba cansando de dar vueltas y decidí ir más lejos—. ¿Te dice algo el nombre de Galactic Girl? ¿Eh?

—Galac... ¡ja! Es una compañera de trabajo. Es un *nick* que usa. ¿Qué pasa con ella?

—Pues no sé, esperaba que tú me lo dijeras.

—Es una amiga, ya está.

Se agarraba a su paraguas con demasiada fuerza. Empezaba a ponerse furioso.

—Muy amiga por lo que parece. ¡Como que te la estás tirando! Si te digo que lo sé. ¿Crees que soy idiota? ¿Una pobre inocente? ¿Desde hace cuánto, Joaquín? ¿Desde hace cuánto? ¡Dime al menos eso!

Joaquín se puso rojo y durante unos momentos tuve la satisfacción de verle

realmente atrapado. Pensé que se iba a venir abajo, que ya lo había conseguido. Pero no.

—Mira, Sara —arrancó con un nuevo tono, más humilde pero con renovada convicción—, no te lo he contado porque no quería hacerte daño. Es algo que ha surgido ahora, en estas últimas semanas. Y es algo sin importancia.

—Das asco —le dije, agotando ya mis últimos cartuchos—. Aun tienes la cara de mentirme. ¿Que no querías hacerme daño? Pues me lo estás haciendo, me has roto el corazón y sigues haciéndolo con cada palabra que sale de tu boca venenosa. Lo sé todo, Joaquín, lo sé todo. He leído vuestros emails, desde los primeros hace dos años. ¡Dos años! La foto en Verona, Joaquín, la foto que me pediste que te sacara para enviársela a ella...

Necesité de todas mis fuerzas para no romper a llorar. Era él quien tenía que hundirse. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué seguía impertérrito, mirando al césped mojado como si no se dignara siquiera a escucharme?

—Y yo queriendo tener hijos contigo. Y mi reloj biológico agotándose. ¿Te das cuenta lo que me has hecho?

Joaquín permaneció en silencio, bajo la sombra de su paraguas y la capucha de su chaqueta negra. Ahora, ahora tenía que darse cuenta. Y sufrir. Y pedirme disculpas. Joaquín tenía una conciencia. Yo le conocía y sabía que la tenía.

Pero entonces me miró directamente a los ojos, y con toda frialdad, casi molesto de tener que explicar lo evidente, me dijo:

—Mira, Sara, las cosas pasan. La gente se enamora y se desenamora. Yo he conocido a otra persona y ha surgido el amor entre nosotros. ¿Que no te lo he contado? Ha sido por tu propio bien, para no hacerte daño. ¿No me has dicho siempre que soy demasiado directo? Pues trataba de suavizar el golpe. Y por lo que veo, acerté en no querer decirte nada. ¿Que has querido hurgar en mi correo y ahora te duele? ¡Pues no haberlo hecho, chica! ¿Qué quieres que te diga? Si sales en la lluvia sin un paraguas, pues te mojas. Punto y pelota.

Me quedé atónita. Caí finalmente en la cuenta de que no iba a humillarse, ni ante mí ni ante nadie. No iba pedirme ni un triste perdón. Y eso es lo que me hizo perder los estribos, porque sin ese perdón, sin esa humillación ritual en el parque, me quedaba sin nada. Sin novio, sin dinero, sin futuro y sin tan siquiera un ápice de dignidad a la que agarrarme por las noches. Tenía que arrodillarlo ante mí como fuera. Por eso traté, como una reina ultrajada, de doblegarle con lo que tenía a mano: mi paraguas.

Debió de ser una escena patética. Sonó en todo Kensington Gardens un grito:

—¿¿Cómo puedes ser tan cruel??

Y mientras tanto le aticé repetidamente, cogiéndole por sorpresa con todas mis fuerzas, aunque poco control. Su paraguas salió volando al primer golpe, girando sobre sí mismo en un extraño baile producido por la combinación de la inercia, el viento caótico y la forma desequilibrada del propio artilugio. Con los siguientes golpes le arranqué la capucha y conseguí deformar mi propio paraguas contra su cuerpo antes de que se

alejara lo suficiente como para evitar mayores daños. Agarrándose con una mano la cabeza, que sangraba de algún arañazo, recogió su paraguas sin quitarme el ojo de encima por si volvía al ataque. Finalmente parecía un ratoncillo asustado. Pero incluso en ese momento, me di cuenta de que yo también estaba haciendo el ridículo.

—Podías haberme sacado un ojo —dijo Joaquín.

—Tenía que haberte sacado un ojo —disparé de vuelta.

—Joder, Sara, cómo te pasas. Mira, yo entiendo que estés alterada. Es normal. Sé que los celos son emociones muy fuertes para las mujeres. Te recomiendo que te hagas unos largos en la piscina. La natación es lo mejor para el estrés. Creo que aún me queda parte de un bono del gimnasio. Toma...

Este consejito final ya fue demasiado para mí. Lo demás ni lo recuerdo. No sé si llegó a sacar su bono de gimnasio, o qué barbaridad le habría gritado. Quizá le volví a dar con el paraguas, o se lo lancé, porque quedó tirado a un lado con algunas varillas sueltas, recogiendo lluvia. Lo que recuerdo es que permanecí una eternidad después de que se fuera, en medio del parque, aturdida, dejando que las verdades calaran en mis huesos como el agua fría y sucia de esta vieja ciudad. Que Joaquín no me quería, y que quizá nunca me había querido realmente. Que mis sentimientos le daban absolutamente igual. Que era una especie de psicópata al que no conocía. Que yo era una idiota por no haberlo visto antes. Que había perdido los últimos diez años de mi vida con él. Que seguramente Álvaro no era la única persona de mi entorno en haberlo visto. Que con cuarenta años me quedaba sola, sin casa, sin dinero, sin madre, sin hijos y sin rumbo. Lo único que me quedaba era un hermano egoísta, un padre hundido, y una gata imaginaria que demostraba que me había vuelto loca de remate.

Se me habían acabado las ilusiones. Entendí que el oscuro cielo, sin dios ni magia, me llovía encima porque sí, porque yo no tenía nada de especial. Tocaba mojarme, como tocaba envejecer, sufrir, llorar, perder y morir. Así de cruda y corta era la vida. No era una traición realmente. Era solo yo que no me enteraba. Que me había engañado a mí misma. ¡Me había creído la milonga del amor, la familia, el éxito, la felicidad! Había creído que el destino me sonreía, mientras que otros se morían de hambre y de guerra en lugares lejanos. Pero no había querido ver que Joaquín era uno de tantos, como bien había dicho Vero, y ni siquiera de los peores. Aquí, en esta misma ciudad, estaba rodeada de asesinos, de violadores, de terroristas esperando su oportunidad para volver a desvencijar un autobús, de parlamentarios dispuestos a emprender guerras sangrientas por obtener más petróleo y de financieros que seguían enriqueciéndose mientras enviaban al resto del mundo a la ruina. Peor aún. Yo misma formaba parte de ese grupo de desalmados, vendiéndome a los banqueros y petroleros y guerreros, traicionando todos los ideales que una vez orientaron mi vida.

El cuento de la felicidad. ¡Ja! Ahora le veía la gracia a esta broma cruel, a esta gran inocentada. Se me arrancó en la garganta una risa rabiosa, obscena, rasposa, que iba poseyéndome como un demonio liberador pero sádico, y que se resolvió en los gritos de

una auténtica demente. Ya me daba igual todo. Me había convertido, literalmente, en una pobre desgraciada.

Dejó de llover. Estaba oscureciendo. Fría por fuera, vacía por dentro, me puse a caminar. Al principio caminé sin dirección, siguiendo el curso de las aceras y los pasos de peatones, tramos iguales, perfectamente intercambiables, de un laberinto infinito de cemento, asfalto y pintura desgastada. Debí girar así durante horas, sin levantar la vista, una rata de laboratorio, exhausta y desquiciada que busca ciegamente la salida del experimento. Hasta que di con el río.

Llegué a la altura de Tower Bridge, y me vi atraída por el resplandor de sus torres, blancas como lápidas. Mientras caminaba hacia el centro de la enorme estructura vacía, no pasó ni un coche. El único sonido en el mundo era el viento invernal, que al soplar a través del puente hacía vibrar los cables de suspensión metálicos, produciendo el canto fúnebre de un arpa gigante. Al final llegué al lugar donde se unían las dos enormes placas que un par de veces al día se elevaban cientos de metros en el aire. Y ahí me detuve, asomándome por encima de la pared de piedra que bordeaba el puente sobre el río.

No era ya para mí el Támesis, ni era esto Londres. Era solo agua, un torrente enorme de agua negra, traicionera, fría, llena de corrientes y torbellinos en los que ahogar la vergüenza y la rabia. Un agua que me invitaba a acabar con todo. Quise verla más de cerca. No sé por qué. No sé si realmente se me pasó por la cabeza la idea de tirarme. Nunca había pensado algo así, ni de lejos, en toda mi vida. Pero quise ver el agua más de cerca.

Puse las manos sobre la piedra húmeda del muro que bordeaba el puente. Haciendo fuerza sobre ella con los brazos, me elevé un poco y subí una pierna y luego la otra. Me senté en el muro, con los pies colgando sobre el río. Debería sentir vértigo, pensé. Siempre había sufrido con el tema de las alturas. Pero esa noche, extrañamente, no. Sería fácil, tan fácil, saltar... Me acordé de las palabras de ese miserable: «La natación es lo mejor para el estrés.» Joaquín nunca me creería capaz de devolverle esa crueldad con tanta terrible ironía. Entonces sí que tendría que sentir algo, que sufrir algo.

—¿Qué estás pensando? —susurró una oscura sombra a mi lado, como un fantasmagórico enviado de la propia muerte.

Del sobresalto, casi me caigo al río.

Me aferré al muro de piedra con ambas manos. El corazón me dolía en el pecho de latir con tanta fuerza. Ahora sí que sentía vértigo.

—Sibila, pero... ¡qué susto me has dado! —No me atrevía ni a girar la cabeza para mirarla.

—Qué susto me has dado tú a mí —dijo Sibila, con voz preocupada—. Por un momento he pensado que te íbas a tirar.

Por un momento, yo también, pensé con horror, mirando hacia el agua oscura. Pero no dije nada. ¿De verdad había contemplado suicidarme? ¿Hasta ahí había llegado? Pensé en mi padre, recibiendo la noticia. En Vero. En Pip y Brian y el pequeño Bernie.

¿Como pude pensar algo así? Se me llenaron los ojos de lágrimas y las luces de la ciudad se desdibujaron por completo. Noté entonces que Sibila me abrazaba por un costado, con la cola rodeándome la espalda, sus patas sobre mi regazo y la cabeza pegada a mi vientre. Sentí su respiración y el calor de su cuerpo pequeño calmándome poco a poco, hasta que pude separar una mano del muro y acariciar su suave pelaje, su cabecita, su lomo cálido.

No sería mucho, pero al menos era algo a lo que asirse en este mundo. Una gata que estaba conmigo, que me había acompañado hasta aquí, hasta el fin de mi mundo. Una gata que estaba conmigo para darme cariño, sin querer nada a cambio. Una gata que estaba conmigo, sin más. En el aquí y ahora. En el único lugar y el único tiempo en el que saben estar los gatos.

El río fluía bajo mis pies, y yo acariciaba a Sibila. Ella no decía nada, y sin embargo, yo la entendía. «Yo te doy mi calor», me decía sin decir. «Yo te doy mi cariño.» El río fluía bajo mis pies como fluye el tiempo. Sentí, junto a esta gata que se dejaba acariciar, que se ofrecía generosamente a mi mano, que a pesar de todo, el mundo giraba, el agua fluía, y el viento iba secando mis lágrimas. Todo nacía, todo cambiaba y todo moría. Mi relación con Joaquín, mi vida, la ciudad entera con su ruido y sus luces. «Pero aquí y ahora —escuchaba en el silencio de la gata—, yo te doy mi calor. Yo te doy mi cariño.»

—Gracias, Sibila.

—¿De qué? No he hecho nada. No he dicho nada.

—Es lo único que necesitaba.

Sibila levantó la cabeza. Me miró con sus hondos ojos verdes y por primera vez pude sostenerle la mirada.

—¿Sabes, Sibila?, por un momento creí que mi vida había terminado, lo creí de verdad...

—¡Y tenías razón! —sentenció Sibila—. Pero aún deben de quedarte cuatro o cinco.

—¿Cuatro o cinco?

—Sí, cuatro o cinco vidas. —La gata se volvió y comenzó a caminar por el muro, alejándose de mí—. Los humanos decís que los gatos tenemos siete vidas. Pero los humanos también conocéis ese truco.

—¿Qué truco?

—De resurgir de vuestras cenizas —dijo Sibila, girando sinuosamente sobre sí misma para enfrentarse de nuevo hacia mí—. De reinventaros, de renacer. De atravesar este puente para cruzar de una vida a otra.

Sibila se acercó de nuevo, se subió a mi regazo y cruzó sobre mí hasta el otro lado del muro.

—Aquí puedes echar al río tu vida pasada —siguió, sentándose sobre el muro—, ese cadáver que en realidad ya flotaba inerte, esa vida ahogada por las preocupaciones, arrastrada por las prisas, lastrada por las rutinas.

Miramos las dos hacia las toneladas de agua que pasaban bajo el puente.

—En realidad, tiene sus ventajas el haber llegado hasta aquí, hasta las puertas de la muerte. —Sibila miró hacia arriba, a las pasarelas metálicas que unían las dos torres de Tower Bridge—. Desde aquí, ya te da igual lo que pueda suceder a partir de ahora. Puedes aceptar cada momento porque ya lo ves todo desde las alturas, con distancia. Y si puedes aceptar lo que te viene, sea lo que sea, eres libre.

Las palabras de la gata se mezclaban con el suave fluir del río. Y me provocaron una extraña sensación: la sensación de haber saltado, no del puente al río sino al contrario, del río al puente. Al mirar abajo hacia las aguas del Támesis, me imaginé ahí, en el agua helada, con el cuerpo roto, arrastrada por la corriente, luchando con mis últimas fuerzas para respirar antes de hundirme, y luego finalmente desapareciendo del todo bajo el agua, dejando solo algunas burbujas y las ondas concéntricas que marcaban de forma efímera mi tumba. Pero luego, como en una película rebobinada, yo salía disparada del río, envuelta en una explosión invertida de agua, pies calzados primero, luego piernas y tronco, brazos en cruz y finalmente cabeza, el cuerpo volando hacia mí como tirado por una cuerda amarrada a los tobillos, hasta sentarse tranquilamente sobre el puente. Justamente en mi lugar.

Suspiré.

—Vale, Sibila, lo voy a intentar. Aunque no creo que sea tan fácil como tú dices.

—¿Quién ha dicho que fuera fácil? —dijo Sibila, acercándose de nuevo—. No, no, saltar de este puente sería mucho más fácil. Lo que te propongo es el camino de una heroína. Es un camino arduo, y lleno de peligros. ¿Fácil? En absoluto. Pero muy gratificante, eso sí. Y la ventaja es que tienes a tu servicio a una guía excelente.

—¿Tú? —le dije, rascándole la cabeza—. ¿Y por qué he de fiarme?

—Las gatas llevamos milenios intentando guiar a los humanos por el camino de la vida. No soléis hacernos mucho caso, es cierto, pero no nos damos por vencidas.

Sibila se alzó, caminó algunos pasos sobre el muro, y se dejó caer hacia el interior del puente. Levanté las piernas y me giré hacia el mismo lado, agradecida de poder recolocar mis pies sobre el suelo. Me sorprendió la luminosidad del interior de Tower Bridge bajo los potentes focos de luz blanca. Resplandecía como las mismísimas puertas de paraíso.

—Venga pues. Dime tú por dónde empezamos.

—De momento vamos a casa de tu amiga, que vas a coger una pulmonía.

Segunda parte

El entrenamiento



10

La habitación cerrada

Esa noche, tras una ducha caliente y una cena que me prepararon Pip y Brian, dormí como no había dormido en mucho tiempo. Caí en un sueño profundo como el río Támesis, y cuando salí de él no recordaba ni quién era, ni dónde estaba. Desorientada, chapoteando entre recuerdos oscuros, me senté en la cama y busqué el interruptor de la luz en esta habitación extraña. Entonces recordé por qué estaba aquí: porque había huido de mi propia casa, porque Joaquín me había traicionado, porque ya no me quería y se había enamorado de una chica más joven y ni siquiera me había pedido perdón. Me vi asaltada de nuevo por sanguijuelas que parecían haberme acompañado desde el río: el miedo, la rabia, la vergüenza, la pena. Volví a sumergirme bajo el duvet.

No sé cuánto tiempo permanecí en la cama. En algún momento, alguien golpeó tímidamente en la puerta, pero me hice la dormida. ¿Para qué levantarme? Era domingo. No me apetecía ver ni hablar con nadie. Ni siquiera tenía el más mínimo apetito. Y lo que realmente significaba recomenzar mi vida —buscarme un piso, hacer la mudanza, volver al trabajo, adaptarme al estatus de soltera, enfrentarme a mis problemas familiares — me parecían batallas aún muy lejanas.

Así estuve, girando sin remedio de un lado al otro de la cama, intentando quitarme de encima unas sanguijuelas mientras me atacaban otras. Hasta que de pronto, me saltó encima algo más grande, consistente y físico: la gata. A pesar de mi abotargamiento, logró sobresaltarme durante un momento.

—¡Ay! —grité.

—¡Fuera! —maulló Sibila.

—¡Déjame en paz! —protesté, volviendo a cubrirme con el duvet.

—De eso nada —respondió ella, y con sus garras se puso a hurgar en el edredón, levantando e hincando una pata y otra para encontrarme las cosquillas.

—¡Eh, eh, eh, que vas a estropear las sábanas de Pip!

Al final consiguió levantarme. Me alcé con un esfuerzo sobrehumano, y eché a la gata de la cama con un empujón firme y no muy cariñoso. Mi cuerpo parecía tener el peso de un cachalote.

—¿Por qué no me dejas dormir un poco?

—No necesitas dormir. Necesitas empezar, y cuanto antes, tu nueva vida.

—Pero ¿qué nueva vida, Sibila? Ya me iré acostumbrando, sí, pero mi nueva vida es como mi vieja vida solo que aún más triste, más solitaria y con menos ilusiones. Agradezco tu ayuda, de verdad, lo de las siete vidas y todo, pero la realidad es esa.

Sibila caminó hasta el centro de la pequeña moqueta azul que cubría el suelo de la habitación de huéspedes, entre la cama y la mesa con el ordenador, murmurando la palabra que yo había pronunciado:

—Realidad, realidad, realidad. —Se detuvo en el centro de la sala—. A ver, Sara, imagínate que alrededor de esta habitación alguien construye unos muros de tal forma que tapia la puerta y las ventanas. Solo dejan un pequeño orificio por el que te pasan la comida y la bebida.

—¿Qué es esto? ¿Una prueba de ingenio?

—Llamémoslo un juego, que suena mejor. ¿Cómo saldrías de la habitación?

Cómo me mareaba esta gata. Cogí una botella de agua que tenía en la mesilla y bebí un poco. Encendí el móvil. ¿Dónde estaban los antidepresivos? Ah sí, creo que ayer los tiré al otro lado de la habitación.

—No lo sé, Sibila. Es un juego un poco claustrofóbico. Llamaría a la policía con el móvil.

—Previsible. Siempre con tus aparatitos. Pero no te serviría, porque los muros no dejan pasar la señal.

Me puse a buscar la cajita de psicofármacos. ¿Dónde habría caído? Miré entre los cables del equipo informático.

—Y supongo que el ordenador no tiene conexión —dije.

—Supones bien. Ni siquiera se enciende, porque no hay electricidad. La única luz viene de la rendija por la que te pasan la comida.

—¿Ah sí? Pues entonces intentaría derribar la pared con la mesa.

La cajetilla de medicinas parecía haber desaparecido.

—Inútil —sentenció de inmediato la gata—. Los muros son de piedra maciza.

—Y dices que solo hay un agujero para la comida. No quepo por ahí. No es que yo sea un ratoncito.

—Eres tú misma. Apenas te cabe una mano por el agujero.

Me puse en pie y miré por toda la habitación, buscando pistas y, de paso, la cajita de pastillas. Unos papeles sobre la mesa me dieron una idea.

—¿Y si escribo una nota y le intento untar al tipo que me pasa la comida?

—¿Untar?

—O sea, le prometo un millón de libras esterlinas...

Sibila negó con la cabeza.

—Pero si estás en bancarrota, Sara.

—No me lo recuerdes —dije yo, llevándome las manos a la cabeza—. Pero bueno, algo querrán mis secuestradores, ¿no? Les puedo preguntar en una nota qué quieren de mí.

—No te responden. Y no tienes nada que pudiera interesarles, ni remotamente. Tus notas las usan para encender la chimenea.

Estuve otro rato pensando mientras la gata se atusaba el pelaje pacientemente. El juego comenzaba a agobiarme. Abrí la ventana y descorrí la cortina para dejar entrar un poco de aire y luz. Se veía el jardín delantero de Pip y las casas de enfrente.

—No sé, Sibila, me pondría a gritar, a romper cosas, a hacer ruido para que alguien me rescate.

—Lo siento, pero ningún rescatador puede escucharte. Están todos demasiado lejos y tu cárcel está perfectamente insonorizada.

—¿Y si intento colgarme de la lámpara? ¿O hago una huelga de hambre? ¿O me tomo una sobredosis de antidepresivos, si es que los encuentro? ¿No me sacarían al hospital?

—Ya empezamos con los pensamientos suicidas. Creí que ayer ya habíamos pasado página. En cualquier caso, no te serviría de nada, porque acabarías muerta, pero seguirías en la habitación.

—¡Basta, Sibila! Me estás engañando. No tiene solución.

—Al contrario, tiene una solución muy sencilla.

La gata saltó sobre la cama y de ahí sobre la repisa de la ventana.

—¿Quieres que te la diga? —preguntó, coqueta.

—Pues sí, porque veo que diga lo que diga, no voy a acertar. ¿Cómo se supone que tengo que salir de la habitación?

—Solo tienes que dar un pequeño salto al frente —dijo Sibila, saltando de la ventana al césped del jardín delantero— y estás fuera.

—Pero ¿cómo? —pregunté, acercándome a la ventana de la que Sibila se iba alejando por el jardín hacia la calle—. Eh, ¿adónde vas? No entiendo nada, ¡explícamelo!

—No hay mucho que explicar —dijo ella, deteniéndose y mirando hacia atrás—. La cárcel, los muros, los carceleros, los habías creado en tu mente. No existen en la realidad. Bastaba darse cuenta para poder salir de la habitación.

—¡Lo sabía! ¡Me estabas engañando!

—¿Yo? En absoluto. Si acaso, eres tú la que te estás engañando. Te dices que tu vida es horrible, que estás acabada, que no puedes ser feliz. Esos son tus muros de piedra, y te los has construido tú sola. Venga, sal de la habitación de una vez y prepárate para pasear, que empieza tu entrenamiento.

—¿Qué entrenamiento?

—Derribar un muro de piedra, aunque sea mental, requiere mucha fuerza —dijo la gata volviendo hacia la calle—. Hay que entrenar. Te espero aquí fuera. ¡Y no te olvides de desayunar bien!

Me duché y me vestí rápidamente, dándole vueltas a las palabras de Sibila. Entendía lo que quería decirme, pero no estaba de acuerdo. Mis problemas eran reales, no tenían nada de ficticio. No podía simplemente dar un paso al frente y salir de ellos. En cualquier caso, estaba claro que Sibila se había empeñado en ayudarme a superar este momento difícil, y decidí que por ahora seguiría sus consejos. Ya me fiaba más de ella que de mí misma. Además, con su rompecabezas ya había conseguido algo que parecía imposible: levantarme de la cama y salir, literalmente, de la habitación.

Al abrir la puerta de casa vi que la gata me esperaba sentada sobre una de las dos columnas chatas que flanqueaban la puertita roja del jardín.

—Ya estoy aquí —le anuncié, ajustándome la bufanda.

—¿Estás segura? —me preguntó, poniéndose a cuatro patas.

—¿De qué?

—De que estás aquí.

Por lo visto, Sibila quería seguir jugando conmigo.

—¿Dónde quieres que esté? —le pregunté, cerrando la puerta con llave.

Pero cuando me di la vuelta, era la gata la que ya no estaba.

—Eh, ¿adónde vas?

Crucé el jardín y salí a la calle por la puerta de madera baja. La vi trotando por la acera, al menos diez metros por delante, con las casas a la derecha y una fila de coches aparcados a la izquierda. Me encaminé en la misma dirección, preguntándome adónde me llevaba con tanta prisa. Al llegar al cruce, la gata giró hacia la derecha y la perdí de vista. Aceleré un poco, pero cuando llegué a la esquina me la encontré ahí esperándome, y casi me tropiezo con ella.

—Uy, perdona. Pero ¿qué mosca te ha picado? ¿Adónde vamos?

La gata me respondió con otra pregunta.

—¿De qué color es el último coche que ha pasado?

—¿Cómo? ¿De qué color? No lo sé, no me he fijado.

—Pues a partir de ahora, fíjate.

Y salió de nuevo disparada por la calle, como si hubiera visto un pájaro al alcance. La seguí de nuevo, pero esta vez fijándome en el color de cada coche: un familiar azul marino, un Vauxhall pequeño rojo, un escarabajo de los nuevos amarillo, un Mercedes negro, un deportivo de un azul primario, una furgoneta blanca, otro Vauxhall plateado, un BMW 4x4 blanco, y así sucesivamente. Mientras tanto, me preguntaba a qué venía esta prueba de memoria.

Al llegar a la esquina, Sibila me esperaba de nuevo, como la profesora en una

excursión escolar. Traté de recordar la serie de coches.

—¿De qué color era la puerta del jardín de la tercera casa de esta manzana?

La pregunta me dejó totalmente descuadrada. No había mirado más que a los coches.

—Pero ¿qué quieres? ¿Que me fije en todos los colores de todo lo que pasamos?

Sibila, sin responder, cruzó la calle y continuó por la siguiente acera. Entonces comencé a caminar, bastante más lentamente, tratando de fijarme en el color de cada casa, cada tejado, cada flor de cada jardín. Bajo el cielo azul, sobre la acera gris flanqueada por muros blancos, registré un buzón de correo rojo bombero, varias farolas verde oliva, árboles de tronco marrón más claro o más oscuro, además de coches blancos, rojos, verdes y azules, cada uno con sus neumáticos negros, sus tapacubos metálicos, sus matrículas blancas, amarillas y negras. Cada jardín tenía su puerta —roja, azul, marrón—, su césped verde con sus flores multicolores, y detrás de cada jardín los ladrillos granate, las ventanas que encuadraban cortinas, sofás, alfombras, pequeñas composiciones cromáticas a juego. Los ojos se me abrían y se esforzaban por acoger las miles de impresiones de luz, mi mente por procesarlas. Era imposible verlo todo, se me escapaba la mitad. Y con cada paso, con cada movimiento de mi cabeza, cambiaba la composición y la perspectiva, revelando nuevos colores y ocultando otros.

Al encontrarme de nuevo con Sibila la vi como una silueta dorada con sombras marrones, con dos ojos verdes esmeralda, una barbilla blanca y una nariz triangular rosa, encuadrada por el gris del cemento. Parecía sonreír, con la boca roja semiabierta.

—A ver —le dije, desbordada—, ¿qué me vas a preguntar ahora? Porque no me voy a acordar de todo lo que he visto.

—No te preocupes por eso —dijo Sibila—. Mis preguntas solo pretendían que entraras en el mundo de los colores.

—¡Pues he entrado! —le respondí, aliviada.

—Aún no. Vamos a profundizar un poco.

Habíamos llegado a una *high street*, una calle comercial. La gata se colocó junto a la moldura azul de una tienda de moda.

—Quiero que ahora te fijas solo y exclusivamente en el color azul. ¿Lista? Vámonos.

Fue sorprendente, porque de golpe la calle que tenía ante mí se dividió en dos: lo azul y lo no azul. Con este curioso filtro cromático, saltaban a la vista, además del cielo y varios coches, el fondo del mar idílico de un cartel publicitario, el pantalón y la corbata de un señor que caminaba por la calle, la tipografía de un restaurante turco, la correa de un perro, el mono de unos obreros que trabajaban en una reforma, algunos bolsos y fulares en un escaparate, cientos de detalles sueltos en las cajas y envases de una tienda de alimentación, los ojos y la ropita de un bebé en un carrito. Estas formas, rayas, puntos, superficies, mostraban el azul en todas sus variedades, desde el celeste clarito al marino oscuro, desde el turquesa verdoso al azul morado: las cajas que exponían libros usados frente a una librería, el chaleco del librero, algunos de sus libros, una puerta de

entrada, la funda de un móvil, las piedras de los pendientes de una señora mayor, las flores dibujadas en las tazas de una cafetería.

—Está bien, veo en azul —dijo al llegar a la esquina y encontrarme con una gata no-azul—. Pero ¿esto para qué sirve?

—Toca verde —dijo ella, y se echó a caminar.

Arbustos, pinos, el césped delante de una iglesia, un contenedor de reciclaje, unos calcetines atrevidos en movimiento, el dinosaurio de un cartel, las farolas, una bolsa de patatas fritas tirada en el suelo, un gorro de lana que me pasó de largo.

—Ahora amarillo —dijo Sibila, ya previsiblemente, en la siguiente esquina, filtrando ahora las joyas doradas, los cabellos rubios, la fugaz luz de un semáforo, los plátanos y la propia gata que corría varios metros por delante. Luego le tocó al naranja, al rojo, al violeta, al marrón, al negro y al blanco. Aunque no le veía yo mucho sentido a este «entrenamiento», tenía que reconocer que como paseo resultaba curioso, y que estaba consiguiendo distraerme durante un buen rato de mis angustias, que me aguardaban como hienas, lo sentía, en los márgenes de mi conciencia. Finalmente, la gata me dio la siguiente instrucción:

—Bueno, querida. Ahora que has recorrido la luz en todas sus tonalidades, vas a repetir lo que intentaste al principio. Fíjate en todos los colores. A la vez.

Fue como entrar en un museo y caer dentro del primer cuadro. Me rodeaba un mundo transformado, brillante, de colores vivos y contrastantes. Ya no me esforzaba por atrapar cada color, ni por filtrar el azul o el rojo. Sencillamente me di un paseo por un caleidoscopio. Me deslicé por el arco iris. Degusté los distintos sabores de la luz, como si fuera por primera vez. ¿Era así como veían los animales? Noté cómo un color se iba degradando hasta convertirse en otro, y que lo que al sol era un rojo brillante de autobús londinense, con destellos blancos y amarillos, en la sombra tendía hacia el morado. La propia gata abisinia era un estudio en las variedades cromáticas entre el amarillo y el marrón, con los bordes iluminados por un dorado angelical, el lomo un hojaldre más o menos tostado, reflejos de un rojizo canela, sombras de café, marcas y rayas almendrosas sobre la cabeza.

—¿Y bien? —preguntó Sibila, satisfecha como el gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*.

—Impresionante. No sé qué decirte. Estoy alucinando.

—Hrrrrr —ronroneó la gata—. Pero... ¿has escuchado al pajarillo?

Después de la inmersión en los colores, Sibila me hizo fijarme en los sonidos del ambiente, luego en los olores, el tacto de mi ropa y del aire al caminar, el equilibrio cambiante al moverme, la temperatura y la humedad en cada zona de la piel y del interior, la respiración, las sensaciones al caminar en distintas partes del cuerpo, desde el dedo meñique del pie izquierdo hasta la cima de la cabeza. A lo largo del proceso fue

afinando las instrucciones:

—No juzgues. No evalúes. Simplemente observa. Si alguna sensación te gusta o te disgusta, observa tu reacción como una sensación más. Si lo que observas te dispara un pensamiento, observa el pensamiento como una nube que pasa al fondo de tu conciencia.

Cuando me entró hambre, nos tomamos un pequeño descanso y compré un par de *Cornish pasties*, empanadas de carne, una para mí y otra para ella. Y después del tentempié, vuelta a caminar. Calculo que aquel día de febrero, primero de mi entrenamiento con Sibila, debí de caminar unos quince o veinte kilómetros, siguiendo un trayecto zigzagueante por Notting Hill, Kensington, Maida Vale, St. John's Wood y Hampstead.

Por la tarde llegó un momento en el que mi mente comenzó a distraerse sin remedio. Por mucho que Sibila me recordara que me concentrara en tal o cual sensación, a mí se me iba la cabeza a mis preocupaciones. Sabía que no podía quedarme mucho más tiempo en casa de Pip, y eso significaba que tenía que ponerme a buscar piso, cosa que me daba mucha pereza. Aún más ansiosa me ponía la idea de volver al trajín de Netscience y al proyecto de Royal Petroleum. Se supone que el jueves o viernes tendría que volver, pero aún no me sentía lista. Por otro lado me angustiaba tener que ocuparme del lío en Madrid con mi padre y mi hermano. Y en el fondo de todo, siempre, como una cloaca a punto de destaparse en cualquier momento, estaba la traición de Joaquín, el daño que me había hecho, y las preguntas sin respuesta que seguían dando vueltas en mi cabeza. ¿Cómo podía haberlo hecho? ¿Es que no me quería nada? ¿Alguna vez me había querido? ¿Quién era este hombre realmente? ¿Qué va a ser ahora de mí?

Y así sucesivamente. Hasta que me topaba otra vez con Sibila, me guiaba de nuevo con su voz suave e hipnótica, y yo volvía a esforzarme con un nuevo ejercicio de atención.

Llegó un momento en el que Sibila se desvió cuesta arriba hacia Hampstead Heath, el enorme parque que se eleva por encima de la ciudad al noroeste. Pero ya estaba cansada. Cansada de caminar, cansada de tanto esfuerzo mental y tanta instrucción excéntrica, y cansada de Sibila. No estaba acostumbrada a tanto trekking urbano, y me dolían los pies y casi todos los músculos del cuerpo. Ya solo quería cenar un poco y echarme en la cama.

—¿No volvemos a casa?

—Aún no. Queda la última fase de esta sesión.

—Sibila, ya no puedo con tanto entrenamiento. Dejémoslo por hoy, por favor.

—Mmmiaaouu —maulló suavemente la gata—. No me extraña. De hecho, has tenido una paciencia extraordinaria, y te doy la enhorabuena. Te aseguro que queda poco, y que va a valerte la pena. De momento, ya que te llega la impaciencia y el cansancio, te propongo que las observes. Trata de saborear la frustración, las ganas de descansar, los dolores musculares. Sin juzgarlos.

—Mira que eres pesada —le dije, comenzando a subir la empinada cuesta—. Y si me

vienen ganas de meterte en un saco y echarte al río las observo también, ¿no? ¿Sin juzgarlas?

Sibila no se dignó contestarme, y ya trotaba alegremente cuesta arriba.

Llegamos al parque al atardecer. En la verja de entrada, entre dos antiguos muros cubiertos de líquen, Sibila me esperó y nos dimos un pequeño descanso, respirando profundamente para recuperar el aliento. Al cabo de un rato, se dirigió a mí con estas palabras:

—Ahora llegó el momento de unirlo todo. Vas a subir por el parque hasta arriba del todo, y lo vas a hacer observando los colores y las formas, los sonidos y los olores, el hambre y la respiración, el cuerpo activo y cansado, la mente alerta y frustrada. Ábrete a todo lo que sucede, a todo lo que experimentes. Déjate llevar. Vive el momento. Explora el mundo como lo haría una gata. ¿Estás lista?

Sus palabras tuvieron el efecto de un hechizo sobre mí. Llevaba todo el día limitando mi atención, acotando los estímulos, concentrando la mente, filtrando un color o las sensaciones de mi mano izquierda. Y ahora era como si se desmaterializasen las cadenas que sujetaban mi conciencia, y esta se expandía para entrar de lleno en mi cuerpo de gigante, en mis veinticinco sentidos, hasta el último recoveco de mi ser.

—Sí, estoy lista —le dije, sintiendo la vibración en mi garganta, hundiéndome en el verde de sus ojos, consciente de la emoción de esta última prueba, atenta al cielo y a su reflejo en el cercano estanque, al horizonte inclinado, a las siluetas de los árboles.

Eché a caminar, tomando las riendas de cada músculo caliente y sincronizando el movimiento del esqueleto, respirando el aire perfumado y húmedo de este bosque hasta el fondo de mis pulmones para transformarlo en el fuego interior que me impulsaba, alerta, entre los colores de una puesta de sol que parecía el ventanal de una catedral gótica, elevada por la música de los pájaros, conectada a la tierra bajo mis pies, encendida por el pulsar de mi sangre desde un corazón herido y pesado, pero vivo. Resonaban en mi cabeza palabras de Sibila que en su momento me habían parecido crípticas y ahora se volvían transparentes: «Esto es lo que está pasando. La vida vuelve a comenzar cada momento, tan nueva como al principio de los tiempos. Cuando caminas, camina.»

Todas estas sensaciones y pensamientos se mezclaban y se sobreponían hasta fundirse en un mismo fluir, en una única experiencia, en un ser y estar en un presente cambiante, un momento eterno que viajaba por el tiempo sin prisa y sin pausa. Por unos momentos, entré en contacto con algo, o alguien, en mí, que estaba plenamente en control, al timón de mi barco, que se sentía invencible, inmortal, por encima de cualquier tormenta, porque también estaba fuera de mí, en el mar, en la propia tormenta.

Sentí el deseo de correr. Corrí, cuesta arriba. Con los brazos en cruz. Y creció en mi pecho el deseo de chillar, de soltar un grito primitivo y puro, de expresar el dolor de mi

corazón herido, de dar voz a las hienas que llevaban todo el día esperando su momento. De aullar.

—¡¡Aaaaaaaaaauuuuuuuuuuuuu!!

Así es como llegué, agotada, jadeante, a un enorme roble centenario, solitario, desnudo, en medio del prado. Me dejé caer al suelo, boca arriba, bajo el crepúsculo. Respiré profundamente una y otra vez, hasta que sentí la presencia de la gata junto a mí. Me incliné un poco sobre los codos.

Ahí estaba la ciudad. Londres. El hogar de millones de personas. Y de gatos. Una ciudad que movía el destino de este país e influía en medio mundo. El escenario de mis aventuras y desventuras en estos últimos años. Desde aquí, sin embargo, bajo las primeras estrellas de la noche, parecía pequeña, insignificante, la miniatura de un kit para trenes eléctricos de juguete.

—Creo que he salido de la habitación cerrada —me escuché decir, con una voz nueva.

—Me alegro —respondió Sibila—. Las vistas son bastante mejores desde aquí fuera. Permanecemos otro rato admirándolas.

—Volveré a caer en ella, ¿verdad? —le pregunté al cabo de un tiempo—. Entre sus paredes.

—El entrenamiento no ha hecho más que empezar —respondió Sibila—. Pero ahora ya sabes que existe un mundo fuera de los muros que tu mente crea. Eso es bueno.

Ya comenzaban a asaltarme las dudas.

—Hay algo que no me convence, Sibila —le dije, mirándola en esos ojos de esmeralda que ahora brillaban en la oscuridad—. Dices que mis muros me los fabrico yo. Dices que no son reales. Pero mis problemas sí lo son. No puedo hacerlos desaparecer. Y mi dolor, aquí, en mi corazón...

Se me empañaron los ojos y me sentí apedreada de nuevo, a traición, por la tristeza, la angustia, el miedo.

—Es real mi dolor, Sibila. Para mí lo es. Está ahí, como el color azul o la respiración. No me deja en paz. Incluso ahora, corriendo por este prado, necesitaba gritar...

Sibila se me acercó y colocó su cabeza sobre mi pecho.

—Lo sé, Sara. Tienes razón. El dolor es real. Pero el dolor no eres tú, como tampoco lo es el color azul. Y lo que irás aprendiendo es a colocar al dolor en su lugar. Ahora se apodera de ti, pero hace un rato casi te habías olvidado de él. En un rato, volverá a marcharse. Y luego quizá te haga otra visita. Como la noche que llega, pero que luego vuelve a desaparecer con la aparición del sol. O como el dolor del parto que precede al nacimiento de los cachorros. El entrenamiento que te propongo te ayudará a evitar que el dolor te atrape y te arrastre sin remedio.

—¿Cómo? ¿Dominando el dolor?

—Más bien abriéndote a él, cuando llega. Viviéndolo con la intensidad de la carrera que te ha llevado hasta aquí y de tu grito de dolor, que como todo en este mundo, ya

terminaron. Y luego dejándolo irse, para poder descansar después de la carrera, disfrutar del día cuando acaba la noche, y besar al cachorro después del parto. ¿Ves? Ya no estás llorando. ¿A que te sientes mejor?

—Regular. Bueno, sí, un poco. Perdona, Sibila, no se me da muy bien esto. Soy una idiota.

—Al contrario, para una humana, se te ha dado fenomenal. Te has ganado una cena. Y un descanso. Y un poco de cariño de tus amigos. ¿Volvemos a casa?



11

Vistas a la felicidad

Al día siguiente, me desperté no solo con la cabeza revuelta y el corazón pesado, sino además con el cuerpo lleno de agujetas. Pero al menos conseguí salir de la cama a tiempo para desayunar con Pip y el pequeño Bernie, el cual había comenzado a llenar la cocina de dibujos de Sibila.

Luego llamé a Grey y le conté que Joaquín había roto conmigo, que estaba fatal, que necesitaría un poco más de tiempo para recuperarme. Tenía que buscar un nuevo piso y rehacer mi vida antes de volver al trabajo. Que no me bastaba hasta el miércoles. Fue comprensivo conmigo y me dijo que me daba otra semana, pero que le iba a resultar difícil extenderlo más. Yo se lo agradecí mucho y le aseguré que estaría lista para entonces. Aunque me parecía difícil que lo estuviera.

Después llamé a mi padre, porque no podía seguir ocultándole lo sucedido, y me eché una buena lloricata con él, abriéndome una vez más a las lágrimas, como decía Sibila. Mi padre supo animarme, diciéndome que Joaquín no me merecía y que había mil hombres mejores esperando en fila para enamorarse de mí. Aunque no me lo creyera, escucharlo me hizo bien.

Hablamos también de la librería endeudada, de su hipoteca y de la mía. Le fui mentalizando a mi padre con la idea de que tendría que vender la casa y mudarse con Álvaro a un piso más pequeño. Y de paso me fui mentalizando de la mudanza que tendría que hacer yo. Calculé que para resolver este desaguisado financiero, podría gastarme en Londres un máximo de quinientas libras esterlinas al mes en el alquiler.

Acto seguido, y con una enorme pereza, me lancé a la tarea de buscar piso. Enseguida confirmé, al revisar los anuncios inmobiliarios en la web, que lo que se ofrecía por quinientas libras o menos era bastante deprimente. Londres seguía más cara que nunca, a pesar de la crisis, y para vivir sola en un piso decente había que tener mucho

dinero. En pocos minutos vi que me podía olvidar de vivir en barrios como West Hampstead, con sus *delicatessen* y sus tienditas de moda. Iba a tener que adentrarme en Hackney, en el East End, en Brixton, lugares que prefería no pisar ni de día, lejos del Londres turístico. Eran zonas en las que abundaban las torres de cemento, el olor a salchicha frita, el grafiti, los camellos encapuchados, los colegios con alambre de espino, las casas de apuestas, los gritos y las sirenas.

—¿Qué voy a hacer, Sibila? —decía, cada vez más nerviosa, moviéndome por el panorama desolador de la web inmobiliaria.

—Eso lo irás descubriendo —me respondió la gata, repantigada tranquilamente sobre la cama—. Pero sí te recomiendo que vayas a pie. Así puedes practicar los ejercicios de atención que hicimos ayer.

—Si supieras lo lejos que están estos sitios, no creo que vinieras ni tú.

—En cualquier caso vas a ir sola, porque tengo otras cosas que hacer. No tengo ninguna duda de que encontrarás un buen hogar para las dos.

—¿Un buen hogar? Nos vamos a mudar a un sitio horrible, Sibila —le dije, viendo fotos mal encuadradas de habitaciones oscuras que apretaban salón, cocina y dormitorio en un espacio mínimo.

—¿Cómo lo sabes? —La gata elevó la cabeza con curiosidad—. Hasta ahora nunca he conocido a un humano que supiera predecir el futuro.

—¡Lo estoy viendo aquí! —le dije, mostrándole la pantalla.

—Ah, tu bola de cristal —respondió ella, volviendo a reposar la cabeza sobre sus patas—. Las gatas hemos acompañado a muchas supuestas videntes, y te puedo asegurar que no funcionan.

Como vi que Sibila no me tomaba en serio, le dejé de comentar nada. Ella al cabo de un rato se levantó, se estiró y salió por la ventana. Solo entonces me acordé de la cajita de antidepresivos que no aparecía por ningún lado. ¿No se la habría llevado la gata? Salí corriendo a la ventana, pero ya se había escabullido.

Solo con acercarme a Brixton en metro, me dio la impresión de que los pasajeros eran más sospechosos, las estaciones menos cuidadas, y hasta el propio tren progresivamente más sucio. La *high street* aquí era bien distinta: locales de *fast food* grasientos, una sala de tatuaje, una peluquería africana, un diminuto locutorio lleno de ordenadores apilados, un supermercado *low-cost*, y varias tiendas cerradas por la crisis. Me había traído un mapa de papel, porque no quería sacar mi *smartphone* en plena calle, pero tampoco me sentí a gusto consultando el mapa bajo mi paraguas, dando la impresión de estar perdida.

Llegué al cabo de quince minutos a un pequeño parque, uno de los motivos que me había impulsado a escoger este piso, que se supone tenía buenas vistas sobre él. Pero al verlo de cerca, se esfumaron mis ilusiones. El césped estaba en muy mal estado, con

calvas y zanjas llenas de agua mugrienta. Había basura tirada por todas partes. La zona de juegos para niños estaba parcialmente quemada. Y no había nadie en el parque, aparte de una pareja de hombres de cabeza rapada, vestidos de chándal y con latas de cerveza en la mano, que llevaban de paseo a un pitbull.

—Aquí no vengo ni pagada —pensé.

Pero ya estaba aquí, y no iba a tirarme atrás ahora. Recordé lo que me había dicho Sibila y me concentré en la respiración, en las sensaciones del cuerpo. Algo me ayudó.

Era la última casa de una calle residencial que, efectivamente, acababa en el parque. Hice sonar el timbre, de los antiguos, de esos que hacen «riiin». Bueno, eso tenía su gracia. Pero mientras esperaba, me fijé que la casa de al lado estaba vacía y tenía las ventanas cerradas con tablas de madera. Al poco rato me recibió el actual inquilino, un tipo grandullón y simpático con una mata de pelo rubia y una cuchara en la mano. No parecía haberse duchado.

—*Good morning!* Me llamo Craig. Debes de ser Sarah. Adelante...

Tras pasar por un recibidor lleno de cartas, correo basura, y guías telefónicas de los varios residentes, subimos por una escalerita hasta el primer piso y entramos en un salón-cocina que daba a la calle, con una triste ventana que permitía apreciar el mobiliario urbano vandalizado del parque. En cuanto entré, quise salir. El olor era terrible. A podrido. A cerveza pasada. La nariz, como diría Sibila, me pedía que huyera de inmediato. Pero me sentía obligada a echar al menos un vistazo rápido.

—Pasa, pasa —me animó Craig, retomando un tazón con cereales empapados de leche, y metiéndoles la cuchara.

En la foto que el propietario había colgado en la web, recordaba haber visto una pequeña mesita de cocina con una silla, un sofá grande de los ochenta, una moqueta raída y una «chimenea» tapiada, en la que se había colocado un radiador eléctrico. Pero nada de esto era visible, dado que Craig lo había sumergido todo con sus cosas. Pilas de libros amarillentos, algunas colapsadas, se elevaban en todas partes, excepto en una esquina en la que se amontonaban sin orden ni concierto amplificadores, mesas de mezclas, y cajas de fruta llenos de cables, micrófonos y cachivaches varios. Además de las incontables botellas y latas abiertas de cerveza, claro. El sofá estaba repleto de sudaderas, pantalones, calcetines y una guitarra eléctrica. La superficie de la minúscula cocina estaba cubierta de pequeños electrodomésticos: un microondas cuya puerta de cristal parecía haber sufrido más de una explosión líquida, una tostadora vieja, un robot de cocina con el vaso amarillento, una sandwichera de la que sobresalían varios estratos de queso quemado, un minitelevisor antiguo con antena...

—Me encanta cocinar —explicó Craig, mientras seguía tomando sus cereales, de pie.

—¿Vemos el dormitorio? —respondí con voz nasal, tratando de respirar por la boca.

Era oscuro y húmedo como la madriguera de un oso, y de hecho desprendía el intenso tufo animal que sigue a una larga hibernación. El cuarto tenía el espacio justo para una cama doble, deshecha, con el portátil encendido en medio de las sábanas sucias.

Más libros y ropa cubrían buena parte del escaso suelo entre la cama y la pared, la cual estaba decorada con pósters ajados de conciertos en los que había trabajado Craig.

—¿Conoces a los Buzzcocks? —me preguntó—. Estuve con ellos el año pasado en Brighton.

—No, lo siento —dije, saliendo de ahí y dirigiéndome ya hacia la puerta principal—. Escucha, tengo otra cita. Gracias por todo.

—Espera, ¡falta el baño!

Pero hasta ahí no iba a llegar.

Salí del piso literalmente nauseada, maravillándome de que alguien pudiera vivir en aquellas condiciones, y aún más que se atreviera a mostrarlas, sin ningún tipo de pudor, a una desconocida. Había terminado de llover. Me senté unos minutos en un banco del parque, tras secarlo lo mejor que pude con unos Kleenex. ¿Podía llegar a vivir en un barrio así?

—Bueno, no todos los pisos pueden ser como este —dije en voz alta, tratando de animarme.

El parque estaba desierto. O eso pensaba. De repente vi que se me acercaba una ardilla. Qué graciosa, pensé. Al menos el parque tiene ardillas. Al poco se acercó otra, y se colocó como la primera, a pocos pasos de mis pies, como pidiendo con el cuerpo levantado sobre las patitas traseras. Recordé que había traído galletas en el bolso. De pronto me sobresalté al descubrir que una tercera ardilla se había subido al banco y, colocándose sobre el respaldo, quedó a pocos centímetros de mi hombro.

—Eh, qué susto me has pegado, pequeña —dije, sintiéndome un poco incómoda, e intentando alejarla con la mano, sin éxito alguno.

Y llegaban más. Seis, ocho, diez. Resultaban inquietantes, como una mutación más agresiva de la común ardilla. Me sentí acosada por este gang de roedores. ¿Dónde estaba Sibila cuando la necesitaba?

—¡Fuera! —grité, poniéndome de pie y amenazando con mi bolso.

Un poco se alejaban, pero volvían a acechar. Sintiendo un poco estúpida, empecé a caminar lo más rápido que pude sin echarme directamente a correr. Al final, para desembarazarme de estas ratas de cola peluda, les tuve que echar mis galletas.

Durante la cena, esa tarde, la anécdota de las «ardillas malas» fue la que más gustó a Bernie. Enseguida se puso a dibujarlas, y luego me regaló el dibujo.

En todo el día no había visto un piso que me interesara ni remotamente, aunque tampoco ninguno tan desagradable como la madriguera de Craig. Por lo menos comenzaba a acostumbrarme a caminar por lugares como Brixton. Incluso tenía que reconocer que algunas de estas zonas tenían un cierto encanto multicultural y bohemio.

Pip y Brian me animaron mucho, y sobre un mapa general de la ciudad, me dieron sugerencias que se revelaron muy útiles sobre zonas y barrios.

—Yo que tú exploraría por Wandsworth —propuso Brian—. Está al otro lado del río, pero la parte cerca de Putney es bonita. Igual puedes encontrar algo decente por ahí. Además, está bien comunicada. Desde East Putney Station tienes línea directa a la City. Tardarías menos en llegar a tu oficina que desde West Hampstead. Y nuestra casa la tienes a seis paradas.

No vi a Sibila hasta poco antes de meterme en la cama. Yo seguía sentada en el ordenador de Pip, tomando apuntes de ofertas en la zona que me había indicado Brian. Escuché sus maullidos fuera de la ventana, y se la abrí enseguida.

—Perdona, es que hacía frío —le expliqué—. ¿Qué tal la caza?

—Bastante bien, gracias. —Sibila saltó ágilmente desde la ventana al suelo—. ¿Y la tuya?

—Regular. Pero bueno, me voy haciendo a la idea. Me voy resignando.

—¿Resignando? —Sibila se subió sobre la cama de invitados—. De eso nada, mujer. Si me resignara yo tan fácilmente en la caza, me moriría de hambre. A ver, ¿qué es lo que buscas?

—Pues tampoco mucho. Me gustaría un sitio con el suficiente espacio para mis cosas. No sabes qué sitios más diminutos he visto hoy. Auténticas ratoneras.

—Auténticas no creo —dijo Sibila, poniéndose cómoda—. Yo sí que he visto auténticas ratoneras, si quieres te enseño alguna y luego hablamos.

—Bueno, es un decir —aclaré—. Me gustaría que fuera un sitio fácil de limpiar, sin esas moquetas y sofás viejos que tienen las casas que he visto hoy, que parece que solo se respira polvo de los últimos diez inquilinos. Y a ser posible en un barrio decente.

—Entiendo. ¿Y qué es para ti un barrio «decente»?

—Pues... —me resultaba difícil explicárselo a una gata— una zona con gente un poco más..., no sé cómo decirte... de fiar.

—Como Joaquín, por ejemplo —dijo Sibila, mirándose las garras de una zarpa.

—No... eh, ¡eso no es justo!

—O los que van a la City con corbatas de seda y coches potentes a jugar a ese gran casino humano con el dinero de los demás.

Me quedé un rato pensativa.

—Bueno, igual tienes algo de razón.

Entonces Sibila adoptó una postura noble, de aristogata.

—¿Sabes que en Downing Street han vivido muchos gatos?

—Pues la verdad es que no lo sabía —le respondí.

—Es toda una tradición. Churchill le llamaba al suyo Nelson, como el guerrero ese que los ingleses retrataron en piedra en la plaza de los cuatro gatos.

—*Leones*, querrás decir.

—No hay tanta diferencia. ¿Qué te crees, que Nelson y Churchill no eran monos? Te recuerdo una expresión humana: aunque el mono se ponga corbata de seda, mono se queda. Y los monos de Downing Street, Thatcher, Major, Blair, Cameron... todos han

sido adoptados por algún felino o felina. La mayoría gatos callejeros como yo, por cierto. La Mona Alfa inglesa también tuvo uno.

—¿La Mona Alfa?

—La reina, quiero decir, por supuesto. —Sibila hablaba ahora con majestuosidad gatuna—. La mona Elisabeth. Últimamente se rodea de perritos de raza Corgi, pero cuando se casó en Westminster Abbey, le regalaron un siamés que vivió toda su vida en el palacio de Buckingham. En fin, a lo que voy es que los gatos estamos tan contentos en los aposentos de la reina como en el East End. Llevamos la realeza por dentro, y no nos impresionan los aires de grandeza de ningún mono, por muchas coronas o capusayos que se ponga.

Sibila de pronto se bajó de la cama y desde abajo miró hacia arriba, hacia donde había estado unos momentos antes.

—Los humanos en esto os confundís mucho. Pensáis que los que os ganan en la jerarquía viven mejor, pero no es así. Al final, cuenta más el abrazo con el gato que los jarrones chinos, la colección de corbatas o los coches con chófer. Por eso —dijo Sibila, dirigiéndose hacia la ventana— a los gatos nos cuesta entender cómo es que os enamoráis tanto de vuestras cosas, aunque vuestras cosas no os quieran de vuelta. Por ejemplo estas cortinas, tan apetecibles para rasgar.

—Oye, Sibila, eso no. —Me precipité sobre las cortinas de Pip para disuadirla de su propósito.

—Sí, claro —siguió ella, correteando con aire juguetón hacia la cama—. Como decía, os enamoráis de vuestras cosas. Y además nunca os basta con las que tenéis, luchando por tener siempre más y más, y así ir alcanzando escalafones en la jerarquía simia.

La gata subió de un salto sobre la cama de nuevo, para concluir su discurso:

—Así es como los monos vestidos os habéis hecho con todo el planeta, construyendo plazas con guerreros de piedra en cada esquina.

—Bueno, yo no quiero más que lo que tengo —me defendí.

—Eso dices, pero luego pasas por una tienda, ves un bolso de cuero, que no es más que una cosa para llevar tus otras cosas, y enseguida te lo quieres comprar. ¡Aunque ya tengas otros cinco!

Me quedé en silencio, preguntándome si Sibila me había espiado cuando me compré, efectivamente, un bolso muy cuco en las rebajas de enero.

—Vale, algún impulso consumista tengo. Tampoco creo que me pase mucho.

—¡Díselo a la vaca que llevaba el bolso en la piel!

—Ay, Sibila, no seas tan desagradable. De todas formas ya pocas cosas voy a comprar, estoy en la ruina. Por eso es tan difícil esto de buscar piso. Yo quería encontrar un sitio mono. Tampoco necesito que sea tan grande, pero no sé, con algún tipo de encanto. Con unas vistas bonitas. Pero veo que va a ser imposible.

—Mmmm —musitó la gata.

Cerró los ojos durante un rato, y cuando los abrió otra vez, elevó la cabeza y dijo:

—Mira, Sara, tú en realidad lo que buscas es un piso con vistas a la felicidad.

La expresión me hizo sonreír.

—¿Y cómo lo encuentro? No suena mal. Pero tampoco he visto ninguno anunciado.

—Es muy fácil, más de lo que crees. Los gatos, como habrás visto, no tenemos un hogar fijo, aunque algunos humanos intenten encerrarnos entre muros. Nos gusta merodear por una zona amplia, como de hecho hicisteis siempre los humanos antes de domar plantas y animales, antes de empezar a acumular cosas y cosas y más cosas que había que encerrar bajo llave. Los gatos merodeamos por aquí y por allá, pero vamos identificando sitios que nos gustan: rincones, nichos, escondrijos, sitios cómodos en los que nos echamos durante un rato. No nos hace falta mucho: un poco de silencio, una temperatura agradable, un terreno mullido. Y tiene que oler bien, claro. Ahí donde nos tumbamos, nos sentimos reinas en nuestro trono.

—Ya, pero ¡yo no puedo vivir como una gata! Necesito un baño, una cocina, muebles, armarios...

—Sí, lo entiendo. Pero de verdad, no necesitas tanto espacio, tantas cosas. Ni necesitas vivir en un barrio «decente», como tú dices. Solo necesitas un piso con vistas a la felicidad, hazme caso. Y las ventanas las tienes que abrir desde tu interior. Una vez que florezcas tú, encontrarás que tu hogar está en todas partes, que ya vives en un palacio, que eres la reina de todo el universo. ¡Como cualquier gata callejera!

Estuve un rato en silencio, meditando sus palabras.

—Ah, otra cosa —añadió Sibila.

—¿Qué?

—Intenta que el piso tenga alguna ventana por la que pueda entrar sin hacer demasiadas acrobacias.

Lo encontré al día siguiente. Hice varias citas en el barrio que Brian me había recomendado, y una de ellas me llevó a visitar la tienda de muebles de Mr. Masood, el dueño de un pequeño imperio inmobiliario de la zona. Este londinense de origen paquistaní, ataviado con una larga camisola de diseño floral abierta y toda una colección de collares de oro, me tuvo un rato esperando mientras discutía en su idioma con el que parecía ser su hijo, una versión más delgada y más *cool* del padre. La tienda-taller estaba llena de fornidos hombres con aspecto de europeos del Este, que movían mesas y serraban tablones a la velocidad del rayo.

—¡Ya estoy con usted! —me dijo Masood al terminar—. Viene a ver el piso, ¿verdad? Siento decirle que ya voló, hace unos minutos. Pero tranquila que tengo más. Venga conmigo. ¿De dónde es usted? ¡Ah, española! Ustedes sí que saben cómo vivir la vida, no como estos *bloody british*.

Masood hablaba sin parar, y en los pocos minutos que tardó en llevarme hasta el

apartamento, que se encontraba en el piso más alto del edificio de la tienda, me había contado toda la historia de su familia, y de cómo habían montado la tienda de muebles, un servicio de *minicabs* y el negocio de alquiler de pisos.

—Le va a encantar este piso —dijo, sacando finalmente un enorme mazo de llaves—. Es muy original.

Desde luego, original era. Al entrar por la puerta, te encontrabas, directamente enfrente, con otra puertita que daba a un cubículo con un WC antiguo, de los de cadena, y un lavabo rectangular diminuto, casi como un jabonero. Hacia la izquierda subía una angosta y empinada escalera, con el curioso detalle de que habían empotrado una lavadora en la pared derecha, a medio camino.

—Ingenioso, ¿verdad? —presumió Masood—. Es para ahorrar espacio.

—Ajá —respondí, poco convencida.

Se salía de la escalera a una especie de pasillo que a la izquierda incorporaba una zona de cocina pequeña, aunque bastante nueva, y hacia la derecha se convertía en una zona de salón que luego iba girando de nuevo hacia la derecha, en espiral, hacia una parte abuhardillada en la que se había ajustado, de nuevo girando a la derecha, una cama. Era todo un poco claustrofóbico, pero al menos tenía bastante luz gracias a una ventana grande en la zona del salón que por la altura permitía ver algunos tejados y el cielo gris de la ciudad. Y un punto a favor era que los suelos y el techo de la buhardilla eran de madera, como los muebles de todo el piso. ¡Nada de moquetas! Evidentemente se lo había reformado su escuadrón de carpinteros eslavos. Pero de repente caí en algo.

—¿Y para lavarse? ¿El baño? Abajo solo vi el *toilet*.

Ni siquiera pregunté sobre el bidet, ya que en Inglaterra es casi imposible encontrarlo.

—Ah, *no problem, no problem*.

Masood me llevó de nuevo hasta la zona cocina. No lo había visto antes, pero junto al acceso a la escalera, había una puerta de plástico tipo biombo. Al descubrirla, me mostró no un baño sino literalmente el metro cuadrado que ocupaba un plato de ducha.

—Hummm. No te gusta. ¡Puedo verlo en tus ojos! —me dijo Masood sin perder su buen humor—. *No problem*. Para ti tengo otro piso. ¡Este sí que te va a encantar! Acaba de quedar libre, y no está lejos.

Aunque no me inspiraba demasiada confianza este tipo, tenía tiempo hasta la siguiente cita, con lo cual accedí a verlo. De camino pasamos por su estación de *minicabs*.

—Son coches buenos, no como otros. BMW, Mercedes... Toma la tarjeta. Los compramos de segunda mano y me los reparan mis chicos albaneses. Son muy trabajadores esta gente del Este, no como los British, que ya se han olvidado lo que es el trabajo. Mira, este es el mío. Un Aston Martin del sesenta y siete. ¡Como James Bond! No es para taxi, ¿eh? Pero si quieres un día te llevo ¡si mi mujer me deja!

Y se reía, haciendo tintinear los collares de oro que sobresalían de su camisa larga. No pude sino acordarme de lo que había contado Sibila sobre los humanos y su amor por

las cosas.

El barrio no estaba del todo mal, aunque cuando llegamos al edificio, resultó estar un poco demasiado cerca de una calle con bastante tráfico. Tampoco vi muchas tiendas de camino.

—*No problem, no problem!* Hay un supermercado a diez minutos, no más.

El edificio, situado en Broomhill Road, era todo suyo. En sus orígenes debió de ser una residencia única, de tres plantas, pero Masood, con su «ingenio» y sus carpinteros, la había dividido en ocho miniapartamentos. Me abrió el número siete, que como el que acababa de ver estaba en el último piso y tenía suelos y muebles de madera. La diferencia era que en este caso, se veía todo de golpe al entrar: una habitación única, con un sofá y una mesa con dos sillas junto a un ventanal grande, una esquina con lo esencial para cocinar, la puerta de un baño (normal, con ducha y hasta ¡bidet!), y una escalerita junto a la pared que llevaba a un espacio abuhardillado con un colchón de cama doble, una pequeña cajonera, y un tragaluz.

No llegaría a los quince metros cuadrados. Pero la ventana grande (con acceso fácil a un alerón del tejado para Sibila) y el altillo abuhardillado con su tragaluz daban una sensación de espacio mucho mayor. No sé si podía considerarse el palacio de una reina, pero sí un hogar. ¿Para qué necesitaba más? Mientras Masood seguía hablando, vi por la ventana un cartel publicitario enorme con la imagen de una playa paradisíaca, y se me llenó la cabeza con la frase de Sibila: «Un piso con vistas a la felicidad.»

Firmé esa misma tarde. Con la llave del nuevo piso en la mano, tuve la sensación de que realmente abría la puerta a una nueva vida. Me sentí más ligera volviendo a casa de Pip, contándoselo a ella y a Brian, y luego por teléfono a Vero. A mi padre lo de Wandsworth le sonó bien, con lo cual también se quedó tranquilo. Me sentía orgullosa de haber superado mi pesimismo, afortunada de haber encontrado un piso pequeño pero coqueto, incluso aliviada de no tener que compartir mi vida con ese cuervo de Joaquín. Estaba genuinamente contenta por haber conquistado un desafío personal, y me di cuenta de que hacía mucho tiempo que no sentía esta sensación. No era aún la felicidad, pero sí unas bonitas vistas hacia ella.



12

Psicosis

Organizar la mudanza no fue nada fácil. Tuve que ponerme en contacto con Joaquín, y me volvió la rabia al hablar con él y comprobar que seguía igual de frío e insensible. No fue hasta que me puse a gritarle como una histérica que accedió a incomodarse un poco y cederme la casa durante dos días para poder llevarme las cosas sin tener que verle la cara. ¿Por qué no entendía lo que estaba sufriendo? ¿O es que realmente le daba igual? Esto era lo que más me costaba imaginar.

Y me dolió mucho volver a mi ex casa, enfrentarme a las memorias que habitaban aún ahí como espectros en cada rincón, separar lo «mío» de lo «suyo», meter algunas cosas en cajas y regalar o tirar muchas otras. ¿Qué se supone que tenía que hacer con los vestidos que me había regalado? ¿Con la ropa de cama? ¿Con las fotos de los últimos quince años? Cada dos por tres me encontraba tirada en el suelo, temblando con el llanto, sin saber qué hacer con una lámpara, o con los DVD de *Mad Men*, y cómo se supone que tenía que abandonar esa vida que me había imaginado e idealizado, y que se había desvanecido como el sol tras las nubes de un Londres en el que ya solo parecía llover, o amenazar con lluvia.

Me salvó Vero, en una de estas, confirmando que se cogía un vuelo *low-cost* para ayudarme con la mudanza durante el fin de semana, dejando a los niños a cargo de Alberto. Y la alegría fue aún mayor cuando se plantó en mi ex casa, en medio de mi follón de cajas y mi dolorosa nostalgia, con la sorpresa añadida de Susana y Patri. ¡Las Linces juntas de nuevo! No me lo podía creer: las tres habían dejado a sus familias para venir a socorrerme. Fueron dos días de llantos y de risas, cinta adhesiva gruesa, conversaciones interminables, esquinas polvorientas, tirones musculares, y momentos peliagudos en el tráfico londinense con una pequeña furgoneta de alquiler. Lo más memorable fue la acampada en el nuevo piso entre cajas, recordando los campamentos

de verano en el Pirineo Aragonés, en los que participamos por última vez en la época universitaria ya como monitoras. Susana, Patri y yo dormimos apretadas en la cama de arriba, que quedó bautizada como el «Monte Perdido», y Vero —escogida en una hilarante partida de «chinos», como en los viejos tiempos— abajo en el sofá del «Valle de Ordesa». Tampoco faltó una solemne ceremonia en la que nombramos a Sibila «Lince honoraria».

Durante estos dos días sentí que no estaba tan sola en este mundo. Mis amigas me ayudaron con la propia mudanza, con las primeras compras de comida y menaje, con el montaje y la limpieza, y con la decoración. Me agasajaron con regalos para dejar el piso bonito: una tela india para cubrir el sofá, un montón de plantas, una batik para la pared y una foto encristalada de las cuatro cabezas saliendo de una tienda de campaña en plena montaña. Pero sobre todo me animaron y me apoyaron con su amor. Sibila tenía razón en que los humanos necesitamos ese apoyo de la manada, y me prometí que iba a mantenerme más cercana a ellas. Mis queridas Lince lo habían dejado todo para estar conmigo cuando más las necesitaba. Y eso nunca lo iba a olvidar.

Pero este baño de amistad acabó pronto, y cuando se volvieron al aeropuerto, me dejaron un enorme vacío en el apartamento y en el corazón. Recuerdo que después de despedirlas, me quedé un buen rato junto a la orquídea preciosa que me habían regalado, mirando por la ventana hacia el tráfico de West Hill Road, que se movía lentamente bajo el cartel publicitario de la playa con su mar azul turquesa.

Sibila había salido para explorar la zona mientras montábamos el piso, y aún no había vuelto. Me entró el terror de que no volviera, que no lo encontrara, o que le hubiera sucedido algo, de quedarme totalmente sola en este sitio extraño. Me puse un abrigo y salí a la calle, a pasear, a practicar el ejercicio que me había enseñado Sibila de caminar caminando. Pero ya empezaba a oscurecer, y me sentía ansiosa, expuesta y vulnerable. Me parecía ver miradas turbias y movimientos sospechosos en todas las personas con las que me cruzaba. No duré ni cinco minutos, y tuve que volver corriendo a casa.

Me puse un poco de música alegre, los Jackson Five, para animarme mientras me preparaba una cena. Pero al comenzar a cortar la cebolla sonaron unos golpes secos en la pared. ¿Sería por la música? Es verdad que estaba un poco alta. Quizá los muros no eran muy gruesos. La bajé un poco. Volvieron a sonar los golpes. Dejé de cortar la cebolla y pensé que quizá lo mejor sería hablar con el vecino de al lado para ver si efectivamente se trataba de la música y llegar a un acuerdo sobre el volumen. Pero según me estaba lavando las manos, oí que se descorrían cerrojos y se abría la puerta del otro apartamento, y acto seguido alguien comenzó a aporrear mi puerta y a gritar, con una voz femenina, rauca, con acento extranjero:

—*Turn it off! You make enough noise today!!*

O sea, «apágalo, que ya has molestado bastante hoy con tu ruido».

Un poco asustada, corrí a la puerta y la abrí, pero la vecina del ocho ya se encerraba en su apartamento. La vi solo un momento, una mujer vestida con una bata fucsia y un

pañuelo negro que le cubría la cabeza. Pero lo poco que vi de su cara me provocó un escalofrío. Era un rostro desagradable, avinagrado, que me recordó a una bruja de cuento de hadas. Y también me pareció identificar, a la altura de la mano, el brillo de algo metálico desaparecer tras la puerta. ¿Un cuchillo?

A pesar del susto que me había provocado esta visión fugaz, pensé que lo mejor sería intentar resolver el asunto cuanto antes. Pegué tímidamente sobre la puerta.

—*Hello*. Soy yo, su nueva vecina.

—¡¡Déjame en paz!! —Llegó la voz desde dentro—. ¡¡Fuera!!

—Solo quería pedirle disculpas...

—¡Cállate! ¡Cállate! ¡¡¡CALLA!!!

Eran gritos terribles, acompañados por un nuevo aporreamiento sobre su propia puerta con un objeto duro, que me sonó a mango de cuchillo. Espantada, me volví a meter en mi apartamento y cerré la puerta con cerrojo y pestillo. Parecía una mujer totalmente loca. Conecté los cascos al *smartphone* y me lo metí en el bolsillo para seguir escuchando a los Jacksons, intentando olvidar lo que acababa de suceder, intentando seguir el consejo de Sibila de observar lo que sucede ahora, con la cebolla, con el filete de pollo en el aceite, con la lechuga y el tomate, y no imaginar que la vecina vuelve con el cuchillo, y no pensar que efectivamente me he equivocado de barrio y que voy a vivir aquí siempre aterrorizada.

Pero cada pocos segundos echaba una miradita hacia la puerta. Qué poco sólida era, ahora que la miraba bien. No parecía la puerta de entrada de un piso. Parecía la puerta de la habitación de una casa, a la que se había añadido el cerrojo y el pestillo. De hecho, era eso. ¿Cómo es que no me había fijado antes? De una patada podía derribarla yo misma. ¿En qué piso me había metido?

Cené con la silla girada para tener la puerta siempre en mi campo de visión, con mi propio cuchillo a mano, viendo un episodio de *Friends* en el ordenador para distraerme, con los cascos puestos. No me reí nada. ¿Dónde estaba Sibila? ¿No iba a volver?

Después de cenar y lavar los platos empecé a tranquilizarme. Mi vecina tenía mal genio. No tenía por qué ser una psicópata. Decidí darme una ducha antes de meterme en la cama. Después de estar todo el día limpiando, ordenando y decorando, lo necesitaba. Y de paso me relajaba también un poco.

Ya habíamos probado las cuatro amigas la ducha por la mañana, y funcionaba bien. No tenía mucha potencia, pero eso era lo normal en Londres. Por lo menos se regulaba fácilmente, con un mando para la temperatura y otro para la presión. Me desnudé, me metí en la ducha y las preocupaciones se fueron disipando con el agua caliente. Bienvenida a tu nuevo piso, me dije. Ahora a la cama, y mañana será otro día.

Pero de pronto, la luz del baño se apagó. Del susto mi brazo golpeó contra la mampara de plástico. Mi otra mano buscaba el grifo del agua para apagarlo. Desorientada, resbalando en la ducha a oscuras, se me apareció en el vacío una visión terrible de una mujer de aspecto horripilante, con una bata fucsia y un cuchillo en la

mano. Casi en el mismo instante, el agua se volvió totalmente fría. Emitiendo sonidos agudos, aplasté el cuerpo contra las baldosas para evitar el chorro gélido y busqué a tientas los grifos hasta encontrarlos, accionando los mandos en todas las direcciones hasta conseguir cortar el agua. Intentando controlar el pánico, abrí la mampara, me hice con la toalla y empecé a secarme, tiritando de frío y de miedo. Tranquila, me dije. Y sobre todo, déjate de paranoias.

Abrí la puerta del baño. El salón también estaba a oscuras, sus sombras recortadas contra la luz débil de la calle. No pasa nada, me dije. Habrán saltado los fusibles, y el agua caliente estará conectada a la electricidad. Tenía que encontrar el cuadro de luces. ¿Dónde había dejado mi móvil? Entonces escuché una tabla del suelo crujir levemente. Me recorrió un escalofrío. Tuve la certeza de que alguien me observaba. ¿Había alguien en la habitación? En esa casa extraña, a oscuras, y con el cuerpo desnudo y vulnerable, vi a la vecina alocada en cada sombra, acechando. Sabía que era absurdo. ¿Cómo iba a entrar por la puerta? Pero por otro lado, ¿por qué se había apagado la luz?

De repente la vi. Una sombra que se movía en la oscuridad, que se arrastraba por el suelo como una lunática. Sus ojos brillaban con una mirada diabólica.

—¡¡Aaaaaaaaah!! —chillé.

—¡Miaaaauuuurg! —maulló Sibila.

Había olvidado a la gata, que finalmente había vuelto a casa tras su exploración del vecindario.

—Ay, Sibila, ¡eras tú! —dije, con la mano sobre el corazón.

—¿Quién pensabas que era, una cobra venenosa?

—No, no, mi vecina —le dije, acercándome para cerrar la ventana—. Tenemos a una vecina que está loca, y que ya me odia.

—¿Loca? Si supiera ella que estás hablando con una gata... —bromeó Sibila—. ¿Y qué haces en la oscuridad? Con lo mal que veis los humanos de noche...

—Es que se ha ido la luz —dije, recogiendo mi móvil de la mesa.

Encendí la función de linterna y me puse a buscar el cuadro de luces. No lo encontré por ningún lado.

—Debe de estar afuera. Pero a estas horas ya no salgo. Lo dejo para mañana.

Con Sibila, aunque no fuera una tigresa precisamente, ya me sentía más segura. Mis ojos comenzaban a acostumbrarse a la oscuridad y empecé a ver un poco mejor. Me sequé y me puse el pijama y mis calcetines de lana favoritos, que había dejado preparados en el baño. Pero mientras me los ponía, me fijé que se filtraba un poco de luz entre el entarimado del apartamento. Colocándome a cuatro patas, me acerqué al suelo. No podía creer lo que estaba viendo: a través de las rendijas podía ver la luz del apartamento del segundo piso, que se colaba por los espacios entre las tablas del techo del vecino, y luego a través de mi suelo. Entre su techo y mi suelo no parecía haber más que aire. Acercándome mucho a una de las rendijas, pude ver la sombra de alguien que caminaba por el piso de abajo. Por supuesto, se escuchaban perfectamente sus pasos.

—¿Te das cuenta, Sibila? —susurré—. ¡Estoy viendo al vecino de abajo moverse!

—Sí, también se le huele perfectamente —dijo la gata husmeando el suelo.

—Fíjate qué chapuza. ¡Si tiro una taza de café le quemo al vecino!

—¿Para qué vas a tirarle una taza de café?

—Digo eso por decir cualquier cosa, Sibila. ¿No lo ves? ¡Esta casa es un desastre! Lo sabía, me han engañado.

—Yo no la veo tan mal —dijo Sibila, revolcándose sobre el sofá—. Me parece cómoda, cálida. Yo estoy muy a gusto.

—Me ha timado —insistí, empezando a subir por la escalerita hasta la zona abuhardillada—. El paquistaní este me ha engañado. Como Joaquín con su amante, como mi hermano y mi padre con su maldita hipoteca. Se ve que se han puesto todos de acuerdo. Menudo plan: sistema eléctrico del siglo XIX, estructura de cartón piedra y una vecina psicópata.

Llegando a la zona alta, tenía que ponerme a gatas para atravesar hasta la cabecera de la cama, porque el techo iba bajando casi hasta la almohada. Me metí bajo el edredón frío y húmedo, agotada ya de tantas desgracias.

Al cabo de un rato me llegó la voz de Sibila en la oscuridad:

—¿De verdad me viste como tu vecina?

—Sí, totalmente. —Empezaba a apreciar el lado cómico de la escena—. Qué susto, por favor. Te juro que tus ojos me parecieron los de una mujer con la cara desencajada. Me pareció ver hasta un cuchillo en su mano.

—Tu grito fue de terror auténtico.

—Y tan auténtico. Es que estaba sola, se había apagado la luz de repente, y la mujer esa me había puesto de los nervios. No sé que le pasa, pero no es normal. Parece una bruja de esas de los cuentos...

—¿Una bruja? —maulló Sibila—. Hace no tanto, bastaba que una mujer viviera con una gata para acusarla de brujería. A unas cuantas las colgaron del cuello o las ahogaron en el río, no muy lejos de aquí.

—¿Me quieres decir que la bruja soy yo?

—Lo que te quiero decir es que tengas cuidado con lo que dices de las demás. No te fíes tanto de las apariencias en la oscuridad. Quizá si la conocieras un poco mejor...

—No quiero conocerla.

—Ella tampoco te quiere conocer a ti. Lo cual no significa que no debáis olisquearos un poco más de cerca.

—¿Eh? —Las palabras de la gata me inquietaron—. Pero ¿cómo sabes eso? ¿Has estado con ella?

Sibila no me respondió. Me asomé sobre la habitación y traté de insistir con mi pregunta, pero no hubo manera de que me contara nada más. Al final me di por vencida y volví a colocarme boca arriba dentro del edredón, que finalmente comenzaba a calentarse. A través del tragaluz se veían las nubes iluminadas por la ciudad. ¿Qué

tramaba esta gata con mi vecina?

—¿Sabes, Sara? —volvió entonces la voz de Sibila—. Hay una diferencia entre el mundo real y el mundo que tú ves. O crees ver.

—Ya —dije, sin fiarme ya mucho de sus palabras.

Volvió a reinar el silencio. Las nubes se movían sobre la ciudad.

—A veces en la vida —siguió la gata— hay momentos de oscuridad, y en la oscuridad, si no tienes vista de gato, cualquier sombra que se mueve puede parecerte una bruja.

No dije nada.

—Especialmente si ya te la esperas. Si ya la temes. Entonces tus miedos convierten cada sombra en una bruja, un monstruo, un fantasma. Y con cada aparición terrorífica, tus miedos crecen. Si sigues así, al final puedes llegar a paralizarte del miedo.

Comenzó a chispear. Pequeñas gotas golpeaban contra el tragaluz a pocos centímetros de mi rostro. Me recordó a mi encuentro con Joaquín en la lluvia.

—Con Joaquín fue al revés. Me lo imaginé como una persona honesta, y resultó ser un monstruo.

—Resultó haber mentido —matizó la gata—. Cosa bastante habitual entre humanos. No ser un monstruo. Pero sí, la mente también crea bonitas ilusiones que luego resultan ser equivocadas.

No me convencía mucho la matización de Sibila, pero la dejé pasar.

—Dices que hay una diferencia entre el mundo real y cómo lo veo yo.

—Eso es.

Escuché un rato la lluvia sobre el cristal.

—¿Y cómo puedo ver el mundo real? Porque si lo veo, ya es como lo veo yo, no como es realmente. O sea que es imposible. Es inútil.

—A no ser que seas una gata.

—Sí, claro, qué lista.

La lluvia se intensificó sobre mi cabeza.

—Pero hay una manera que los humanos tienen para asomarse un poco al mundo real.

Me asomé yo un poco sobre el salón, girándome de medio lado. Vi a Sibila desde arriba, una sombra negra sobre el sofá.

—¿Me la vas a decir? ¿O la tengo que adivinar?

Elevó su cabeza y vi sus ojos verdes brillar en la oscuridad.

—El truco está en verte a ti misma viendo el mundo.

«Verme a mí misma viendo el mundo.» La frase resonó en mi cabeza junto con la lluvia. Me volví a tumbar sobre la almohada, viendo las gotas que aparecían y se juntaban y se deslizaban, creando formas efímeras, cambiantes, imposibles de atrapar y describir, reflejando cada una de ellas la luz de toda una ciudad, de todo un mundo. Recordé un cuadro de Escher que vimos Joaquín y yo en una exposición del artista

holandés en Ámsterdam. En ese grabado, se ve como el visitante de un museo admira un cuadro con la escena de un pueblo marítimo, en el que hay un museo, con un visitante que admira un cuadro... Cerré los ojos. Me llegaba el sueño. Imaginé que salía de mi cuerpo y me observaba en la cama, intentando dormir, y luego volvía a salir de ese segundo cuerpo para observarlo desde un tercero, y luego salía del tercer cuerpo, y de un cuarto, y así sucesivamente, cayendo hacia atrás en un vórtice infinito.

Y de repente me despertó una sensación fría, concreta y aguda sobre la frente: una gota de agua.

—Oh, no —dije.

—¿Qué sucede? —llegó la voz de Sibila.

Me cayó otra gota, sobre la mejilla, y otra más.

—Esto no me lo estoy imaginando. Hay una gotera. ¡Me cae agua encima!

—Mmm —gimió Sibila—. Si quieres, podemos compartir el sofá.

—¡¡Sibila!! Tenía razón yo. ¡Es un desastre este piso!

Me entraban ganas de llorar otra vez. Intenté encerrarme en el edredón, pero escuchaba las gotas caerme encima, y al final me lo cogí entero, frustrada y muerta de cansancio, y bajé por la escalerilla. El berrinche me duró poco. En cuanto caí en el sofá, me quedé profundamente dormida junto a la gata.



13

Gatha Yoga

En una cosa al menos, Sibila tuvo razón: el apartamento no era tan desastroso como yo lo había imaginado. Al día siguiente, Masood envió a uno de sus carpinteros albaneses a arreglar la gotera, que fue solo cuestión de un poco de silicona. Me explicó también lo del corte eléctrico, que se debía a un particular sistema del piso que olvidó contarme cuando me lo alquiló. Como el edificio tenía un contrato único de luz, cada apartamento tenía instalada una cajita metálica negra en la que había que ir introduciendo monedas de libra esterlina para asegurar el suministro eléctrico. En cuanto se agotaba el crédito, la luz se cortaba. Un arreglo extraño, desde luego, y probablemente ilegal, pero al menos era un sistema controlable, al que una podía llegar a acostumbrarse. Integré en mi rutina el hábito de revisar el crédito de la cajita antes de meterme en la ducha.

A fin de cuentas, y teniendo en cuenta mi presupuesto, el apartamento no estaba tan mal. Pero aún tardaría en sentirme como en casa. En esos primeros días me seguía dando miedo caminar por la calle sola, especialmente de noche, por mucho que me repitiera a mí misma las palabras de Sibila sobre los monstruos y las brujas que la mente crea. Por otro lado, me molestaba estar tan expuesta a los olores del vecino de abajo, que resultó ser un irlandés al que le gustaba mucho el beicon frito y el perfume barato. Comencé a incorporar el uso de los inciensos en mi rutina cotidiana.

Además de todo esto, tuve que aprender a vivir sin hacer apenas ruido, para evitar la ira de Mrs. Uzelak, como se llamaba según el buzón de la entrada mi vecina. Al mínimo descuido, volvía a golpear fuertemente la pared, o a salir de su puerta para gritarme, con toda su agresividad y su extraño acento. En esos momentos era difícil no sentirse desgraciada, abrumada por las penas, por la soledad, por el peso de mi corazón enfermo, por el futuro triste que veía ante mí.

Lo peor es que se iba acercando el día de volver a la oficina. No podía alargar más mi ausencia, y Grey me lo dejó bien claro:

—Te estoy cubriendo las espaldas, Penélope, pero te estás acercando ya a las dos semanas en las que habíamos quedado.

—¡No es ni la mitad de lo que me debéis, por las horas extras que os he hecho en estos años! Y además tengo la baja médica.

—Lo sé, Sara, y entiendo que estás pasando por un momento difícil, pero ya sabes cómo son. Estamos desbordados, y ahora los de Royal Petroleum nos han contratado. ¿Te lo había dicho?

—Pues no. Enhorabuena, supongo.

—Te veo muy entusiasta, je, je. Pero en serio, Sara, Anne está muy nerviosa y ya hablaba el otro día de contratar a otra arquitecta de la información senior si no ibas a poder con ello.

—¿Qué dices?

—Tranquila, yo le aseguré que ya estabas casi recuperada y que el jueves estarías al pie del cañón. Venga, te voy a ir mandando un poco de documentación del proyecto para que te vayas animando. En el fondo nos estás echando de menos...

La verdad es que sí estaba echando de menos el trabajo: la rutina, la actividad, incluso el estrés cotidiano de fechas tope y clientes complicados. Me hacía falta todo eso para levantarme de la cama antes de las once de la mañana y acostarme antes de las cuatro, para olvidarme de la conversación con Joaquín en el parque, para enterrar el impulso de dirigirme a la salida de su oficina y espiarle con su chica galáctica, para dejar de pasar horas llorando en el sofá, desconsolada, abrazada a Sibila y al paquete de Kleenex, incapaz de soltar esa vida que había querido tanto junto con un hombre que no solo ya no era mío, sino que quizá nunca existió.

Pasé buena parte de esos últimos días enganchada a la pantalla de mi tableta electrónica, de día y de noche, anunciando mi separación en las redes sociales, cancelando amistades en Facebook, respondiendo a los mensajes de gente que no se lo podía creer y tampoco se atrevían a llamar, y sobre todo tratando de anestesiarme de mis recuerdos, mis sueños rotos y mi dolor. Vi temporadas enteras de *Breaking Bad*, leí una infinidad de artículos y blogs, firmé peticiones para salvar a medio mundo, salté de un vídeo de Youtube a otro durante horas, y caí en esa pornografía emocional de cotillear álbumes de fotos de gente que parecía feliz, bastante más feliz que yo, con sus bebés recién nacidos, sus brindis con cerveza, sus tartas y globos de cumpleaños, sus viajes a Tailandia, sus sonrisas, sus abrazos, sus besos. Me obsesioné con los foros de internet que hablaban sobre la posibilidad de tener hijos a partir de los cuarenta, documentándome sobre los riesgos de perder el hijo, o de que naciera con problemas, sobre las varias tecnologías de asistencia al parto, las opiniones y experiencias de médicos y madres. Y aunque aún me provocaran horror y espanto, no pude evitar curiosear también en esas nuevas webs que habían surgido para ayudar a la gente triste y patética como yo a encontrar pareja a estas alturas de la vida. *Desesperados.com*. Enseguida tuve que recurrir a los Kleenex.

Sí, me iba a venir bien volver al trabajo. Pero sabía lo que significaba. Era volver a esa vida intensa, llena de luces y humo, pero esencialmente vacía, trabajando para empresas sin alma, con gente acelerada pero apagada que te rechazaba unos *croissants* por no liarse demasiado. Sabía que se trataba de otra forma de anestesiarme, de una vida postiza que me mantenía ocupada mientras la verdadera vida me pasaba de largo, mi cuerpo envejeciendo, mis relaciones atrofiándose hasta convertirse en esos saludos fragmentados y virtuales de las redes sociales. Si no hubiera estado tan ocupada, las cosas no hubieran acabado así con Joaquín. Ese pensamiento me torturaba.

Menos mal que le tenía a Sibila. No sé qué hubiera hecho sin ella. Me acompañó pacientemente, sin dejar de escucharme con toda su atención, en mis interminables lloricatas y mis discursos inconexos, en los que me lamentaba, me flagelaba y me consolaba sin fin, mientras se acumulaban los pañuelos de papel usados sobre mi cuerpo y el suyo. En esos momentos, no solía decirme mucho, quizá porque en su sabiduría de gata, entendía que las palabras sobraban. Dejándose acariciar, ofreciendo la suavidad de su pelo y el calorcito delicioso que emanaba de su cuerpo, expresaba su mensaje: «Todo está bien. Estoy contigo, querida amiga, aquí y ahora. Nada más importa en este mundo.» Como en Tower Bridge, Sibila fue el punto fijo al que podía agarrarme. Su presencia, su calma, su paz ante mis borrascas emocionales, me salvaron en los peores momentos. Fue ella la que convirtió el apartamento en mi refugio, un lugar en el que podía sentirme segura dentro de esta ciudad triste, agresiva, fría, oscura y lluviosa.

Por otro lado, confirmé que fue ella quien me había robado la cajita de antidepresivos. Al principio evadía o ignoraba mis preguntas al respecto, poniéndose a acicalarse el pelaje con la lengua como si la cosa no fuera con ella. Pero al final, en una de estas, y tras terminar de poner en orden hasta el último mechón de su pelo, me lo confesó:

—Claro que te los quité, Sara —dijo, inspeccionando su trabajo—. Eso es veneno.

—Para ti será veneno, pero a mí me los ha recetado la médico, y me vendrían muy bien en este momento de mi vida. ¿No ves cómo estoy?

—Yo si quieres te los devuelvo. —Lo dijo poniéndose a cuatro patas, como para cumplir su amenaza de inmediato—. Pero en ese caso, me voy. ¿Para qué perder el tiempo entrenándote si luego tu felicidad va a depender de una droga?

No supe qué responderle, y me resigné una vez más a seguir su programa de entrenamiento felino.

Al menos un par de veces al día me sacaba de paseo.

—¿Dónde estás? —me maullaba, acercándose a mi sofá.

Y yo, inevitablemente, tenía la mente perdida en los mundos virtuales de mi tableta, o en las nubes oscuras de mi tristeza.

—¿Eh? —saltaba yo, saliendo de mi distracción—. Pues aquí, ¿dónde quieres que

esté?

—Me parece que no —dictaminaba ella—. Venga, vamos a entrenar un poco, que tienes el cuerpo abandonado y la cabeza llena de monos.

Eran paseos largos, de al menos una hora, y con ellos fui conociendo todo el vecindario, tanto las zonas «mejores» como las «peores» de Wandsworth. Sibila me guiaba en esa curiosa práctica de «caminar, caminando» que me había enseñado, pero que nunca llegaba a aprender del todo. Me repetía, incansablemente, las mismas frases: «Ábrete a lo que sucede aquí y ahora; observa lo que ves, sin juzgarlo; toma conciencia de tus reacciones.» Yo lo intentaba. Y a veces conseguía, en ciertos momentos, fluir con el movimiento, sintiéndome tan ligera y atenta en el caminar como la propia gata, que parecía flotar a pocos milímetros del suelo con su natural elegancia gatuna. Pero me solía durar poco. En seguida volvían a poseerme las teorías sobre la identidad de la chica galáctica, la desazón de sentirme acabada, el miedo al cruzarme con algún personaje sospechoso del barrio..., y entonces la mente se me iba por completo, por no hablar de la elegancia gatuna. A pesar de todo, me venían bien, y siempre me alegraba de haber accedido a los maullidos insistentes de mi amiga.

Después de estos paseos, Sibila solía aprovechar para tratar de convencerme de que cuando volviera al trabajo, no fuera en metro, sino que lo hiciera andando.

—Los humanos estáis diseñados para caminar. Y os quedáis todo el día sentados en una silla, ¡el peor invento de la humanidad!

—Ya, Sibila, pero enténdelo, serían dos horas para llegar hasta la oficina y otras dos para volver.

—Tus antepasados, antes de inventar la silla y encerrarse entre muros, caminaban eso y más cada día.

—Qué pesada con mis antepasados. ¿No ves que no tenían otra cosa que hacer? Cuando empiece a trabajar no voy a tener ni tiempo ni energías para esto.

—Cuando empieces a trabajar es cuando más falta te va a hacer.

—Sí, a lo mejor. Pero no voy a poder.

—¿Y te vas a meter en el agujero ese, bajo tierra?

—En el metro, sí.

—Eso es un lugar para ratas, no para humanas.

—Estoy de acuerdo, es horroroso, y en hora punta ni te lo imaginas.

—No te metas ahí, Sara —me dijo, con cara de pena.

—Es lo que hay, Sibila. Me toca vivir como una rata.

—Bueno —musitó—. Visto así, podría tener su lado positivo. Las ratas son unas criaturas plenamente felices.

El último día de mi baja, me puse finalmente a revisar la documentación sobre Royal Petroleum que me había mandado Grey. Pasé todo el día sentada a la mesa con el

ordenador portátil, tomando apuntes mientras Sibila miraba por la ventana junto a mí.

En un momento dado, la gata se levantó, se estiró desde el cuello hasta la cola, se giró sobre la mesa y sin previo aviso apoyó las dos patas delanteras sobre el dorso de la pantalla, cerrando el portátil con un *clac*.

—Eh, ¿qué haces?

—Basta —dijo Sibila, sentándose sobre el portátil.

—¡Sibila! —le grité.

Hice como para echarla del ordenador y de la mesa, pero ella me bufó con los pelos erizados y la cola tiesa. Impresionaba cuando hacía eso.

—A ver, ¿qué pasa?

Sibila se volvió a sentar sobre el portátil, recobrando una perfecta serenidad.

—Pasa que llevas todo el día sentada delante de este trasto.

—Es lo que yo llamo trabajar.

—Y a partir de mañana lo harás durante el día entero.

—Pues sí, desafortunadamente.

—Cierra los ojos.

—Venga, Sibila...

—Ciérralos.

Suspiré, y los cerré.

—¿Cómo tienes los hombros?

—Cargadísimos, la verdad.

—¿La espalda?

—Dolorida.

—¿El cuello?

—Fatal.

—Llevas todo este tiempo en tu cabeza, y te has olvidado por completo de tu pobre cuerpo.

—Ya. Es verdad —le reconocí, abriendo los ojos—. Y además llevo dos semanas sin currar y he perdido la práctica. Luego nos damos un paseo. Pero ahora déjame trabajar otro poco porfa, que tengo que prepararme mínimamente para mañana.

—Ni hablar. Lo que voy a enseñarte te preparará mucho mejor, para mañana y para siempre. Cógete una manta y desplégala sobre el suelo, doblada por la mitad. Así estarás más cómoda.

—¿Cómoda para qué?

—Para hacer unos estiramientos. Habrás visto que cualquier animal, y los gatos desde luego, tenemos la sana costumbre de estirarnos el cuerpo de vez en cuando, especialmente si llevamos mucho rato en la misma postura. Inexplicablemente, los humanos habéis perdido esta costumbre.

—Oye, que yo voy al gimnasio.

—Sí, te he visto. Una vez cada dos semanas, como mucho, te metes en una sala

llena de ruido y máquinas para darle una paliza a tu cuerpo mientras que tu mente sigue a lo suyo. Venga, tumbate sobre la manta, que empezamos.

—No me digas que me vas a dar una clase de yoga...

—¿Quién crees que enseñó a los antiguos hindúes a estirarse?

—Los gatos, ¿no? —le dije, con ironía.

—Las gatas, para ser precisas —respondió muy seria.

Así fue como comenzó mi primera clase de lo que acabé denominando el Gatha Yoga. Sibila me enseñó varios ejercicios sencillos pero eficaces para estirar, flexionar, girar y fortalecer el cuerpo, centrándose en la columna y el cuello. No tenía nada que ver con el *spinning* o las sesiones de aeróbic. Si la gata me veía demasiado tensa en la postura, me decía:

—Olvídate de todo eso que aprendiste en el gimnasio. La idea no es sufrir. No fuerces, muévete con naturalidad, busca el punto de estiramiento ideal para ti en cada momento. Tienes que notar un ligero esfuerzo, pero sin forzar. Escucha tu cuerpo. Toma contacto con tu naturaleza animal.

La sensación era muy distinta al ejercicio físico al que estaba acostumbrada. Era más bien como darme un masaje a mí misma, empleando el propio cuerpo, la gravedad, y la superficie dura del suelo para ir trabajando músculos y tendones. Y sin necesidad de ningún Joaquín con su estúpida camilla y sus aceites profesionales.

Mientras tanto, en cada ejercicio insistía en la importancia de la atención, como en los ejercicios de caminar caminando:

—Observa tu cuerpo. Toma conciencia de cada fibra y cada nervio. Y nota cómo la inspiración te llena de energía, cómo la exhalación se lleva el cansancio y el dolor muscular. Si tu mente se distrae, cuando te des cuenta, vuelve a llevarla a tu cuerpo, al ritmo de tu respiración.

Al final de la sesión de ejercicios, hizo que me colocara en una postura tumbada, con las rodillas dobladas y las plantas de los pies en el suelo, para poder descansar toda la columna en el suelo. En esa postura, me pidió que fuera distendiendo conscientemente la cabeza, el cuello, los hombros, y así sucesivamente hasta llegar a los pies. Al final me sentía como si flotara todo mi cuerpo sobre las nubes, a diez mil metros de distancia del estado tenso en el que me había encontrado solo unos minutos antes.

—Miauuuuuu. Miauuuuuu. Miauuuuuuuuuuuuuu.

Desperté del agradable sopor y me desperecé un poco estirando los brazos sobre la cabeza.

—Miau. —Sonreí—. No ha estado nada mal.

—Ya estás lista para volver a tu trabajo —dijo Sibila, estirándose ella también y colocándose de nuevo, como antes, sobre la mesa, junto al portátil.

—¡Arriba!

El agudo maullido de la gata me sobresaltó. Sentí su peso sobre mi cuerpo. Aún era de noche, y la silueta negra de Sibila se alzaba sobre mí como un infiltrado tenebroso de mi última pesadilla, recortada contra la tenue luz de las farolas que se colaba por el tragaluz.

—¿Qué hora es?

—Qué obsesión tenéis los humanos con esos números que marcan vuestros relojes.

—¡No son ni las seis! —protesté al ver mi móvil—. Es mi primer día de trabajo, Sibila, déjame dormir un poco más.

—Es tu primer día de trabajo, sí, y ahora es cuando empieza el entrenamiento en serio.

—Pero ¡es muy pronto!

—Precisamente por eso. Los humanos duermen. Casi no circulan los coches. Y está a punto de amanecer. Es el mejor momento.

Me giré a un lado, cubriéndome con el edredón, pero la gata saltó sobre la almohada y colocó una zarpa sobre mi cabeza. Luego otra. A continuación probó a levantar la primera y colocarla sobre mi oreja. Y así sucesivamente. Con este sistema, consiguió molestarme lo suficiente para que me sentara en la cama.

—Eres una pesada, ¿lo sabes?

—Sí, lo sé —dijo, bajando por las escaleritas—. Tráete el edredón y la almohada.

Me pidió que extendiera la manta que habíamos usado el día anterior en el suelo, y que colocara la almohada y los cojines del salón sobre ella, en una torre blanda, para que pudiera sentarme sobre ella con las piernas cruzadas.

—¿Esta postura también se la enseñasteis los gatos a los yoguis? —le dije, bostezando.

—Según vuestra anatomía —respondió con la autoridad de una fisioterapeuta— es la mejor postura para mantener la espalda recta con un mínimo de esfuerzo. Ponte cómoda.

Intenté hacerle caso, pero para mí lo más incómodo era la idea de ponerme a meditar, una actividad que mi madre había practicado en su época hippie, pero que nunca había entendido. Joaquín siempre la había despreciado como una pérdida de tiempo para «místicos descerebrados». Y la verdad es que hoy no me hacían falta más visiones raras, sino menos. Hoy volvía al mundo real. Tenía que volver a enfrentarme a Anne, al proyecto de Royal Petroleum, a los diseñadores, los programadores, los contactos de marketing del cliente. Solo con pensarlo me empezaba a marear.

—¿Esto de qué va, Sibila?

—Es muy sencillo. Vas a practicar un poco de higiene mental.

—¿Higiene *dental*?

—Mental, mental. Así como los gatos necesitamos acicalarnos durante varias horas al día para mantener nuestro pelo limpio y sano, los humanos necesitáis hacer una limpieza diaria de ese cerebro tan acelerado y complejo que tenéis. Si no, enseguida se os

enmaraña todo, se os llena de porquería, y ya no está donde tiene que estar. Por ejemplo ahora, que haces como que me escuchas pero en realidad ya estás pensando en tu primer día de trabajo.

Efectivamente, era cierto. Ya estaba dándole vueltas a la web de Royal Petroleum.

—Te estás preocupando de las cosas de luego, en vez de ocuparte de las que tienes aquí delante de tus narices —la gata apoyó sus patas sobre mis rodillas y acercó su morro hasta casi tocarme con su naricita rosa— y que son las que realmente te ayudarán a ocuparte de las que tendrás luego.

—Vale, vale —dije, bostezando—. ¿Y qué tengo que hacer?

—En realidad, nada —dijo Sibila, volviendo a bajarse de mí—. Solo observar lo que sucede en cada momento. Pero es más fácil decirlo que hacerlo. A ver, cierra los ojos.

Los cerré. Se escuchaba el sonido de un coche tempranero que atravesaba la calle, el ladrar de un perro, y luego, de nuevo, la voz de Sibila.

—Observa tu respiración. Cómo entra el aire, y cómo sale. Eso es lo único que tienes que hacer durante los próximos minutos.

No parecía entrañar ningún misterio la cosa. Era como el caminar caminando, pero sin caminar. Una especie de estar, estando. Me fijé en la respiración. Cómo entraba y cómo salía. La inhalación y la exhalación. Una y otra vez. Una y otra vez. Era agradable. Me sentía tranquila y, a la vez, alerta. Me pregunté si estos ejercicios de Sibila realmente me iban a ayudar...

—Cuando tu mente se distraiga —apareció de nuevo la voz de Sibila, interrumpiendo el diálogo interno que había desviado en pocos momentos mi atención—, simplemente vuelve a concentrarte en la respiración.

Volví a intentarlo. Inspiración, expiración, adentro, afuera. Se escucharon unos pasos que se iban acercando por la calle. Inspiración, expiración. Los pasos se iban alejando. Era increíble lo rápidamente que mi mente se había distraído. No había durado ni un minuto concentrada. A lo mejor es que no se me iba a dar muy bien...

—No importa si tu mente se distrae —dijo Sibila, como si me leyera el pensamiento y captara mi nueva pérdida de concentración—. Es normal. La mente humana es un mono revoltoso que tratará de escapar de tu control siempre que pueda. No pasa nada. Cada vez que te des cuenta, vuelve a la respiración.

Así estuve un rato, intentando concentrarme, distrayéndome una y otra vez. La mente se me iba por todas partes, efectivamente, como un mono que saltaba de un árbol a otro: de la gente de la oficina, al propio proyecto que arrancaba, a las experiencias de estos últimos días, los paraguas en el parque, la librería en quiebra, mi salto desde el puente, la habitación cerrada, el paseo por Hampstead Heath, la acampada en casa con mis queridas Linces, el sistema eléctrico de Mr. Masood, el cuchillo de mi vecina, el Gatha Yoga, y ahora este ejercicio tan sencillo y tan difícil. A veces conseguía observar al mono saltando de un árbol a otro. Otras veces acababa perdida entre los árboles. Y me vino a la mente esa frase críptica de Sibila que pronunció la primera noche en el

apartamento: «El truco es verte a ti misma viendo el mundo.»

Al cabo de un rato, Sibila maulló dulcemente, tres veces, y me invitó a salir de la postura y estirar el cuerpo una vez más.

—¿Qué tal? —me preguntó, estirándose ella también—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Esto es muy difícil! —le respondí.

—Lo estás haciendo muy bien. —Se sentó ante mí otra vez—. Pero sí, requiere mucha práctica. De todas formas, no has respondido a mi pregunta. No te distraigas. Toma conciencia del momento, entra en contacto con tu cuerpo y tus sensaciones. Y dime cómo te sientes realmente.

Cerré los ojos de nuevo.

—Serena. Tranquila. Alerta. Entiendo lo de la higiene mental. Me siento como limpia por dentro. Gracias, Sibila. Se nota que de esto sabéis los gatos.

Abrí los ojos. Sibila seguía inmóvil ante mí, iluminada por la luz del alba.

—Me alegro. Trata de mantenerte en este estado todo el día. Alerta y consciente de todo lo que te sucede. Vive cada momento, porque cada momento que vives es tu momento, tu tiempo, tu vida. No pertenece a tu empresa. Te pertenece a ti. No dejes que nadie te lo quite.

Bonitas palabras, que olvidé mucho antes de entrar por las puertas de Netscience LTD en Wood Street, en el corazón de la City.



14

Cien días de lluvia

La vuelta al trabajo fue una perfecta ilustración de aquello que trataba de decirme Sibila: que es inútil preocuparse de las cosas. Yo llevaba días angustiada con la idea de lo que mis colaboradores pudieran pensar de mí tras el desmayo en plena reunión y mi ausencia de dos semanas. Que si me mirarían raro, que cómo les iba a explicar todo lo sucedido en mi vida, que si acabaría rompiendo a llorar en medio de la oficina, o incluso me pondría tan nerviosa que acabaría otra vez en el hospital.

Pero al final no fue para tanto. Ni yo tuve más mareos, ni los demás me hicieron tanto caso como yo me había imaginado. Cada uno estaba metido en sus propios líos, en sus propias preocupaciones, y sobre todo, en el ritmo feroz de trabajo que lo arrastraba todo. A Grey sí que se lo conté con pelos y señales, así como a Cathy, una diseñadora con la que tenía bastante confianza y con la que había compartido muchas aventuras y desventuras laborales. Con los demás fue bastante sencillo. Al fin y al cabo, los ingleses no se meten demasiado en tu vida personal. Y si alguno se atrevía a preguntar, el hecho de haber roto con mi pareja, y de haber tenido que mudarme, parecían justificación más que suficiente para pasar por un bache emocional serio. Yo les aseguraba que era lo mejor que podía haberme sucedido, se quedaban tan a gusto, y a partir de entonces volvíamos a las relaciones de trabajo habituales. A la rutina y al estrés.

Lo más difícil era recuperar el propio ritmo laboral, ahora que había comenzado a ver el mundo de la oficina desde la perspectiva de una gata. Me daba cuenta al final del día, volviendo en el «tubo de las ratas», o en momentos sueltos, después de pasar muchas horas con la mente funcionando a mil pero el cuerpo clavado en la silla, que aquello no era forma de vivir. Había veces que incluso me sorprendía comiendo el sándwich del mediodía delante del ordenador, revisando emails, y me preguntaba, como haría Sibila, *¿dónde estás?* Menos mal que por las mañanas mi maestra felina me seguía levantando para comenzar el día con una sesión de higiene mental, y por la tarde con

otra de «gatha yoga» o un paseo consciente. A veces me daba pereza empezar, pero después siempre se lo agradecía.

Durante esta época, Sibila seguía insistiendo en que fuera andando al trabajo, como si yo fuera una masai. A veces me llegué a plantear la posibilidad de comprarme una bicicleta, con la que podría llegar hasta la City en menos de una hora, pero aunque la idea de la bici me atraía, el mal tiempo que hizo durante toda la primavera no me animaba mucho. Además, circular por Londres entre autobuses, coches, camiones y motos me parecía demasiado peligroso. Gracias a Joaquín, me conocía todas las estadísticas sobre los accidentes de bicicleta en Londres, y había desarrollado el mismo miedo que tenía él. Nos habíamos separado, pero mi cabeza seguía llena de ideas y emociones que ya no sabía si eran suyas o mías.

También me presionaba la gata para que practicara la meditación e incluso los ejercicios de estiramiento en la propia oficina. Yo trataba de explicarle que no era tan sencillo.

—¿Tú te imaginas la cara que iba a poner la gente si me saco una esterilla para ponerme a cuatro patas? ¡Hala, a arquear la espalda!

—¿Y qué te importa su cara? A mí lo que me importa es tu espalda.

—Ya, vale, es absurdo. Pero es así.

—¿Es cómo? ¿No puedes estirar tu cuerpo delante de los demás? ¿Tienes que estar todo el día sentada en una silla en la misma postura?

—O de pie.

—¿Y tumbada?

—No, tumbada no. Bueno, hay unos sofás en los que te puedes reclinar un poco.

—De verdad, cómo sois los humanos. Cuántos límites y barreras os ponéis a vosotros mismos. Cuántos complejos absurdos que tenéis. Sois el hazmerreír del reino animal...

Durante los días, las semanas y los meses de esa primavera lluviosa, seguía lloviendo también en mi corazón. Quizá no con tanta furia como en los primeros días de la separación, pero con la constancia de esa capota grisácea londinense que siempre parece a punto de soltar una nueva llovizna, o incluso un chaparrón. Cualquier cosa bastaba para desencadenar en mí otro chubasco de lágrimas: una canción en la radio, una foto en mi archivo digital, algún tipo por la calle que se le parecía mínimamente, una llamada o un email de algún amigo común, o de los propios padres de Joaquín, que se sentían fatal por lo ocurrido.

Eso sí, fui aprendiendo, poco a poco, y siguiendo las prácticas y consejos de Sibila, a aceptar los cambios en mi meteorología emocional, abriéndome a ellos, observándolos, dejándolos pasar. «Viéndome a mí misma ver el mundo.» Empecé a experimentar la diferencia entre este clima emocional y esa realidad mucho mayor, luminosa, espléndida,

que estaba siempre ahí, sobrevolándolo todo, como el paradisíaco mar de nubes iluminadas, bajo un cielo limpio, que se descubre en cuanto despegas en un avión sobre Inglaterra y atraviesas la eterna cubierta gris. Y cuando no lo conseguía, ahí estaba mi paciente maestra, dispuesta siempre a ofrecerme su lomo cálido para generar ese aura de refugio, y a veces hasta el pararrayos, que yo seguía necesitando.

La propia inercia de la rutina hacía que las semanas y los meses pasaran casi sin darme cuenta. De lunes a viernes estaba metida todo el día en reuniones con muchos *post-its*, coca-colas y caras largas, o moviendo píxeles en la pantalla del ordenador, luchando por llegar a tiempo a los distintos hitos del proyecto del nuevo RP verde y ecológico. A la vuelta del trabajo Sibila me esperaba con sus lecciones, y cuando llegaba tarde, me regañaba por no concederle más tiempo al entrenamiento. A veces quedaba también con Pip, la cual atribuyó a su influencia mi repentino interés en la filosofía oriental, el yoga y la meditación. Nos apuntamos juntas a algún seminario sobre estos temas en un centro Zen, donde me regaló además una esterilla muy cómoda y un cojín de meditación serio.

El fin de semana, si no me traía trabajo a casa, trataba de ayudar a mi padre a gestionar el cierre de la Librería Babel, la venta de la casa de Mirasierra y la mudanza de mi padre y mi hermano a mi piso en Argüelles, ya que nos había parecido la solución más sencilla. En esta fase hice varios viajes a Madrid, un poco para visitar a mis amigas, y un poco para acompañar a mi padre en el trance que le suponía tanto cambio.

Con Álvaro las cosas seguían bastante tensas, y tratábamos de evitarnos, aunque mi padre intentaba convencerme de que hiciéramos las paces:

—¿Por qué no nos vamos todos de vacaciones este verano? ¿Como en los viejos tiempos?

Llevaba años escuchando esta disparatada idea.

—Papá, ¿cómo vamos a irnos de vacaciones? Ya no es como antes. No está mamá, Álvaro y yo no nos aguantamos...

—Lo digo justamente para que tengáis la oportunidad de hablar y resolver vuestras diferencias. Además te va a venir bien en esta época difícil, Sara, hazle caso a tu padre. Podíamos coger a *Rocinante II*, volver a los Picos de Europa, al camping de Fuente Dé...

—¡Estás loco papá! Ese trasto no aguantaría un viaje ni a Colmenar Viejo.

—¡*Rocinante II* está perfecto! Tiene un motor Volkswagen de los que ya no se hacen. Tecnología alemana de la buena. Está igual ahora que hace treinta años.

—Olvidalo, papá.

Pero no lo olvidaba nunca, y cada vez que hablaba con él me sacaba su absurdo plan hippie de pacificación.

Mientras tanto, me fui acostumbrando al barrio de Wandsworth, al peculiar sistema eléctrico del piso, y a vivir sin apenas hacer ruido. Decidí que Mrs. Uzelac era una cascarrabias inofensiva, aunque seguía temiendo otro encuentro cara a cara, y siempre

me ponía un poco nerviosa al pasar ante su puerta. Lo extraño es que no parecía salir nunca. De vez en cuando recibía alguna visita, y cajas de comida que le traían del supermercado, pero nunca llegué a topármela en las escaleras. Seguía siendo una relación un tanto inquietante.

En cuanto a las sesiones de entrenamiento con Sibila, eran del todo imprevisibles. No solo se trataba de ensayar las prácticas formales que me había enseñado, como el paseo consciente o el Gatha Yoga. A veces me hacía preguntas impertinentes que me incitaban a discutir con ella, o se ponía a arañar los muebles y cuando me quejaba ella comenzaba a pontificar sobre mi amor por las «cosas». En mis momentos más oscuros, volvíamos a la mimoterapia pura y dura: caricias, silencio, amor. En momentos menos dramáticos, una de sus estrategias favoritas era llegar por detrás sigilosamente, mientras estaba embebida en mi ordenador, y atacarme sin previo aviso, para demostrarme lo muy distraída que yo estaba, o para preguntarme por qué me molestaba que me interrumpiera, o para acusarme de pensar demasiado, o simplemente porque sí, sin dar explicaciones. Y algunas tardes —aunque era bastante raro— Sibila no estaba en casa cuando yo llegaba, dejándome con la duda de si me daba un descanso, si estaba ocupada con sus tareas de caza, o si había decidido dejarme sola para ver qué hacía, cómo me las arreglaba, y si realizaría mis prácticas conscientes yo sola.

Fueron muchas las anécdotas y los aprendizajes de aquella primavera con mi maestra felina, pero aquí contaré solo las que más afectaron al resto de mi historia.

Una lección memorable arrancó con la típica pregunta que todo el mundo te hace a todas horas, que últimamente me provocaba escalofríos, y que en esa ocasión me soltó Sibila tras entrar en casa un sábado por la tarde, a mitades de marzo, y subirse sobre el respaldo del sofá en el que yo estaba echada.

—¿Qué tal estás?

Yo llevaba un buen rato mirando al techo, mascando mis pensamientos como un chicle insípido pero imposible de escupir. Poco antes me habían llamado Jonathan y Amy, dos amigos de Joaquín con los que había compartido muchas cenas, fiestas y fines de semana, y que querían saber lo mismo: ¿qué tal estás? Fueron muy cariñosos conmigo, y seguían ofreciéndome todo su apoyo si necesitaba algo, como habían hecho desde que se enteraron de la separación. Pero sabíamos los tres que nuestra relación no podía ser igual. No podíamos seguir viéndonos, no de la misma manera. Esta separación también me separaba, inevitablemente, de ciertas amistades. Me recordaban demasiado a él. No podía compartir la crudeza de mis sentimientos con ellos. Ni siquiera había podido explicarles todos los detalles del comportamiento de su amigo. Jonathan y Amy habrían escuchado su versión de la historia. Acabarían conociendo a la chica galáctica, si es que no la habían conocido ya. Pasarían fines de semana juntos. Acabé fatal después de hablar con ellos.

—¿Qué tal estás? —insistió Sibila, mirándome con curiosidad desde el respaldo.

—Pues cómo quieres que esté —suspiré, sin mirarla, la vista puesta en las imperfecciones del techo alto del apartamento—. Sin novio, sin dinero, sin ilusiones y con la cabeza que no deja de darme vueltas. Estoy viviendo en un barrio que no me gusta, en un país que no me gusta, en un trabajo que no me gusta... y mira, para colmo, empieza a llover.

—Mmm —gimió Sibila, observando la lluvia golpear contra la ventana—. ¿Y tus muelas?

Pensé no haber entendido la pregunta.

—¿Cómo?

—¿Tus muelas qué tal? —insistió la gata, mientras su cola dibujaba y desdibujaba eses en el aire.

—¿Mis muelas?

—Sí, sí, tus muelas. —Abrió la boca para enseñarme su propia dentadura de pequeños y afilados dientes blancos—. ¿Te duelen?

—Pues no. Pero no entiendo por qué me...

—O sea, que no tienes un terrible dolor de muelas.

—No, no tengo un terrible...

—¿Un dolor atroz, inaguantable, agudo, como si te estuvieran clavando estacas en tus encías con un martillo?

—¡Aaaah! —exclamé llena de dentera, agarrándome la boca con una mano—. Pero ¿qué dices? ¡No, no!

—No, claro —dijo Sibila, caminando pensativamente por el respaldo del sofá, como si solo ahora cayera en lo evidente del asunto—. Porque si tuvieras un dolor así no estarías ahora quejándote de Joaquín, de tu trabajo o de la lluvia. Estarías pegando unos alaridos y dándote unos cabezazos contra la pared que nos impedirían tener esta conversación tan agradable, y desde luego pondrían frenética a Mrs. Uzelac.

La gata había conseguido que me incorporara a una postura sentada.

—No sé por qué me dices unas cosas tan horribles.

—Y yo no sé por qué tú te dices unas cosas tan horribles.

—¿Yo?

—Estás todo el día dándole vueltas en tu cabeza a todo lo que no tienes, lo que te falta, lo que perdiste, lo que nunca tendrás, lo que tienes pero no te gusta...

Como una equilibrista, la gata dio varias vueltas sobre sí misma con una serie de precisos movimientos de sus patas sobre el estrecho respaldo.

—Ah, esas cosas —dije, volviendo a caer sobre el sofá.

—Sí, esas cosas. —Sibila se bajó por el cojín hasta caer a mis pies—. Pero hay otras en tu vida. Cosas bastante positivas. Estupendas, incluso. Por ejemplo, el terrible dolor de muelas que no tienes.

Me hizo reír un poco, en parte por la extraña ocurrencia y en parte porque ahora se

iba colando entre mis piernas y me hacía cosquillas al poner sus patas sobre mi tripa.

—Pero eso es una tontería como una casa, Sibila.

—De tontería nada. Si tuvieras ese dolor de muelas ¡ya ves si te parecería una tontería! Sería para ti lo más importante del mundo. Estarías siempre pensando en lo maravillosa que es la vida cuando no tienes ese dolor de muelas, en lo feliz que serías si te lo pudieran quitar.

No podía discutirle eso. Era inolvidable el dolor que pasé la última vez que un dentista inglés me hizo una endodoncia. Y me recordó también la dura rehabilitación que tuve que padecer después de romperme el ligamento cruzado al resbalarme durante una travesía de montaña a los veintidos años.

—Enhorabuena, entonces —continuó Sibila, estirando las patas delanteras y elevándose sobre mí—, porque hoy, ahora mismo, puedes disfrutar de esa vida maravillosa sin dolor de muelas. ¡Y de muchísimo más! En vez de darle vueltas a las cosas que te van mal, ¿por qué no das un repaso por las que te van bien?

—¿Qué quieres decir? —La empujé de medio lado con la mano, jugando con ella.

—Dime tú qué cosas tienes. —Volvió a subirse sobre mí como un muelle—. ¿De qué te sientes afortunada?

Menuda pregunta. Era otra forma de ver las cosas, desde luego. La volví a tumbar de medio lado.

—Dime, dime —insistió Sibila—. Empieza a enumerar.

—Pues no sé... —Cogí a la gata con ambas manos y me puse de pie—. De que mi rodilla funciona. Me la operaron hace unos años.

—¿Qué me dices?! —exclamó Sibila, saltando de mis brazos con el pelo erizado, como si le hubiera pegado un susto de muerte—. ¿¿Que te funciona la rodilla?? Felicidades, Sara, puedes caminar, poner un pie detrás de otro, moverte por el mundo, bailar, correr.

Sibila se puso a corretear y moverse con ánimo juguetón a mi alrededor, haciéndome reír.

—¿Qué más?

—Pues tengo este techo sobre la cabeza para no mojarme con la lluvia. Si no vuelven a salir goteras, claro.

—¡Resguardo! ¡Calor! ¡¡Enhorabuena, querida!!

—Estás loca —dije, riéndome de sus bailes—. Hombre, me gustaría que fuera en un barrio un más bonito, pero...

—¡¡Hsssss!! —me siseó—. Nada de negativo. Solo lo positivo por ahora.

—Ah, perdón —dije—. Ejem... Tengo comida en el frigorífico.

La gata se subió de un salto a la nevera.

—¡Hoy comerás hasta la saciedad, Sara! ¡Qué felicidad! Imagínate cuántos no podrán decir lo mismo.

—Y tengo un sofá cómodo —dije, recorriendo el apartamento con la vista, mientras

ella lo hacía corriendo y trepando sobre todo como un torbellino—, una tostadora, una ducha con agua caliente, una orquídea bellísima, un portátil de última generación, mi tableta, mi *smartphone*, un brazo, otro brazo, los dos ojos que funcionan, mis tetas que las quiero mucho...

Empecé a reírme ahora a carcajadas. Sibila seguía correteando por todo el apartamento.

—Mis amigas Vero, Susana, Patri, Pip y su familia, mi padre, mi hermano desastre, una gata sabia y bailona...

Y así fui haciendo una lista que resultó ser interminable, desde no vivir en dictadura ni en las regiones polares, hasta saber montar en bicicleta o haberme encontrado una vez con delfines en una playa gallega. Parecía un juego de niños, pero al acabar realmente me sentí mucho más afortunada, rica como una reina, o más bien, quizá, como una gata callejera. A partir de esa noche, cuando yo me lamentaba de mi suerte, Sibila me escuchaba atentamente, me daba su cariño, me ofrecía su lomo para acariciárselo, y al final me preguntaba por mis muelas.

Un viernes de abril, al volver del trabajo, decidí hacerlo. Me apunté, aunque solo fuera por curiosidad, a *lovebirds.com*, para hacerme una idea de lo que significaba ligar en el siglo XXI, y a estas edades. Esa tarde, dediqué varias horas a revisar perfiles de londinenses de mi edad, y de españoles en Londres, que se describían todos como chicos «normales» y «con buen sentido del humor», «amigos de sus amigos», y toda una ristra de tópicos. De momento, no me atreví a colgar mi foto ni contactar con nadie. Aún no me sentía lista. Pero tenía que darme prisa. Podía escuchar el tictac del reloj biológico que me presionaba a buscar una buena pareja para mí y un buen padre para mis hijos. Quizá Vero tuviera razón y tal cosa no existiera fuera de los cuentos de hadas. Quizá se equivocara. En cualquier caso, había que ir pensando en ello.

Debió de ser bastante evidente mi nerviosismo, porque cuando Sibila entró por el tragaluz y me encontró ahí, de pie, junto a la ventana, con la tableta electrónica en la mano, retorciéndome el pelo con el dedo, me dijo:

—No sé qué te pasa, querida, pero no te olvides de respirar, ¿vale?

Inspiré profundamente, solté un gran suspiro y acaricié a Sibila, que se me sentó al lado, sobre la mesa.

—A ver si me ayudas tú, Sibila. ¿Cómo tengo que encontrar el amor?

La gata ladeó la cabeza.

—¿Encontrar el amor?

—Ya sabes lo que quiero decir. Una pareja, un compañero, alguien con quien acurrucarme por las noches.

—Acurrucarte, ¿eh? —dijo, la gata, restregándose sensualmente contra mi cintura—. O sea, que estás caliente.

—¡Sibila!

—Ya te veo, ya.

—No, no es eso. Bueno, vale —sonreí—, pero no es solo eso. No soy una gata.

—No, desde luego, porque si lo fueras, estarías maullando tu deseo a los cuatro vientos, y tendrías a todos los hombres del vecindario haciendo cola aquí fuera.

Me imaginé la escena. Quizá si fuera así entre las personas, sería todo mucho más fácil.

—Me basta con uno. Pero no quiero volver a equivocarme, Sibila. Quiero encontrar el amor verdadero. No tengo ya tiempo que perder.

—El amor verdadero —repitió Sibila, paseándose por la mesa de madera, lenta y deliberadamente—. Qué expresiones usáis los humanos. Tengo que reconocer que nunca he llegado a comprender del todo vuestro comportamiento sexual. Sois una especie única en esto. Lo que sí puedo decirte, querida, es que el amor verdadero no lo vas a encontrar nunca.

Se me encogió el corazón al oír esas palabras.

—No me digas eso, Sibila.

—No lo vas a encontrar porque el amor no es algo que se pierde —Sibila se escondió tras la cortina, y luego volvió a salir— ni se encuentra.

Se me acercó y se puso a olisquear mi tableta electrónica.

—No tiene sentido buscarlo, y menos aún en este trasto frío y duro. El amor se practica. Es un arte.

—Ya, pero yo quiero practicarlo con alguien. Con alguien que merezca la pena.

—¿Y tú? —dijo Sibila, clavándome los ojos con su mirada escrutadora de felina al acecho—. ¿Crees que tú mereces la pena?

Dejé la tableta sobre la mesa. Me asaltaron todas mis inseguridades de golpe.

—¿Por qué me dices eso, Sibila?

Dejó de escrutarme y se bajó de la mesa, dirigiéndose hacia su tazón de agua.

—Para que compruebes que ni siquiera tú te lo crees. Y si no te lo crees ni tú, la persona que buscas tampoco se lo va a creer.

Me dejé caer sobre el sofá, abatida.

—¿Y entonces? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

Sibila estuvo un rato bebiendo su agua. Sin prisas. Cuando terminó, me dijo:

—Olvídate de encontrar a esa persona. Olvídate de encontrar el amor. Y ponte a practicar el arte de amar.

—Pero ¿cómo?

Sibila cruzó la habitación y comenzó a subir por la escalerilla que llevaba a la zona dormitorio.

—Despertando de tu adormilamiento —dijo sobre el primer escalón, y luego sobre el segundo—: Atreviéndote a hacer lo que realmente deseas, en lo más profundo de tu ser.

La gata siguió subiendo escalones, y soltando una frase en cada uno:

—Dejando de lado lo que crees que necesitas. Dando al mundo lo mejor de ti, como la flor da su perfume y el pájaro su canto. Abriendo tu corazón a la gente que te rodea. Incluso a tu vecina que te molesta. Incluso a tu hermano irresponsable. Incluso a Joaquín. Ese es el verdadero amor.

Sibila había llegado hasta mi cama. Y tras esa parrafada, saltó por el tragaluz abierto hasta el tejado, dejándome sola, en silencio, y boquiabierta.

Un día, en mayo, volví a casa muy tarde. No era la primera vez, porque se me había juntado lo de Royal Petroleum con otros dos proyectos, y tenía una sensación constante de no llegar a las cosas. Entré por la puerta, dejé las llaves y la chaqueta encima de la mesa y me derrumbé sobre el sofá.

—Pero ¿qué te hacen en la oficina? —preguntó Sibila, saltando sobre mi cuerpo molido.

—Mmmffrrbbb —balbuceé a través del cojín.

—¿Perdón?

—Me exprimen —dije, girando la cabeza de medio lado.

—¿Ah sí? —dijo la gata—. Pues no saben cómo. Deja que te exprima yo.

Sibila colocó sus patas delanteras sobre mi cabeza y comenzó a amasarla. Era una sensación agradable y comencé a ronronear. Lo malo fue cuando luego se giró para clavarme las garras en distintas partes de la espalda, causándome unas cosquillas tremendas.

—No, ¡así no! —le imploré, retorciéndome a un lado y al otro.

—Bueno —dijo Sibila, dejándose caer al suelo—. Al menos así he conseguido sacarte un poco de tu inconsciencia.

Me senté, buscando posibles rasguños en la piel o daños a la blusa.

—Oye, Sara —dijo entonces la gata—. Tú, de mayor, ¿qué quieres ser?

—¿Cómo que de mayor? Ya soy mayor.

—A ver —insistió ella—. Me gustaría hablar con la Sara que tenía diez años, una niña que aún sigue ahí, dentro de ti, en algún lado, digo yo.

—No me confundas, Sibila —le dije, levantándome con mucho esfuerzo para prepararme un sándwich de jamón y queso—, que ya tengo la cabeza bastante liada esta noche.

Tomé un par de rebanadas de pan de molde y las introduje en la tostadora. Abrí el frigorífico para sacar los paquetes de plástico con el jamón y el queso, y una bolsa de lechuga prelavada. Después de pegarle el primer par de bocados, sentada otra vez en el sofá, pude reflexionar sobre lo que me había preguntado.

—Supongo que si me hubieras hecho esa pregunta a los diez años, te hubiera dicho que quería ser escritora, y a los quince también.

—¿Y por qué? —Sibila se subió al sofá junto a mí.

—Pues por mis padres, por su librería, su pasión por la literatura. Aprendí muy pronto que cada libro te permitía embarcarte hacia otros continentes, vivir aventuras, romances y revoluciones, conocer a reinas insolentes, magos poderosos, piratas de buen corazón y, ahora que lo pienso, hasta gatos parlanchines.

Le rasqué la tripa a Sibila, que se había colocado panza arriba.

—¿Ah, sí? —dijo, disfrutando de la atención.

—Sí, sí, alguno hay. Y cuando fundaron su librería, comenzaron a aparecer por ahí autoras y autores de todo el mundo. Conocí a José Saramago, a Toni Morrison, a Salman Rushdie, a Isabel Allende, a Almudena Grandes. Y claro, yo también quería hacer eso. De hecho, comencé muy pronto a escribir mis propias «novelas», o al menos a empezarlas. —Porque la verdad es que no solían pasar del primer capítulo. Durante toda la adolescencia escribí, y por eso estudié periodismo, para poder seguir escribiendo.

—O sea —me interrumpió Sibila, dándose la vuelta—, no es que quisieras ser escritora. ¡Eras una escritora!

—No, no. El problema era ese. Que no lo era. Porque cuando comparaba lo que yo escribía con lo que escribían Saramago o Allende, me parecía horrible lo mío. Hasta que un día, con veintidós años, mientras me leía *La ciudad y los perros*, descubrí que Vargas Llosa la había comenzado a escribir a mi edad. Me dio un perrenque, volví a casa y tiré todo lo que había escrito a la basura. Decidí que mejor dejaba la ficción a los verdaderos escritores, y me quedé con mis estudios de periodismo, y con la escritura sin mayores pretensiones.

—Hummm —murmulló Sibila, cabizbaja—. O sea que dejaste de jugar.

Lo dijo como si acabara de anunciar la muerte de alguien.

—¿A jugar? —dije yo, sin entender muy bien su significado.

—Sí, os pasa casi siempre a los humanos. De niños se os permite jugar con colores, con sonidos, con palabras, con el cuerpo y la mente. Sabéis disfrutar de cualquier cosa. Vivís en el momento. Os atrevéis a experimentar, a probar, a inventar. Pero al crecer os empiezan a decir los adultos que ya está bien de tanto jugar, que hay que ser serios, que lo importante es trabajar, o sea, sufrir con lo que se hace. Os juzgan, os comparan, os puntúan con números todo lo que decís y hacéis. Hasta que al final os ponéis nerviosos al hacer cosas que antes os gustaban, y las hacéis con prisas, con preocupaciones, sin disfrutar del trabajo y sin celebrar lo conseguido. Se os ha olvidado jugar. Los niños y los gatos intentamos incitaros al juego, y a veces lo conseguimos. Pero cómo nos cuesta...

—Bueno, tampoco es para tanto, Sibila. Hay mucha gente que disfruta con su trabajo. Yo de hecho antes me divertía mucho.

Me vino la nostalgia de los primeros tiempos con Buccaneer Design, cuando nos reíamos en las reuniones y Grey aún lucía su barba de corsario, incitándonos con la mínima excusa a luchar con sus espadas de gomaespuma. Yo en esto siempre fui su aliada, porque me sacaba ese espíritu de monitora de campamento que forjé durante tantos años en el Pirineo con mis Linces. Fue mi idea la de convocar una reunión de toda

la plantilla para sorprenderles con una excursión a ver el estreno de la última película de la saga Star Wars. Por no hablar de la célebre «palanca disco» que instalamos en la oficina, un interruptor antiguo que parecía sacado del laboratorio del Doctor Frankenstein, y que al accionarlo apagaba las luces normales y encendía unas de discoteca, además del sistema estéreo, convirtiendo todo el espacio en pista de baile para fiestas improvisadas. Por esa ocurrencia salí entrevistada en la revista *Wired*.

—Antes sí que sabíamos jugar, Sibila —concluí—. Quizá no fuera mi trabajo ideal, pero yo lo disfrutaba bastante. Lo que pasa es que desde que nos compró Netscience, la gente se ha vuelto muy aburrida.

—Pues tendrás que animarles tú —dijo Sibila, colocando sus patas sobre mi pecho.

—¿Yo? Eso es imposible.

La gata se alejó, y de pronto volvió a hacer como que me atacaba.

—En el juego, nada es imposible.

—Sibila, esto no es un juego —le dije, rechazando su ataque con una mano—. Yo necesito que me paguen a fin de mes. La caza, para ti, ¿acaso es un juego?

—¡Miaaauuu! —maulló Sibila—. ¡Por supuesto!

—Pero te lo tomas en serio.

—Es que el juego es una cosa muy seria —dijo, luchando con mi pie—. Y cuanto más en serio te lo tomas, más divertido es el juego. Por cierto, ¿cuándo vas a volver a escribir?

—¡Ay! —Estaba mordiéndome el pie—. ¡Estás loca! Ya te dije que no soy escritora.

Ahora saltó sobre la mesa y se puso a jugar con un bolígrafo que empujaba y hacía girar con sus patas hasta que cayó al suelo.

—Para ser escritora, basta escribir. O sea que ponte, y lo serás.

—No es tan fácil —protesté.

—Sí lo es —Sibila se lanzó desde la mesa sobre el boli, y de un zarpazo este salió disparado bajo el sofá—. Pero te alteras porque estás viendo la escritura como un trabajo, y no como un juego. Juega a ser escritora. Como cuando tenías diez años. ¡Nunca es demasiado tarde para tener una infancia feliz!

—Qué cosas dices, Sibila. —Me levanté para verla al otro lado del salón, aún persiguiendo a su «presa»—. No puedo. No tengo tiempo.

Sibila finalmente atrapó el bolígrafo bajo una pata.

—Contigo la respuesta es siempre «no puedo».

—Bueno, basta Sibila. Estoy agotada. Me voy a dormir.

Pero cuando me metí en la cama, no conseguí pegar ojo.



Gastronomía gatuna

Se acercaba el verano. Los días se fueron alargando. Por fin, después de las interminables lluvias de la primavera, iba superando la tormenta emocional que me había cogido tan desprevenida en plena oscuridad del invierno inglés, y empezaba a entrar un poco de luz y calor también en mi corazón. Gracias a Sibila, estaba llegando a aceptar la nueva vida independiente y solitaria que me tocaba vivir, a disfrutar de las cosas sencillas, e incluso a creermelo eso que yo misma me había repetido tantas veces: que romper con Joaquín había sido para bien.

Mientras tanto, las cosas en Madrid se iban resolviendo. Mi padre celebró, con una liquidación y una fiesta final, el cierre de la Librería Babel, que mereció una columna cariñosa de despedida en *El País*. Me envió una copia escaneada del artículo, con una foto en la que aparecía muy orgulloso delante de su querida librería, con su sombrero de los años cincuenta, coleta de hippie redomado y barba blanca. Lo más importante fue que conseguimos un comprador para la casa de Mirasierra que nos permitiría liquidar la hipoteca, lo cual en esta época de colapso inmobiliario no era ninguna tontería. Fijamos la fecha de la firma para la primera semana de julio. Me daba la sensación de que mi mundo volvía a enderezarse un poco.

Una tarde, a principios de junio, en la que volví al apartamento un poco más pronto de lo habitual, me puse a organizar mi plan de vacaciones estivas. Iba a cogerme una semana para ayudar a mi padre con la mudanza y la firma en Madrid, y luego otra para realizar un viejo sueño que durante mis años con Joaquín hubiera sido imposible: iniciar el Camino de Santiago. Pensé que sería una forma estupenda de profundizar en las prácticas que me estaba enseñando Sibila, de volver a ese contacto con la naturaleza que tanto echaba de menos, y —¿por qué no?— de conocer a algún peregrino simpático entre Roncesvalles y Nájera. Además, me imaginaba que tras una semana de trabajo físico y emocional con mi padre, y con Álvaro de por medio, me iba a hacer falta una

vacación intensa.

Pero una vez más, las cosas no iban a desarrollarse como yo pensaba. Mientras consultaba la lista de materiales que recomendaban los caminantes con experiencia —vaselina para los pies, calcetines sin costuras, distintos tipos de palos y mochilas— entró Sibila en casa con un pajarillo muerto en la boca.

Yo sabía que Sibila cazaba pájaros y roedores. Al principio, cuando la gata entró en mi vida, me aceptaba leche y trocitos de carne y pescado. Sin embargo, más adelante me reconoció que lo hacía solo para entablar buenas relaciones conmigo. Que ella su comida la cazaba. (El agua, por otro lado, siempre me la aceptó gustosamente.) Pero hasta ahora, que yo supiera, nunca había traído sus presas a casa.

Como estaba concentrada en la pantalla y la vi de reojo, al principio no entendí bien lo que había visto. Cuando me giré para verla mejor, se adelantó a mi movimiento acelerando sus pasitos hasta zambullirse como un rayo bajo el sofá. Pero ese vistazo fugaz me bastó para percatarme del siniestro bulto en su boca: las plumas, el pico y... la sangre.

—¡¡Sibila!! —chillé.

No me respondió. Fue la vecina quien reaccionó, golpeando siete o diez veces en la pared, a toda velocidad, por mi grito.

—Sal de ahí ahora mismo —susurré en un tono firme y autoritario.

Ni un movimiento. Ni un sonido.

—Sibila, ¿me has oído?

Nada. Se hacía la sorda, o la muda. Y no me apetecía nada ponerme a cuatro patas para encontrarme con el espectáculo de la gata con su sangriento festín a pocos centímetros. Pero al final no me quedó otro remedio, y me puse de muy mal humor.

—Sibila, vas a salir de ahí ahora mism... ¡Ay, por favor, Sibila, qué horror!

Mejor no describo lo que vi en detalle al levantar el faldón del sofá. Digamos sencillamente que, cual león de la sabana, la felina estaba en pleno acto de devorar a su presa. Al verme aparecer, agachada a su nivel, Sibila tranquilamente sacó sus fauces del cuerpo sin vida y se lamió un poco la sangre de la boca.

—¿Gustas? —me dijo, mientras su cola serpenteaba en la oscuridad.

—Sibila... —intentaba calmarme, y controlar la náusea—, te pido que, por favor, te lleves tu... comida... fuera de mi casa.

—¿Qué te pasa, Sara? ¿Te preocupa que vaya a ensuciar el suelo? Ya sabes que soy muy aseada.

No sé si estaba intentando calentarme a propósito. Pero desde luego lo estaba consiguiendo.

—Es un pájaro muerto, Sibila, ¿no lo entiendes? Es asqueroso, está lleno de sangre y... y... ¡menos mal que no es un ratón, porque no te dejaba entrar ya más en casa!

—Je, je. —Rio Sibila, jugando con el ala del pájaro—. La verdad es que lo del ratón lo pensé, pero al final decidí ser buena.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir? ¿Lo has traído aquí a posta, solo para mosquearme? ¿Es una broma de mal gusto? Pues no tiene gracia, eh. ¡Y sal de una vez, que no estoy nada cómoda!

Me senté sobre el suelo de madera, alejándome lo suficiente para que la gata pudiera salir con su botín sin acercarse demasiado a mí. Esta vez Sibila obedeció, con la pobre ave en su boca. La dejó en el suelo, como una muñequita rota, y se sentó delante de ella.

—¿Tú comes animales, Sara?

La pregunta me desconcertó un poco.

—Como... carne. Pero no de esa manera.

—¿De qué manera?

—O sea, a ver, no tengo nada en contra de que caces tus ratones y pájaros y lo que sea que cazas. Entiendo que es lo que hacéis los gatos, pero no me gusta verlo tan de cerca, ¿vale? Si no te importa. Además, siempre me han gustado los pájaros. No sé... me da un poco de pena verlos así.

—Pena... —repitió Sibila, con un tono de voz que, la verdad, me incomodaba un poco.

No sabía adónde quería llegar, pero me sentía como en un juego de gata y ratona en la que yo, evidentemente, no era la gata.

—Sí, pena, ¿vale? Me gusta escuchar el canto de los pájaros, me gusta verles volar, anidar en los árboles, libres... y tú me traes aquí uno destripado.

—Pero comes animales...

—Sí, bueno, sí.

—¿Pollos también? ¿Pavos?

—Sí, claro.

—¿Y no son pájaros?

—Bueno, sí, son pájaros, aunque no sé si es lo mismo.

—¿Porque no cantan con tanta gracia? ¿Porque no vuelan ni anidan en los árboles?

Empecé a sentirme atrapada por las preguntas de la gata.

—Bueno, quizá sí sea lo mismo. Tampoco me lo había planteado de esa manera. Pero es que no me los como así, como haces tú. Compró el pollo y lo meto en el horno, o me hago unas pechugas rebozadas. Igual soy un poco sensible, pero lo de ver al pobre pájaro así...

—¿O sea que no matas al pollo con tus manos?

Me lo preguntó con la seriedad de una sicaria.

—Eh... pues no.

—Entonces ¿alguien lo mata por ti?

—Alguien lo... supongo. —Me senté sobre mis manos, un poco espantada por la pregunta—. Hay profesionales que lo hacen.

—Alguien lo mata, lo despluma, le quita la cabeza, las garras, la sangre, las vísceras, y luego lo limpia, lo empaqueta en plástico y lo refrigera.

No dije nada. Me balanceaba sobre mis manos.

—Todo para que tú no lo veas —continuó, con un gesto hacia el gorrión destripado, que me miraba con los ojos perdidos y el pico abierto.

—Bueno, Sibila, no sé si es por eso. Cada uno tiene su trabajo.

—Claro, claro, los humanos os repartís los trabajos. Unos mueven sus deditos sobre un teclado todo el día, y otros cortan cabezas y limpian sangre. ¿Es un trabajo que harías? ¿Lo has hecho alguna vez?

Me estaba empezando a sentir realmente mal. Me levanté para abrir la ventana un poco más y respirar a fondo.

—Mira, Sibila, prefiero no hablar de esto ahora mismo.

—Ya. Prefieres no hablar de ello, ni saber de ello, Sara, pero yo sí sé lo que tienes en tu nevera, lo que te pones en el plato y en tu cuerpo cada día. Y no estoy segura de que tú lo sepas del todo. Hasta ahora no me había quejado, pero ya que sacas el tema, me voy a quejar un poco. A ti puede que te moleste ver que yo cace y me alimente con este gorrión. Pero a mí me molesta, y mucho, que tú y la mayoría de los humanos os alimentéis sin pensar, sin preguntaros de dónde provienen vuestros alimentos, sin importaros el sufrimiento que requieren, sin agradecer ese sacrificio, sin tan siquiera el coraje de verlo ni sentirlo. Me molesta que el mar se vacíe de peces y la tierra se llene del excremento y la sangre de esos millones y millones de pobres animales, inteligentes y sensibles, que nacen solo para engordar y esperar el día del matadero, en esos campos de concentración que habéis creado para ellos, edificios malolientes sin luz ni aire fresco, sin vistas a ninguna felicidad más que al alivio de la muerte. Y que a los humanos, en su inmensa mayoría, os dé absolutamente igual, con tal de no verlo y recibir cada semana vuestros paquetes plastificados en el supermercado.

Se me hizo la tripa un nudo al oír estas palabras tan despiadadas. Nunca me habían acusado de algo así. No me parecía que fuera un crimen comer un filete, pero tampoco sabía como defenderme ante este ataque.

—Joder, Sibila, cómo te pones.

Cogí mis llaves y salí de casa a dar un paseo, dejando a la gata, y a su almuerzo, donde estaban.

Durante un par de días, no me hablé con Sibila. Ella hizo su vida y yo la mía. Pero no me podía quitar sus palabras de la cabeza. Me daba pereza abrir la nevera y encontrarme con el paquete de jamón de york, las pechugas de pollo, el filete de ternera. Pero tampoco los iba a tirar. Y cada vez que se llenaba la casa con el olor de carne frita, Sibila salía silenciosamente por la ventana, haciéndome sentir como una especie de comandanta nazi en plena faena de exterminación.

Durante aquella semana me puse a investigar el tema de la industria cárnica, para por lo menos poder decirle a Sibila que me había enfrentado a la realidad. Reconozco que

alguna vez había recibido algún email sobre el asunto, o me había encontrado con algún puesto por la calle con fotos de animales en condiciones lamentables, pero había evitado mirarlas. Cuando finalmente lo hice, descubrí que Sibila no había exagerado el horror cotidiano de la industria alimentaria. Los cerdos en sus sucias y superpobladas cárceles de cemento. El hacinamiento de las gallinas en sus jaulas. La cruel inmovilización de los terneros para mantener su carne tierna. Los tubos con los que alimentan forzosamente a las ocas, para hincharles el hígado y producir el *foie gras*. Aunque son cosas que de alguna manera has oído, o sospechas, o en cierta manera sabes, hasta que no te expones a ello de verdad, no caes en lo siniestro del asunto. En su falta de humanidad.

Finalmente, el viernes por la noche, entré en el salón para hablar con la gata, que estaba dormitando en postura semicircular sobre el sofá. Me senté en el suelo junto a ella.

—¿Qué quieres que haga, Sibila? ¿Qué me ponga a cazar mi propia carne?

La gata abrió los ojos, se levantó para estirarse desde la cabeza hasta la cola, y finalmente se giró hacia mí para tumbarse de nuevo.

—Mmm... No estaría mal. Me gustaría verlo. Pero yo más bien te preguntaría, ¿necesitas comer animales?

En Inglaterra había conocido a muchos vegetarianos, ya que después de la India, es el país con más personas que han eliminado la carne de su dieta. Entendía su opción, la respetaba, y sabía que era una dieta más sana, menos grasa, incluso más ecológica. Pero yo no me imaginaba una vida así.

—Claro que lo necesito, Sibila. ¿Qué quieres que coma? ¿Hierbas? No soy una vaca. Los humanos somos carnívoros.

—¿Ah, sí? —dijo Sibila, elevando la cabeza y moviendo las orejas al frente en actitud de sorpresa.

A continuación, y sin aviso, me cogió la cabeza con sus patas, posando sus afiladas garras delicadamente sobre mis mejillas.

—¡Enséñame los dientes! —ordenó.

Que paciencia con este animal. No había manera de saber por dónde te iba a salir. Me resigné con un suspiro a su inspección odontológica, abriendo la boca. Me escrutó la dentadura, mientras ella me mostraba sus propios afilados colmillos.

—Siento decírtelo, querida —me dijo con el tono solemne de un dentista preocupado—, pero yo aquí lo que veo son los dientes planos de un herbívoro, hechos para masticar, no para matar y desgarrar. Bueno, tienes un par de, ejem, no sé si realmente merecen el nombre de colmillos...

Sibila me soltó la cara y cayó del sofá con sus dos patas sobre mi mano derecha, estirando así mis dedos sobre el suelo. Se acercó con el morro a mis uñas.

—En cuanto a tus garras, mejor ni hablamos. O tu olfato... ¿Sabes para qué sirven mis bigotes?

Se me subió encima con los bigotes estirados en abanico a pocos milímetros de mi

cara. Cerró los ojos.

—Son tan sensibles al movimiento de las corrientes de aire que con ellos puedo ver la posición y la forma de una presa incluso en la oscuridad.

La gata abrió los ojos y se bajó de mi cuerpo.

—Desengañate, Sara. Los monos siempre habéis comido hojas, nueces, fruta... algún insecto, algún pequeño animalillo despistado de cuando en cuando. Pero... ¿carnívoros?, ¿cazadores? No me hagas reír.

Mientras hablaba, la felina se puso a demostrar su agilidad y destreza, cruzando la habitación como un rayo, saltando sobre una silla y luego la mesa, atacando con destreza una pelota blanda de colores que le había comprado en una tienda de mascotas, mordiéndola, soltándola y atrapándola de nuevo, arrastrándola de un lado al otro.

—Oye, tampoco te pases —le rebatí—, que los humanos seremos monos pero siempre hemos cazado, desde hace millones de años. Es que nosotros cazamos de otra manera. Con las lanzas, arco y flecha, trampas, escopetas...

—¡Precisamente! —maulló, soltando la pelota de sus fauces—. Sois cazadores artificiales y falsos carnívoros que tenéis que cocinar la carne para comerla, y luego trocearla con vuestros cuchillos. Pero aun así os hace daño, vuestros médicos os lo dicen, y no les hacéis ni caso. ¿Cómo les vais a escuchar si ni siquiera escucháis a vuestros propios instintos?

—A mí mi instinto me dice que me gusta el jamón. Y no digamos el chuletón.

—A lo mejor es que nunca has hecho amistad con un cerdo. Son tan inteligentes como los perros o los gatos, y tan sensibles. Pero claro, en China la sopa de perro se cocina con jengibre, y en Suiza los gatos los aderezan tradicionalmente con tomillo.

—¡¡Sibila!!

—La cuestión es —continuó la gata, ignorando mi grito de horror—: ¿Necesitas comer carne o pescado dos veces al día? O, mejor dicho, ¿crees que merece la pena sacrificar tanta vida solo para vivir la tuya?

—Uff, Sibila, claro, si me lo pones así...

—¿Cómo quieres que te lo ponga?

—Mira, yo entiendo lo que dices. No me gusta cómo se trata a los animales en las granjas industriales, y puedo intentar comprar más carne ecológica, y huevos de corral y todo eso. Puedo vivir sin paté, y a lo mejor incluso sin ternera. Pero no me digas que me haga vegetariana. O sea, a lo mejor es más ético, no te lo discuto. Admiro a la gente que lo hace. Pero no es para mí. Yo no puedo, me gusta demasiado la carne. Si no como algo de chicha me da la impresión de que no he comido, ¿sabes? No, no. No puedo.

Sibila volvió hacia el sofá con paso lento. Al llegar al borde subió de un salto y se tumbó sobre el cojín.

—Te gusta mucho esa expresión de «no puedo». «No puedo» caminar a la oficina. «No puedo» hacer las cosas que me gustan. «No puedo» estirarme delante de los demás. «No puedo» abrir mi corazón. «No puedo» ser feliz. ¿Y si resulta que sí puedes?

Esta gata me desesperaba. Era imposible discutir con ella. Me puse de pie.

—No lo sé, Sibila, no sé qué pasaría, pero me estás mareando ya. Yo me voy a la cama. Estoy molida.

—¿«No puedes» seguir hablando? —dijo, poniéndose panza arriba en pose juguetona.

—Mira que eres pesada —le dije, empezando a desvestirme.

Pero no iba a ser tan fácil deshacerme de ella. Mientras me lavaba la cara volvió al ataque, a la puerta del baño.

—Sara, te propongo una cosa —gimoteó, restregándose contra el marco de la puerta—. Tómatelo como un juego.

—Uy, uy, ya empezamos. ¿En qué me quieres liar ahora?

La gata de un salto se colocó casi a mi altura, sobre el lavabo. Y desde ahí me hizo su propuesta:

—Mañana comes solo fruta.

—¿Fruta?

—Solo fruta fresca.

—¿Durante todo el día? ¿Desayuno, comida y cena?

—Las veces que quieras. Y la fruta seca no cuenta, ¿eh? Ni los aguacates. Plátanos sí, si quieres.

—Ah —reí—, muy amable por tu parte.

—¿Qué dices?

La verdad es que no sonaba tan mal. Siempre me había gustado mucho la fruta, pero me costaba encontrar el momento para comerla. Algún plátano de merienda. Alguna manzana, o unas fresas de postre, pero ya con la tripa llena. El zumo de naranja por la mañana, casi siempre de brik, y a toda prisa. A veces me daba un pronto y compraba una buena selección de fruta en el súper, pero casi siempre acababa la mitad poniéndose marrón, arrugada o cultivando hongos.

—¿Un día de fruta? Vale. Con eso me atrevo. Al menos puedo intentarlo. Me vendrá bien ahora que se acerca el verano. Y dicen que es bueno para eliminar toxinas.

—¿Estamos de acuerdo o no? —insistió Sibila.

Era insistente la tía.

—Venga, va, trato hecho.



16

El disfrute

La mañana del sábado me desperté con la curiosidad de ver adónde me iba a llevar esta peculiar propuesta de Sibila. Decidí ir al Borough Market, el mercado más antiguo de la ciudad, para hacer la compra. Recordaba haber visto ahí una frutería espectacular, y este era el momento para visitarla. Además, el Borough abría pronto, lo suficiente como para poder desayunar a una hora razonable. Poco después de las ocho de la mañana, mientras la ciudad aún dormía, yo ya estaba entrando en su antigua estructura de hierro repleta de puestos de carne, pescado, fruta, verdura, pan artesano y manjares de todo el mundo; quesos franceses, especias asiáticas, salchichas alemanas, chocolates belgas, salsas italianas y hasta un puesto español en el que estaban preparando una enorme paella.

Tuve que resistir unas cuantas tentaciones de camino a la frutería, en especial el aroma mantequilloso de unos *croissants* dorados y crujientes. Pero mi misión estaba clara, y me dirigí con paso firme a mi objetivo.

—*Can I help you, madam?* —me preguntó con exquisitas maneras un fornido joven de mejillas rosadas, ataviado con una bata blanca y un delantal verde a rayas.

La verdad que no era fácil decidirse. Aquello era una cornucopia digna de un festín para emperadores romanos. Empecé por las fabulosas fresas rojas que brillaban en el sol como rubíes carnosos, y por una selección variada de joyas del bosque inglés: moras, frambuesas, arándanos, cerezas. Luego pedí unos albaricoques grandes, cuyo color anaranjado rojizo revelaba un punto de maduración perfecta. Por supuesto, había que hacerse con dos o tres variedades de manzanas inglesas, entre las más ácidas y las más dulces. Y de los trópicos, una piña, un mango bien rojo y media papaya, además de unos plátanos grandes y amarillos.

El joven frutero, con unas voluminosas manos que parecían capaces de hacer malabarismos con melones, fue metiéndolo todo con arte y delicadeza en cucuruchos de

papel reciclado, y finalmente en un par de grandes bolsas de tela que me había traído desde casa.

Volví en autobús con el botín, ya bastante hambrienta, y al llegar a casa Sibila inspeccionó las bolsas, de las que emanaba una mezcla gloriosa de fragancias frutales.

—Excelente —aprobó Sibila, mientras yo iba sacando los paquetes y colocándolos sobre la encimera—. Veo que te has tomado el juego en serio. Ahora las reglas...

—¿Qué reglas? —le pregunté, con la tripa ya gruñendo de impaciencia.

—Claro, Sara, esto no se puede hacer de cualquier manera. Quiero que te prepares un desayuno inolvidable.

—Yo lo que quiero es hincarle el diente a un plátano, ¡que estoy que me desmayo!

—Tranquila —maulló la gata—, que si te desmayas ya me encargaré yo de reavivarte, je, je...

Sibila me fue guiando con instrucciones precisas, que comenzaron por el asunto de la selección de las piezas de fruta para el desayuno.

—Presta atención a lo que haces —me ordenaba la gata desde la mesa como una maestra chef—. Siente el tacto de la piel, el peso de cada fruta, inspira su aroma, eso es, inspira de verdad, llénate los pulmones. Fíjate en las sutiles gradaciones de color. ¿Te estás fijando en lo que ves?

En segundo lugar estaba el proceso de lavar, pelar y trocear la fruta.

—Así, cuidadosamente, sin prisas. Nota el agua fresca deslizarse por tus manos. Ahora coge el cuchillo. No cortes con fuerza, a lo bruto. Busca el punto en el que colocar la hoja y deja que tu mano te guíe, que el propio cuchillo se deslice en la fruta sin esfuerzo.

Finalmente llegó el momento de disponer la fruta en el plato, pero incluso en esto tenía que seguir las pautas de Sibila.

—Escoge un plato que te guste. Vas a distribuir los pedazos de fruta para que sea lo más atractivo posible para ti. No lo pienses. Déjate guiar por la intuición. Quiero que crees una auténtica obra de arte.

Me estaba cansando un poco de tanta orden, y esto intenté discutirlo.

—No es que sea impaciente, Sibila, pero esto... ¿para qué? Quiero decir, va a saber igual. Los gatos esto no lo hacéis...

—Los gatos no necesitamos hacerlo. Pero los humanos tenéis otras necesidades, ¡sois así de raros! Hazme caso.

No se podía con ella. Había que llegar hasta el final. Me puse manos a la obra, escogiendo un delicado plato de cristal azul que compramos Joaquín y yo en Praga, y del que decidí apropiarme durante la mudanza. Empecé con las rodajas de plátano y unos bloquecitos de mango, que fui alternando alrededor del borde del plato. Luego fui creando una estrella con los triángulos de piña que había cortado, uniendo las puntas con trozos semicirculares de manzana. Y finalmente fui decorando los resquicios, y especialmente el centro, con frutitas rojas y azules, y pedazos pequeños de papaya.

El resultado era algo que no había visto en toda mi vida: una torta de frutas, un mandala jugoso, un juego geométrico que parecía multiplicar al infinito las posibilidades del placer que por fin se avecinaba. Se me deshacía la boca del deseo de devorarme este espectáculo.

—Bueno, ¿ya puedo comérmelo? —pregunté, orgullosa de mi obra—. Estoy que no puedo más...

—Un buen trabajo, sí —sentenció Sibila, inspeccionando mi plato con su naricita casi tocando la fruta. Por un momento pensé que se la iba a comer ella, o que lo iba a tirar todo al suelo en alguna nueva provocación de esta imprevisible felina. Pero al cabo de unos momentos se dio la vuelta, caminó hasta el otro extremo de la mesa, y se tumbó tranquilamente.

—Ahora, y de nuevo sin prisas, te vas a sentar delante del plato. No te hace falta tenedor. Coloca la espalda recta y siente todo tu cuerpo, respira el aroma, y prepárate para el festín.

No me hacía falta mucha preparación. Con tanto suspense, solo existía ya para mí en todo el universo este plato de fruta. Me daba la impresión de que cada fibra de mi ser vibraba con los colores anaranjados, amarillos, rojos y morados, que cada célula se sentía atraída por una fuerza más poderosa que la gravedad, que emanaba del centro de esta figura geométrica. Sibila sin duda sabía lo que se hacía.

—Cierra los ojos —dijo, y así lo hice—. A partir de ahora quiero que extremes la atención, la lentitud, la sensibilidad y la delicadeza. Vas a entrar en contacto con la paciencia de un árbol que desde una semilla creció, milímetro a milímetro, buscando el lejano cielo, hasta llegar a ofrecer una fruta, cuyas semillas fueron recogidas por aves que finalmente las pasearon por encima de las nubes, y que luego volvieron a la tierra para convertirse en otros árboles y otras frutas, durante años y siglos y milenios, sin prisa, sin pausa, hasta cubrir todo el planeta con árboles y frutas y semillas. Vas a entrar en contacto con el calor del sol, la bondad de la tierra y la vitalidad del agua que los nutrió. Vas a entrar en contacto con la sabiduría y el esfuerzo de las personas que cuidaron de estos árboles y recogieron estas frutas para que llegaran hasta aquí.

Las palabras de Sibila me transportaron por el tiempo y el espacio a bosques frutales de todo el mundo, a noches frescas y tardes calurosas en las que el único movimiento era el crecimiento sutil e imperceptible de las ramas, las hojas, y las flores; a las jornadas de trabajo de hombres y mujeres desconocidos que habían sembrado, regado, podado, recogido y empaquetado estos alimentos naturales; a los viajes en camión y barco hasta el mercado donde yo los había encontrado esa misma mañana, sin apenas esfuerzo, de la mano del educado y fornido frutero. Todo ello me pareció milagroso.

—Tómate un momento —siguió Sibila— para agradecer a esa semilla, ese árbol, ese sol, esa lluvia, esa tierra, esas aves, esas personas, por el regalo que ahora te hacen.

No hacía falta que me lo pidiera. Me sentía ya profundamente agradecida por este privilegio.

—Ahora abre los ojos.

El mandala brotó de nuevo ante mis ojos, pero los colores ahora parecían más brillantes, las formas aún más armoniosas, los manjares dispuestos de la forma más apetitosa posible sobre el delicado cristal de Bohemia: una auténtica visión del paraíso.

—Con esa actitud de agradecimiento y respeto, y sobre todo sin ninguna prisa, vas a tomar tu mano derecha, y con ella escogerás el primer trozo de fruta con el que romperás el ayuno.

Mi mano se movió, como en cámara lenta, sobre el plato, y se dirigió hacia una enorme fresa de piel tersa y roja en el centro. Mi dedo índice y pulgar se cerraron sobre ella y la tomaron, sintiendo su consistencia entre firme y esponjosa, y su leve peso al levantarla, con suma delicadeza, hacia mi boca.

—Vas a llevar la fresa justo debajo de tu nariz durante unos momentos. Inspira su olor con plena conciencia.

No hay perfume más embriagador que el aroma que llenó mis cavidades nasales al seguir estas instrucciones. La esencia de la fresa parecía revelarse a mis sentidos por primera vez, y me sentí como una niña ante este nuevo prodigio. Mi boca se deshacía con la saliva que brotaba en ella.

—Ahora vas a abrir los labios y colocarás la fresa sobre tu lengua, cerrando la boca sobre ella, pero sin masticarla aún.

La emoción llegó a su máxima intensidad. Mi boca parecía haberse vuelto del tamaño de una caverna, y me sentía enloquecer al introducirse esta delicia en ella, entrando en contacto con el interior de mi boca, que se cerró sobre ella como el cuerpo de un amante. Mi lengua acariciaba la superficie porosa, y se estremecía al recibir las gotas del jugo que comenzaban a derramarse desde el interior. Con cada inhalación, el aroma intenso de mil bosques de fresa invadía cada pliegue de mi cerebro y lo volvía todo del color de rosa.

Entonces Sibila pronunció las palabras mágicas:

—Ahora ya puedes, con toda lentitud, y sobre todo con plena conciencia, masticar a fondo y, cuando estés segura de que ha llegado el momento, ir tragando poco a poco.

Con mi lengua empujé delicadamente la fresa hacia el lado derecho de mi boca, abriendo la mandíbula lo justo para colocarla entre mis muelas. Dejé que la propia gravedad ejerciera esa mínima presión necesaria para ir reventando, en una creciente y delirante cascada de zumo, la fresa, esa fresa, la más deliciosa fresa jamás probada por una mujer o por un hombre, la quintaesencia de la fruta silvestre más deseada.

No sé lo que duró ese encuentro con la dulzura y el goce primordial. Me perdí entre matices insospechados de sabor. Alargué el placer hasta el infinito, saboreando, masticando, chupando, tragando cantidades infinitesimales de pulpa. Y cuando acabé con el último resto del glorioso néctar, me sentía ya otra persona.

—Uau —dije, con lágrimas en los ojos.

—Ahora sabes lo que es disfrutar —dijo Sibila, satisfecha, desde el otro lado de la mesa— como una niña, como un perro, como una gata.

—Es increíble. —Me costaba hablar, porque mi mandíbula temblaba y mi lengua parecía electrificada—. Nunca había probado una fresa tan rica. No sé si había probado nunca NADA más...

—¡Chisst! —me silenció de nuevo Sibila, poniéndose súbitamente a cuatro patas. Me callé, y ella se volvió a tumbar—. No es la fresa. No solo. Es tu concentración, tu atención plena. Esa es la clave. No la pierdas. Venga, ahora escogerás otro pedazo de fruta. Un sabor distinto quizás. El que tú quieras. Y vas a seguir los mismos pasos, con la misma lentitud y la misma presencia total en lo que haces.

Así fue. Debí tardar una hora en comerme un plato de fruta que, si fuera por mí, me habría devorado en cinco minutos. Y fue como entrar, de sopetón y sin previo aviso, por las puertas doradas del paraíso. Mi sorpresa no podía ser mayor. No me imaginaba que algo así fuera posible. Entendí, por primera vez, lo que significaba comer, en su sentido más profundo. El verdadero significado de nutrirse, de introducir en el cuerpo un alimento que llegará, literalmente, a formar parte de mí, a ser yo. Joaquín me lo había contado como un dato científico, como una estadística. Pero otra cosa era tomar conciencia de ello. Sentí esa conexión esencial con el alimento, con las energías de la naturaleza que lleva dentro, con el universo que la creó. Entendí que comer no era solo un deber biológico, un proceso mecánico y químico, una rutina cotidiana y necesaria, o una excusa para socializar. Era un momento mágico y sagrado, como una puesta de sol, que uno podía sentarse y contemplar, para experimentarlo en toda su infinita gloria, y así no perderselo una vez más, por despiste, por las prisas, por estupidez. Cuando comes, come.

Al final, tras lavar los platos, de nuevo siguiendo precisas instrucciones de Sibila («No friegues los platos pensando en lo que has comido. Friega los platos ¡fregando los platos!»), me tumbé en el suelo, bajo el sol que entraba por las ventanas, como borracha de vida. De cuando en cuando me entraba una risa fresca, primitiva, sin motivo. Me di cuenta de que comer «solo» fruta durante todo un día no iba a ser nada difícil.



17

Al otro lado del espejo

El día había pasado volando, entre las siete ceremonias alimentarias inolvidables que disfruté como una gata —cinco guiadas por Sibila y dos bajo su supervisión— y entre medias, algunos ejercicios de estiramiento, un paseo por el barrio y algunas labores domésticas. Había sido una especie de aventura en otra dimensión, excepto que se trataba en realidad de lo contrario: de volver a lo más cotidiano, a lo más esencial. Esa noche, cuando me disponía a meterme en la cama, el pensamiento que me acompañaba era el siguiente: Si hasta el sencillo acto de alimentarme se había vuelto un misterio para mí, ¿cuánto más me quedaría por descubrir?

Como la noche anterior, Sibila apareció entre mis piernas mientras me aseaba en el cuarto de baño.

—Bueno, ahora me lo puedes decir, ¿te ha gustado el juego, Sara?

—Eres una gata muy pillá. No sé cómo lo haces.

—O sea que sí, que te ha gustado.

—Sí —me reí—, la verdad que ha sido increíble. Si no hubiera comprado la fruta yo misma, pensaría que le habías echado alguna pócima mágica. Ni en los mejores restaurantes había gozado así.

—Y sin comer animales.

—Sí, vale, pero no me vas a tener todos los días comiendo solo fruta. Algo de chicha tendré que comer...

Sibila ignoró mi último comentario y de nuevo saltó sobre la encimera del lavabo.

—Te propongo otro juego para mañana.

—Me lo temía —dije, cerrando el frasco de crema que tenía en la mano—. Y tiemblo solo con la idea.

—Este es aún más divertido. Se trata de no comer nada durante todo el día.

—¿¿Qué??

Sibila ladeó la cabeza, como estudiando mi reacción de pasmo.

—No, no, estás loca, de verdad. Una cosa es lo de la fruta, pero si me dejas todo un día en ayunas... ¡me da algo! No sabes cómo me pongo cuando se me retrasa la hora de comer. Me subo por las paredes, me vuelvo intratable, peor que la vecina de al lado. Imagínate un día entero sin probar bocado. No podría aguantarlo, Sibila, te lo juro. No estoy hecha para ser asceta.

Sibila de repente se acercó al espejo y puso las dos zarpas sobre la superficie, levantándose sobre sus patas traseras y mirándose de arriba abajo en el reflejo.

—Esta gata se me parece mucho.

Recordé haber leído que a un gato le cuesta entender que el «otro» gato que ve en un espejo es un reflejo de sí mismo. Que puede llegar incluso a bufar o atacarle al «extraño».

—Claro que se te parece, Sibila. ¡Eres tú!

—¿Tú crees? —Sibila giró su cabeza hacia mí y luego de nuevo hacia su reflejo.

—No es que lo crea, es así. Ese gato eres tú, igual que esa mujer cuarentona soy yo.

—¿Ves? Ese es tu problema, Sara —concluyó Sibila, cayendo de nuevo sobre sus patas y girándose hacia mí.

—¿Cuál? No te sigo.

—Que crees que ese reflejo eres tú. Un reflejo que no tiene ninguna realidad. Un reflejo que no vive ni siente, ni tan siquiera huele a nada. Pero crees en él tan firmemente que no harás nada que tu reflejo no haría. De hecho, vives tu vida imitando los movimientos de tu reflejo, en vez de dejar que ella, si quiere y puede seguirte, imite los tuyos.

Con esto la gata saltó al suelo y en un instante ya había desaparecido del cuarto de baño, como desafiando a la «otra» gata a hacer lo mismo. Me dejó ante mi reflejo, que me devolvía la expresión triste de una mujer aún joven pero ya en declive, con sus canas y sus limitaciones, con arrugas marcadas en la piel como los surcos de las decisiones tomadas a lo largo de la vida, que ya no podían deshacerse.

«No es que lo crea, es así.» La frase se repetía en mi cabeza. «Esa soy yo.» Apagué la luz, para no verla, pero seguía ahí en la sombra.

Dormí fatal. Me sentía zarandeada por pensamientos que luchaban entre sí, tratando de decidirse sobre la propuesta de Sibila. Era cierto que la dieta de la fruta había sido un descubrimiento para mí. Y no solo el hecho de comer fruta, sino la forma de comer. Más que eso, la forma cuidadosa, intensa y pausada de disfrutar de cualquier placer. Incluso de algo tan rutinario y aburrido como lavar los platos. Y es cierto que al inicio no hubiera creído posible gozar tanto de una dieta tan aparentemente frugal. Pero ¿privarme del alimento del todo? ¿Cómo podía disfrutarse de eso? Era una tortura, sin más.

Por otro lado, no era la primera vez que Sibila me daba consejos que inicialmente me

desconcertaban. ¿Tendría razón también ahora? Desde luego, si lo conseguía, iba a ser una gran conquista personal, un paso más hacia la libertad, la prueba definitiva de haber iniciado una vida nueva.

Pero me asaltaban las dudas, los miedos, los recuerdos de mi impaciencia en restaurantes y de broncas con Joaquín por algún retraso o contratiempo en la cocina. En esos momentos llegaba a sentir hasta una especie de resentimiento hacia la gata. ¿Qué quiere conmigo? ¿Por qué no me deja en paz? Ya basta con tanto jueguito a mi costa.

Así estuve toda la noche, dando tumbos en la cama hacia un lado y hacia el otro, decidida en un momento e indecisa en otro, emocionada con la idea y luego reacia a ella. Y en los momentos de sueño, se me aparecían visiones de pollos fritos con patatas crujientes, pulpo tierno a la gallega bien espolvoreado de pimentón, bocadillos rebosantes por ambos lados de jamón ibérico, chuletones en la barbacoa chorreando jugo sobre las brasas, arroces caldosos de marisco, sopas de lentejas con chorizo, pizzas italianas cubiertas de queso fundido, y dulces sin fin: tortas de chocolate, natillas con su galleta, cucuruchos de helado, arroz con leche... Y yo que me lo iba devorando todo como un animal famélico, sin control, saltando sobre las mesas de banquete y los mostradores de los bares, agarrando la comida con las manos o metiendo la cabeza directamente en las fuentes y platos para morder y chupar.

Cuando finalmente desperté, a la mañana siguiente, me encontré a Sibila sentada junto a la almohada.

—¿Y bien? ¿Qué has decidido?

No había decidido nada. Mi mente seguía dividida. Quería atreverme, pero me parecía que iba a ser un sufrimiento continuo, que pasaría todo el día enfadada, que me arriesgaba a morir de hambre. Sibila me miró con una expresión juguetona.

—Mira, Sara, no te desmayes del hambre antes de desmayarte del hambre. No te angusties antes de angustiarte. Deja de darle vueltas y prueba a ver qué pasa. ¿No?

Mi maestra felina me hizo sonreír. Efectivamente, es lo que estaba haciendo: angustiándome antes de angustiarme.

—En el mundo de los gatos vuestros temores anticipatorios son célebres. —Sibila se elevó sobre sus patas traseras para asomarse al tragaluz, apoyando las delanteras sobre su marco y mirando hacia el tejado de la casa—. ¿Sabes cuántas veces han llamado los humanos a sus bomberos para rescatar a algún gato de un tejado, pensando que el gato tenía miedo y no podía bajar?

—No lo sé, creo que pasa bastante a menudo.

—Todos los días. —La gata se dejó caer sobre la cama—. Pero lo que nos asusta a los gatos son los bomberos, no las alturas. Jamás han encontrado el esqueleto de un gato en un árbol o un tejado. Sabemos bajar solas. Solo hay que tener un poco de paciencia, dejar de preocuparse, porque el gato bajará.

Miré por el tragaluz. Se filtraba la luz rosada del nuevo día, que amanecía sin nubes. Inspiré profundamente. Y entonces decidí confiar en mi gata interior. Decidí no

angustiarme antes de tiempo. Decidí suspender de momento el «no puedo», y probar.

—Venga, Sibila, lo intento. Aunque no sé lo que va a pasar.

—Eso es lo más maravilloso del mundo. —Le brillaban sus ojos verdes—. ¡No saber lo que va a pasar! Solo por eso vale la pena levantarse por las mañanas.

La gata cruzó hasta la esquina opuesta de la cama y bajó un par de escalones hacia el salón. Ahí se detuvo, y elevando su cabeza por encima del colchón, me dijo:

—Bueno, ¿qué? ¿Desayunamos?

—¿Eh? —Me entró la risa con la idea—. Pero ¿no habíamos quedado en que no debía comer nada?

—Claro, pero eso no significa que no vayas a alimentarte.

Sibila bajó por la escalerilla hasta el suelo de madera, y luego se acercó a la maceta con la orquídea, junto a la ventana.

—¿Ves esta planta? —me preguntó.

Estaba espléndida, llena de flores rosas y voluptuosas, iluminadas por los primeros rayos dorados del sol. Sibila continuó su discurso mientras yo bajaba hacia el salón.

—Se nutre de tres cosas: sol, oxígeno y agua. Bien, pues hoy vamos a desayunar con ella. Ponte un par de vasos de agua, porque lo demás ya lo tenemos. Y si me llenas a mí el tazón, te lo agradezco.

Preparé primero el agua de Sibila, y mientras ella comenzaba a beber llené los otros dos vasos. Los coloqué sobre la repisa de la ventana junto a la orquídea, y observé a la gata beber su agua, sorbo a sorbo, usando la lengua como una cucharilla, con suma concentración, tranquilidad y paciencia, como solo un gato sabe beber. Al terminar se incorporó y me dijo:

—El sol, el aire y el agua hay que tomarlos con la misma atención que hiciste ayer con la fruta. Hoy tu desayuno va a ser más frugal, más sutil, pero no por ello menos gustoso o nutritivo.

Como el educado maestresala de un restaurante de cinco tenedores, Sibila me invitó a sentarme sobre mi cojín de meditación y tomar conciencia de mi cuerpo. Los rayos del sol me bañaban con su calor, y a través de los párpados cerrados se filtraba una luz rosada. Tras unos minutos observando la respiración, escuché la voz de Sibila de nuevo:

—Ahora vas a ampliar paulatinamente la respiración, inhalando más profundamente desde el abdomen y vaciando los pulmones todo lo que puedas al exhalar. Toma conciencia de la energía que entra dentro de ti a través del oxígeno. Toma conciencia de la forma en que tu cuerpo entero, como el cuerpo de cualquier ser vivo, participa en el acto de inhalar y exhalar. Toma conciencia de la verdadera naturaleza de la respiración.

Seguí el camino del aire fresco, desde las fosas nasales, por la garganta, hasta los pulmones, y luego del aire gastado, más cálido, desde los pulmones hasta el exterior. Una y otra vez. Una y otra vez. Y con cada ciclo, fui percibiendo, con una sensibilidad cada vez mayor, que esta acción tan sencilla y cotidiana, que me había acompañado desde el nacimiento y que me acompañaría hasta la muerte, efectivamente me proporcionaba un

verdadero alimento, un néctar aéreo y ligero pero delicioso, refrescante, esencial. Aunque es evidente, nunca antes había apreciado con tanta claridad el oxígeno como el alimento más necesario, sin el cual no podría sobrevivir ni siquiera unos cuantos minutos. Y me entregué al disfrute de este desayuno. Inmóvil como una planta, absorbí el sol y el aire, durante un tiempo sin tiempo, y me volví ligera, etérea, llena de luz. Me sentí, literalmente, florecer.

Cuando abrí los ojos, todo me pareció más luminoso, más nítido, más real: el cielo azul, las nubes esponjosas, la pintura de color crema brillante de la ventana, las delicadas flores de la orquídea colgando sobre una fina ramita que se curvaba con su ligero peso. Sentí entonces un agradable escalofrío al rozar contra la piel de mi brazo derecho los millones de pelitos del suave costado de la gata, que me acariciaban uno a uno al pasar. Sibila se colocó frente a mí.

—¿Os apetece un vaso de agua? Si quieres, sírvele primero a la orquídea. Es de buena educación.

Se me abrió el rostro en una sonrisa cómplice, y sin decir nada desdoblé mis piernas y me elevé por encima de los dos vasos con una sensación flotante, como si mi cabeza fuera un ligero globo lleno de helio y mi cuerpo una cuerdecita incorpórea. Tuve la impresión de que mi apartamento se había vuelto más grande que el nuevo estadio olímpico de Londres, y que yo lo veía todo desde una enorme altura.

Descubrí el ingenioso mecanismo de mi mano derecha: piel, venas, nervios, músculos, tendones, huesos, que guíe como por arte de magia hacia el primero de los dos vasos llenos de un agua transparente pero llena de destellos del sol y reflejos del mundo que lo rodeaba, incluida la mano que la iba apresando.

Levanté el vaso —asombrada por el tacto frío y liso del cristal, el tirón leve de la gravedad que se resistía a mi esfuerzo por elevarlo, la presencia viva de la planta que se abría, paciente, confiada, para recibir la lluvia— y girando la muñeca lo justo derramé el agua en un hilillo fluido sobre la tierra de la maceta, salpicando ramas, hojas y flores.

—Que aproveche, pequeña —dije con una voz dulce y maternal, inspirando el olor de la tierra mojada.

Entonces dejé el vaso vacío sobre la repisa y tomé el lleno. Tuve un primer impulso de bebérmelo de golpe. Pero recordé la lección del día anterior, no tanto verbalizada sino integrada ya en mis huesos a fuerza de la práctica. Acerqué el vaso a mis labios lentamente, con calma absoluta, mientras Sibila me observaba desde abajo como una profesora orgullosa. El borde de cristal se deslizó finalmente entre mis labios y con él la humedad que comenzó a bañarlos. Entonces, abrí la boca y sentí entrar en ella el deseado líquido. Mi lengua comenzó a coquetear con sus resbaladizas formas, provocando un delicioso y fluido vaivén, aguantando lo que pude hasta que finalmente, con un primer trago, vibré toda entera con la emoción de un mar que acoge a la lluvia tras una larga separación. Y aún me quedaba el resto del vaso.

—Bueno, ¿qué tal el desayuno? —preguntó Sibila cuando, tras un buen rato, terminé

de beber—. ¿Energético? ¿Refrescante?

Me reí.

—Diría que hasta contundente. ¡Me siento llena! Y ahora, ¿qué? ¿Todo el día así? ¿Como una planta a tomar el sol junto a la ventana?

—No, no, nada de eso —respondió Sibila dirigiéndose hacia la puerta—. Ahora te coges una botella de agua y te vas de excursión.

—¿Adónde?

—Yo qué sé. De aventura. A donde más te apetezca. Como ya habrás descubierto, en ayunas tus sentidos se agudizan, tu cuerpo se siente más ligero, tu mente se despeja. Aprovechalo. ¡Tómate unas vacaciones en tu propia ciudad! Supongo que sabes que hay humanos que vienen de todo el mundo para verla.

—Pero ¿no me voy a sentir débil? ¿No tengo que descansar?

—Tranquila que para un día de ayuno tu cuerpo tiene energía de sobra. ¿Has reparado en cuánta energía necesitas para hacer las compras, cocinar, comer y digerir? Tu sistema digestivo descansará, que buena falta le hace. Y cuando te sientas cansada, párate un rato y retoma la energía que necesites del aire, del sol y del agua. Hala, ¡a disfrutar!

Así comenzó un día que recuerdo, sin exagerar, como uno de los mejores de mi vida, un día que duró un año entero y que parecía pintado con los colores de los veranos de la infancia, de mis excursiones con las Linces y de los viajes en autocaravana con mi familia. Me subí en el piso de arriba de un autobús londinense, en primera fila, y me sentí como si visitara Londres por primera vez. Todo me parecía nuevo y llamativo: los enormes árboles, las casas de ladrillo, los restaurantes de kebab, las viejas cabinas telefónicas rojas, las lavanderías, los pubs clásicos, los *sifs* con turbante y *góticos* de collar de pinchos. Me daba la impresión que los Beatles iban a aparecer en cada paso de cebra y James Bond en cada coche deportivo.

Salté a otro autobús en dirección a Westminster y crucé el río junto a la gigantesca noria espacial del London Eye, bajándome junto al Big Ben. Me paseé junto a la enorme construcción neogótica del palacio de Westminster, la sede del Parlamento. Parecía la culminación de la civilización británica. De hecho, probablemente se construyera para parecerlo. Sin embargo, recordé las imágenes que alguna vez había visto de la sala de la House of Commons, con su madera noble y sus bancos acolchados de cuero, llena de parlamentarios británicos gritando, ululando, bufando y emitiendo la gama de sonidos animalescos, propios de una granja, que emplea cada partido para apoyar a los suyos y burlarse de los contrarios, en debates en los que se decidía si bombardear Iraq o recortar los servicios públicos. Y esta era una de las instituciones legislativas con mayor tradición y más respetada del planeta. ¿Qué diría Sibila de todo esto?

Entré en Westminster Abbey, la espectacular iglesia en la que se coronan, se casan y

se entierran a los monarcas británicos, y me acordé de lo que la gata me había contado sobre la «Inglesa-Alfa», su siamés y sus perritos. Subiendo por St. James Park, tras saludar a los pelícanos y cisnes del estanque, pasé frente a Buckingham Palace, la descomunal casa de Isabel II y sus corgis galeses, cuyas altas verjas estaban como siempre llenas de turistas intentando captar a la reina en una foto. Me pregunté si se sentía sola en ese edificio tan grande. Y si sabía comer comiendo.

Continué mi paseo por Green Park, dejándome llevar ahora por el perfume de una rosaleda, ahora por un camino sugestivo entre la arboleda, hasta llegar a un enorme plátano cuya gran sombra y mullido prado de hierba me invitó a descansar durante un rato para «merendar» otro poco de aire y agua, sintiéndome más rica que cualquier monarca. Saliendo del parque le di un buen repaso a los escaparates de Mayfair, cuyas tiendas abrían los domingos como cualquier otro día. Lo curioso es que lo hice sin las ansias de la compra, como si de un enorme museo se tratase. En algún momento reconozco que sentí la atracción por algún vestido, por alguna joya, por algún par de zapatos, incluso por algún bolso más que añadir a la colección. Pero hice lo que Sibila me recomendaba: observar el deseo y seguir mi camino. No pude dejar, sin embargo, de entrar en una sombrerería para jugar a ser una invitada de la Ascot Gold Cup.

Así llegué casi hasta las cinco de la tarde, sin apenas darme cuenta del hecho de que estaba «en ayunas». Hasta ese momento, realmente no me había costado mucho esfuerzo la cosa, a pesar de haberme saltado ya la hora del desayuno y de la comida. Sí, es cierto que los ojos y sobre todo el olfato —increíblemente agudo en este estado— se me iban a las furgonetas de helado, a las tiendas de chocolate artesanal, a las *sandwich shop*, a los restaurantes y cafeterías. Nunca me había dado cuenta de que hubiera tantos lugares para saciar el hambre en esta ciudad, y nunca me habían interesado tanto incluso los puestos de *fast food* más grasientos. Pero durante las primeras horas no me costó ignorar o reprimir el instinto, distrayéndome como una turista más o practicando ese arte de observar la sensación sin la necesidad de caer en la tentación. Caminando por James Street, iba notando lo ligera y vital que me sentía, y comencé a pensar que Sibila tenía razón, que era posible, que lo de mis enfados al retrasarse la hora de comer no dependían del hecho de no comer sino de no comer *cuando yo había decidido que tenía que comer*.

Pero entonces, me topé con Tonino's. Era uno de mis lugares favoritos de Londres, una delicatessen italiana con la más exquisita gama de quesos, embutidos, vinos y conservas, además de una estupenda pastelería y panadería. Y lo peor es que también servían todo tipo de deliciosos platos italianos para degustar ahí mismo, en una zona de mesitas.

De golpe se me llenaron las fosas nasales, la boca, la garganta y los pulmones de una maravillosa sinfonía italiana de perfumes culinarios, con melodías de tomate y mozzarella, albahaca y alcaparras, jamón de Parma y vino toscano. Antes de darme cuenta, mis pies me habían arrastrado al interior, y ahí, rodeada de una selección

gastronómica que conocía demasiado bien, se me despertó ese animal salvaje que en mis sueños había campado a sus anchas, devorando todo lo que pillaba. Me veía ya encaramada al mostrador y metiendo las manos en la lasaña, cuando una educada dependienta, que lucía su uniforme y unas gafitas rojas con elegancia milanesa, me preguntó con un fuerte acento de su tierra:

—*How can I help you?*

La pregunta me devolvió a la civilización, aunque aún desprovista del autocontrol necesario para enfrentarme a ella. Balbuceé algo incoherente y me volví hacia una estantería llena de botellas de aceite, vinagre y salsas variadas. Concentrándome sobre la etiqueta de un frasquito de pesto genovés, recordé una frase de Sibila: «Si puedes aceptar lo que te viene, sea lo que sea, eres libre.»

Me giré de nuevo hacia el mostrador, acercándome lo más posible sobre la apetitosa muestra de tentaciones. Recorriendo con la vista las extensiones succulentas de queso crujiente, los rollos de berenjena a la plancha rellenos, los *salami*, las aceitunas aliñadas, los *gnocchi con pesto* aún humeantes... inspiré tranquila y profundamente, dejando que cada exquisito matiz aromático se colara hasta los más profundos vericuetos de mi ser, intentando, conscientemente, alimentarme a través del perfume mismo. La primera vez fue la más intensa. La segunda, un placer de dioses, pero ya repetido. La tercera un postre con el que concluir tranquila.

Al acabar, y sintiéndome extrañamente satisfecha, me sobrevino un suspiro enorme, tembloroso, con el que la furia salvaje que me había poseído fugazmente se resignó a esperar otro rato más, tumbándose a un lado por el momento. Alcé la vista y descubrí que la dependienta me estaba observando, visiblemente extrañada.

—Perdona —le dije en inglés—, es que estoy en ayunas y hoy no puedo comer.

—Ah, comprendo —respondió, con cara de pena.

Quizá se imaginó que tenía alguna terrible enfermedad. Entonces tuve una ocurrencia un tanto surreal, y sin pensarlo la propuse:

—¿Cuánto cobráis por disfrutar del olor?

Sorprendida, la dependienta se rio, y alzando la voz, se dirigió al dueño del local, un hombre pequeño, moreno y de bigotes consistentes que estaba metiéndole el cuchillo a un enorme pedazo de parmesano.

—*Ehi, Tonino, quanto facciamo pagare la signorina per odorare la lasagna?*

Sin pestañear, Tonino respondió en inglés:

—Tres libras. ¡Pero me basta con escuchar el tintineo de las monedas!

Dicho y hecho. Con mucha ceremonia, saqué de mi monedero tres libras, las hice sonar sobre el mostrador y me las volví a embolsar. La dependienta se echó a reír de buena gana, y varias personas que esperaban su turno o se sentaban a las mesas sonreían, entendiendo que algo divertido estaba sucediendo entre Tonino y esta curiosa clienta, aunque se les escapara exactamente el qué. Jamás había montado una escena parecida en una tienda. Se ve que el ingenio también se afila en ayunas, junto con la

confianza para desplegarlo.

—*Brava, brava* —dijo Tonino, impresionado—. *Grazie signorina. Buona giornata.*

Salí de la *delicatessen* como una escaladora que durante la ascensión al Everest se enfrenta a una tormenta de nieve y sale airoso de ella para ver la cima ya a su alcance.

—Sibila, esto está hecho —dije en voz alta.

«Grrrr», gruñó mi tripa.

—Tranquila, pequeña —la acallé, acariciándola—, que mañana volvemos.

Cuando no tienes que pararte a preparar la comida, sentarte para masticar y masticar, y luego limpiar y ordenar los platos, tres veces al día, es sorprendente cuántas cosas se pueden hacer, incluso sin prisas. Y para poner el broche de oro a este domingo, se me ocurrió que no podía haber mejor plan que visitar el Natural History Museum, el lugar que mejor recuerdo de mi infancia en Londres, y que volvió a encandilarme cuando lo visité con Joaquín hacía ya diez años. Una vez más, me dejaron boquiabiertas sus antiguas salas repletas de aves rapaces disecadas, especímenes inquietantes de insectos tropicales, una infinidad de mariposas espectaculares, fósiles de conchas prehistóricas, meteoritos, piedras preciosas y su célebre e inolvidable esqueleto de un diplodocus. Pero lo que más me impresionó en esta visita fue la sala de los mamíferos, una colección de esqueletos, animales disecados y reproducciones a escala natural de las especies que pertenecen a nuestra familia más cercana, incluido un león (o gato, como diría Sibila), un rinoceronte, un hipopótamo, una jirafa, un oso, un caballo, una cebra y una oveja, además de monos, roedores, y, colgando del techo, varios delfines, orcas y ballenas. En el centro, dominándolo todo, una gigantesca ballena azul, el animal más grande que jamás ha vivido en la tierra.

Al ver así, de un vistazo, esta espectacular reunión de criaturas tan distintas y al mismo tiempo tan parecidas al ser humano, primos y tíos lejanos del mismo árbol genealógico, grandes y pequeños, peludos y lisos, salvajes y domesticados, terrestres y acuáticos, pero todos con su corazón y su cerebro, su particular mirada y su ritmo respiratorio, sus deseos y sus temores, sus dolores de parto y su ternura al amamantar a los cachorros, todos naciendo y muriendo en un ciclo que a lo largo de las generaciones nos une a un mismo origen, a una misma madre, sentí en esa sala cavernosa eso que debe de ser el origen de las creencias religiosas, un sentimiento primitivo de sobrecogimiento y de hermandad, un momento de unión con el fluir de la vida.

Fue entonces, ahí, cuando esta mona vestida decidió seguir la dieta de sus antepasadas. Fue en ese momento que quise dejar de *comer animales*, como decía Sibila, y al mismo tiempo entendí que dar ese paso no era imposible, como me había asegurado siempre mi reflejo al otro lado del espejo, la otra Sara en la que siempre había creído. Si podía ser feliz a base de fruta, a base de agua, a base de aire, sabía que podía hacerlo. Ni siquiera iba a ser difícil. Al contrario. Iba a ser facilísimo. Y si eso era

posible, si eso era fácil, ¿cuántas otras cosas lo serían? Si dejaba de creer en mi reflejo, ¿qué no sería capaz de hacer?

Tercera parte

La nueva vida de Sara León



18

Libre

Esa noche tuve un sueño. Al principio estaba atrapada entre paredes tan estrechas que me apretaban por todos los lados, como un cascarón en el que apenas cabía. Angustiada, sofocada, empujaba contra las paredes en la oscuridad, pero con cada esfuerzo, las paredes se estrechaban más. Hasta que de pronto, se escuchó una voz, una voz confiada y serena, que venía desde fuera:

—¡No te olvides que estás soñando! ¡No te olvides que puedes volar!

Era cierto. Estaba soñando. Y con solo pensarlo, mi conciencia atravesó el muro y pude ver la escena desde fuera: yo seguía dentro de la cáscara, que era una crisálida blanca, pegada al tallo de la orquídea de mi salón. Sibila estaba ahí también, observando. ¿O era yo Sibila? Excepto que entonces volví a ser la criatura dentro de la crisálida, que me llenaba de fuerza y de golpe abría las alas, reventando un muro que resultaba ser fino y frágil. Me bañó la luz del sol, y me vi por primera vez, como realmente soy, iluminada como un ángel, una mariposa batiendo a cámara lenta mis dos enormes alas doradas, que parecían contener toda mi sabiduría cifrada en signos rojizos extraños, espirales, fractales. Sibila se puso a jugar conmigo, alzándose sobre sus patas traseras, tratando de cogerme con sus enormes zarpas, y yo revoloteaba alrededor suyo, engañándola, haciéndola girar sobre sí misma.

—Tenías razón, Sibila, ¡puedo volar! —le gritaba con mi pequeña voz de mariposa.

—Claro que sí, querida —me llegaba la suya, atronadora—. ¡Vuela, vuela!

Y volé. Sobre tejados, calles y jardines, dejándome llevar por una corriente, luego saltando a otra, haciendo mil acrobacias, regodeándome en la pura libertad de movimiento y el poder de mis alas. Sobrevolé toda la ciudad, por encima de mi antigua casa en West Hampstead, junto al edificio de Netscience, a través de Tower Bridge y sobre las aguas del río, hasta introducirme por el canal que atraviesa Camden Town hacia

Regents Park, entre dos calles arboladas. Planeé sobre la superficie ondulada del agua, entre cisnes y libélulas, junto a las hierbas y flores que sobresalían de cada orilla, hasta encontrarme con un barco que me llamó la atención.

Era un barco largo y estrecho, azul y blanco, una curiosa casa flotante para humanos en este oasis acuático de la ciudad. Sobre su cubierta, saltaba un niño pequeño. Era un niño rubio de pelo rizado, con una expresión familiar, que al verme se llenó de emoción. Me acerqué a su mano, revoloteé alrededor de ella, y estuve a punto de posarme en su dedo. Pero me ilusioné tanto, me sobrevino una tal felicidad, que abrí los ojos, y desperté.

Ese lunes de junio comencé mi nueva vida vegetariana. El desayuno, nunca mejor dicho, fue memorable: fruta fresca, tostada con mantequilla y mermelada de fresa. Y, cosa extraña en mí, probé a desayunar sin café. A la hora de comer cumplí mi promesa de volver a Tonino's, donde probé unos espaguetis con aguacate, aceite de oliva, zumo de limón y nueces, y luego me metí en una librería y me compré varios libros de cocina y nutrición vegetariana. Para cenar me preparé una primera receta sencilla que encontré en uno de los libros: un hummus a partir de garbanzos de bote, acompañado de una ensalada fresca. Y todo ello lo disfruté como Sibila me había enseñado, practicando el arte de comer comiendo, sabiendo que nunca echaría de menos la carne, porque en este momento me estaba nutriendo, y disfrutando, con cereales, verdura y frutos. Mi cuerpo no necesitaba más.

Aprendí que era posible cocinar lentejas con hierbas y especias, en vez de chorizo y jamón. Empecé a introducir más frutos secos y cereales integrales en mi dieta. Descubrí el tofu, el seitán, la tahina y la crema de cacahuets. Seguí tomando huevos y lácteos, pero procurando siempre que fueran ecológicos, de granjas que cuidasen el bienestar de los animales. Enseguida comencé a sentirme más sana, con más energía y sobre todo con la conciencia tranquila. Y empecé a mirar a los animales de otra manera. No sé como explicarlo. Quizá la palabra que lo describa mejor sea «complicidad».

Sin embargo, el cambio en mi dieta fue lo de menos. Algo había cambiado en Sara León. Era algo pequeño y sutil, imperceptible desde fuera, pero que para mí lo transformó todo. Empecé a cuestionar la realidad de esa mujer del espejo que me advertía que no podía hacer esto o aquello. Empecé a jugar más, y a trabajar menos. Empecé a creer que podía salir de la habitación cerrada. Más aún. Empecé a sentir que ya estaba afuera, que tenía alas, y que podía volar.

Esa primera mañana de mi nueva vida, apenas terminé el desayuno, decidí que me pondría a escribir. De hecho, no es que lo decidiera. Es que sentí un impulso irresistible de abrir mi ordenador portátil y comenzar ya. Al romper este segundo, larguísimo,

ayuno, escribí en pocos minutos, de un tirón, la primera página de mi historia:

La primera vez que la vi apareció de forma instantánea, como aparecen los genios de las lámparas mágicas, aunque sin humo, ni sonido de arpa, ni necesidad de frotar nada más que mis propias preocupaciones..

Escribí durante media hora. No tenía más tiempo, antes de tener que salir de casa. Pero fueron minutos vividos intensamente. Bien saboreados. Fue escribir, escribiendo. Cuando llegué al final de la página, me levanté de la mesa, electrizada. ¿Qué había hecho? Ahí estaban las palabras, vibrando en la pantalla en negro sobre blanco. Respiré profundamente para celebrar el momento. Cerré la tapa del ordenador. Clac.

Esa tarde, en las oficinas de Netscience, sucedió algo insólito. Yo estaba trabajando sobre un esquema en el ordenador, cuando de pronto llegó Wendy, la chica de recepción, con una caja de galletas.

—¿Y eso? —le pregunté.

—No sé, son galletas artesanas, de Tonino's. Están que te mueres. Alguien las ha dejado en la mesita sin más, junto a la máquina de café.

—¿Quién? —dije yo, haciéndome la inocente.

—Eso es lo bueno. ¡Es un misterio! —dijo ella, arqueando una ceja—. Solo han dejado esta nota, en plan ladrón de guante blanco.

Me mostró un papelito en el que yo, una hora antes, había escrito las siguientes palabras, con cuidado de disfrazar mi letra habitual:

1. *Eat.*

2. *Enjoy.*

3. *Share.*

O sea, «come, disfruta y comparte». Junto a ellas, como firma, el dibujo de una huella de animal que me había quedado muy simpático.

—Parece la huella de un gato, ¿no crees? —dijo Wendy.

—O de una gata —maticé yo, cogiendo una galleta, pegándole un bocado, y saboreándola intensamente—. No sé quién habrá sido, pero espero que no sea la última vez que asome la cola por aquí.

Creo que no había tramado algo parecido desde mi época de monitora de campamentos. Y el efecto de este delicioso misterio sobre los consultores británicos fue el mismo que surtía en chavales de diez años españoles: sorpresa, intriga y muchas risas cómplices. Había nacido el mito de *The Cat*.

De las tres millones de personas que pululan por los túneles subterráneos del metro de Londres, ninguna se percató de la ausencia, a partir de esa tarde, de una de sus usuarias más asiduas. Y sobre la superficie, nadie reparó tampoco en la novedad de una bicicleta recién comprada, de un color dorado-rojizo, que voló como una mariposa, por primera vez y a toda velocidad, desde la City, a lo largo del río entre el puente de Blackfriars hasta el de Wandsworth, y luego hasta Broomhill Road. Pero para la nueva ciclista, una niña de casi cuarenta años que disfrutó con cada pedalada, fue un evento que superó en esplendor y relevancia al matrimonio del príncipe William, una hazaña deportiva mayor que cualquier prueba de las olimpiadas de 2012, una victoria más trascendente que la de Lord Nelson en Trafalgar.

La que sí se llevó una sorpresa ese día fue Ivana Uzelac. Esa tarde escuchó que alguien introducía un sobre por debajo de su puerta. Al abrirlo, se encontró con una carta escrita a mano, que decía así:

Dear Mrs. Uzelac:

Soy su vecina de al lado, Sara. Soy española, pero nací en Londres. Tengo treinta y nueve años y soy escritora, aunque el mundo aún no lo sepa. Vivo con mi gata Sibila. Creo que ya la ha conocido. Es una gata de pelo corto, dorado.

Solo quería disculparme por las molestias que puedo haberle causado por el ruido. Dígame si hay algo más que pueda hacer por usted.

Si necesita cualquier otra cosa, no tiene más que pedírmelo.

Best regards.

SARA

Un rato más tarde, mientras hacía unos estiramientos sobre mi esterilla, escuché que la puerta de la vecina se abría y enseguida asomó la esquina de un sobre bajo mi puerta. Me acerqué y lo recogí. Era pequeño, de color crema. Dentro había un papel doblado en cuatro, sobre el cual estaban escritas unas palabras. Era un inglés poco ortodoxo, pero la letra era la más bella que había visto jamás. Decía así:

Dear Sara:

Gracias por carta. Perdona si soy brusca a veces. Pido perdón a Dios y a Virgen. Tuve accidente. Sufro hiperacusis. No soporto ruido. Todos sonidos para mí son demasiado fuerte. Soy furiosa y no puedo controlar.

El accidente quemó mi cara. Soy desfigurada y no salgo mucho de casa.

También soy escritora, pero de caligrafía.

Tu gata es muy sabia.

Bendita seas.

Al leer la carta, me avergoncé de lo mucho que me había equivocado con esta mujer, del miedo que le había cogido, y de la imagen absurda que me había hecho de ella. Sibila tenía razón. La realidad aquí tenía poco que ver con mi forma de verla.

Sentí entonces que mi corazón se expandía, porque acababa de acoger no solo a Ivana, sino a muchas más personas, desconocidas, a las que nunca más juzgaría a primera vista. Incluso comenzaba a abrirse a algunas más cercanas, hacia las cuales llevaba mucho tiempo cerrado.

—¿Sí?

—Hola, Álvaro.

—Ah. Hola, hermanita. Te paso a papá.

—No, no... espera. Quería hablar contigo.

—¿Y eso?

—Escucha, Álvaro, quería pedirte disculpas. Creo que últimamente me he portado mal contigo. O sea, cuando digo últimamente... en fin, desde hace bastante tiempo.

Hubo un silencio en la línea.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, Sara. Te escucho.

—Tienes razón en algunas de las cosas que dices. Tú... te has encargado de apoyar a papá en estos años y yo he estado muy lejos de casa, distante de todo, metida en mi mundo, siempre ocupada... No estaremos de acuerdo en muchas cosas, pero eres tú el que estabas ahí para tomar las decisiones. No tengo derecho a criticarte.

—Fffff. Bueno, tampoco te pases, Sara. Yo... sé que he sido un desastre. Te tenía que haber dicho lo que estábamos haciendo con la hipoteca de la casa. No ha sido uno de mis mejores momentos.

—Bien, en eso estamos de acuerdo. —Me alegraba que al menos lo reconociera—. No ha sido uno de tus momentos estelares.

—Más o menos —dijo Álvaro, comenzando a reír— como cuando solté el freno de mano de *Rocinante II*, en la cuesta esa en Portugal.

Me vino a la cabeza la imagen de ese momento de terror, con la autocaravana ganando velocidad en marcha atrás hacia un acantilado impresionante. Todo en el interior del vehículo temblaba y saltaba, mapas y vasos de plástico y fichas de dominó cayendo al suelo por el movimiento y la inclinación, mis padres sobresaltados en su siesta, precipitándose desde la cama de arriba medio desnudos, gritando. Y ahí tuve mi gran momento de heroína a los doce años, tirando de la palanca con todas mis fuerzas hasta conseguir detener la inercia terrible del vehículo. Quedamos a un metro de perder la vida los cuatro. Creo que fue el origen de mi fobia a las alturas.

—Sí, más o menos. —Reí.

—Gracias por volver a salvarnos, hermanita...

—De nada —dije yo—, qué remedio.

Entonces Álvaro comenzó a hablarme sobre la planificación de la mudanza. Pero mi cabeza ya estaba en otro lado, porque me acababa de poseer una idea absurda, grandiosa, quijotesca.

—Oye, Álvaro, ¿lo habéis vendido ya? —le interrumpí con urgencia.

—¿El qué?

—*Rocinante II*.

—Pues no. Han venido un par de personas a verlo, pero es que la carrocería da muy mala pinta, y tampoco he tenido tiempo de limpiarlo bien por dentro. Yo creo que no nos van a dar más de tres mil euros por él. Y si no se interesa alguien pronto acabaremos teniendo que llevarlo al desguace, porque en el nuevo barrio no tendremos donde aparcarlo.

—Pero ¿el motor de verdad es fiable?

—Yo que sé. Si se lo preguntas a papá, te dice que está como nuevo. Yo de mecánica no entiendo. Habría que probarlo.

—¿Lo hacemos?

—¿El qué? ¿Probarlo?

—¿Nos vamos de viaje?

—¿Eh?

—A los Picos. ¡A Fuente Dé! —Se me pusieron los pelos de punta al decirlo.

—¿Lo dices de verdad?

—Pues claro. Después de la mudanza. Me había reservado una semana para hacer el Camino de Santiago, pero se me ocurre que este plan es mucho mejor. ¡El último viaje de *Rocinante II*!

—Pero ¿tú crees que papá aún...?

—Es su sueño. Lleva años diciéndolo. Y nos podemos turnar entre los tres para conducirlo. ¡Basta que tengas cuidado con el freno de mano!

—Ja, ja, muy graciosa.



El último viaje de *Rocinante II*

Dos semanas después, aterricé en el aeropuerto de Barajas con una maleta y, por primera vez en casi cinco meses, sin mi querida gata. Intenté convencer a Sibila de que se viniera conmigo de viaje. Me hubiera encantado tenerla a mi lado. Pero se negó rotundamente.

—Volar es para los pájaros —sentenció—. Yo me quedo aquí, en mi territorio.

Si mudarme de mi casa de Londres había sido difícil, esta segunda mudanza me costó aún más. En el coche, de camino a Mirasierra por la M-11, mi padre me contó que además de la infinidad de trastos, muebles y enseres de los que ya se habían deshecho, había vendido la mitad de su biblioteca personal, que ocupaba buena parte de las paredes de la casa, a Luismi, un amigo suyo que se dedicaba a la compraventa de libros usados.

—¿Y sabes qué te digo? —me animaba, y se animaba—. ¡Que mejor! Porque así he seleccionado los que más me interesan. Me he quedado con los libros de poesía de tu madre, los que tienen dedicatoria, y los que realmente valen la pena. Total, tampoco me queda vida para leerme todos, y además, yo ya he llegado al punto en el que prefiero releerme los clásicos. Shakespeare, Cervantes, Dante, Tolstói, Platón... no te creas que hacen falta muchos más.

—Sí, pero Luismi te podía haber dado algo más que quinientos euros por todo lo que se ha llevado —se quejó Álvaro, mientras cogía la salida de Herrera Oria.

—Bueno, Álvaro, él también tiene que venderlos. Ya sabes cómo está la cosa ahora mismo. Y peor, cómo va a ponerse. Menos mal que yo ya no me tengo que preocupar de esas cosas. Yo de negocios no quiero saber nada más.

Le di la enhorabuena a mi padre por haber conseguido separarse de sus preciados volúmenes, que durante tantos años había coleccionado, ordenado, clasificado y mimado. Pero sentí un escalofrío al entrar por la puerta de casa y ver con mis propios

ojos las estanterías del salón, del estudio y de los pasillos, medio vacías y polvorientas. Peor aun fue presenciar cómo a la mañana siguiente llegó el equipo de profesionales y se puso a desarmar, con tanta prisa que venían ganas de frenarles y preguntarles que qué diablos se creían que estaban haciendo, el decorado en el que habíamos crecido Álvaro y yo, dejando sombras pálidas en las paredes donde antes colgaban fotos y cuadros, empaquetando la cristalería, enrollando alfombras, desmontando sofás, llevándoselo todo en cajas hasta el enorme camión que aparcaron fuera de la puerta. Cuando nos dimos la última vuelta por las salas vacías y saqueadas de nuestra casa, que retumbaban de forma extraña con los pasos, y por el jardín con la piscina vacía y el trampolín roto, a los tres nos dio la sensación, sin necesidad de decirnos nada, que abandonábamos aquí el espíritu de mi madre.

Menos mal que aún nos quedaba *Rocinante II*. Porque el camión de mudanzas lo acompañamos, con nuestras últimas cajas y maletas, en nuestra querida autocaravana, que no solo arrancó sino que daba la impresión de estar en excelente forma. Y era imposible no animarse en ese viejo armatoste. Salimos de Mirasierra metiendo un escándalo tremendo, mi padre pitando con el potente claxon del Volkswagen y todos gritando nuestros adioses por la ventanilla.

—Bah, nunca pintamos nada aquí —sentenció mi padre, frotándose la barba blanca, según salimos de la zona residencial—. Fue vuestra madre la que insistió en venir a este barrio, porque le recordaba a las casas inglesas con jardín. ¡Pero siempre fue un barrio de pijos!

Dedicamos cuatro o cinco días a desembalar, montar los muebles que faltaban, organizar las cosas, limpiar y dejarlo todo listo para la nueva vida de mi padre y de Álvaro. Viéndoles trabajar juntos a los dos, me fijé por primera vez cuánto se parecían, o cuánto se iban pareciendo con el paso de los años. Álvaro estaba comenzando a echar la misma tripa, y aunque nunca se había dejado barba, a los treinta y cinco años seguía con coleta. Con la edad también iba adquiriendo el mismo estilo pánfilo y tranquilote de mi padre.

Yo aproveché también la semana para quedar con cada una de mis tres mejores amigas por separado, y luego una noche montamos una cena en casa de Vero para comentar en detalle todo lo ocurrido en estos últimos meses. Estaban impresionadas conmigo: con mi nueva novela, con mi dieta vegetariana, con mis ejercicios de yoga y meditación, con la relación epistolar que había iniciado con mi peculiar vecina Ivana. Vero casi se asustaba de que se me hubiera ido un poco la cabeza tras la ruptura con Joaquín. Y eso que no me atreví a contarle lo de mi verdadera maestra; ya lo leería en mi novela, si es que la publicaba algún día.

Finalmente, tras firmar ante notario la venta de la casa el último día, la familia León nos dispusimos a partir hacia Fuente Dé. El viaje comenzó con un madrugón importante,

no tanto porque realmente temiéramos mucho tráfico en la carretera, sino por tradición. Al salir a la carretera de Burgos con el viejo y querido *Rocinante II*, Álvaro al volante, mi padre a su lado y yo en la primera fila de atrás, me pareció que viajábamos en el tiempo.

Mi hermano había encontrado un montón de cintas de música de la época guardadas en uno de los armarios de plástico de la autocaravana, y algunas de ellas milagrosamente aún podían escucharse. Así pudimos cantar temas de Perales, de Aute, de Mina, de Georges Brassens, de los Beatles, los Pink Floyd y hasta los Machucambos.

Fueron unos días maravillosos en los que me pude olvidar de todo mientras recorríamos algunos de los lugares míticos por los que solíamos pasar. El primer día nos paramos en la ciudad de León, como acostumbrábamos a hacer siempre por aquello del apellido, a pesar de que no teníamos constancia alguna de que nuestra familia proviniera de ahí. Comimos en un restaurante de su elegante Plaza Mayor, y luego seguimos casi hasta Asturias para dormir junto al Embalse de los Barrios de la Luna, con vistas al enorme puente que lo cruza y que estrenamos casi veinte años atrás. Luego pasamos un par de días por la costa asturiana, bañándonos y tomando el sol en esas playas maravillosas entre Naves y Andrín que tanto gustaban a mi madre.

Cada día alguien recordaba una de nuestras mil anécdotas de viaje en España, en Portugal, en toda Europa e incluso en el norte de África. La vez que nos invitaron a una boda en un pueblo marroquí y mi padre se coló en la celebración de las mujeres porque, según decía, la de los hombres era mucho más aburrida. La avería que nos pilló en la ciudad francesa de Le Mans justamente el día de la carrera de las 24 horas, y los problemas que tuvimos para encontrar un mecánico en medio del evento. Un accidente leve que tuvimos en Italia que parecía que se habían matado dos o tres, hasta que resultó que lo que parecía sangre era la salsa de tomate que llevaban sobre el regazo.

Finalmente nos adentramos en la montaña, pasando por Panes, Potes, y todos los demás pueblos que indicaban que se acercaba nuestro destino. Según nos fuimos aproximando a Fuente Dé, nos volvimos menos habladores y más pensativos. Durante el último tramo, una carretera estrecha que serpenteaba por un desfiladero con caídas vertiginosas, permanecimos en silencio. Cuando finalmente entramos en el valle y nos acercamos al camping, pudimos comprobar que mientras en el mundo exterior habían caído las Torres Gemelas y había nacido internet, ahí en el corazón de los Picos todo seguía igual. Ahí estaban los majestuosos farallones del Circo de Fuente Dé, una pared de piedra sobrecogedora. Ahí estaba la zona de acampada, un verdadero bosque de árboles frondosos. Justo como lo recordábamos.

Al llegar a la entrada del camping, aparcamos a *Rocinante II* junto a la caseta de recepción y apagamos el motor. Mi padre golpeó un par de veces el salpicadero con la palma abierta, diciendo:

—Bravo, *Rocinante*.

Abrimos las puertas y salimos de la autocaravana, sobrecogidos por la vista y por el

aire puro de montaña. Habíamos llegado.

Con lo que no habíamos contado es que *Rocinante II* nunca volvería a arrancar. Se quedó parado en la entrada del camping, y el dueño, Rafa, que era buen mecánico, al cabo de una hora inspeccionando el motor lo declaró muerto. Sin embargo, como podía aprovechar el interior y alquilarlo a sus huéspedes, nos dio quinientos euros por él, para financiar nuestro viaje de vuelta en autobús y tren. Mientras tanto lo remolcó hasta un buen espacio en la sombra de unas hayas, y ahí pasamos los tres días que nos quedaban.

Durante el día, Álvaro y yo nos dimos largos paseos por la zona, mientras que mi padre se quedaba en el camping leyendo y trapicheando con los libros que se había traído para la ocasión, como en los viejos tiempos. Incluso intentaba buscarme novio con sus artes de vendedor.

—Ya te he encontrado otro, Sara. Es de Pamplona. Buena gente. Ha leído a Kundera. Le he hablado de ti.

—Papá, ¡por favor!

—Y por cierto, es bastante guapo. No tanto como tu padre, pero no está nada mal el chico.

—¡No he venido para ligar!

Aunque en realidad, sí que empezaba a echarle el ojo a alguno de los escaladores que se paseaban hacia los baños del camping en pantalones cortos y camiseta.

Para mi hermano y yo, era la primera vez en muchísimos años que pasábamos tantas horas juntos, los dos solos. Quizá desde la última vez que estuvimos aquí. Cada día recorríamos un camino distinto, y el último día me enfrenté a mi vértigo y nos subimos con el teleférico a la zona de alta montaña para pasear por sus prados, rodeados de picos y enormes rocas de granito.

Mi padre tenía razón. No sé si era por nuestra conversación telefónica, por la nostalgia de esos viajes de nuestra juventud, o por la propia magia del lugar, pero se había desvanecido la tensión que habitualmente nos separaba a Álvaro y a mí. Solo que ahora no sabíamos qué decirnos. Empequeñecidos por el panorama, entre rocas descomunales, caminábamos en silencio, o nos refugiábamos en recuerdos del pasado y las necesidades del momento: la dirección que tomar, el momento de pararse a descansar, la cantimplora, los prismáticos.

Tras varias horas de caminata, volvimos a un cruce en el camino, donde un hombre mayor con una pequeña furgoneta vendía tarjetas postales y algo de comer y beber. Le preguntamos cuánto quedaba para el teleférico y nos dijo que estaba a cinco minutos.

—¿Qué hora es? —me preguntó Álvaro.

Miré el reloj y vi que aún eran las siete y media. El teleférico cerraba a las ocho.

—Tenemos veinte minutos. ¿Nos quedamos un rato a ver las vistas?

Nos colocamos cerca del borde del precipicio, ante una vista espectacular de picos. No demasiado cerca, porque para sufrir de vértigo ya me iba a bastar con la bajada en teleférico. Dejamos las mochilas en el suelo y nos tumbamos sobre el prado.

Al cabo de unos minutos, Álvaro me preguntó:

—Bueno, hermanita, ¿qué tal estás? Después de lo de Joaquín, quiero decir.

—Mejor —dije, mirando hacia el hondo vacío delante de mí—. Ahora, mucho mejor. Al principio lo pasé fatal, había perdido demasiadas cosas todas a la vez. Y lo peor fue perder la confianza en la persona a la que más quería. Al perder eso, se me acabó también la fe en todo y en todos.

—Ya, claro —dijo él, y tras un largo silencio, añadió—: Oye... que siento haber sido tan brusco contigo cuando me lo contaste. Estaba muy tenso con todo lo que estaba pasando con la librería, y...

—Lo sé Álvaro, no pasa nada —le dije, mirándole a los ojos—. Pero gracias por decírmelo.

Estuvimos otro rato contemplando los colores del atardecer. El sol ya se había puesto detrás de la montaña, y su luz ahora teñía algunas pequeñas nubes de un rojo anaranjado.

—¿Y tú? —le pregunté—. ¿Cómo estás?

Álvaro se abrazó las piernas y suspiró.

—Pues no muy bien, la verdad. No sé qué estoy haciendo con mi vida.

—Bienvenido al club —dije yo.

—No me digas eso, hermanita. Tú siempre has sabido lo que hacer. El desastre oficial soy yo.

—No te creas. Mi vida también ha sido bastante desastrosa en los últimos años, y no por culpa de Joaquín, sino por la mía. Con mi relación, con mi trabajo, con mis prisas. Había perdido mi camino. Ahora estoy intentando recuperarlo.

—Pues si crees que tu vida es un desastre, no sé qué tendré que pensar yo de la mía. No he hecho más que equivocarme. Nunca acabé la carrera, y ahora con el cierre de la librería me quedo sin trabajo. ¿Qué voy a hacer ahora? Si se te ocurre alguna idea, soy todo oídos...

¿Qué decirle? ¿Qué hubiera dicho Sibila? No recordaba la última vez que mi hermano pequeño me hubiera pedido consejo.

—¿Sabes qué, Álvaro? Tengo una amiga muy sabia que dice siempre que lo mejor es olvidarse del pasado y del futuro, y quedarse con lo único que hay, que es el presente. Y ahora mismo, aquí en Fuente Dé, creo que finalmente estamos haciendo algo bien los dos.

—Tu amiga sabia, ¿eh? Me gusta. A ver si me la presentas algún día. ¿Está buena?

—Pues sí, a su manera... digamos que es una tipa bastante sensual. Pero olvídate, ella tiene otros gustos.

—Claro, demasiado sabia para mí. Por cierto, y volviendo a lo del presente, ¿qué hora es?

—Las siete y media.

—Ah, vale —dijo.

De repente, a los dos nos dio un vuelco al corazón.

—¡Cómo que las siete y media! —Álvaro se puso en pie de un salto.

—¡Ay, Dios! —dije yo, levantándome a toda prisa y recogiendo la mochila—. Se me debe de haber parado el reloj justo ahora.

Salimos corriendo campo a través, todo lo rápido que pudimos, bajo un cielo que se iba oscureciendo por momentos. Pero cuando llegamos a la caseta del teleférico, la encontramos vacía, cerrada y en silencio. Nos paramos y estuvimos un minuto entero contemplando los gruesos cables metálicos que descendían hacia el valle, y que zumbaban levemente con el viento.

—¿Qué hacemos ahora? —dije yo—. ¡No podemos quedarnos aquí toda la noche!

La temperatura estaba descendiendo rápidamente. No teníamos más que unos chubasqueros para el frío.

—Vas a tener razón, hermanita. Tú también puedes ser un desastre. ¿Cómo se te puede parar el reloj justo ahora?

—¿Y qué hacemos?

—Pues mi móvil no da cobertura. Como no encontremos a algún grupo de escaladores con tiendas de campaña... ¡Espera! El tipo de las postales. Igual aún está por ahí.

Nos echamos una segunda carrera desesperada, hacia el cruce, temiendo encontrárnoslo tan vacío como la estación del teleférico.

Sin embargo, al remontar la colina vimos el camión, la mercancía ya cargada y cubierta con una lona azul.

—¡Eh! —gritamos los dos, agitando los brazos sobre la cabeza—. ¡Espere!

El hombre nos oyó y se bajó del diminuto vehículo, en realidad poco más que un triciclo motorizado con una zona de carga. Al acercarnos vimos que había otra persona en la cabina con él, que resultó ser su mujer. Cuando le explicamos la situación, nos dijo:

—Me gustaría ayudaros, hijos, pero ¿cómo hago? Aquí solo hay espacio *pa' dos*. Atrás va todo lleno...

Dimos la vuelta a la furgoneta y comprobamos que efectivamente iba todo a presión. No cabíamos.

—Tiene que haber alguna forma —dijo Álvaro—. Espere, ¿y si nos colocamos así, sobre la puerta?

Álvaro se montó sobre la parte trasera del minicamión, sentado sobre una puerta metálica baja, apoyado contra las cajas de botellas de refresco y de chocolatinas, agarrándose a la lona y a la puerta con las manos, y con un pie apoyado en una pequeña repisa. El hombre le miró sin decir nada, con una expresión escéptica.

—Álvaro, ¿estás loco? —le pregunté.

De ninguna manera me iba a subir ahí. Me imaginé, nítidamente, la escena de esta latita con ruedas bajando a todo motor junto a precipicios verticales por un camino de cabras, y nosotros botando en la parte de atrás con peligro de caer al vacío en cada momento. Ya sentía el vértigo.

—No te preocupes, Sara —dijo él, tratando de mostrarme lo bien que se iba en su precario asiento—. Se puede hacer.

—Yo no me pongo ahí. De ninguna manera.

—Tranquila, Sara. Venga, sube.

—¡Que no!

—Claro que sí. Venga, mótate. Si luego vemos que es demasiado peligroso, nos bajamos. Pero vamos a intentarlo.

—Decídanse ustedes —dijo el hombre volviendo a la cabina—, que yo tengo que ir bajando.

El pánico me tenía confundida, y lo sabía. Casi podía oír a Sibila diciéndome que no me olvidara de respirar. Traté de llevar la atención al cuerpo agotado, a mis pies doloridos, y a la tierra debajo de ellos, al color azulón del firmamento, a las primeras estrellas, a las sombras de los picos, al aire frío, a mi mente agitada, al miedo, al presente.

Miré a mi hermano, le miré a los ojos. Y entendí que en este momento, aquí y ahora, me estaba pidiendo que le diera mi confianza, mi respeto por su criterio, la oportunidad de demostrar que él podía sacar a su hermana mayor del desastre que ella había provocado. Me lo pedía él y me lo pedían las montañas. Me lo pedía el momento.

—Eso es —me dijo, cogiéndome de la mano.

Me coloqué como pude, intentando controlar el terror, y agarrándome con fuerza a la fría puerta metálica y a la lona de plástico.

Arrancó el motor y comenzamos a movernos. Aquello temblaba como un terremoto. Mi corazón batía a mil por hora. Creía morir del vértigo anticipado. «No te caigas del barranco antes de caerte», me habría dicho Sibila. «No te caigas del barranco antes de caerte», me repetía yo. «No te caigas...»

—Ayer se fueee... —me gritó Álvaro sobre el estruendo del motor, de la fricción de la goma sobre las piedras, y de la mercancía que chocaba en el interior.

—¿Qué? —grité de vuelta, pensando no haber entendido.

—Tomó sus cosas y se puso a navegaaar...

Estaba cantando. Era la canción de José Luis Perales, una de las que acostumbrábamos a cantar en carretera.

—Una camisa, un pantalóoon vaquero, y una canción. ¿Dónde iráaaa? ¿Dónde iráaaa?

Cantaba con la tranquilidad de un marinero agarrado al mástil de su barco durante un temporal. Menudo personaje, mi hermano. Al final, consiguió hacerme sonreír, y acabé

uniéndome a la canción:

—Se despidióooo, y decidió batirse en duelo con el mar, y recorrer el mundo en su velero, y navegaaaar, nai, na, na... ¡navegaaaar!

Al final, y como tantas otras veces, el miedo resultó exagerado. El camino de vuelta al valle no bajaba al borde del precipicio como me había imaginado, sino que daba una vuelta más larga por pendientes suaves entre prados en los que pastaban las vacas, con vistas a un mar aún iluminado por la última luz del día. Eso sí, llegamos al camping mareados y exhaustos, y con los brazos agarrotados de tanto aferrarnos al camión, el culo deformado de botar sobre el borde de la puerta.

Cuando nos vio mi padre, que estaba leyendo a Proust sobre una silla plegable junto a *Rocinante II*, se echó a reír.

—¿Dónde habéis estado? ¡Que parecéis hechos de arena!

Miré a Álvaro a la luz de las farolas del camping y me di cuenta de lo que decía mi padre. Estaba totalmente cubierto de polvo arenoso, desde las botas hasta las gafas y el pelo. Exploté de risa y él también, porque yo debía de tener el mismo aspecto. Nos dio tal ataque de risa, y estábamos tan agotados y tan contentos de haber concluido felizmente la aventura, que acabamos los dos tirados por el suelo, ante la incompreensión de mi padre.

Esa noche, después de una ducha gloriosa, y una divertida cena rememorando la anécdota de la tarde, me di un paseo corto, más allá de las luces del camping. Llegué hasta un claro en el que se veía todo el cielo estrellado, con la vía láctea surgiendo de la sombra negra de la montaña como una cascada de agua luminosa. Me daba la impresión de flotar en medio del universo. De hecho, como sin duda me hubiera recordado Sibila, efectivamente flotaba en medio del universo.

Estuve un rato mirando por la ventana del cielo hacia el infinito. Y entonces recordé a mi madre. ¡Cuánto disfrutaba con las noches como esta! «Disfrutad, polluelos —solía decirnos—. Llenaos los ojos de belleza.» Y se fumaba un cigarrillo echada en la tumbona como una reina. O sacaba un libro de poesía de la autocaravana y nos encandilaba con las palabras de Walt Whitman o Miguel Hernández.

En realidad, de alguna manera, todo este viaje era un tributo a mi madre. Fue su amor por la naturaleza el que conseguía sacar a mi padre de la ciudad, su deseo de libertad el que inspiró la compra de los sucesivos *rocinantes*, y su intuición la que escogía siempre los recorridos, los destinos, los momentos de pararse y de seguir adelante. Este último viaje de nuestra vieja autocaravana era un peregrinaje por uno de sus itinerarios favoritos, hasta su lugar más querido. Un homenaje.

Sin embargo, apenas la habíamos mencionado. Cuando salía en la conversación, o cuando algún detalle nos hacía recordarla con especial intensidad, nos callábamos. Ahora, en el silencio de la noche, la buscaba entre las estrellas.

Me vino a la cabeza una conversación que había mantenido con Sibila una semana antes. Era la primera noche de verano en la que hacía calor en Londres, y la gata me invitó a su tejado, a través del tragaluz. No me atreví a salir del todo, pero sí saqué la cabeza y apoyé mis brazos sobre las tejas, para poder observar las luces de la ciudad, y el cielo sobre la ciudad. En un momento de la conversación, Sibila citó el hecho de que los antiguos egipcios enterraban a veces a sus gatos junto al difunto, y entonces se me ocurrió preguntarle a Sibila qué opinaban los gatos sobre la vida después de la muerte.

—Mmm —gimió la gata—. Os complicáis mucho los humanos con ese tema. La realidad es mucho más sencilla. Al mismo tiempo, las palabras de todos los idiomas humanos no bastarían para explicarla.

—Pero entonces ¿a los gatos os parecen falsas las creencias sobre el paraíso, la reencarnación, los espíritus...?

—El problema no son estas creencias de los humanos sobre la vida después de la muerte. El problema es más bien vuestra creencia en la muerte.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo no voy a creer en la muerte? Todo muere. Una planta, una gata, una humana. Al final todos vamos desapareciendo. Mi madre estuvo y ya no está aquí.

—Claro que tu madre está aquí. En el universo nada desaparece, igual que nada aparece. Hay lo que hay. Pero lo que hay, eso sí, va cambiando de forma. Esta gigantesca ciudad hace no tanto fue un pequeño pueblo, y antes de eso aquí había solo bosques. Algún día la ciudad entera volverá a desaparecer. Y sin embargo la materia que compone sus edificios, puentes y carreteras seguirá existiendo, como existía antes de que los romanos colocaran las primeras piedras aquí.

Sibila se subió hasta el vértice del tejado y vi su silueta negra recortada contra el fondo de estrellas. Desde ahí siguió su discurso:

—Aunque no lo parezca, el planeta se mueve a una velocidad vertiginosa por el espacio, y en cada mota de polvo hay universos enteros en movimiento. Siempre, y sin excepciones, todo cambia, se mueve, gira, baila. Lo cual, visto de otra manera, sí tiene una cierta magia. De la estrella nace un planeta. Del planeta, la tierra y el agua. De la tierra y el agua, brota un árbol, el vuelo del pájaro y el canto del lobo. Pero luego llegan los humanos con su ciencia y proclaman que la estrella y el planeta están muertos, que la tierra no tiene vida, que el agua es materia y no espíritu. ¿Qué significan estas palabras? La tierra de la que brotó el fruto que ahora es parte de ti, ¿no estaría ya viva? Cuando tu cuerpo se desintegre, y vuelva al viento, al río, a la tierra, a convertirse en flor o escarabajo o, si tienes suerte, gata, ¿no seguirá vivo?

Sibila se bajó del vértice y llegó hasta donde me encontraba yo.

—Pero en fin —concluyó—, no vale la pena darle muchas vueltas. Respira, siente, observa. Todo lo que necesitas saber está ahí.

En esa primera noche veraniega de Londres, no llegué a entender lo que Sibila quería decirme. Quizá nunca fuera su intención. Quizá pronunciara aquellas palabras para que

yo las recordara aquí en Fuente Dé, rodeada de árboles, pájaros y lobos, bajo este cielo que me mostraba medio universo de un vistazo.

Respiré. Dejé que la luz multicolor de las estrellas lloviera sobre mí, tras su largo viaje por el espacio. Y sentí a mi madre conmigo. En la luz y en la oscuridad. En el aire y en la tierra. En la sabiduría de la gata. En mí.

Entonces me arrebató una necesidad urgente de volver a la zona de acampada. Había tenido una idea. Un antojo romántico. O quizá simplemente un deseo que mi madre, en mí, quiso expresar.

Mi padre y Álvaro se acababan de servir un whisky bajo las estrellas.

—¡Os pillé! —les dije.

—¿Quieres uno? —preguntó Álvaro.

—Vale, pero el brindis lo propongo yo.

Me sirvieron una especie de copa, en vaso de plástico rojo de los años ochenta, mientras yo buscaba en mi *smartphone* unas palabras mágicas que habían hechizado tantas veces a mi madre, y a través de su voz profunda, a nosotros. Me erguí como hacía ella, y me imaginé con un cigarrillo en la mano. Comencé a leer de la pantalla iluminada, en voz alta:

*Los álamos de plata
se inclinan sobre el agua,
ellos todo lo saben, pero nunca hablarán.*

Bastaron estas primeras palabras para llenar de lágrimas los ojos de Álvaro y de mi padre. Esta poesía de Lorca nos la había leído mi madre, aquí mismo, años atrás. Con sus versos, la estaba invocando, y ahora el misterio de su muerte y de su presencia se añadía a todo aquello que los álamos callaban. Se me quebraba la voz. Pero la siguiente reflexión del poeta me dio fuerzas para seguir:

*El lirio de la fuente
no grita su tristeza.
¡Todo es más digno que la Humanidad!*

Me di cuenta de que nunca había entendido esta poesía hasta ahora. Después de haber sufrido y perdido, de haberme quejado y llorado, de haberme confrontado con la sabiduría y la dignidad de la naturaleza en la forma de una gata que sin duda estaría orgullosa de mí.

*La ciencia del silencio frente al cielo estrellado,
la posee la flor y el insecto no más.*

*La ciencia de los cantos por los cantos la tienen
los bosques rumorosos
y las aguas del mar.
El silencio profundo de la vida en la tierra,
nos lo enseña la rosa
abierta en el rosal.*

Habíamos venido hasta Fuente Dé para esto. Los tres lo sabíamos. Pero nadie se había atrevido a proponerlo, ni siquiera a imaginarlo, hasta ahora.

*¡Hay que dar el perfume
que encierran nuestras almas!
Hay que ser todo cantos,
todo luz y bondad.
¡Hay que abrirse del todo
frente a la noche negra,
para que nos llenemos de rocío inmortal!*

Sentí que finalmente lo estaba haciendo. Estaba aprendiendo el arte de amar del que me había hablado Sibila. Comenzaba a crecer, a ser mayor, a volver a mi camino, a convertirme en mí misma, a florecer.

*¡Hay que acostar al cuerpo
dentro del alma inquieta!
Hay que cegar los ojos con luz de más allá,
a la sombra del pecho,
y arrancar las estrellas que nos puso Satán.
¡Hay que ser como el árbol
que siempre está rezando,
como el agua del cauce
fija en la eternidad!*

Mi padre me cogió la mano entre las suyas y comenzó a acariciarla suavemente.

*¡Hay que arañarse el alma con garras de tristeza
para que entren las llamas
del horizonte astral!*

Estaba con mi madre. Y sabía ya que nunca me abandonaría. Porque tal cosa no era posible. Estaba aquí, conmigo, ahora y siempre, como las estrellas que, se vean o no, siguen girando alrededor de nuestras vidas.

*Brotaría en la sombra del amor carcomido
una fuente de aurora
tranquila y maternal.
Desaparecerían ciudades en el viento.
Y a Dios en una nube
veríamos pasar.*

Dejé el móvil sobre la mesa junto a los tres vasos sin tocar. Mi padre se levantó y me abrazó, y Álvaro también se acercó para abrazarnos a los dos, bajo las estrellas que giraban desde el principio de los tiempos para acoger este momento.



20

Felina

Cuando volví a Londres, me llevé conmigo el misterio de Fuente Dé. Cada mañana, después de sonar el despertador, me sentaba veinte minutos para observar la respiración, y a través de la respiración, el momento presente. Ahora sabía que esta práctica era más, mucho más, que una simple higiene mental. Era entrar en contacto con la realidad, con esa realidad que había experimentado bajo las estrellas en los Picos de Europa. La realidad cambiante y eterna que no puede reducirse a las palabras humanas. La realidad milagrosa de mi existencia física, mi materia espiritual, mi energía animal. La realidad de mis pequeños problemas e ilusiones frente a la enormidad del universo. Día a día, se iba despertando una parte de mí que se sentía infinitamente digna, libre, poderosa, sabia, bella; en una palabra: felina.

Esta es la Sara que disfrutaba como una gata con su desayuno y sus actividades de acicalamiento, y que luego dedicaba media hora a escribir, a jugar a ser escritora, y por lo tanto a *ser* escritora, más allá de lo que hacía para pagar sus facturas. Y que luego recorría la ciudad, junto al río, en bicicleta, sintiendo la fuerza y la vitalidad de su cuerpo en movimiento.

En Netscience, The Cat seguía haciendo de las suyas, casi a diario. Mientras que Sara, alter ego inocente de este misterioso y cada vez más célebre personaje, sorprendía a todos con su buen humor, su trabajo creativo y su liderazgo en las reuniones —por no hablar de un nuevo corte de pelo de media melena, un poco despeinado, y con reflejos rojizos—, en las pizarras de las salas de reuniones comenzaron a aparecer pintadas con mensajes crípticos («No te olvides de respirar»), citas divertidas y garabatos simpáticos, siempre firmados con la huella felina. Un día Lise Anderssen, una directora de cuentas sueca muy eficiente pero muy seria, se encontró con un espectacular mazo de flores

sobre la mesa. Nunca se le había visto sonreír así desde que entró en la empresa. El mazo venía junto con la huella gatuna y una hoja de papel en la que estaba escrito:

1. Disfruta de estas flores durante 15 minutos.
2. Pásaselas a alguien a la que quieras agradecer o felicitar por algo, o sin más, ¡para ver qué cara pone!
3. Pídele que haga lo mismo.

A lo largo del día las flores viajaron por toda la oficina, incluido el departamento de finanzas, creando mucho cotilleo, momentos tiernos y también escenas divertidísimas, como cuando Grey le entregó el mazo, arrodillado, al jefe de ventas, con el que siempre discutía.

En otros casos The Cat golpeaba por email, siempre desde la dirección *thecat@officecat.com*. Por ejemplo, convocaba a grupos aparentemente aleatorios de personas a juntarse a la hora de comer para un picnic en el parque, con invitaciones como esta:

Hoy ha salido el sol. Es el momento de salir, de juntarse con gente maja y celebrar la vida. Por lo tanto, quedas convocado a las 12.30 en la entrada. Si por algún motivo no puedes acudir a la cita, regala esta invitación a la persona más cercana.

Evidentemente, Sara León figuraba entre los invitados del primer grupo, y mientras disfrutábamos de nuestros sándwiches en los jardines de la catedral de Saint Paul's, me divertí mucho debatiendo con la gente algunos de los misterios de The Cat: ¿Quién podía ser? ¿Por qué había convocado a estas personas y no a otras? ¿Cuál sería su siguiente golpe? ¿Qué pensaría Anne Wolfson de todo esto?

Además de los grupos de picnic, The Cat comenzó a convocar a grupos para sesiones relámpago de «Cat yoga» en la sala multiusos. O para una competición de aviones de papel en el pasillo. O para dar una ovación de aplausos a alguien por un trabajo especialmente bien hecho. Y lo mejor es que comenzaron a llegar emails a *thecat@officecat.com* con sugerencias para más iniciativas de este tipo. El propio Grey, que con todo esto estaba recuperando un poco de su viejo brío, propuso un par de ideas, entre ellas la celebración de un *Pirate Day* en el que pudiera lucir su querido disfraz y vacilar con el retrato de su supuesto tatarabuelo. The Cat no tardó en hacer su sueño realidad, convocando a toda la empresa a tan curioso evento, y nombrando a Captain Greybeard anfitrión de la jornada.

Solo una vez me pillaron con las patas en la masa. Acababa de colocar un plato con galletas y un bote de Nocilla (o más bien Nutella, que es la que se conoce en Inglaterra) sobre la mesa de una sala de reuniones en la que se iba a celebrar un encuentro con un

cliente nuevo. Justo estaba dibujando la célebre huella sobre la galleta, con la propia crema de chocolate, cuando entró en la sala Phil, un técnico de sistemas que traía un proyector y unos altavoces para la reunión.

—¿Qué haces? —me preguntó, mirando el curioso despliegue sobre la mesa.

Tenía la respuesta bien preparada.

—Me ha llegado esta mañana una misión de The Cat.

—¿Misión? ¿Ahora encarga misiones?

Se veía que la idea le había encantado. No dudó ni un momento de mi respuesta. Y me aseguré que fuera él uno de los primeros en recibir una nueva «misión»: preparar esos mismos altavoces para proyectar un recibimiento musical, un tema triunfal de la banda sonora de *El Señor de los Anillos*, a un grupo de ventas que volvía de una reunión importante en Bruselas.

A mi vuelta de España, Sibila ya no me hablaba como antes. Debía de haber decidido que ya no necesitaba decirme tanto, al menos con palabras. A veces me parecía entender alguna frase corta mezclada en sus ronroneos y maullidos, pero era como si el volumen se hubiera bajado hasta el mínimo. En cualquier caso, habíamos llegado a un nivel de entendimiento tal, que bastaba que la gata se estirara para recordarme que necesitaba mover el cuerpo, o que maullara con un tono particular para animarme a «fregar los platos fregando los platos». Además, era fácil seguir aprendiendo de ella. Bastaba observarla mientras se acicalaba o jugaba a cazar mi zapato. Su desapego, su espíritu vital, su intensidad absoluta no dejaban de inspirarme.

Yo, evidentemente, sí seguía hablando con ella. Acariciando su suave pelaje sobre el sofá, le comentaba temas que me preocupaban, o ideas que tenía, o experiencias durante la meditación. Joaquín ya se estaba convirtiendo en un personaje secundario de estas conversaciones, aunque aún a veces salía a escena junto con mi rabia por su traición, o esa angustiosa sensación de haber desperdiciado más de una década de mi vida con él, o la nostalgia por el pasado que tuvimos juntos y el futuro que quisimos tener. Al mismo tiempo Joaquín se estaba convirtiendo en un personaje de mi novela, y con esa ficcionalización de mi realidad, conseguía procesar de otra manera todo lo que me había sucedido en estos últimos meses. Yo misma me estaba convirtiendo en un personaje literario, y al verme así, con mis pensamientos y emociones al descubierto sobre el papel, lograba eso que Sibila me había dicho de «observarme a mí misma observando el mundo».

Todo eso le iba comentando a mi gata silenciosa, junto con las últimas de Vero, Susana, Patri y Pip, las cartas que me escribía Ivana, la nueva vida de jubilado de mi padre —que ya estaba montando un club de lectura con varios de sus antiguos clientes del barrio— y las clases particulares de inglés que había empezado a dar Álvaro. Ella se limitaba a escuchar con esas orejas enormes, sin decir nada, y me ofrecía con

generosidad el calor de su cuerpo. Sentirme escuchada así, con ese interés tan hambriento y salvaje, siempre me conectaba con el momento, tranquilizándome si estaba alterada, ayudándome a procesar las ideas o incluso a dar con la solución de algún problema.

Una de esas veces fue cuando volví de la oficina un día, y después de la cena saqué un asunto al que aún no me había enfrentado, y que últimamente me rondaba por la cabeza:

—¿Sabes, Sibila? Ahora estoy más a gusto con mi trabajo. Veo que el ambiente está mejorando. La gente sonríe, se saluda... como en los viejos tiempos. Y yo estoy más creativa que nunca. Pero sigue sin convencerme esto de trabajar para empresas que en vez de mejorar el mundo, lo empeoran.

Sibila se levantó y caminó de un lado al otro de la habitación siguiendo cuidadosamente la fina separación entre dos de las tablas de madera del suelo.

—Ya lo sé, tengo que seguir mi intuición. Pero de momento no la encuentro.

Me acerqué a la ventana, y pude ver los faros de los coches en la *high street*. Dos filas de luces blancas en una dirección y dos filas de luces rojas en la otra, conectadas en una red mecánica que cubría la ciudad entera y las ciudades de todo el mundo, quemando en su interior toneladas de plantas acumuladas en el subsuelo hace millones de años. Incluso con las ventanas cerradas, podía oler el monóxido de carbono. Y yo llevaba meses trabajando para la principal empresa petrolífera del país, ayudándola a presentarse como una marca ecológica. Se me revolvían las tripas.

Sibila se me acercó y me puse de cuclillas para acariciar su mejilla, sintiendo sus finos bigotes doblarse contra mi mano. Sus ojos me miraron con la paciencia de una especie que lleva milenios esperando que los seres humanos actúen con sentido común.

—Hay algo que nunca te he contado. Ni siquiera mi padre lo sabe.

La gata abrió aún más sus orejas.

—Algunos años después de la muerte de mi madre, me asignaron un proyecto con una empresa de tabaco, Kensington Cigarettes. Fue una cosa breve, una campaña publicitaria para unos cigarrillos con sabores, dirigida a la gente joven. Después de todo lo que pasé con mi madre, y sabiendo lo que es la tos del fumador, el cáncer, la adicción... En fin, que me horrorizaba la idea de trabajar para ellos. No quería hacerlo. Pero acababa de comprarnos Netscience, era la época de los recortes, y yo... no quería arriesgar mi puesto. Me tragué mis escrúpulos. Lo hice. Y me sentí fatal. Aún me siento fatal.

Acaricié a Sibila, y se dejó acariciar.

—¿Y sabes lo peor? Cuando se estrenó la web, al poco tiempo se publicó otra página, con el dominio casi idéntico, y que copiaba mi diseño, pero con el contenido cambiado. Era una especie de parodia, en la que los sabores tenían nombres sarcásticos, muy ingeniosos, tipo «Trópico de Cáncer», «Mentástasis», «Muerte por chocolate», y que daba todos los datos sobre el tabaquismo y la salud, las estrategias de las empresas

de márketing... Lo había publicado una asociación de activistas online especializada en la sátira de la publicidad. Badverts se llamaban. Nuestro cliente se enfureció, claro, y llevó a los responsables de la web a juicio. Pero acabó siendo un desastre para Kensington y para toda la industria tabacalera. No solo perdieron el juicio, sino que el asunto provocó un debate público y contribuyó a que se prohibiera en Reino Unido toda la publicidad del tabaco.

Me puse de pie y empecé a caminar por la habitación. Recordar todo aquello me había vuelto muy inquieta.

—¿Por qué estaba yo del lado de la tabacalera, Sibila? ¿Y no montando la web de Badverts? ¿Cómo es posible que haya gente buena haciendo cosas horribles? Eso es lo que más rabia me da. Y ahora igual con Royal Petroleum. A veces pienso que yo misma debería montar una contracampaña sobre la web de RP que estamos haciendo. Pero claro, ¿cómo voy a hacer eso?

Sibila ladeó la cabeza.

—Ya, siempre estoy con el «no puedo». Pero imagínatelo, Sibila. Imagina si se enteran de que... ¡eh!, ¿qué haces?

La gata me lanzaba sus garras con espíritu juguetón, atacando mis pies. Me puse en cuclillas y empecé a mover mis manos para incitarle y confundirle en el ataque. Jugando así con ella, recordé las campañas divertidas de Complutense Verde, una asociación ambientalista que montamos un grupo de estudiantes en mi época universitaria. A mí me encargaban siempre los textos graciosos, los lemas ingeniosos, las ideas creativas. Una vez se me ocurrió repartir unos abanicos de cartón por todo el campus con la llegada del primer bochorno veraniego de la capital, con información acerca del cambio climático sobre la imagen de un desierto —el desierto en el que España se convertiría si el modelo energético no cambiaba—. Convencimos a unos bedeles para que apagaran el aire acondicionado durante un acto en el que participaba el presidente de Cepsol, la mayor petrolera nacional. Como en la sala todos pasaban un calor tremendo, hasta el presidente de Cepsol tuvo que usar nuestro abanico, y fuimos noticia de telediario. Sí, echaba de menos aquellos tiempos.

—Quizá tengas razón —le dije al final a Sibila, sonriendo—. Sería la mar de divertido...

Unos días más tarde, sintiéndome como una doble agente en una película de espías, quedé después del trabajo con un tal Tom Terrier en la sucursal inglesa de Badverts, al lado de la estación de King's Cross. Me imaginaba una habitación minúscula en alguno de los edificios viejos y desconchados que se asoman a las vías, con ordenadores fabricados de piezas sueltas, mucho papel desordenado sobre las mesas y la máscara de la película *V de Vendetta* colgada de la pared.

Pero me encontré con algo muy distinto. Resultó que Badverts no tenía oficina

propia, sino que compartía el mismo espacio de oficina con otros doscientos activistas, artistas e innovadores sociales, todos ellos con una misma visión de colaborar con su trabajo a crear un mundo mejor. El lugar se llamaba Dream Station, y ocupaba un taller donde antiguamente se reparaban las locomotoras de King's Cross.

Se accedía a través de una puerta cortada dentro de un enorme portón metálico, pintado con un espectacular grafiti multicolor: un planeta Tierra del que sobresalían edificios con huertos y jardines en los tejados, bicicletas que recorrían las carreteras, bosques llenos de fauna salvaje, desiertos cubiertos de placas solares, océanos rebosantes de peces. En la parte de arriba se leía: Work. Play. Create the Future. O sea, «Trabaja. Juega. Crea el Futuro». «Menuda panda de ilusos», hubiera dicho Joaquín. A mí me entusiasmó.

Al entrar por la puerta, vi que se trataba de un espacio único con un techo altísimo, casi diez metros en el punto más alto, y con una larga ventana que recorría el centro del tejado de un lado al otro, dejando entrar la luz del sol. Del techo colgaban globos aerostáticos en miniatura, de un estilo anticuado, uno a franjas rojas y blancas, otro amarillo con estrellas azules, un tercero azul celeste con nubes blancas. Sobre el suelo de madera había seis o siete mesas grandes, redondas, cada una de un color distinto, sobre las cuales se distribuían unas cuarenta personas, casi todas con ordenador portátil, algunas trabajando en silencio, otras reunidas y hablando animadamente. Al fondo habían montado un escenario con luces, telón y piano pintado de blanco. Cerca de la entrada, a cada lado de la puerta, se alzaban un par de manzanos plantados en dos agujeros enormes llenos de tierra. A un lado de la sala habían delimitado varios espacios más pequeños con paredes y puertas de cristal, y sobre estas salas una zona elevada con tres mesas semicirculares contra la pared. Sobre el portón principal colgaba un reloj antiguo, como de una estación de tren, y un cartel que anunciaba la parada a la que habías llegado: Dream Station.

—Bienvenida —me dijo un chico alto, de cabellos rizados rubios, barba corta y unos auriculares enormes al cuello—. Yo soy Tom.

Tom era un diseñador canadiense que llevaba cinco años en Londres. Me explicó que Badverts era una red global de activistas críticos con el consumismo y la publicidad, coordinados desde la central en Vancouver. En Londres había bastantes, y de vez en cuando se reunían en el Dream Station, pero casi todo el trabajo y la comunicación se realizaba online.

—Lo que pasa es que a mí lo de trabajar desde casa se me da mal. Si me descuido, a mediodía sigo en pijama y sin duchar, y luego mi perro me regaña. Por eso prefiero venir a un sitio como este, en el que me encuentro con gente maja, y además igual me sale algún que otro proyecto.

—¿Qué perro tienes?

—Es un labrador muy inteligente. Se llama Ben. ¿Tienes perro?

—Tengo una gata, Sibila. Pero vamos, que te entiendo. Ella también me pone firme

cuando hace falta. De hecho, no te lo creerás, pero fue ella la que me animó a contactaros.

—Después de lo que yo he vivido con Ben, me creo cualquier cosa.

Tom me dio una vuelta por el Dream Station y me introdujo a varios de sus miembros, que pagaban una cuota mensual por el derecho de trabajar aquí. Conocí a Silvia y Brendan, que estaban montando una agencia de viajes alternativa, que pone en contacto proyectos de voluntariado de todo el mundo con potenciales voluntarios que buscan unas vacaciones distintas y solidarias. Vi una máquina de *vending* con zumos naturales, sándwiches ecológicos y dulces integrales, y Tom me presentó a Karen, la chica que estaba empezando a introducirlas en oficinas de todo el país. En la cocina se estaban tomando un té una monitora de yoga muy embarazada, un tipo encorbatado que dirigía la sucursal de un banco ético, y una violinista que estaba montando talleres musicales en hospitales con pacientes terminales. En una mesa de trabajo, un grupo de tres socios estaban dibujando sobre el plano de algo que llamaban el Playcafé, una cafetería con zona para que las niñas y niños puedan jugar, con todo tipo de actividades.

—¡Yo también quiero trabajar aquí! —le dije a Tom.

—Te entiendo —me dijo, arqueando sus cejas—. Yo también me sentí como en casa desde la primera vez que puse el pie aquí.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Pues ve pensando en algún proyecto —dijo Tom, abriendo la puerta de cristal de una salita pequeña con las paredes garabateadas con apuntes, esquemas y gráficos. O únete a alguno de los que hay. Yo en realidad no recibo un sueldo de Badverts, soy voluntario, como casi todos. Me gano la vida como diseñador, en parte con clientes corporativos, y en parte con proyectos del Dream Station.

—O sea que también trabajas para el lado oscuro —sonreí.

—Así es. Casi todos los miembros de Badverts somos gente de *márketing* con mala conciencia.

Nos sentamos alrededor de una mesa y saqué mi portátil del maletín. Se escuchaban risas de la sala de al lado, en la que un formador estaba dando una clase sobre financiación de proyectos sociales.

—Oye, Tom, lo primero que te tengo que decir es que voy a suministrar una información confidencial, y que...

—Tranquila. —Sonreía de oreja a oreja. Era una sonrisa en la que se podía confiar—. Nadie va a saber que tuviste algo que ver. ¡A no ser que uses tu cuenta de email corporativa para enviarme la información!

—Claro. —Ni siquiera había reparado en ello—. Evidentemente.

Le enseñé lo que Royal Petroleum estaba tramando con su *rebranding*. Tom ya sabía que habían comprado varias empresas de energías renovables.

—Todas las petroleras ahora quieren presentarse así. La conciencia ecológica va creciendo, y necesitan disfrazarse un poco de verde. Ya hemos llevado a cabo varias

campañas sobre el tema. Pero claro, si tú nos facilitas información sobre lo que están preparando ellos, podemos ir tramando algo nosotros también, je, je...

—Claro, es lo que yo pensaba. Si sacamos algo a la vez, aprovechando el despliegue mediático que Royal Petroleum está preparando, podríamos tener un impacto mucho mayor. Les podría salir el tiro por la culata.

—Les podíamos volver a teñir de negro.

—Exacto. De hecho, yo me había imaginado justo eso: el nuevo logotipo, pero manchado de petróleo.

—Sí, y habría que jugar con eso de RP también. ¿R.I.P.?

Explotamos los dos a reír.

—Me gusta —dije, anotándolo en la pantalla—. Lo que tenía en mente era aprovechar las redes sociales. Que cualquier usuario pueda participar en el *rebranding* de Royal Petroleum. Que surgieran eslóganes. Algo interactivo.

—Uau, sí —dijo Tom—. Y lo que estaría genial es que parezca realmente una página de Royal Petroleum. O sea, al conocer el diseño original, podemos calcarlo, y la gente puede creer que realmente buscan eslóganes. En las redes sociales va a ser un bombazo, ¡ya lo verás!

Empezamos a pensar en fotos provocativas para la campaña falsa de Royal Petroleum: unos osos polares nadando en las aguas del Ártico, una gaviota cubierta de chapapote, plataformas petrolíferas en aguas caribeñas... En pocos minutos las líneas maestras de la conspiración se habían gestado, en una explosión de risas y de creatividad. Al mismo tiempo, tengo que decir que lo pasé bomba con este chico canadiense de ojos azules y mirada limpia. Sabía escuchar, sabía jugar y me provocó una excitación que hacía tiempo no sentía. Olía bien. A vainilla. En su presencia, me sentí más felina que nunca.



21

Letras

Mientras se iban gestando las dos webs de RP, la oficial y la paródica, en Broomhill Road se fue intensificando mi creciente intercambio vecinal con Ivana, que seguía siendo una relación epistolar, dado que ella por el momento prefería no encontrarse conmigo. En sus primeras cartas, me hizo muchas preguntas sobre mi vida, y me contó muy poco sobre la suya.

Como yo la había felicitado por su escritura elegante, ella me explicó que después de su accidente descubrió un gran consuelo en el arte de la caligrafía. Era una actividad silenciosa, y a diferencia de la pintura no requería unas grandes dotes artísticas. Me hizo notar que todas las letras se creaban con distintas combinaciones de los mismos cuatro o cinco trazos, y me enseñó varios tipos de letra que había ido aprendiendo o incluso modificando ella misma: uncial, humanista, gótica, inglesa, rústica, trajana...

El otro gran tema sobre el que me hablaba era su fe religiosa, ya que después de su accidente, la Biblia y las revelaciones de la Virgen de Medjugorje habían sido lo que, según ella, le habían salvado. Estas dos pasiones suyas, la caligrafía y la religión, se unían en un insólito proyecto que la tenía ocupada desde hacía algunos años: una copia manuscrita de la Biblia, en latín, como las que realizaban los copistas medievales.

Sobre su vida y su familia no me escribió casi nada, excepto alguna mención de su tía anciana que vivía en Londres, la persona que de vez en cuando había escuchado que le visitaba. En alguna de mis primeras cartas le pregunté a Ivana sobre su nacionalidad, pero no me respondió. Sospechaba, por el apellido, por su devoción a la Virgen de Medjugorje, y por su silencio en estos asuntos, que Ivana debía provenir de los Balcanes, y que habría sufrido la guerra sangrienta que se libró ahí en los años noventa. No me atreví a preguntárselo.

Me llegó la confirmación a mi vuelta de Fuente Dé. En sucesivas cartas me habló de su infancia en la Yugoslavia comunista, de su marido Andrej y su hija Anja, de cómo se hizo maestra poco antes de la caída del Muro de Berlín, enseñando en una escuela católica de Sarajevo. Y me temí lo peor, porque me conocía bien los detalles del cruel conflicto que se libró ahí en los años noventa. Lo había vivido de lejos, pero intensamente, durante mis años universitarios en la facultad de periodismo, incrédula de que algo así pudiera suceder en Europa, más de medio siglo después de la guerra que impulsó a mis propios abuelos a exiliarse.

Finalmente me contó que ella y su familia quedaron atrapadas en Sarajevo durante los cuatro años de asedio por parte de las fuerzas serbias. En sus cartas me habló de su vida bajo las bombas, intentando mantener la apariencia de una existencia normal en una ciudad sin comida, sin electricidad y sin apenas agua. Ella siguió dando clases en el colegio durante casi todo el asedio, pero la mitad de las veces tenían que cancelarse por los continuos morteros que caían sobre la ciudad, matando y mutilando a miles de hombres, mujeres, niños y niñas.

Sin embargo, la tragedia llegó a su familia de la manera menos pensada. Su marido, junto con un vecino, habían instalado tubos de gas en el piso, evidentemente sin saber lo que hacían. Una noche, su hija Anja pidió una vela para ir al baño y Andrej encendió una cerilla. Ivana me escribió:

Recuerdo solo luz brillante, intentar cubrir la cara con manos y ruido horrible. Oigo el ruido siempre. Todos días. Cualquier sonido para mí, oigo el ruido y me vuelvo loca. Siempre uso tapones para oídos. No puedo escuchar radio o teléfono. Solo televisión sin sonido.

Fue durante la recuperación de sus heridas que convivió en el hospital con una mujer musulmana que le enseñó el arte de la caligrafía, inicialmente con el alfabeto árabe.

Después de la guerra, un tía suya, casada con un abogado inglés, le ayudó a emigrar a Londres, y se mudó a este apartamento. Entre su intolerancia al ruido y su aspecto físico, se había vuelto una especie de eremita, aislada del mundo casi del todo, excepto por las visitas ocasionales de su tía. Por ese motivo, el hecho de haber contactado conmigo se convirtió, por lo que se desprendía de sus cartas, en lo más importante que le había sucedido en años. «Bendita Sara —comenzaba siempre—, doy gracias a Dios y Virgen por encontrar nueva carta.» Luego me comentaba lo último que yo le había escrito, me decía que rezaba por mí para encontrarme un buen marido, y me contaba sobre la vida bajo la dictadura de Tito, los niños de su escuela, el asedio, Andrej y Anja que le esperaban en el cielo, las apariciones «milagrosas» en Medjugorje y los mensajes de la Virgen para la humanidad.

El haber abierto este canal de comunicación con mi vecina Ivana fue una experiencia reveladora para mí, a pesar de nuestras diferencias y de lo extraño de no poder verla

físicamente, teniéndola tan cerca. Al leer su historia, me di cuenta de hasta qué punto tenía razón Sibila cuando decía que mis problemas no eran para tanto, y que me podía considerar muy afortunada. ¿Quién era yo para quejarme de la soledad, de la injusticia, del sufrimiento? Me di cuenta que yo no tenía ni idea lo que era la crueldad o el dolor. Para colmo, decía haber perdonado a los serbios que asediaron la ciudad:

Yo odiaba Serbios. Podía ahogar uno con mis manos. Destrozaron Sarajevo, bombardearon niños de mi colegio, hicieron vivir como ratas. Serbios hicieron matar mi Andrej, mi Anja. Pero ahora sé que Serbios son confundidos y yo también. Su odio es como mi odio. Es error. Gracias a Virgen y a Jesús ahora puedo perdonar. El amor de Dios es para todos igual.

Esto no lo entendía. No podía creerlo. Yo ni siquiera podía perdonar a Joaquín. ¿Cómo podía perdonar ella a los que asesinaron a su gente, a su propio marido y su hija? No me cabía en la cabeza. Sin embargo, recordé que ese había sido también el mensaje de Sibila: «Abre tu corazón a la gente que te rodea. Incluso a tu vecina que te molesta. Incluso a tu hermano irresponsable. Incluso a Joaquín.»

Por otro lado, me compré en esos días una pluma estilográfica y comencé a copiar las bellas letras que ella usaba, hasta tal punto que las adopté no solo en mis cartas con Ivana, sino también en mi práctica de escritura matutina. Me resultaba distinto escribir a mano y con pluma. Me conectaba con esa niña de diez años que fui, y que escribía a mano con una letra cursiva mucho más elegante que la sucesión de garabatos zafios en que había degenerado mi escritura en los últimos años de teclados y pantallas. Y me gustaba ver la novela que estaba escribiendo crecer ante mis ojos con esta letra tan bella. Me sentía Cervantes.

Sin embargo, al cabo de un tiempo, la relación con Ivana me empezó a resultar un poco sofocante. Si yo le escribía una carta, a las pocas horas ya tenía una larguísima epístola de Ivana bajo la puerta. Y si no se la escribía, antes de pasar un día o dos me llegaba otra preguntándome por qué no la había escrito, preocupada por si me había sucedido algo, echándome de menos, rezando por mí. Además, en sus cartas me hablaba cada vez más insistentemente sobre la vida y obra de Jesucristo, sobre la Sara bíblica, sobre su conversión, sobre los mensajes y revelaciones de la Virgen a unos niños en el pueblo bosnio de Medjugorje. Yo respetaba sus creencias. Incluso había llegado, en estos últimos meses, a experimentar momentos de trascendencia que me estaban ayudando a recuperar mi lado espiritual —en el Natural History Museum, bajo las estrellas de Fuente Dé, en la profundidad de la práctica de la meditación—. Pero hacía tiempo que no compartía su fe católica, y lo de los milagros y las revelaciones de la Virgen me parecía pura superstición, o incluso el engaño de algún timador. Había pasado demasiados años con Joaquín como para tener mucha paciencia con ese tipo de cuento.

En fin, que comenzaba a pesarme un poco la responsabilidad de ser no ya la mejor

amiga de Ivana Uzelac, sino casi su único contacto con el mundo exterior. Y la verdad es que tampoco teníamos demasiado que compartir. De mi trabajo no podía contarle casi nada, ya que de nuevas tecnologías no parecía tener mucha idea, ni tampoco le interesaban. Por otro lado, no me sentía capaz de hablarle de mis problemas, ante la enormidad de las injusticias que había vivido ella. Me sentía obligada a hacerle más caso del que me apetecía, y aquello acabó minando mi buena disposición hacia Ivana.

Me desahogué con Sibila varias veces sobre esta situación, y ella me escuchaba atentamente, pero a esas alturas prácticamente no me hablaba. Como mucho, me ofrecía algún maullido que yo me esforzaba por interpretar. De hecho, comencé a preguntarme si alguna vez Sibila me había hablado realmente, o si habían sido todo imaginaciones mías.

Esto me llevó a una reflexión un poco inquietante. Si las revelaciones de la Virgen de Medjugorje, que según Ivana llegaban puntualmente el veinticinco de cada mes, era un cuento tan absurdo como yo creía, ¿qué pensar de las palabras de una gata que me hablaba? ¿Era la gata tan ficticia como la Virgen? ¿Necesitábamos los humanos este tipo de ficciones? ¿Y qué había de real en todo esto? ¿Podía ser que a través de una gata, o de una virgen, tan ficticia como un cuento, se encontrara alguna verdad? Me volvió a la mente lo que aprendí en el museo falso del verdadero Sherlock Holmes. ¿O era el museo verdadero del falso Sherlock Holmes?

En cualquier caso, yo seguía afinando el oído para tratar de entender los mensajes de Sibila. En relación a Ivana, había solo una palabra que de vez en cuando me parecía entender en alguno de sus maullidos: «Escucha.» Sin embargo, el problema era precisamente que me cansaba de escucharle tanto a esta mujer solitaria, por mucha pena que me diera su condición.

Lógicamente, las cosas empeoraron cuando se acercó el cierre del proyecto de Royal Petroleum. El lanzamiento estaba programado para el 1 de septiembre, y no podía retrasarse ni un día. Se me juntaban las pruebas finales de usabilidad, la revisión y corrección de miles de páginas y funcionalidades, y el arranque de otros dos proyectos en los que me habían involucrado. Al mismo tiempo, me estaba poniendo muy nerviosa con la idea del lanzamiento de la web falsa de RP y las consecuencias que pudiera tener, por no hablar del propio Tom, que me estaba empezando a gustar demasiado sin saber aún casi nada de él. Ni siquiera si tenía novia. O novio.

Durante una semana se me acumularon las cartas de Ivana sin abrir, y solo con verlas me angustiaba. Hasta que una noche, al recoger una nueva carta y dejarla sobre la pila de sobres, Sibila volvió a repetirme ese maullido que a mí me sonaba a la misma palabra:

—¡Escucha!

—Escucha, escucha... pareces un disco rayado, Sibila. Estoy harta de escuchar a Ivana. ¿Por qué la tengo que escuchar siempre yo? ¡Que escuche otra! No me necesita a mí, necesitaría conocer a gente distinta, gente más interesada en lo suyo, en su caligrafía, en su país, en su ciudad, en su guerra, en su tragedia, en su dichosa Señora de Medjugorje...

La gata no me respondió, y mis palabras resonaron en la habitación. Entonces me escuché. Escuché lo que Ivana realmente pedía. Entendí lo que Sibila quería decirme.

Escribí una carta a Ivana que decía así:

Querida Ivana:

Quiero hacerte un regalo. Pero tengo que dártelo en persona. ¿Puedo pasar a verte?

SARA

Esa noche no recibí respuesta. Ni al día siguiente. Y así llegamos a la víspera del doble lanzamiento.

Nunca se me han dado bien las esperas. El suspense me pone de los nervios. Necesito actuar. Es cierto que en estos meses había hecho mucha práctica de estar en el momento, aceptar el presente, observar lo que sucede, y todo eso. Pero se me acumulaban demasiadas esperas.

Esa tarde volví a casa a toda velocidad, pedaleando furiosamente para descargar el estrés. Y mi mente pedaleaba aún más rápido, en varias direcciones a la vez. Para colmo, cerca del puente de Wandsworth me topé con una de las miles de pancartas de la nueva imagen de RP a medio montar. Mañana, el país estaría inundado con anuncios en prensa, radio y televisión. Y la gigantesca nueva web corporativa, con todas sus variantes para tabletas, móviles, y redes sociales, estaría lista para el estreno. Como también lo estaría la más humilde pero también más impactante versión satírica. No sabía ya qué es lo que quería que sucediera. Mi impulso era el de esconderme bajo tierra.

Al llegar a casa, buscaba un poco de apoyo en Sibila. Necesitaba hablar con ella, acariciarle y sentir que todo estaba bien en el mundo. Pero la gata había salido. Mis intentos de practicar la meditación y el Gatha Yoga fueron inútiles, la cabeza me daba demasiados tumbos. Tampoco tenía ganas de cenar. Quería llamarle a Tom, pero al mismo tiempo no quería llamarle, por no ponerme aún más nerviosa. Mientras tanto, el regalo de Ivana seguía empaquetado sobre la mesa. Antes me agobiaban sus cartas. Ahora echaba de menos su respuesta. Parecía que la había espantado con mi último mensaje.

De pronto, escuché un ruido en el descansillo. La puerta de la vecina se había abierto. Me quedé paralizada.

—Miaaaauuu.

Era Sibila. ¿Qué hacía ahí fuera? Al abrir la puerta, me encontré a la gata con un pedazo de papel doblado en la boca. La bella letra caligráfica decía:

Pasa si tú quieres, Sara.

Recogí el regalo, un paquete rectangular. Lo había envuelto con una tela azul, para evitar molestos ruidos de papel, y una cinta amarilla.

Salí al pasillo y vi que la puerta de Ivana se había quedado entreabierta. Al otro lado se veía un apartamento oscuro. Por un momento me volvió la absurda paranoia de que Ivana me esperaba con el cuchillo.

Me acerqué a la entrada. Vi que Ivana estaba en una esquina del apartamento, de pie, junto a la cortina que cubría su única ventana. Tenía puesta la misma bata que había visto la primera vez, y en la cabeza un fular oscuro que le cubría media cara. Su mano derecha empuñaba una pluma caligráfica plateada. Hasta ahora no había caído en que era este el «cuchillo» que yo había visto.

Nos quedamos un rato inmóviles las dos. Ivana tenía la cabeza un poco inclinada, ocultando en la sombra lo que no cubría el fular. Entré y cerré la puerta con mucho cuidado de no hacer ruido. El apartamento era un poco más grande que el mío, aunque no tenía altillo. Había una mesa con varias pilas muy ordenadas de papeles junto a una lámpara antigua. La cocina era igual que la mía, y el sofá parecido, pero luego la cama era pequeña y estaba cubierta con una tela de estampado floral. Había un crucifijo grande en la pared, sobre la cabecera de la cama, y varias estatuas de la Virgen María en su mesilla de noche, en el escritorio y colgando en la pared.

Me acerqué unos pasos y extendí mi mano con el regalo. Ella lo recibió con ambas manos y elevó la cabeza un poco. Ahora pude ver el brillo de sus ojos trémulos en medio de una piel arrugada y de tonos contrastados. A pesar de la oscuridad se notaba que aquel rostro estaba deformado. Pero yo sabía ahora que aquello era solo una máscara, y que detrás de ella se encontraba mi amiga Ivana. Sonreí y sus ojos también sonrieron.

Entonces se acercó a la mesa y comenzó a abrir el regalo apresuradamente, como una niña en el día de su cumpleaños. Era una tableta dura y fría. Por un lado negra, plana y lisa. Por el otro plateado y de líneas curvas. Ivana lo miró por ambos lados y encontró que sobre la superficie negra, cerca del borde, había una pequeña hendidura circular. Al pulsarla, se encendió la pantalla de golpe y aparecieron letras negras sobre la luz blanca. Decían así:

Querida Ivana:

Este invento nuevo te va a gustar. Es silencioso, pero podrás comunicarte con el mundo, y además sin tener que mostrar tu rostro. Contiene la Biblia, los mensajes de la Virgen de Medjugorje, fotos de Sarajevo, todos los estilos de caligrafía y mucho más. Si me dejas, te enseñaré a usarlo.

Entonces añadí con el teclado virtual:

OK?

Ivana recogió el aparato con la punta de los dedos y lo estuvo mirando durante unos segundos incrédula y deslumbrada. Luego me miró a mí, y de nuevo volvió la mirada hacia este extraño prodigio. Lo colocó sobre la mesa, probó a tocar las teclas virtuales y se sorprendió al descubrir cómo aparecían enseguida letras sobre la pantalla. Volvió a sonreír con la mirada. Le enseñé la tecla que servía para borrar lo escrito, y de nuevo tecleé:

OK?

Ivana pareció dudar. Escribió, lentamente y empleando un dedo:

No posible. Regalo demasiado grande.

Yo le respondí:

Cuando encuentre un buen hombre y me case, ¡te pediré que me hagas las tarjetas de invitación con tu letra maravillosa!

Ivana sonrió de nuevo y entonces escribió con decisión:

OK!

Entonces me dio un abrazo que nunca se me olvidará. Y Sibila observó desde la puerta cómo lloramos, en silencio, las dos humanas.



22

La gata y el perro

Al día siguiente, las redacciones de periódicos, radios y televisiones de todo el mundo recibieron por email dos notas de prensa sobre la nueva imagen de la antigua Royal Petroleum. Eran parecidas en su tono y en su contenido. Tenían el mismo título, «RP: Nueva Energía», y el mismo logotipo del sol verde. De hecho, en muchas redacciones las dos notas se tomaron por dos versiones de la misma. Sin embargo, no eran iguales en dos puntos fundamentales.

En primer lugar, tanto la dirección de la web como los datos de contacto eran ligeramente distintos. Pero casi nadie reparó en la diferencia entre *rp.com* y *rpglobal.com*, y menos aún en las diferencias de diseño. Incluso la mayoría de los enlaces de la falsa *rpglobal.com* redirigían a la verdadera *rp.com*. La segunda diferencia, la más significativa, era que solo una de las notas hacía hincapié en la innovadora iniciativa de RP de permitir a los usuarios sugerir eslóganes para su nueva campaña publicitaria, y luego votar las mejores para ir creando un ranking. Pocos periodistas pudieron resistir la tentación de echarle un vistazo a esta novedosa funcionalidad, propia de esta época de las redes sociales, pero sin duda arriesgada. Y quedaron boquiabiertos cuando vieron los resultados.

Al entrar por la puerta de la oficina, me encontré a seis o siete personas alrededor del ordenador de Phil, riendo y exclamando imprecaciones.

—*Come here, Sarah!* —me llamó Phil—. No te vas a creer lo que estamos viendo.

—¿Eh? ¿Qué pasa?

Intentaba disimular mis nervios. El corazón me latía a un ritmo furioso. Se me tenía que notar. Pero estaban todos tan alterados como yo. La algarabía era tremenda. Me acerqué y enseguida pude comprobar que la contracampaña que Tom y yo habíamos diseñado estaba siendo un éxito. Había ya, a estas horas de la mañana, decenas de «anuncios» creados por los usuarios, evidentemente todos críticos con RP, y algunos de ellos además muy ingeniosos. Y lo que más me impresionó fue que a Cathy, a Wendy, a

Phil, a toda la gente de la oficina les divertía tanto como a mí, aunque trataran de controlarse un poco por si pasaba algún jefazo.

El primer anuncio que vi se había creado a partir de la foto de una plataforma petrolífera en un mar paradisíaco:

Gracias al calentamiento global, la costa inglesa pronto será el nuevo Mediterráneo.

RP: Nueva Energía.

—¡Los de RP tienen que estar que trinan!

—¡Menudo desastre!

—¿Quién habrá sido?

Los comentarios se sobreponían y se entrelazaban entre risas, mientras pasaban al siguiente, elaborado con la foto de una refinería de petróleo de RP en Iraq:

¿Un mundo sin guerra? No, gracias.

RP: Nueva Energía.

—¡Brutal!

—¡Qué fuerte!

—Eh, chicos, mirad, ¡#RPbadvert es *trending topic* en Twitter!

Mientras mis compañeros debatían, entre risas, si se atrevían o no a añadir algún eslogan propio, fui a mi mesa y encendí el ordenador para seguir revisando los falsos anuncios con calma. Vi que la imagen más popular había sido la de las placas de hielo del Ártico derritiéndose, con unos osos polares nadando entre medias:

Pronto, nadie tendrá que temer el ataque de un oso polar.

RP: Nueva Energía.

Donde algunos ven catástrofe, nosotros vemos oportunidad.

RP: Nueva Energía.

Nos mola más el taladro polar que la placa solar.

RP: Nueva Energía.

Es una pena que no podamos llevarnos este hielo al infierno.

RP: Nueva Energía.

Cada minuto aparecían nuevos anuncios. Y cuando tecleé «RP New Energy» en Google me aparecieron varios titulares en prensa que ya contaban la debacle: «Desastre publicitario para la nueva RP», «RP y el peligro de las nuevas tecnologías», «RP: Royal

Pratfall» (Algo así como «Metedura de Pata Real»). Evidentemente, algunos periódicos habían picado en nuestra trampa y se creyeron que RP realmente había lanzado esta campaña, lo cual fue una noticia en sí en otros medios más cautos como la BBC, que titulaba «Web falsa hunde la campaña de RP».

A las diez se nos convocó urgentemente a todo el equipo en la sala de reuniones grande. Éramos más de treinta, y solo cabíamos de pie en la sala. Anne Wolfson comenzó a hablar, empleando el tono de una generala impaciente por cortar alguna cabeza pero sin saber cuál.

—Supongo que ya os habréis enterado de lo que ha sucedido. Acabo de hablar con Richard de RP, y le he transmitido nuestra consternación por estos hechos. Es algo muy grave que pone en entredicho nuestra relación con el cliente e incluso nuestra reputación como consultora.

En ese momento, un par de personas se intercambiaron un comentario jocoso en una esquina. Anne se puso lívida.

—¿Os parece divertido? —Se les acercó, clavando sus tacones en el suelo al pasar delante de mí—. ¿¿Os hace gracia??

—No —dijo uno, mirando hacia el suelo—. *Sorry*.

Se creó un silencio total en la sala.

—Bueno, Anne —intervino Grey, tratando de aligerar la situación—. Hay que reconocer que la iniciativa tiene su gracia. De hecho, como acción viral me parece ejemplar, y...

—Me dan igual sus méritos creativos —Anne le interrumpió bruscamente—. Todos hemos firmado unas normas muy claras sobre la confidencialidad. Quiero pensar que nadie de nuestro equipo tuvo nada que ver con esto. Le he asegurado a Richard que haremos todas las indagaciones internas posibles. Pero primero os lo quiero preguntar a vosotros: ¿Alguien aquí sabe algo?

Había llegado mi momento.

—Anne —dije, titubeante—. Yo creo que sí sé algo.

Todos los ojos de la sala me miraron de golpe.

—¿Ah sí? ¿Qué? —dijo ella, sorprendida.

Di un paso al frente, y luego otro. Seguí caminando hacia Anne. A Grey se le abrieron los ojos como platos.

—*Excuse me, Anne* —le dije al llegarle muy cerca—, ¿te puedes mover un poco hacia un lado?

Anne no entendía nada, pero se movió. Y al hacerlo, dejó ver un mensaje que alguien había escrito en rotulador azul sobre la pizarra blanca:

Lo hice en nombre de todos los animales.

¡Vosotros incluidos!

Debajo del letrero, estaba la familiar huella de The Cat. Captain Greybeard no pudo contenerse, y se echó unas sonoras carcajadas, contagiando a media sala, mientras que Anne se volvió más pálida que la pared. Fue el último golpe de The Cat en Netscience, y su salto definitivo a la leyenda.

A lo largo de la mañana, recibí un sms de Tom:

Te invito a mi barrio para celebrarlo.

Ben dice que se apunta.

¿Te traes también a Sibila?

Me citó en 16 Prince Albert Road, que según el mapa de mi móvil se encontraba en la esquina de Regent's Park más cercana a Camden Town. Durante el día no me había atrevido a llamarle desde la oficina, ni tampoco a enviarle ningún email a través de la red de Netscience. Impaciente, emocionada, con unas ganas locas de finalmente poder compartir mi alegría con alguien que me entendiera, fui en bicicleta a la cita, con Sibila en el cesto, sintiéndome radiante en un vestido blanco de flores rojas en el vuelo que me quedaba de muerte con mi nuevo corte de pelo y mis nuevas piernas de deportista.

¿Había algo entre Tom y yo? Aunque nos habíamos visto físicamente solo tres veces, siempre en el Dream Station, cada vez había sentido una especie de vértigo, pero del bueno. Se me había olvidado esa sensación. Se me había olvidado lo que era ligar. Pero sentía que estaba floreciendo, que me merecía el amor, y desde luego que este chico me gustaba. Eso significaba, como mínimo, que ya empezaba a superar mi relación con Joaquín. Había otros hombres en el mundo.

Cuando llegué a Prince Albert Road, el número 16 no lo encontraba por ningún lado. Vi el 14 y el 15, que eran casas grandes, blancas, elegantes. Desde luego, si este era el barrio de Tom, tenía más dinero del que aparentaba. Después del número 15 había una iglesia antigua, de piedra gris, que no parecía tener número. Y más allá estaba el número 17. Al otro lado de la calle no había números, porque estaba solo el canal que bordeaba Regent's Park, y a la altura de la iglesia un puentecillo que cruzaba el canal hacia el parque, cuya entrada estaba flanqueada por dos columnas blancas. Me bajé de la bicicleta y la empujé hasta el centro del puente, apoyándola contra una de las verjas negras que tenía a cada lado.

Al verme ahí con Sibila, mirando las dos hacia el agua que pasaba bajo el puente, recordé mi noche oscura en Tower Bridge, tan distinta de esta tarde luminosa como las aguas agitadas del Támesis y la superficie tranquila del canal que se deslizaba con suma lentitud entre los árboles del parque. Pensé en todo lo que había aprendido desde entonces: A cuidar de mi cuerpo y de mi mente, a agradecer lo bueno y aceptar lo malo, a mantenerme cerca de mi manada, a recuperar mis sueños de niña, a romper los muros

de la habitación cerrada, a descubrir mi lado animal, a liberarme de mi reflejo, a abrir mi corazón, a jugar, a disfrutar, a escuchar, a observar, y —sobre todo— a vivir el momento presente. De hecho, había experimentado en esta época tantos momentos intensos, conscientes, bien vividos, que me costaba creer que hubieran pasado solo seis meses desde que empecé el entrenamiento con mi maestra felina.

—Gracias por ayudarme a acabar con mi vieja vida, querida amiga —le dije a mi gata, acariciándole la cabeza y el cuello—. Esta nueva me está gustando mucho más.

Sibila ronroneó y se revolcó en la cesta, quedando panza arriba en el cesto. Le rasqué la tripa con la total atención que ella me había enseñado, buscándole las cosquillas, mirándole a los ojos con esa complicidad única que habíamos desarrollado, disfrutando del tacto de su pelaje y de los divertidos movimientos que hacía para maximizar su placer, como auténtica experta que era en estos asuntos.

—No vas a volver a hablarme, ¿verdad, pillá? Aunque sé que me entiendes perfectamente...

Sibila solo ronroneaba. Pero supe en ese momento que mi entrenamiento había terminado. Sentí que finalmente había llegado a donde tenía que llegar. No era un destino, una meta, un final. Era recuperar el propio camino. Mi camino. O, quizá como hubiera dicho Sibila, recuperar el arte de caminar. Caminar, caminando. Vivir, viviendo. A veces confiada, a veces asustada, a veces contenta, a veces triste, pero en cualquier caso abierta al cambio, al girar de los astros, al baile de la existencia. Estaba lista para seguir por donde mis pasos me llevaran. Con o sin mi trabajo ideal, con o sin mi príncipe azul, con o sin hijos.

De pronto algo captó la atención de Sibila y giró la cabeza velozmente. Era una mariposa que se había puesto a revolotear sobre el cesto. Una mariposa amarilla y anaranjada. Sibila se dio la vuelta, apoyó una de sus patas delanteras sobre el borde del cesto, y con la otra comenzó a jugar con la mariposa. Entonces recordé el sueño que había tenido hacía algunas semanas: el canal, la mariposa, la gata...

—*Sarah!*

Ahí estaba Tom, subiendo por el puente. Me dio un vuelco al corazón. Estaba vestido con unos vaqueros y una camiseta a rayas rojas y blancas. Ben iba con él, atado con una correa: un labrador retriever precioso, noble, de color tan rubio como los cabellos de su dueño.

—Huélele tú y luego me dices qué te parece —le susurré a Sibila.

Tom sonreía con su sonrisa de oreja a oreja, mientras que su perro agitaba la cola. Nos abrazamos. Fue la primera vez, pero los cuerpos se encontraron con tanta naturalidad, y una alegría tan generosa, que parecía que nos conociéramos de toda la vida.

—Enhorabuena, Sara —me dijo—. De verdad. Lo conseguiste.

—Enhorabuena a ti —le dije yo—. Y a esta criatura tan deliciosa, y a todos los animales del planeta. ¡Qué pasa guapo!

Me puse a acariciar al labrador, que me olisqueaba con mucho interés y agitaba su cola con aún más brío. La gata nos observó desde el cesto, pero de momento no quiso bajarse. Tenía el pelo un poco erizado, y las orejas y la cola aplastadas.

—Eh, Sibila, tranquila —le dije, y luego a Tom—. Oye, ¿tú crees que un perro y una gata...?

—Vamos a verlo. Hay que tener una cierta diplomacia al presentarles, eso seguro.

Estuvimos un rato gestionando las introducciones. Yo acariciaba a Sibila, parapetada en su cesto con las uñas extendidas, mientras que Tom le tenía bien amarrado al labrador. Después de mucho olisquearse mutuamente, y de que Sibila probara a acercarse con la zarpa al morro del perro unas cuantas veces, comenzaron a acostumbrarse a su presencia mutua. Finalmente, Sibila entendió que el perro quedaba bien sujeto de la correa por Tom, y así fue que accedió a bajarse, correteando nerviosamente alrededor de Ben a una distancia prudente.

—¿De verdad vives por aquí? —le pregunté a Tom, atando mi bicicleta a la verja.

—Tengo la casa aquí cerca, sí.

—¡Pues vaya barrio!

—No está mal —dijo, y enseguida cambió de tema—. Ben me está sacando a pasear. ¿Queréis acompañarnos?

Nos dimos un paseo por Regent's Park los cuatro. Era una tarde espléndida, y el parque estaba lleno de jóvenes que tomaban el sol, ejecutivos descorbatados y niños que perseguían a los patos. Mientras Ben y Sibila comenzaban ya a jugar abiertamente, Tom y yo hablamos sin parar sobre nuestro triunfo del día, los anuncios de RP más divertidos, la escena con Anne y el mensaje misterioso de The Cat.

—O sea que de momento no te echan.

—De momento no.

—Vaya, yo pensaba que te íbamos a tener en Dream Station todos los días.

—Bueno, en realidad estoy incubando una idea.

—¿Ah sí?

—Tengo que darle algunas vueltas, pero estoy ayudando a una vecina que no puede salir de casa a comunicarse por internet. Estaba pensando en montar algún servicio así, para gente discapacitada que no tiene mucho conocimiento de las nuevas tecnologías. Sería una ONG que pudiera financiar alguna empresa informática. Incluso la propia Netscience, quién sabe.

—Cosas más raras se han visto. Desde luego, sería divertido que te pagara la misma gente para hacer algo tan distinto. Y te aseguro que después de la que has montado hoy, no tengo ninguna duda de que lo conseguirás. ¡Menudas agallas que le has echado!

—Bueno, en eso me ha ayudado mucho mi gata...

Así es como empezamos a hablar sobre Sibila y sobre Ben, sobre perros y gatos, y en general sobre la sabiduría de los animales. Y fue a propósito de Ben que me contó que se había divorciado de su mujer Clara hacía un par de años.

—Ben me adoptó después del divorcio —me dijo, sentándose en el césped y acariciando al perro—. Yo en esa época había perdido la fe en la vida, en las personas y en todo. Pero la alegría de vivir que tiene este tipo es contagiosa. ¡No hay más que ver cómo me chupa la cara, mira! Me ha enseñado todo lo que sé.

—Entiendo lo que dices. Esta gatita también me salvó la vida después de acabar con mi ex novio. Literalmente. ¿Verdad, pequeña?

Me senté yo también cerca del lago. Varios barquitos flotaban en la superficie, y recordé que Joaquín y yo habíamos alquilado uno el primer año. Pero ya no me molestaba recordarlo. Mi rencor hacia él parecía haber desaparecido. ¿Le había perdonado? Su traición seguía siendo tan cruel, egoísta y cobarde como antes. Pero quizá me había cansado de cargar con un odio que solo me amargaba la existencia. Quizás había llegado a entender que si Joaquín era capaz de algo así, el pobre debía de estar muy perdido en este universo, encogido entre muros gruesos de ignorancia y miedo. Quizá sencillamente mi corazón había crecido hasta aceptar que él tenía su camino, y yo el mío.

—¿Y cómo acabó lo tuyo en divorcio? —le pregunté a Tom, sintiéndome como una gata parapetada en el cesto de una bicicleta, ante un perro que aún no se sabe si es, o no, de fiar.

—¿Quieres saberlo de verdad?

—Bueno, tampoco necesito que me lo cuentes todo —le dije con aire inocente—. Solo necesito saber si fue culpa tuya, y si eres un cabronazo o así. Estoy tomando apuntes sobre los chicos que voy conociendo, por si hay alguno que luego resulta que me gusta.

—¡Ah, vale! —dijo, dándose un aire más formal y aclarando la voz—. Pues entonces no hay problema. En mi caso tampoco creo que fuera culpa de nadie. De hecho aún me llevo bien con Clara. Lo que pasa es que resultamos no ser tan compatibles como creíamos. Mientras vivimos los dos juntos, en Estados Unidos, todo fue bastante bien. Ella es inglesa, pero nos conocimos en Nueva York, en una escuela de diseño. Nos casamos, empezamos a trabajar en Manhattan, y todo bien. El problema fue cuando nos vinimos a vivir a Londres, cerca de su familia y su círculo social de aquí. Es de una familia de estas aristocráticas, ¿sabes?, de las que se van a cazar zorros. Yo lo sabía, y había conocido a los suegros en alguna ocasión. Pero claro, otra cosa es cuando les tienes encima todo el día. Clara, en ese círculo social, se comportaba de otra manera. Se irritaba con mi forma de ser, incluso con mi forma de hablar, y yo con sus aires de grandeza. ¿Qué le iba a hacer yo si no me interesaba ni el tenis, ni el críquet ni el polo? ¿O si me caían antipáticas la mayoría de sus amigas? ¿O si me daban pena los zorros? En fin, que al final acabábamos odiándonos por nada, simplemente porque no aguantamos la forma que tenía cada uno de coger el tenedor en la mesa. ¿Y tú? ¿Cuál es tu triste historia?

—Pues mucho más sencilla. Descubrí que mi novio llevaba casi dos años

engañándome.

—Ufff. Sí, claro. Menudo palo. Entiendo lo de ir filtrando a los cabronazos. Pero vamos, si tienes dudas sobre mí, puedes pedirle referencias a Ben.

—¿Qué dices, Ben? ¿Es de fiar? —le pregunté yo muy seria al perro, que estaba tumbado entre nosotros con la cabeza levantada.

—Dile que sí, Ben —le susurró Tom, levantándole una oreja con gesto cómplice—. Dile que se puede fiar ciegamente, hasta el final de los tiempos. Luego te doy un filete así de gordo, ¿eh? ¡Buen chico!

Ben, con su lengua colgando a medio lado y la cola moviéndose de un lado al otro, parecía asentir. Era difícil mantener las defensas levantadas ante esta visión desarmante de bondad y sinceridad canina. Pero yo aún estaba pendiente del veredicto de Sibila, que se había tomado en serio lo de olisquear el cuerpo reclinado de Tom, y llevaba un buen rato curioseando sigilosamente aquí y allá con su nariz, los bigotes extendidos al máximo, a pocos centímetros de su cuello y de sus rizos dorados. Acababa de terminar su repaso y, sentándose junto a él con la cola en alto, me hizo un gesto con la cabeza, un inclinamiento rápido de medio lado. Ya me conocía bien el lenguaje de Sibila, y no tuve ninguna duda de lo que quería decirme: *¿A qué estás esperando, chica? ¡A la caza!*

No me lo tuvo que decir dos veces. Apoyé una mano sobre el césped para acercarme, como una gata. Con un dedo levanté la barbilla de Tom, que seguía hablando con su perro, pero que de pronto se calló. Nos miramos a los ojos. Hasta el fondo de nuestras almas. Y entonces mis labios buscaron los suyos, que ya buscaban los míos. El sol brillaba en el cielo, la tierra nos sostenía y nuestros corazones palpitaron juntos. Disfruté de ese beso como de la inolvidable fresa del Borough Market. Con el mismo placer intenso y salvaje y felino. Saboreando, nunca mejor dicho, el presente. Hasta que Ben, que debía sentirse un poco celoso de nuestra muestra de cariño a tan pocos centímetros de sus morros, se unió al beso con unos lametones que acabaron con todo el romance y lo transformaron en risas. Me fijé que Sibila le echaba al perro una mirada severa, como diciendo «déjales en paz a los pobres monos».

Estuvimos algunos momentos sin saber qué decirnos. Tom me cogió la mano y comenzó a acariciarla. Me había contagiado la sonrisa de oreja a oreja.

—Oye, Tom —dije yo al final—. Va a ser mi cumpleaños dentro de un mes. ¿Te vienes a mi fiesta? Eres el primero al que invito.

—Ahí estaré —me dijo él, sin dejar de acariciarme la mano—. ¿Qué día?

—Bueno, es el nueve de octubre, pero tengo mucho que celebrar, y necesito agradecer a toda la gente que me ha apoyado este año, mi familia, mis amigas... o sea que me van a hacer falta un par de días para las cuarenta horas de celebración que estaba planeando.

—¡Uau, me gusta como piensas! —dijo Tom, impresionado—. Cuarenta horas, ¿eh? Espero que me reserves unas cuantas.

—Por lo menos la mitad —le dije, poniéndome de pie—. Por cierto, me vas a

enseñar tu casa ¿o qué?

—Vamos Ben —dijo Tom saltando del césped y echándose a correr—. Vamos a enseñársela a estas chicas.

Hay momentos que no se olvidan. Momentos en los que una tiene que reconocer aquello que me dijo Sibila la primera vez que la conocí: que la vida es maravillosa. Ese paseo, siguiendo a un chico guapo y alegre, certificado por su perro y por mi gata como de fiar, a través del parque londinense a finales de verano, con el corazón expandiéndose por el universo, dejando entrar la catarata de sensaciones y colores y sonidos y olores y energías divinas a través de la piel, hasta el fondo del ser, fue uno de esos momentos. Sentí que volaba por el tiempo como la mariposa más dichosa del mundo.

Pero cuando llegamos al final del parque y, en vez de cruzar el puente sobre el canal, Tom se bajó por una escalerita hacia el agua y se montó, con Ben, a bordo de un barco alargado, azul y blanco, como el que yo había visto en mi sueño, y entendí que era esa su casa, una casa flotante que un día atracaba entre cisnes en Regent's Park y otro en Camden o en Windsor Castle, ese momento fue más que un momento bello y memorable. Fue el descubrimiento, o quizás el redescubrimiento, de la magia que sí existe en este universo.

Agradecimientos

De parte de Sara y de Sibila, me gustaría agradecer...

- A los muchos humanos que hicieron algo de caso a las gatas, y que me han inspirado en la escritura, incluidos Lao Tse, Erich Fromm, John Kabat-Zinn, Thich Nhat Hanh, Mahatma Gandhi, Félix Rodríguez de la Fuente, Jane Goodall, Ed Wilson, Gustavo Diex y mis varios profesores y profesoras de meditación y yoga en las escuelas Sivananda, Satyananda y Nirakara.
- A Franco y Adriana por su invitación a l'Aglaia, el paraíso terrenal donde, entre perros, gallinas, sapos, geckos y aves escribí buena parte del manuscrito.
- A Birte Siim de la Universidad de Aalborg por su invitación al precioso ático en el que terminé de escribirlo, con una (¿auténtica?) pipa y gorro de Sherlock Holmes colgando de las paredes.
- A Santiago García Caraballo por su libro *Gatos felices, dueños felices* (Madrid: Ateles, 2003); y a Bruce Fogle por *Los gatos hablan sobre sus dueños* (Madrid: Ateles, 1999). Ambos me sirvieron para documentarme sobre la psicología gatuna y la relación de este animal con el ser humano.
- A Martin Seligman y el movimiento de la psicología positiva.
- A mi socio y amigo Jesús Damián Fernández, y también a Matt Weinstein, Miguel Olivares (ideador de la «palanca disco»), los Chief Morale Officers de Scient, y a todos los que abogan por el humor, la diversión y el juego.
- A Uli Diemer por engañarme con una serie inesperada de ayunas.
- A Federico García Lorca por su poesía *Los álamos de plata*.
- A José Luis Perales por su canción *Ayer se fue*.
- A Alejandro Jodorowsky por su koan sobre la habitación cerrada, incluido en su libro *El dedo y la luna*. Cuentos zen, haikus y koans, Obelisco, Barcelona, 2004.
- A Gonzalo Valle-Inclán por su maravillosa frase: «Un piso con vistas a la felicidad.»
- A Remi Parmentier de Varda Group por su idea de los abanicos contra el cambio climático, que usó realmente en una cumbre sobre el clima.
- A Greenpeace (en especial a Tracy Frauzel) y a los creadores y participantes de la campaña *arcticready.com*, algunas de cuyas ideas cito textualmente.
- Al Adbusters Foundation y otras organizaciones que, como Badverts, cuestionan

lo que la publicidad nos cuenta.

- A los soñadores de Hub Madrid y todos los Hubs del mundo, inspiradores del Dream Station.
- A mis profes y compañeros de «impro», y en especial a Javier Pastor y los absurdos de Absurdia, por jugar conmigo a inventar tantos personajes e historias.
- A Steve, Fernando, Arancha y Ceci por compartir sus conocimientos de gatos y otros asuntos vitales para la trama.
- A mi agente Marta Sevilla de Zarana por ofrecerme el proyecto y acompañarme en esta y otras aventuras editoriales.
- A Marisa Tonezzer de Ediciones B por su confianza en mí, y por sus atentas lecturas, sugerencias y correcciones, que han mejorado enormemente el texto final.
- A mi maravillosa familia, mis amigos y mis compañeros de varios trabajos, con los que conviví algunas de las verdades que se cuelan en esta ficción.
- A Elena y Gudrun por sus lecturas y comentarios.
- A los animales no humanos que tanto me han enseñado, y me siguen enseñando.
- A Ema por las correcciones del manuscrito, y por ayudarme a descubrir día a día el presente, el amor y la magia del universo.

Índice

Portadilla	2
Créditos	3
Contenido	4
Dedicatoria	5
PRIMERA PARTE. La gata	6
1. Zarpazos contra el cristal	7
2. La crisis de los cuarenta	16
3. La adopción	26
4. La caza del ratón	37
5. Lo que está pasando	43
6. Objetos perdidos	51
7. El otro Joaquín	58
8. La manada	67
9. El momento de la verdad	74
SEGUNDA PARTE. El entrenamiento	83
10. La habitación cerrada	84
11. Vistas a la felicidad	94
12. Psicosis	103
13. Gatha Yoga	110
14. Cien días de lluvia	119
15. Gastronomía gatuna	130
16. El disfrute	137
17. Al otro lado del espejo	142
TERCERA PARTE. La nueva vida de Sara León	152
18. Libre	153
19. El último viaje de Rocinante II	159
20. Felina	171
21. Letras	179

22. La gata y el perro
Agradecimientos

186
195